Esta es la historia del sargento Rick Heatherly (Erica Strange), también conocido como Jester y la enfermera Sarah McDuncan (Erawen), durante la Guerra Civil Rusa, en el año 1922.

En algún lugar de Rusia, dentro del ejército americano, ocurrían estos hechos:

Rick "Jester" Heatherly

Al subirme en el taxi, percibí algunas miradas de curiosidad por parte de los que viajaban con nosotros. Simplemente, las ignoré, pero no solo porque no me interesaran en lo más mínimo, o prefiriese permanecer aparte de las ideas que tuviesen sobre los dos, y que ya se abstendrían en comentar, si es que sabían lo que les convenía, sobre todo a ese imbécil de Colton, sino porque mi mente se retrotrajo, al ver a Sarah entrar en el coche, a un momento muy diferente, cuando nos conocimos, allá por la Guerra en Rusia.

Después del establecimiento de la Unión Soviética en 1922, los EEUU enviaron algunas tropas para ayudar a restablecer el orden y enfrentarse con los bolcheviques. A pesar de nuestros esfuerzos, el avance de las fuerzas rojas fue imposible de rechazar, pero aún así, tuvimos nuestros momentos.

Claro que mis recuerdos se deben principalmente a mi encuentro con Sarah.

Me habían herido intentando defender Vladivostok. Sabíamos que la invasión era inminente y a pesar de todo, no teníamos ninguna intención de regalarla. Por desgracia, una buena cantidad de metralla me había alcanzado en la pierna y en las posaderas, a pesar de lo cual había continuado en la lucha hasta que finalmente, ambos ejércitos nos tomamos un merecido descanso, que en el caso de los rusos, podía durar entre cinco minutos y cinco semanas. Todavía recordaba los gritos de aquellos que murieron a mi lado y enfrente, casi tanto como el frío que nos atenazaba, y que nos obligaba a ir más rellenos que un pavo en el Día de Acción de Gracias.

Era joven y me habían educado en la disciplina militar, por lo que sufría lo indecible al ver el caos reinante en las tropas que me rodeaban. Me resultaba casi imposible comunicarme con ellas y mucho menos, hacerles ver la importancia de seguir determinadas directrices. Mi capitán estaba todavía más desesperado que yo, por lo que era como si entre los dos, nos lamiésemos las heridas, sabedores de que aquello estaba perdido incluso antes de ser plenamente conscientes de ellos.

De alguna manera conseguí arrastrarme hasta el hospital de campaña que había cerca de la ciudad, y aunque el aspecto no era demasiado bueno, mis heridas tampoco lo eran. Solo esperaba encontrar a un médico competente, fuese o no ruso, que además de vodka me diese destellos de medicina. Lo último que quería era perder la pierna y no poder volver a sentarme de nuevo.

-¡Médico! ¡Hay algún maldito médico por aquí! -grité al entrar, intentando elevarme por encima de las voces de todos cuantos estaban allí. Aunque sabía que no era el único, estaba ya cansado de aquella guerra en la que nada tenía que hacer y que parecía perdida incluso antes de que yo hubiera llegado.

-Malditos rusos chiflados -murmuré, sabiendo que nadie me entendería.

Enfermera McDuncan

Era muy joven cuando me enrolé en el ejército. Me había casado con el que creía el hombre de mi vida. Un amor de persona que siempre me tuvo en palmitas. Hasta que nos casamos y todo cambió en unos meses. Perdió su trabajo, se dio a la bebida y me pegaba y violaba día sí día también, donde luego me pedía perdón y me decía cuanto me amaba. En uno de aquellos actos, me dejó embarazada, pero una nueva paliza rompió la ilusión y la esperanza que llevaba en mi vientre.

Que matase a su propio hijo no nato fue suficiente para mí.

El ejército seguía pidiendo enfermeras y no tardé en alistarme y desaparecer de su vida. De hecho, acabada la formación, me fui tan lejos como pude, a la Guerra Civil Rusa.

Era lo que habían prometido, ni más ni menos. El campamento estaba alejado del frente y allí llegaban los heridos. Aquellos que podían recuperarse, eran curados y enviados de nuevo al frente. Los que venían con miembros amputados, eran tratados y llevados de vuelta a casa. Los que morían, eran repatriados. Así de sencillo.

Tuve que hacerme enseguida a ver todas aquellas horrendas imágenes de mutilaciones, sangre y enfrentarme a la muerte a diario. Pero lo que jamás pensé fue que el enemigo llegase hasta nosotros y dejase el campamento en tal mal estado. Los heridos se multiplicaron, tuvimos que improvisar nuevas tiendas y lugares donde refugiarlos. Dormíamos y convivíamos con ellos. La mayoría de los hombres sanos y que pudieron coger un rifle, se enfrentaron al enemigo y muchos no volvieron. Pero repelieron el ataque y logramos estabilizarnos.

El problema fue que aquellos hombres, fueron en su mayoría los médicos del lugar y de todos, solo sobrevivió uno, un buen cirujano y doctor, pero sus manos quedaron mutiladas por la explosión de una granada y a pesar de intentarlo, nada pudimos hacer para ayudarle.

De todas las enfermeras que quedábamos en pie, nos fue poniendo a prueba una a una, curando heridas cada vez mayores. Algunas no llegaban a soportar tanto y tenían que salir de allí, pero después de haber vivido mi propio horror, aquello no me parecía tan malo. Al menos ayudaba en algo. Y así fue como aquel hombre me cogió en su tutela y comenzó a instruirme para ser sus manos.

Al principio los hombres se negaban, pero cuando se enteraban que era yo o nada, guardaban silencio. Pero en el fondo me sentía despreciada y odiada por ellos, por hacer el trabajo que se consideraba de un hombre y salvarles lo que para mí llegó a convertirse en sus miserables vidas. Pues veía el trato con las enfermeras y el que me daban a mí y era completamente distinto. Con el tiempo aprendí que aquello era respeto, pero el trauma y la herida que me había creado mi marido había sido tan grande que solo fui capaz de verlo años después, en la lejanía de aquella guerra.

El campamento se había estabilizado y un día un soldado llegó, arrastrándose por el suelo cual gusano. **- Pomogi mne! Zaymite yego vnutr' i pozovite doktora!**[1] **-** Exclamé en ruso al verle tirado y pidiendo ayuda. Acompañé a los aliados rusos al interior de la tienda y yo misma le rasgué los pantalones para ver sus heridas.

- No se preocupe soldado, está en buenas manos. - Le dije buscando calmarle, aunque su mirada me demostró lo mismo que todas: no se fiaba de mí. El doctor no tardó en llegar, con sus manos convertidas en dos muñones debido a que tuvimos que amputárselas por la gangrena que se apoderó de ellas. **- Poverni eto drugoy storonoy.** [2] **-** Dije en ruso a quienes estaban conmigo al ver que la sangre venía no solo de la pierna y acabé descubriéndole el trasero también.

Limpié la sangre y examiné las heridas junto al doctor. **- Ya sabe que tiene que hacer, enfermera McDuncan. No es su primera intervención. Creo que puede hacerla sin mí, ya está lista para ello.** - Me dijo el doctor dándome una palmada con el muñón en la espalda y miré al soldado y cerré los ojos un momento, porque sabía lo que haría: poner el grito en el cielo. **- Si se complica estaré en mi tienda, me duelen los dedos de las manos.**

- Sí, doctor. - Respondí antes de hablar a los demás nuevamente en ruso.**- Podgotov'te anesteziyu i prinesite khirurgicheskoye oborudovaniye**[3]**.** - Y miré al hombre a los ojos. **- No se preocupe, se lo que hago, soldado.** - Su uniforme estaba tan desgastado y sucio que no veía ni su rango. **- Que no le asuste que sea mujer y tan joven, me ha tocado aprender rápido.**

[1] *¡Ayudadme! ¡Meterle dentro y traed al doctor!*
[2] *Dadle la vuelta*
[3] *Preparen la anestesia y traigan el equipo de cirugía.*

Rick "Jester" Heatherly

Mis ojos se movían en todas direcciones, buscando a alguien que pudiera atenderme. La verdad era que la visión de todos aquellos cuerpos medio congelados y mutilados que yacían en las camas, casi abandonados a su suerte y que contaban el tiempo que les quedaba de vida en minutos u horas de indescriptible agonía, no me llenaba precisamente de confianza. Sabía que la muerte formaba parte de la vida en el ejército y lo había aceptado, pero el dolor era algo un poco diferente; mi esperanza siempre había sido morir en combate, con rapidez y sin apenas darme cuenta, pues la posibilidad de sobrevivir durante un tiempo para terminar muriendo o volver a la vida civil como un lisiado, simplemente no la contemplaba. Llegado el momento, tenía una bala preparada para impedirlo.

Y de repente, delante de mí apareció Sarah, hablando en un ruso tan perfecto que de no haber visto su uniforme, habría pasado por una de aquellas rusas que tan valientemente habían acompañado a los hombres en batalla. Pero no, era americana, y lo que resultó más sorprendente: médico.

Pero yo no lo sabía en aquel momento, o más bien, no estaba preparado para creérmelo. Enfermeras, sí, desde luego, pero un médico, no, de ningún modo era algo que yo fuese a aceptar de buen grado.

-Ah, vaya, una cara amigable por fin. P-pero qué hace, señora, no haga eso. Son los únicos pantalones buenos que tengo. ¡Maldita mujer....! ¡Ah, cuidado, demonios! ¿Dónde aprendió a cortar? ¿En un taller de costura? ¡MÉDICOOOO!

Al pensarlo ahora, mientras viajábamos de camino al aeropuerto, sentía indignación de mí mismo. Era un imbécil.

-¡Qué no me preocupe, dice! -exclamé, con un gesto que se volvió de horror al ver las manos del médico.

Madre mía, espero que no sea este el médico, pensé.

Lo cierto era que la situación distaba mucho de ser esperanzadora. Aunque en aquellos momentos no lo sabía, los medicamentos escaseaban debido a los cortes que se habían producido en el envío de suministros y las bajas eran considerables. Aquella mujer era posiblemente la única persona capaz de tratar en aquellos instantes a los cientos de soldados que se debatían entre la vida y la muerte y yo, simplemente, no estaba preparado para aceptar que alguien que llevase faldas, por decirlo en cierta y delicada manera, estuviese por encima de mí en cuanto a responsabilidad y profesionalidad.

El médico le dio las instrucciones a la mujer, haciéndome ver que era enfermera, aunque finalmente, su profesionalidad le permitiese superar con creces esa situación.

-¡Ah, una enfermera! ¡Lo sabía! ¡Tiene que haber un médico por aquí! -protesté, sin dejarme convencer por la realidad que no había nadie más y ella era lo suficientemente eficiente como para tratarme.

Ella siguió afirmando que sabía lo que hacía, pero yo no estaba convencido de ello.

-Señora, tengo mi culo en sus manos, no solo literalmente sino también metafóricamente hablando o cómo demonios se diga, así que más le vale estar en lo cierto -dije, resignándome a que aquella mujer no solo me tratase, sino que viese partes de mi anatomía que no me apetecía que contemplase en aquellos momentos, estando tan lleno de suciedad y sin estar con ánimos para nada que no fuera descansar. A pesar de todo, mi cuerpo era casi independiente y cuando rasgó el pantalón hasta la ingle, asomó la erección que se produjo ante la corriente de aire y el contacto ligero de sus dedos manejando las tijeras.

Avergonzado, me miré el miembro y después la miré a ella.

-Lo lamento, pero es por eso que una mujer no debería estar haciendo esto. No querría que al sentir sus manos por ahí cerca no reaccionara, ¿verdad? No soy de piedra -me disculpé, más rudamente de lo que en realidad me hubiese gustado, pues en el fondo sabía que aquella joven debía estar pasándolo mal y desde luego, ponía todo de su parte para ayudar.

Enfermera McDuncan

- Relájese, ¿quiere? O acabaré cortando lo que no debo. - Le dije al soldado al verle ponerse así. Estaba acostumbrada a aquellas reacciones, pero aún así me seguían afectando. - *Al menos este no me amenaza.* - Porque de haberlo hecho, le hubiese dejado solo.

La herida de la pierna era la que sangraba más profusamente, pero la mancha en la parte superior del pantalón así como el agujero en el mismo me guió por otro camino. **- La verdad es que aprendí amputando piernas, soldado. -** Y cuando gritó pidiendo un médico, apareció lo que quedaba del nuestro.

- Doctor, acaba de llegar. Su pierna tiene mal aspecto. - Le comenté antes de que me dijese que me encargase yo de todo. Entonces aquel hombre se puso a gritar como un energúmeno pidiendo un médico. **- ¿Ve a ese hombre que se marcha? -** Le pregunté mientras esperaba que me trajesen todo para operarle allí mismo. **- Es el único médico que tenemos. Es así de simple. O le opera él o lo hago yo. -** Le dije con claridad y por primera vez le miré a los ojos y vi el miedo en ellos.

Yo sabía lo que era ese miedo irracional que se te metía dentro cuando no sabías si sobrevivirías a una nueva situación.

- Y lo lamento por sus pantalones, pero estará una temporada sin llevarlos. Ya le daremos otros cuando le demos el alta. - Y volví a cortar, para despejar bien la zona y poder limpiarle bien y prepararle para la cirugía, a fin de cuentas, era la verdadera parte de mi oficio. Lo que no era normal era que me encargase yo de una operación. Siempre me había guidado el doctor y ahora me dejaba sola con aquel histérico hombre.

Pero debía tener paciencia, ser dura o acabaría en un rincón llorando. De hecho, así acababa todas las noches en mi catre, después del trato que me daban los soldados en aquel lugar.

Y ocurrió algo que no me esperaba. La mano se me fue con las tijeras y corté de más, dejando su miembro al aire. Eso de por sí no me hubiese escandalizado de estar en reposo, el problema fue que vi como se formaba aquella erección repentina y me sonrojé, mientras que mi vista parecía no querer dejar de mirar aquel prominente miembro que dejaba al de mi marido en ridículo. Tragué saliva y miré hacia otro lado cuando el soldado me habló.

- No... bueno... - Titubeé nerviosa. **- No se preocupe... yo... estoy acostumbrada... -** Se notaba a la legua que no era así. Solo había que ver el sudor que me caía por la frente y la rojez de mis mejillas. Algo que no sucedió previamente, cuando se me ordenó realizar la cirugía.

- Prikroyte yego chasti.[1]- Ordené y un trapo que se notaba desgastado por el uso, cubrió lo que no necesitaba ver para la cirugía. No tardaron en llegar los aliados rusos, con el agua y el instrumental que precisaba para aquella operación. **- Vale, esto irá así. Su pierna sangra mucho, así que será lo primero de lo que me haga cargo. Luego me encargaré de su trasero. -** Logré decirle sin atreverme a mirarle.

- Anesteziya.[2] - Solicité a los presentes, tendiendo la mano y esperando una jeringuilla.

- U nas nichego ne ostalos'. Tol'ko mestnyye, mem[3]. - Fue la respuesta que tuve y me mostraron una jeringuilla ya cargada, la cual tomé con rabia en mis manos.

- Vot der'mo[4]. - Fue lo último que dije en ruso antes de dirigirme al soldado. **- Lo lamento. Atacaron hace poco el asentamiento y gran parte de nuestros suministros se perdieron... no llegarán más hasta dentro de uno días y usted no tiene tanto tiempo. Tendré que operarle con anestesia local... procuraré que no sienta nada salvo los pinchazos de la inyección. Derzhite yego[5]. -** Ordené entonces y los brazos de aquellos hombres se aferraron al cuerpo del soldado. **- Siento que tenga que ser así... se lo aseguro. -** Dije con lágrimas en los ojos y mi voz descompuesta.

Y comencé a pincharle en la pierna, en torno a la herida. Pedí el bisturí para ver que estaba sangrando tanto y me tocó abrirle un poco más la herida. A cada paso que daba, le volvía a poner anestesia local, para que no sintiese dolor. **- Si le duele dígamelo. No quiero que sufra más de lo que esté pasando ahora. -** Sabía que no le dolía, pero la cabeza era traidora y cruel. Y si se quejaba, no me costaba nada ponerle más anestesia local.

No tardé en encontrar la bala o más bien las dos balas alojadas por el mismo agujero en su pierna, las cuales, por fortuna para él, habían hecho de tapón en la misma arteria que habían seccionado. Las saqué y suturé la arteria con su otro extremo y según iba cosiendo, me iba asegurando de que el sangrado remitía y de que iba dejando todo limpio a mi paso. Ver como el doctor perdió sus manos a causa de la gangrena y saber que aquel hombre podría perder la pierna por lo mismo, era algo que no quería que se repitiese.

Al menos quedaban gasas limpias y le dejé un drenaje para que saliese toda la sangre y porquería por allí, dejando cerrada la herida con la mejor sutura que hice en mi vida. Simplemente por el hecho de tener que operarle despierto, me hizo esforzarme más al tiempo que ordenaba en ruso que me fuesen dando el instrumental que necesitaba.

Lo pasé mal. Aunque seguro que el soldado estaba peor. **- Su pierna está. Voy a por su... otra herida. -** Sangraba menos y estaba más limpia. Sabía que las inyecciones en el culo escocían, así que le di un leve azote en la nalga antes de empezar a pincharle, para que sintiese menos la inyección. Fue la misma aguja de la jeringuilla quien me indicó que la bala no había penetrado mucho. **- Buenas noticias. Esta será rápida.**

Pedí unas pinzas y esperé un poco a que la anestesia funcionase antes de sacarle la bala con ellas. Luego le suturé con cuidado, tratando de olvidar que parte de su anatomía tenía delante. Al menos aún quedaba antibiótico y le pude inyectar su dosis junto antiinflamatorio. La operación no fue muy larga, pero a él se le debió hacer eterna.

Al terminar apliqué yodo en ambas costuras y me encargué de cubrirlas con gasas y las vendas improvisadas, que no eran otra cosa que sábanas rasgadas. Pues ya no nos quedaban algunas cosas. Al terminar les pedí que le soltasen y supuse que actuaría como todos los demás, atacándome como una fiera. Pero antes debía escucharme.

- Tenía dos balas alojadas en la pierna. Me tocó abrir más para poder ver de dónde venía la hemorragia. Si hubiese sido una sola bala, ahora mismo no estaría vivo, soldado. Ambas pinzaron la arteria que le habían seccionado. Ahora la tiene cosida y con un drenaje para que salga todo lo que no debe tener y no tengamos que estar vaciándolo nosotros con agujas... su trasero, le quedará una cicatriz, pero no le irá mal. Ahora estos caballeros le llevarán a un catre donde pueda descansar, pero no podrá ponerse bocarriba en días. Voy a lavarme las manos y a ver si nos queda suero y algo con lo que poder suministrárselo. Como se dará cuenta en su traslado, esto es un caos aún. - Le expliqué tratando de mantener la calma. Todo parecía haber salido bien, pero quería asegurarme. Era la primera vez que hacía aquello sola y la verdad es que no me fiaba y menos aún después de usar anestesia local. Para la bala del trasero valía, pero lo de la pierna... hubiese sido mejor la general.

Al menos no parecía entender ruso y lo que se dijo durante la operación no lo entendió, sino lo hubiese pasado mil veces peor. Aguanté estoicamente y como pude sus palabras. **- No se preocupe, cuando vuelva a verme, será para realizar trabajo de enfermera.** - Le dije al final, para darme la vuelta y marcharme, no solo a buscar ese suero que le haría falta para recuperarse, sino para llorar por lo que había hecho y lo que había escuchado salir de su boca durante todo el proceso.

Estaba bien, estaba segura de que se pondría bien pues peleé por limpiar bien aquella herida en la pierna. Pero la herida era nuevamente yo y tras aquella cirugía, por primera vez sentía que aquel hombre fue una víctima. De no tenerle sujeto, sin duda no me hubiese dejado cortar o lo mismo le hubiese cortado de más. Y eso me hacía sentir muy mal.

Minutos más tarde, localicé al soldado herido, tendido en un catre en una tienda contigua, donde se veía más esperanza frente a la vida. Había encontrado lo que necesitaba y me había desahogado lo suficiente como para aguantar otro asalto.

- Encontré el suero. Por fortuna aún nos queda. Le pondré una vía y le tomaré la temperatura antes de dejarle descansar. - Le dije evitando por completo el contacto visual con sus ojos. No quería que viese que los míos estaban enrojecidos de llorar.

[1] *Cubridle sus partes.*
[2] *Anestesia.*
[3] *No nos queda. Solamente local, señora.*
[4] *Mierda.*
[5] *Sujetadle.*

Rick "Jester" Heatherly

Al ver como fijaba sus ojos en mi miembro, me di cuenta de que en aquellos momentos, había alcanzado el tamaño máximo, el cual no era nada desdeñable. Quizás estuviera acostumbrada o quizás no, pero por su actitud y tartamudeo nervioso, me dio la impresión de que no.

Instintivamente, más preocupado por ella que por mí, lo cubrí como pude, con una mano.

-Lo siento de veras -me disculpé, demasiado tarde, pero era lo único que podía hacer.

La mujer volvió a decir algo en ruso y rápidamente me dieron un trapo para taparme, con lo que ambos nos sentimos mucho más tranquilos. Era ella quien iba a realizar la operación así que más me valía que lo estuviese. Ya podía protestar y patalear porque lo hiciera un hombre, pero eso no iba a suceder. Ella era una enfermera que tenía que actuar como médico y yo un soldado que necesitaba ayuda, así que no quedaba otra que confiar el uno en el otro.

-Me parece bien, y así ya habrá visto todo lo que merece la pena -le dije, sonriendo durante un instante para aliviar la tensión, pero no demasiado, puesto que un intenso dolor me atacó desde la pierna, obligándome a apretar los dientes para no quejarme.

Y como si aquello fuese una premonición, no tardó mucho más en decirme que no podría anestesiarme. No me quedaba otra que hacerme el duro.

-Mucho mejor -conseguí decir entre dientes -. **No me gusta irme a dormir temprano.**

La mujer parecía verdaderamente preocupada por ello, algo que sin duda no alcancé a valorar lo suficiente, pero que procuré agradecer de la mejor manera posible en aquellos momentos.

-No se preocupe. He pasado por cosas peores -mentí, antes de recibir el pinchazo y empezar a cortar. Me sentía como si fuese una barra de pan a la que estuviesen rebanando para preparar el bocadillo, pero si ella podía aguantarlo, yo también. La anestesia me hacía efecto, pero no tanto como ambos hubiésemos querido, pero era lo que había -. **No se preocupe, señora. De verdad que cuando me corto las uñas de los pies a veces me pellizco la piel y me hago más daño. Usted siga con lo suyo.**

Lo cierto era que la mujer resultó ser bastante habilidosa. Supo abrir a la perfección mi pierna, hallar las dos balas y extraerlas con éxito. Al sacar ambas, un pequeño chorro de sangre salió despedido como si fuese un surtidor, aunque ella no tardó de taponar el vaso y cerrar. El olor de la sangre me estaba mareando más que el dolor que aún sentía o la visión de mi propia pierna abierta, por lo que por momentos, sentía que estaba cerca de desvanecerme, pero de alguna manera, logré mantenerme despierto

Cuando hubo acabado, resoplé, aliviado.

-Buen trabajo, doctora -le dije, mirándola a los ojos -. **Sé que no lo es, pero para mí sí, no le quepa la menor duda. Y si cree que le confiaría mi segunda parte anatómica favorita a un cualquiera, está muy equivocada.**

Volví a bromear intentando que se sintiese más tranquila. Me parecía que había hecho lo más difícil, pero todo lo era en aquellos momentos. Además, andar era importante, pero sentarse sin sentir dolor podía llegar a serlo incluso más, por lo que más me valía que volviese a demostrar su destreza y no perdiese concentración.

Al recibir su palmada, la miré con los ojos enojados.

-Creo que está disfrutando, pero procure no cerrar nada que deba permanecer abierto, ¿eh, doctora? -le dije, echándome a reír y conteniendo un pequeño quejido al sentir la aguja.

Cuando hubo terminado, yo me encontraba mejor de mi mareo. Me giré como buenamente pude, preparado para darle las gracias, pero soltó un montón de cosas como si intentara justificarse.

-Solo tengo una pregunta. ¿Cómo se llama? No me gustaría no saber el nombre de la mujer que ha dejado su huella en mi trasero -le dije en broma, pero al mismo tiempo, mirándola con mucha seriedad. Lo había hecho muy bien, a pesar de ser enfermera, a pesar de ser mujer, y a pesar de tener a todo el condenado hospital patas arriba.

No volví a verla hasta más tarde. El dolor estaba empezando a notarse bastante más de lo que yo esperaba. Me removía en el catre, incómodo, intentando adoptar una postura que me sirviese para contenerlo, pero la verdad era que no tenía mucho éxito, hasta que aquella mujer apareció de nuevo delante de mí.

-Ah, estaba pensando en usted -le dije, aparentando normalidad. Me pareció que evitaba mirarme e incluso que tenía los ojos enrojecidos. Quizás fuese por el estrés o porque alguien había fallecido bajo su cuidado, pero no podía permitir que se marchara de aquella manera -. **Espere, no se vaya. Yo... quiero darle las gracias por lo que ha hecho. Ningún médico me habría tratado mejor que usted y créame, mi pierna y mi trasero, se lo agradecen tanto como yo. Ir a las letrinas no habría sido lo mismo.**

Y entonces, le ofrecí la primera sonrisa sincera, sin bromas, sin comentarios sarcásticos ni protestas, sino solo de puro agradecimiento por lo que había hecho aquel ángel que me había atendido, y que ahora que podía verla bien, me parecía simplemente preciosa.

Enfermera McDuncan

Tras cubrirse el miembro con ambas manos, logré retirar mi vista, pero la imagen permanecía en mi mente. Una parte de mí añoraba aquello de un hombre, la otra sabía que no estaba ni estaría jamás preparada para estar con ninguno, así que eso era lo máximo que me llevaría de cualquiera. Un recuerdo más en mi memoria turbada por las palizas y las violaciones del "hombre de mi vida". Además, el trato que me daban los militares americanos, no era precisamente uno alentador que me ayudase a salir de aquel agujero.

Para eso los rusos eran mejores. Pero no me veía con ellos.

Y por desgracia para aquel soldado y para mí, estaba completamente a la defensiva y sufriendo por lo que le estaba haciendo a la vez. Me sentía como una sádica perturbada haciendo pedazos a un hombre, a pesar de estarle curando. Y sus palabras, aunque buscase calmarme con ellas, para mí no sonaban más que a los mismos insultos que el resto de los soldados heridos me regalaban a diario.

Cuando me llamó doctora, sentí como lo hacía con rin tintín, como lo hacían todos. Pero la verdad es que me sonrojé de nuevo cuando me indicó que "no le confiaría su segunda parte anatómica favorita a un cualquiera", pues era justamente lo que tenía delante y no puede evitar mirarlo como mujer. Estaba bien formado y daban ganas de agarrarlo, algo que me hizo ponerme más nerviosa al tener aquellos pensamientos. Pensamientos que eliminé con el azote que le di en el trasero y la inyección que vino tras él.

En ese momento, le vi su mirada y eso me hizo retroceder un paso, seguramente dos. Me recordó a mi marido, cuando venía borracho a pegarme. Pero debía concluir con aquello y me armé de valor. Además, estaba sujeto por cuatro rusos. No podría pegarme hasta dejarme inconsciente. No le respondí ni una vez y menos en ese estado de semi-miedo en el cual me había hecho entrar al final. Seguramente le parecería la mujer más borde del mundo, pero no es que me importase demasiado. Pronto se uniría al resto de soldados y soltaría las mismas barbaridades que ellos al verme pasar.

- Enfermera McDuncan, cadete. - Le respondí titubeante, sabiendo que había hecho lo mejor por él y más aún con los medios que disponíamos en aquel momento.

Tal y como le dije, volví a verle, serena y con el suero. Le vi revolverse en la cama, molesto sin duda. La anestesia se estaba pasando y empezaba el dolor. Por fortuna contaba con ello y llevaba un inyectable preparado para esa eventualidad. Seguía con la parte de arriba del uniforme puesta y sucia, no le habían lavado aún. Era trabajo de las enfermeras pero estábamos saturadas y más yo que ejercía de ambas cosas aunque el doctor quería que solo lo hiciese de doctora, el capitán de la base no lo veía así. Ambos tenían el mismo rango y las disputas entre ellos por eso estaban al orden del día.

Mientras, ninguno veía lo que sufría yo metida entre dos aguas.

Colgué la bolsa de suero y el hombre me miró. Me sonrojé cuando me dijo que estaba pensando en mí. Me costaba lidiar con los hombres tras mi pasado tan reciente y sin duda pronto se oirían las gracias de los demás soldados, en cuanto se diesen cuenta de que era yo la que rondaba aquella tienda.

Y justamente el agradecimiento del soldado fue lo que hizo que los ojos de los demás se lanzasen a por mí.

- "Doctora" - Soltó uno con cierto rin tintín en su voz al denominarme así. **- Tengo una inflamación bastante grande entre las piernas. Creo que me ha mordido una serpiente. Quizás debería venir a chupar el veneno hasta que pierda la hinchazón. Seguro que logra sacarlo todo. Es usted tan habilidosa.** - Dijo con clara intención de dañarme y los demás soldados y oficiales allí presentes le rieron la gracia. Yo solo pude darles la espalada y contener mi llanto, algo que aquel nuevo herido si pudo ver.

- Te... tendré que qui-quitarle la chaq-chaqueta, señor. - Dije nerviosa y titubeante. Me habían roto por completo. **- Ne-necesito po-ponerle la vía pa-para el suero. De-de paso le pondré algo pa-para aliviarle el do-dolor. Las primeras ve-veinticuatro horas son las pe-peores.** - Estaba tensa, dolida. De fondo se seguían escuchando barbaridades y risas a las cuales procuraba no hacer caso, pero las oía. Tragué saliva. **- Si... si quiere qu-que se encargue o-otra enfermera, so-solo tiene que de-decírmelo.**

Sufría y mis ojos eran la mayor prueba de ello. Aunque me atreví a mirarle y en ese momento vi la sonrisa más sincera que jamás había visto y una mirada tan cargada de agradecimiento que aliviaron mi carga durante unos instantes. Su mirada me conquistó en aquel momento, pero yo no podía hacer nada con él ni con nadie. A parte de estar casada, tenía mis fantasmas, así pues aunque estuviese segura de que no olvidaría jamás sus ojos y parte de su anatomía, no habría nada más entre nosotros. Se curaría y volvería al frente, como hacían todos.

Saqué el material de mis bolsillos y lo dejé en la mesilla de noche que había junto a su cama, por si optaba porque le tratase otra enfermera, que tuviese todo listo allí. En ese momento y antes de que aquel hombre pudiese decir nada, escuché una voz conocida a mi espalda. Se trataba del capitán Smith.

- ¡SILENCIO! - Exclamó y las risas se acabaron. Me di la vuelta y le miré. Sus ojos estaban clavados en mí. **- Cadete McDuncan. Me acaban de informar que ha vuelto a jugar a los médicos y esta vez sin la supervisión del doctor. ¿Es este hombre su nueva víctima? -** Preguntó con gesto duro y me achanté por completo.

- Pa-paciente, señor. - Dije nerviosa y asustada a la vez.

- Muy bien. Su paciente entonces y así será. Ninguna otra enfermera se encargará de él. Si se gangrena y pierde la pierna, prepárese para un consejo de guerra al igual que el doctor. En dos días llegarán médicos de verdad por aire y los suministros en tres o cuatro días por tierra. Nadie, insisto, nadie salvo usted se encargará de este hombre. ¿Lo ha entendido, cadete? - Su voz sonaba ruda, fuerte y cargada de rabia. Odiaba que una mujer pudiese hacer el trabajo de un hombre y encima sin estudios. No valoraba nada de mis esfuerzos.

- Sí, sí, capitán. - Respondí amedrentada por completo y lamentándolo por el soldado herido.

- Puede traerse un colchón y dormir en el suelo a su lado si lo requiere, porque no se encargará de nadie más. ¿Alguna pregunta?

- No, no, señor. - Temblaba y temía más que por mí, por aquel hombre que estaba recostado en la cama. Estaba segura de que todo estaba bien hecho, pero el doctor siempre lo supervisaba todo y esta vez no contaba con ello.

- Este hombre está sucio. Comience con su trabajo de enfermera y dispóngale de un baño y la ropa adecuada para estar en la cama. Y le advierto enfermera McDuncan, que si me entero que vuelve a jugar a los médicos en estos dos días, la encerraré en el agujero durante una semana. - Y tras su amenaza se esfumó y me dejó descolocada y herida por completo.

La tienda quedó en silencio incluso cuando el capitán se había marchado.

- Lo lamento, señor. - Le dije al hombre cuando el capitán se fue. **- Creo que no tiene opción a elegir. Iré a por una palangana y una esponja, así como toallas y un pijama... y sábanas limpias. Tendrá que esperar un poco a que le ponga el suero, al menos hasta que le asee. -** Estaba tan mal, tan avergonzada por lo ocurrido, que ni me atrevía a mirarle a los ojos. **- No tardaré. -** Le aseguré.

Rick "Jester" Heatherly

Aquella chica sería solo enfermera, pero desde luego, había actuado como un médico de verdad, y ver como la trataban, me molestó sobremanera. La verdad es que no era la primera vez que era testigo de cómo lo hacían y siempre lo había visto como algo gracioso, pero al comprobar en persona el sufrimiento que nos rodeaba, no parecía de buen gusto reírse, ni tampoco aprovecharse. Por ese motivo solo bromeaba y principalmente, conmigo mismo.

No había calculado, sin embargo, que el resto de soldados no parecieran darse cuenta de lo que sucedía.

-¡Eh, soldado! ¡Si no quiere que le baje la inflamación de un puñetazo más le vale contener esa lengua, porque como me llamo Rick que no volverá a poder comer nada sólido en lo que le queda de vida! -le solté, en parte irritado por haber sido el causante de aquella respuesta, y también porque un compañero no supiera medirse.

La chica parecía estar a punto de derrumbarse, así que le agarré la muñeca un momento, solo para que me prestase atención.

-No le haga caso. Ni a mí tampoco. Cuando estamos heridos somos más idiotas que cuando estamos borrachos, y eso es decir poco, pero la verdad es que está haciendo un trabajo estupendo. Y si le sirve de algo, tiene mi permiso para pinchar dónde y cómo más duela al que le moleste. ¿ENTENDIDO, SOLDADO? -dije, volviéndome hacia el idiota que había hecho el comentario.

El recordar aquello, me arrancó una sonrisa que quizás viesen los demás, pero que nadie entendería, puesto que solo yo, además de Sarah, podía comprender a qué se debía. Aquella había sido la primera vez en la que la había defendido, aunque no sirviese de mucho. Ignoraba si para ella había sido importante o ni tan siquiera se percató de ello, pero para mí significó que empecé a comportarme como un soldado de verdad y a verla como alguien que merecía respeto.

-No quiero a otra enfermera. Usted me ha curado, usted se encarga. Ya le dije que no voy a poner en otras manos que no sean las suyas mis heridas y además, ya lo ha visto todo de mí. No soy un cine ambulante para que todo el mundo me contemple con ojos llenos de deseo. Este trasero y todo lo demás, son solo para mí y para quien yo elija, y para usted, que se ha preocupado por cuidarme -le dije, guiñándole un ojo.

Por supuesto, tuvo que venir el sempiterno capitán a fastidiar. Parecía tener un palo metido por el culo y daban ganas de meterle otro más, solo por si acaso no se daba cuenta, y de no haber tenido tanto rango, incluso me habría levantado, pero no tenía esa alternativa entre las mías.

-Señor, esta mujer no ha jugado nada, señor. El médico le ha dado instrucciones precisas que ella ha ejecutado con habilidad... señor. Y como víctima, he de indicar que lo ha hecho lo suficientemente bien como para no recibir un trato así.

Y me había pasado, lo sabía, pero no era mi estilo el quedarme callado mientras arroyaban a alguien más vulnerable. Era un imbécil redomado y si me quitaba el rango me importaba tanto como tener los calcetines de distinto color, algo que en el ejército no era posible, por supuesto, porque todos eran negros y en batalla, apestosos a rabiar.

-Oiga, enfermera McDuncan... Mac... No le haga caso. Ese tío está frustrado porque le gustaría tener a una enfermera haciendo lo mismo que me ha hecho usted a mí, palmeándome el trasero, y la ha tomado con usted. Si me molestase cada vez que un superior me ha dicho algo que no me gusta, ahora mismo estaría recogiendo casquillos en el campo de batalla. Así que nada de preocuparse. Así que vaya tranquila y no se preocupe, que no me moveré de aquí.

Me hubiera gustado moverme, pero no para irme, sino en primer lugar, para coger del pescuezo al soldado de la otra cama, después, para encararme con el capitán y finalmente, para ayudar a la enfermera en lo que necesitara. Pero no me quedaba otra que permanecer acostado en aquella cama, con el culo al aire, y una sonrisa amable.

Al menos esperaba que lo de la sonrisa amable, sirviese de algo.

Enfermera McDuncan

Y justo cuando más lo necesitaba, el simple contacto humano, lo obtuve por parte de aquel soldado que acaba de intentar curar. Sentí como se agarraba a mi muñeca y un escalofrío recorrió mi columna, pues nuevamente el agarre me hizo recordar malos momentos, pero su voz y su gesto me trajeron de vuelta a la realidad, lejos de las palizas.

- Más idiota he sido yo, por meterme en algo que me queda grande. - Le susurré ciertamente asustada a quien ahora sabía que se llamaba Rick. Y entonces me sonrió y le devolví el gesto. Era la primera vez en mucho tiempo que alguien me sostenía así de la muñeca, y más aún un hombre y que no lo hacía para golpearme, sino para sonreírme. Aún así Rick debió sentir la tensión en mi cuerpo al ser tocada de aquella manera.

Luego alegó que me quería mí a su lado y sus siguientes palabras, junto con aquel guiño de ojo, lograron sonrojarme de nuevo, demostrando que no estaba acostumbrada para nada a aquellas cosas y que era más sensible de lo que intentaba aparentar. Y le miré a los ojos sin comprender porque me defendía y no hacía como el resto de los hombres presentes, mofarse o pedir que les atendiese otra enfermera que no fuese capaz de cortar y coser con tanta facilidad, sin pensar si quiera que la mayoría de ellos hubieran sido intervenidos por mí. Pero claro, era lo que tenía la anestesia general, que no sabían quién les había operado y no querían aceptar la realidad.

Y entonces asomó el capitán y lo dejó todo claro. Sobre la queja de Rick, este solo obtuvo una mala mirada por parte de nuestro superior. **- Espero que confíe tanto en ella como dice, porque si pierde la pierna, no querré llantos, soldado.** - Dijo arrogante antes de irse, dejándome claro que estaba sola con Rick. Al menos el hombre herido había aceptado de buena gana que le tratase antes de que el capitán lo convirtiese en una obligación.

Cuando este se fue y nos quedamos Rick y yo a solas con más de dos decenas de heridos en aquella tienda, el soldado me volvió a hablar, intimando más. Mac. Hacía mucho que nadie me llamaba así. Y me sonrojé de nuevo ante sus palabras. No sabía que iba a pensar de mí viéndome cambiar tanto de color a cada poco. **- Yo... lo de la palmada... discúlpeme, Rick. Está comprobado que un azote antes de una inyección hace que esta duela menos... mi intención no era otra y no era mala... solo... solo quería que no lo pasase mal... Bastante miedo genera una mujer que es enfermera haciendo esa clase de trabajo, como para que encima le matase de dolor. Yo... fue por su bien... no... no palmeo traseros así como así.** - La rojez de mi rostro no se iba y comencé a sudar por los nervios.

Le cubrí con las sábanas y la manta sus posaderas. **- No tardaré y aliviaré ese dolor en cuanto le asee y le ponga el suero. Se lo prometo. A fin de cuentas, es usted mi único paciente por lo que se ve.** - Dije resignada a ello. **- Procure no moverse mucho, la pierna se lo agradecerá.**

Dicho esto, salí de la tienda y una vez en el exterior me detuve en seco para respirar profundamente. Me miré las manos, temblaban por lo ocurrido ahí dentro. A veces no sabía que era pero, si las palizas de mi marido o soportar a aquellos hombres. Pero Rick parecía distinto y ahora él era mi misión.

Minutos después regresé con un barreño con agua cliente y una esponja. Sobre mi hombro una toalla. Lo dejé todo junto a la cama de Rick y no dije nada, esperando a que hablase el primero de ellos. Mis ojos estaban de nuevo enrojecidos, era evidente que lo estaba pasando mal. **- Rick, señor...** - Le dije al llegar. **- Yo... debo prepararle. No se esfuerce, ya me encargo yo de retirarle el uniforme. -** Le aseguré temiendo algún grito estúpido en la tienda, pero solo sentía las miradas clavadas en mí.

Le retiré la parte superior del mismo, dejando ver un torso joven que contrastaba con su rostro lleno de suciedad. Cubierto con las sábanas, retiré lo que quedaba de sus pantalones, el calzado y los calcetines. Si alguien tirase de las sábanas en aquel momento se encontraría al hombre completamente desnudo, salvo por las zonas vendadas o con gasas. **- No se mueva, yo me encargaré. Sé que es... incómodo, sobre todo las primeras veces, pero nos acostumbraremos.** - Dije dejando claro que hacer aquello no era algo que me agradase a mí tampoco.

Opté por dejar sus partes más sucias para el final, pero sus pies quedaron para lo último del todo. Con cuidado, le fui ayudando a coger posturas para poder limpiarle el torso, los brazos, la espalda. Se notaba que estaba acostumbrado a moverse. Sus hombros eran rectos y firmes y no había ni un mínimo de exceso de grasa en su cuerpo. Cuando terminé con la parte superior, le sequé con la toalla y le ayudé a ponerse el dichoso camisón de campaña que no tapaba nada. Luego levanté las sábanas y le limpié las piernas, salvando la zona herida.

Y sin decir nada, comencé a sudar y a ponerme nerviosa al igual que mi rostro se enrojeció en el momento que tuve que meter la mano entre las sábanas y lavarle la entrepierna. La imagen de lo que ocultaba ahí vino a mi cabeza y sentí que de alguna manera no quería sacar la mano de aquel lugar. Pero solo pensar en ello, me hizo recular y limpié la esponja antes de secarle con la toalla y cubrirle con la sábana en silencio.

Luego pasé a limpiar su rostro y cabello, encontrándome un rostro más agradable que lo que la porquería me dejó ver inicialmente. Le sonreí, muerta de vergüenza y procurando no pensar más donde acaban de estar mis manos, para secarle con cuidado y tras enjuagar la esponja, encargarme precisamente de las manos del hombre. Finalicé con sus pies, los cuales sequé al terminar y le cubrí con la sábana por completo, dejándole tumbado de lado.

- Ahora que ya parece un paciente de verdad, le pondré el suero y la medicación. Tiene que estar deseando que se le alivie un poco el dolor. Pero tiene que prometerme algo. En cuanto empiece a dolerle de nuevo, dígamelo. No se haga el duro conmigo y sufra gratuitamente. Mientras pueda suministrarle analgésicos o antiinflamatorios durante las primeras horas, serán suyos. Ahora déjeme el brazo.

Con cuidado y con seguridad le coloqué el compresor, detecté la vena y le puse la vía enseguida. Conecté el suero a la misma y le quité el compresor tras abrir la botella. Luego cogí la jeringuilla y pinché en la goma cerca de la entrada de la vía y le suministré el analgésico. **- En menos de media hora notará el efecto. Si quiere puedo quedarme a su lado mientras tanto y... me cuenta que le ha pasado. Así no sentirá tanto dolor y para cuando se dé cuenta, no lo tendrá y podrá descansar. Yo recogeré todo esto luego, señor.**

Total, él era mi única prioridad y mi único trabajo realmente. Cuando se durmiese, iría a comer algo y prepararía todo para pasar las próximas horas a su lado. Tendría que hacerme con los medicamentos inyectables que precisase, yodo, gasas, vendas... todo lo que necesitase para asegurarme que no le ocurría nada malo, antes de que el capitán optase por cortarme el suministro y que mejor sitio para ocultarlo todo que bajo mi almohada, que estaría junto a la cama del soldado Rick. ¿O acaso era oficial y no me había dado cuenta?

Rick "Jester" Heatherly

La chica parecía animarse con mis comentarios, casi tanto como sonrojarse, lo que hacía que fuese todavía más hermosa. Quizás el estado en el que me encontraba, unido al hecho de que hacía mucho tiempo que no veía una mujer que no estuviese cubierta por pieles por todas partes y con el rostro quemado por el frío, hacía que su apariencia me resultase extraordinariamente refrescante y embriagadora, pero aunque en aquel momento no me diese cuenta, ahora podía decir, sin temor a equivocarme, que era mucho más que eso.

Jamás había visto a alguien como ella, ni una mujer me había causado tanta impresión como hizo Sarah, por su belleza, su determinación, y sobre todo, aquellas mejillas que se sonrojaban con tanta facilidad.

Obviamente, el capitán no opinaba como yo, pero ya no le respondí, pues no fue necesario. Él debía efectuar una salida honrosa para compensar su estupidez y cualquier cosa que dijese no haría sino empeorar las cosas, pero ya había dejada clara mi postura, y yo jamás me arrepentía de mis decisiones.

Cuando se hubo alejado, miré a la chica.

-Es todo un oficial y caballero, ¿verdad? Por eso yo jamás llegaré a ser oficial. Me temo que tengo demasiado genio -le dije. Ella me miró... y se disculpó por la palmada.

-Hágalo de nuevo. Me refiero a eso de llamarme Rick. Hacía mucho tiempo que nadie me llamaba por mi nombre. La mayoría de mis hombres suelen llamarme sargento, aunque algunos me llaman otras muchas cosas, pero desde que me marché de casa, nadie me había llamado Rick.

Esa enfermera parecía ahora más vulnerable que nunca y yo sabía de eso. Además, parecía recibir ataques por parte de todos, con frecuencia, por ser mujer y tratar a los heridos.

-Yo creo que lo ha hecho muy bien, así que no le dé más vueltas. Nadie me había dado nunca una palmada como lo ha hecho usted, Mac. Y sé que se ocupará bien de mí... y de todos los demás heridos -añadí rápidamente, para que no se me notara tanto que estaba encantado de que fuese a cuidarme.

La observé mientras desaparecía de la tienda, coloqué mis brazos detrás de mi cabeza, aunque tuve que quitarlos porque no había manera de descansar sobre mi trasero, así que tuve que volverme otra vez a colocarme de lado, mirando hacia el soldado que le había soltado aquella bordería a la enfermera.

-¿Está mejor de su inflamación, soldado, o necesita que vaya a extirpársela con un cuchillo? -le pregunté. El soldado me miró y desde luego, tuvo ganas de mandarme a visitar algún lugar exótico, pero se contuvo. Ahora que había visto mi rango, sabía a lo que se exponía -. **Me alegro. No me hubiera gustado tener que ensuciarme las manos.**

Cuando unos minutos más tarde regresó la enfermera, estaba intentando controlar el dolor como pudiera, y al verla, dibujé una sonrisa exagerada en mi rostro para compensarlo.

-Ah, Mac. ¿Dónde se había metido? Llevo horas esperándole -le dije, viendo que tenía un barreño con agua y una esponja. Eso me hizo sentir incómodo, porque una cosa era lavarme yo mismo y otra que lo hiciese una persona extraña, y por obligación. Entendía que una enfermera actuaba aceptando aquella clase de sacrificios, pero eso no me hacía estar más cómodo. Pero ella había recibido sus órdenes, por lo que intenté que al menos, le resultase lo menos violento posible -. **No se preocupe. Haga lo que tenga que hacer que no me quejaré.**

Antes incluso de que introdujese sus manos entre mis piernas, ya sentía de nuevo la sangre empujando en el interior de miembro, por lo que en ese momento, mi erección volvía a ser considerable. Era lo que tenía sentir el aire fresco y una mano delicada tocándote. Pude disculparme, o volver a gastar una broma, pero en aquella ocasión prefería mantenerme en silencio y cerrar los ojos hasta que hubo terminado, y solo los abrí cuando le tocó el turno a mi rostro.

Entonces, la miré frente a frente y me di cuenta de que era incluso más bella de lo que había pensado en un principio. Le sonreí de nuevo y aguardé a que terminara completamente.

-Bueno, antes también lo era, quiero decir un paciente, pero dejaré que me ponga lo que necesite. Se lo prometo... si me dice su nombre. Usted sabe el mío y eso de llamarle Mac es demasiado impersonal. Además, me parece que ya nos hemos conocido lo suficiente como para tutearnos, ¿no cree?

Colocó la vía con habilidad y rapidez y yo empecé a desear notar los efectos con mayor rapidez, pero podía esperar, sobre todo si se quedaba a mi lado. No deseaba pasarme de la raya, pero me gustaba el tono de su voz y las líneas de su rostro, joven, pero al mismo tiempo, endurecido.

-No quiero que tenga problemas por mi culpa, pero la verdad es que resultaría agradable tener a alguien con quien hablar. Ya no recuerdo la última vez que lo hice y no fue para dar órdenes. La verdad es que ha sido... muy duro.

Recuerdo que mi mente empezó a divagar sobre la batalla que habíamos vivido, el horror que habíamos pasado, incluyendo la muerte de la mitad de mi pelotón, y que terminé hablándole de mi vida personal, mi hermana, lo mal que lo había pasado cuando me marché...

Y antes de que me hubiese dado cuenta, me había quedado dormido mientras agarraba su mano, como un bebé en la cuna, al lado de su madre. Quizás todos los soldados necesitaban una mano amiga para poder descansar y recuperar parte de lo que habían perdido en la batalla, o simplemente para recordar por qué estaban allí, pero para mí fue algo más que una amiga. Me devolvió la esperanza en la raza humana.

Enfermera McDuncan

Me gustaba como Rick me miraba, atento y con respeto. Empezaba a pillarle sus bromas y vi como me defendía hasta del capitán, pudiéndose meter en un terrible jaleo por ello. Odiaba sonrojarme a cada momento, pero era algo que no podía controlar y seguramente él llegase a pensar de mí que era una estúpida. Pero fuese como fuese, ambos seríamos prisioneros el uno del otro al menos hasta que su herida se cerrase y no perdiese la pierna. Algo que no deseaba que ocurriese.

- Es un capullo. Después del ataque solo están él y el doctor con el mismo rango y claro, Smith quiere mandar sobre todo y todos, saltándose que es el doctor quien manda sobre su equipo y quien, aún siendo teniente, Smith no tendría potestad en esta parte del campamento. Pero... en fin... el ansia del poder supongo. - Suspiré después de ponerle al día con lo más importante que se cocía por allí. - **Y yo dudo que ascienda si quiera a cabo.** - Le sonreí. - **Las mujeres no pasamos de cadetes.**

Cuando me disculpé por la palmada y Rick dijo que lo hiciese de nuevo, volví a sonrojarme ante lo que me pareció una falta de vergüenza por su parte. Seguía sin estar acostumbrada a lidiar con aquellas cosas y esos temas me contaban. Pero pronto se refirió que le llamase Rick y de golpe me sentí como una tonta.

- Pe-pero yo soy cadete, señor... mi deber es llamarle por su rango. - Titubeé nerviosa. Se veía que necesitaba que le llamase Rick. **- Salvo que sea una orden, mi sargento.** - Fue la única manera que encontré para poder satisfacer su petición y de alguna manera, yo también encontrar un apoyo, un amigo allí, en medio de toda aquella pesadilla donde había aterrizado. Si me hubiese dedicado solamente a mis funciones de enfermera, ahora mismo no tendría ningún problema.

- Gracias señor, pero... ahora solo me dedicaré a usted. Ya no habrán más heridos para mí. Dudo que Smith transgreda, querrá darle una lección al doctor Palmer. - Le dije con cierta seriedad, ocultando que para mí iba a ser un alivio estar solamente con él, sin tener que aguantar al resto y que esperaba realmente que, hasta que no llegasen los médicos, no tuviésemos más problemas serios y que las enfermeras pudiesen encargarse de ellos.

Y con una tenue sonrisa y la promesa de que tardaría poco, le dejé solo descansando.

Sabía que había tardado más de lo previsto, pero calentar agua allí no era fácil. Aunque Rick había exagerado lo suyo también. Le sonreí al verle sonreírme y le reí la broma algo más relajada a su lado, aunque lo que viniese a continuación fuese algo complicado para ambos.

- Eso espero, porque si se queja por un baño, no quiero ni pensar que hará cuando le toquen las curas. - dije tratando de relajarme yo también un poco y le fui limpiando con suavidad... quizás demasiada, por lo que me encontré o más bien como me encontré aquello que ocultaba entre las piernas aquel hombre. Allí los movimientos fueron más bien rápidos y tenía claro que al primer gemido la mano iría fuera.

Fue un momento muy incómodo para mí y supuse que para él también pero era un tema que no debía tratar. No había hablado de sexo ni con mi marido, jamás lo podría hacer con un desconocido. Ese era el mundo en el cual vivíamos.

Finalmente me encargué de su rostro, el cual fui descubriendo poco a poco y con cuidado, como si no quisiera romperlo. Me llamó la atención su cicatriz junto al ojo, pero no me resultó desagradable al igual que su mirada, que me cautivaba cada vez que me miraba. Necesitaba el contacto humano desde hacía mucho tiempo y no me refería a sexo y menos aún a palizas, sino a sentir que no estaba sola y limpiarle así el rostro me hizo recuperar algo de eso que había perdido hacía ya tanto tiempo que no recordaba ni que existía.

Me sonrojé como una idiota con sus siguientes palabras, cuando me dijo que podíamos tutearnos pues ya nos habíamos conocido lo suficiente y la verdad es que después de ver su miembro antes de operarle en pleno apogeo y limpiarle bajo las sábanas tiempo después en la misma situación... - **Sarah. Me llamo Sarah.** - Le respondí a quien a partir de ese momento se convirtió en Rick.

Ambos éramos jóvenes, sobre todo yo y me resultaba más fácil entrar en la dinámica del tuteo. Además, necesitaba precisamente eso, alguien a mi lado, que no se riese de mí, sino conmigo. Así que tras ponerle la vía y la medicación, me senté a su lado en la cama. **- No tendremos problemas Rick. Los tendrán los dos capitanes, peleándose por mí y mi puesto. Yo debo obedecer a ambos y me han ordenado que me encargue de usted en exclusividad. El capitán Smith quiere demostrar que una mujer no sirve para mucho más de lo que le han mandado y prefiere que usted pierda su pierna y yo mi carrera antes que dar su brazo a torcer y yo le... te prometo, Rick, que eso no pasará.** - Y le sonreí y le cogí de la mano.

Necesitaba hacerlo.

Y comenzó a hablar hasta que se quedó dormido. La medicación había remitido su dolor y el cansancio había hecho lo suyo. Tal y como dije, recogí todo y antes de irme miré el suero que le quedaba. Aún tenía suficiente y no necesitaría mucho más o eso esperaba. Aún así, tras dejar lo que aún se pudiese reutilizar en la lavandería, me fui a por suero y medicación para él y por el momento la oculté bajo su cama mientras que dormía.

Luego me fui a mi tienda y cogí mi colchón de lana y mi juego de sábanas y mantas, junto con mi almohada y regresé junto al sargento, colocando todo junto a su cama, donde no molestase para el tratamiento pero estando pegada a él. Oculté las jeringuillas cargadas bajo mi almohada y tras ver que podría dormir a su lado, enrollé el colchón y lo dejé bajo su cama.

Rick aún descansaba cuando le trajeron la comida a los heridos y hablé con la enfermera que lo repartía. **- Para él nada por ahora.** - Le dije a la mujer. **- Pero esta noche le daré comida blanda.**

- Lo siento McDuncan. El capitán Smith nos ha prohibido hacer nada para él o para ti. Si quieres que coma, si quieres comer, tendrás que cocinar tú para ambos. ***Dice que tu sitio es la cocina, lejos de los heridos.*** - Eso dolió, pero lo que más dolía de verdad era saber que cocinaba tan mal que las palizas que me llevaba por parte de mi marido se debían precisamente por ello. El boicot sobre mí por parte de Smith estaba claro, pero me dolía que un hombre herido en combate pagase por ello. Esperaba que en la cocina al menos no me hubiesen limitado las cosas.

Y eso fui a comprobar después de ver a Rick dormir y descubrí que el muy canalla del capitán había ordenado que me diesen la comida que se estaba estropeando para alimentarnos a ambos. Entre que yo cocinaba mal y el alimento que me daba mi propio país... Apreté los puños con rabia. Pero quienes no estaban bajo las órdenes del capitán Smith, eran los rusos y se dieron cuenta de lo que pasaba con la comida. No me quedó más remedio que cocinar yo, pero al menos los productos eran de mejor calidad que los que me daban mi propio ejército.

Y Rick durmió todo el día y se bebió, literalmente, las dos botellas de suero que le puse. No podía levantarse a orinar así que nuevamente nos tocó pasar por otro momento de apuro a ambos. Luego le limpié las manos y me lavé yo después, para regresar con la cena para los dos. **- No se haga... no te hagas muchas ilusiones, Rick. Si ya de por sí la comida del cuartel el mala, la que preparo yo es peor...** - Le miré a los ojos, no bromeaba. **- ... varias palizas lo avalan.** - Le dije para que se diese cuenta de que era cierto. Él no sabía nada de mí y quizás era un buen momento para que al menos supiese eso.

- Tengo 21 años y me casé muy joven con el hombre de mi vida, pero tras la boda, perdió el trabajo, le dio a la bebida y mi vida se convirtió en un infierno. No le gustaba nada, ni como limpiaba la casa, como cocinaba y eso pasó a ser una paliza tras otra... así que me fui y me enrolé aquí, viniendo a Rusia para estar lejos de él, pero parece que caí en un lugar peor. - Dije mirando a mí alrededor. **- Hasta que llegaste tú.** - Y le sonreí con sinceridad.

- Así que si no te gusta como cocino, lo siento. No hay otra cosa. Nadie cocinará para nosotros, orden del capitán... - y dejé mi plato en la mesilla y saqué el colchón de lana de debajo de su cama y lo extendí en el suelo. **- Y ahora dormiré aquí también. Esto no es orden del capitán, pero si quiere que esté pendiente de ti 24 horas, es lo que tengo que hacer. Vamos, cena... antes de que se enfríe. Luego te pondré la medicación y te arroparé con otra manta o dos más. Aquí las noches son muy frías.** - Y yo iba a dormir sobre el suelo de tierra, separada de él por aquel fino colchón. Muy inteligente por mi parte. Y cogí mi plato, sentada sobre mi colchón y comencé a comer la sopa que había preparado para ambos. Estaba caliente y tenía algo de verduras y un huevo para los dos. Un verdadero lujo en aquel lugar.

No nos llenaría mucho, pero al menos entraríamos en calor y el sueño nos haría compañía pronto.

Rick "Jester" Heatherly

La chica parecía haberse animado algo con mis comentarios, aunque el hecho de que dudase tanto de ella, incluso para ascender, me hizo pensar que había recibido bastantes palos a lo largo de su vida, y que seguía haciéndolo, como había podido comprobar en aquel mismo lugar.

No era de extrañar que se mostrase tan dubitativa y emocional, lo que sin duda, le daba mucho más valor a todo cuanto hacía y había hecho.

Pero al menos, ya sonreía, y era una sonrisa hermosa, como una de esas que alguien que ha dormido bien te ofrece al despertarse, que anuncia el comienzo de un día maravilloso e inigualable, aunque después sea una auténtica mierda, y que gracias a la cual, puedes continuar adelante, aunque sea únicamente a causa de su recuerdo.

Sí, era una sonrisa que transformaba a los niños en hombres y a los hombres, en niños, como era mi caso.

-Eso cambiará, se lo aseguro, sobre todo si se trata de mujeres tan capaces como usted -le aseguré, dándole confianza, pero también el ánimo que sin lugar a dudas necesitaba para proseguir con su tarea.

Y es que era difícil olvidarse de la disciplina y la obligación cuando se estaba rodeado de oficiales imbéciles como aquel capitán, pero eso no significaba que los soldados, pues yo me consideraba uno, más allá del rango, entendiendo como tal a todos los que arriesgaban su vida en el barro y luchaban por sus compañeros, no pudieran encontrar arreglos para todos los problemas, más allá de las férreas normas militares. Aquella chica, Sarah, no se atrevía a llamarme Rick, cuando a mí el rango me importaba menos que un corta-uñas a un hombre sin piernas. Afortunadamente, su buen ánimo le permitió encontrar una salida alternativa, lo cual me enorgulleció bastante. Había logrado que se sintiese lo suficientemente cómoda como para, ella sola, ir más allá de lo que establecían las normas.

-Considérelo entonces una orden... Mac. Como vuelva a oírle llamarme por mi rango, o señor, le someteré a un consejo de guerra -le aseguré, con mucha seriedad, obviamente fingida.

El coche dio un pequeño salto, despertándome por un momento del ensoñamiento en el que me encontraba. Miré a mí alrededor y vi a ese Colton con gesto de aburrimiento y a Sarah en el asiento del pasajero. Sarah; ese nombre había estado prohibido para mí, puesto que siempre había que mantener el respeto propio de los rangos, pero afortunadamente, en el hospital, durante el tiempo que pasamos juntos, estuvimos muy por encima de aquello.

Cuando me dijo su nombre, estoy seguro de que ambos nos sentimos liberados, como quien se quita un corsé o una faja y puede por fin, respirar. Sabíamos que tarde o temprano tendríamos que volver a colocárnoslo, pero qué era eso comparado con la posibilidad de tratarnos como dos seres humanos durante el tiempo que estuviésemos juntos.

Nada. No era importante. Así que le sonreí al oír decirme su nombre, además de recrearme en la belleza del mismo.

Recuerdo que cuando volvimos a hablar, ella solo podía hablar de la comida, y yo me lo tomé a broma durante unos momentos, hasta que habló de las palizas. No lo entendía, pero por desgracia, tardé muy poco en hacerlo. Su historia no era la única, sino una más de tantas otras, sobre mujeres que se habían visto sometidas a imbéciles que solo eran capaces de demostrar su hombría, más bien su cobardía y miseria, golpeando a sus esposas. Yo mismo había tenido que intervenir en alguna de aquellas situaciones con otros compañeros, pero no había podido hacerlo tanto como me hubiera gustado. Y sin embargo, cuando dijo que todo había sido peor... hasta mi llegada, simplemente me quedé sin habla. Eso era algo que muy pocas veces me había ocurrido.

Tardé unos segundos en reaccionar y entonces, lo hice intentando no dejarme llevar.

Si yo fuese tu marido, no hubieras deseado marcharte, pensé en ese momento, dándome cuenta de hasta qué nivel estaba avanzando nuestra relación.

-Tu marido es un idiota -dije escuetamente, intentando zanjar una cuestión que me hacía sentir incómodo, aunque rápidamente, dispuse de la oportunidad para desviar la conversación **-. Sarah, confío en ti para la comida como para cualquier otra cosa, pero he de añadir que eres una amenaza. Si arropas igual que haces todo lo demás, no voy a querer marcharme de aquí jamás.**

Y me dejé entonces mimar por aquella joven insegura y ahora, más tranquila, la más bella criatura que había visto en toda mi vida, y de la cual, sin darme cuenta, me había enamorado perdidamente para el resto de mi vida.

Enfermera McDuncan

Cuando le dije que era lo mejor que me había pasado desde que llegué le noté que se quedaba bloqueado, hasta que me di cuenta de lo que había dicho. Debía explicarme. Pero él tomó la palabra antes.

- Mi marido es mucho más que eso, pero son palabras que una mujer no debe decir nunca. De nadie. Simplemente diré que no debió nacer nunca y que no quiero verle en lo que me queda de vida. - Mis ojos se llenaron de lágrimas por aquellos sentimientos enfrentados. De alguna manera aún le amaba pero él mismo me había expulsado de su vida. Y ahora tenía delante de mí a un hombre, cuya mirada me hipnotizaba y con el cual me sentía segura y a salvo aún sin conocerle de nada.

Me hubiese abrazado a él y roto a llorar, pero se montaría en el pabellón aparte de que la sopa iría al suelo y no estábamos para tirar la comida. Y sus siguientes palabras me hicieron sonrojarme de nuevo. Creí que John me había tratado bien durante nuestro noviazgo. Más que eso incluso. Que era atento y cariñoso y que sabía siempre que decir. Como se notaba que era una joven inocente por aquel entonces y aún lo seguía siendo, pero Rick me estaba demostrando que John no era nada comparado con él. Con su forma de hablarme, con su manera de tratarme... y con esas cosas que me decía que me hacía enrojecer a cada palabra que soltaba.

- *Ojalá te hubiese conocido a ti en lugar de a John.*

- Prueba la sopa antes de que se enfríe. Arropar no es lo mismo que cocinar y seguro que pierdo puntos con esto y lo mismo querrá marcharse antes del desayuno. - Le dije animándole a comer un poco, aunque había algo de temor en mi voz. Por dentro estaba muerta de vergüenza y de miedo. Lo habitual era que el plato de mi marido acabase volando hacia mí, diciéndome: "¿Qué clase de mierda es esta que me das? ¿Acaso me quieres envenenar?" y luego venían los agarrones del pelo o del brazo y... prefería no recordar lo demás.

Y lo peor era que estaba admitido por la sociedad. Eras la pertenecía de aquel hombre y podía hacer lo que quisiera contigo y no podías recurrir a nadie, porque a nadie le importaba aquello. Aunque parecía que a Rick sí.

- Respecto a lo que te dije antes... yo, creo que debería explicarme... - Dije nerviosa, acercándole el plato de sopa mientras se acomodaba. **- Me has visto y oído hablar ruso. Eso es porque desde que llegué, me sentí mejor con ellos que con los nuestros. Son... distintos, son más como tú... agradecidos. Ya de enfermera tuve problemas y ahora que soy las manos del doctor desde el ataque...** - Suspiré nerviosa. **- Da gusto hablar con un compatriota así... era... es lo que necesito.** - Le sonreí y al fin cogió el plato. **- Alguien que me devuelva la confianza que he perdido.**

Y acaricié su mano levemente al dejarle el plato, con suavidad. Necesitaba el contacto humano. Uno que no podía tener con nadie en aquel lugar, solo cuando llegase a casa. Que ilusa fui en aquel momento, cuando pensé que sería bien recibida en casa cuando volviese de la guerra. Pero eso sería más adelante.

Aún estando tan cómoda con él, no pude evitar romper a temblar y sentir miedo cuando le vi probar la sopa y cerré los ojos, a la espera de que acabase cayendo todo sobre mi cuerpo. Mi mente desató el resto de la pesadilla en unos segundos, dejándome en mi mente en un rincón de la casa, apaleada y llorando, sintiéndome sola y asustada mientras que John no paraba de pedir perdón y decirme cuanto me amaba, como cada vez que me daba una paliza como aquella.

Rick "Jester" Heatherly

La sopa estaba muy aguada para mi gusto, algo que entendía perfectamente, puesto que cocinaba para muchos y no había demasiado con qué enriquecerla. Pero a mí me daba lo mismo. Lo que necesitaba era algo ligeramente denso para llenar el estómago y que estuviese caliente para que mi cuerpo volviese a activarse, y con el primer sorbo, es justo lo que conseguí. Me agarré a esa sensación y dejé que se extendiera por todo mi cuerpo y después miré a Sarah.

-No vas a perder puntos por eso, tranquila. Es sopa y está caliente. No pido más que eso -le dije, lo cual era completamente cierto. Otra cosa es que fuese a un restaurante y me ofrecieran la sopa. En ese caso, creo que iniciaría un ayuno voluntario.

Pero allí la cuestión no era esa, sino conocer un poco más de aquella extraordinaria chica, que curaba y alimentaba a los enfermos, al menos a mí, y encima hablaba ruso. Eso no era una característica propia de alguien sin cerebro, sino justo lo opuesto, de una persona que deseaba mejorar y que tenía una enorme capacidad de aprendizaje.

-Si hay algo que caracterice a los rusos es que consideran a las mujeres tan fuertes y hábiles como a los hombres, de ahí que te traten con la camaradería que nuestros compatriotas te niegan. Aquí una mujer está luchando codo con codo con los hombres. En los "Estados", parece que solo servís para dos cosas, dos nada más. Me pone enfermo la hipocresía que tienen algunos. No hay soldados, cuando son capaces de luchar como cualquiera; no hay médicos, cuando tú misma has demostrado que tus manos sirven para curar; ni diplomáticos siquiera, no sé si es que pensarán... bueno, no sé si lo harán -expliqué tomando otro par de sorbos.

Pero entendía que quisiera hablar conmigo, antes que con un ruso. Era alguien que compartía una nacionalidad, una manera de vivir, y también alguien cercano. Yo también me sentía así.

Qué difícil era en aquellos días, hablar y confiar el uno en el otro sin conocernos, y sin embargo, conseguimos hacerlo, lo que le dio un nuevo valor a nuestra confianza. Los dos nos necesitábamos en formas diferentes, pero nos necesitábamos. Ella estaba falta de cariño y confianza, de un hombro en quien apoyarse y una mano que la sostuviera. Yo, en cambio, simplemente me había enamorado de ella en un flash y ahora no podía ignorarla. Algo en mi interior repetía que quizás fuese algo caprichoso, el acaramelamiento clásico de soldado-enfermera, pero al mismo tiempo, mi instinto gritaba algo diferente; de pasajero, nada de nada.

La caricia que me dio en su mano no me pasó desapercibida. Me hubiera gustado abrazarla, pero era obvio que no podía hacerlo, aunque cuando vi que temblaba, entonces me pregunté si no debía hacerlo.

¿Para qué están los amigos?, dijo Rick.

ES que tú no la quieres como amiga, replicó Jester.

En ese momento, todos oímos el sonido agudo de una bomba acercándose, lo que significaba que dentro de escasos segundos, explotaría, si no allí mismo, muy cerca del hospital de campaña, así que ahora sí, me abalancé sobre ella y la abracé con fuerza.

La bomba no nos dio de lleno, pero sacudió todo el lugar, haciendo que las camas de bambolearan de un lado a otro y que multitud de gritos se mezclaran con objetos cayendo al suelo.

-Vaya, esa ha estado cerca -pensé, separándome de ella y quedándome a escasos milímetros de sus labios.

Ay, cuántos años más tardaría en besarlos.

Enfermera McDuncan

- La sopa está caliente... mi marido tiene razón, no sirvo ni para cocinar. - Pensé al escuchar la opinión de Rick sobre la misma. La había cocinado para los dos, solo para nosotros. Nadie más en el campamento cenaría algo igual y solo saqué esa crítica. *- Esto es un error. Estoy poniendo demasiadas esperanzas en él.* - Me dije a mí misma haciéndome más daño que los comentarios y capulladas que me soltaban los soldados heridos.

- La verdad es que tampoco sabría en que gastar esos puntos. - Le respondí con cierta inocencia en mis palabras. Había sido yo quien había realizado el comentario inicialmente pero... sabía lo que pasaría. Se curaría y volvería al frente y no volvería a verle nunca más. Me estaba dejando llevar por lo que necesitaba y anhelaba y eso era peligroso.

Y se puso a hablar de los rusos y de cómo veían a las mujeres y a cada palabra suya asentía con la cabeza y le sonreía. Su mente estaba más abierta que la de la mayoría de los soldados que había conocido y sus ojos reflejaban la sinceridad de sus pensamientos. Ojos que me habían vuelto a hipnotizar y conseguir que le mirase como una tonta, dejando de comer la sopa.

Mi cabeza empezó a divagar, a verme con él paseando de la mano, en otro lugar, ir al cine juntos, conocernos más, sentir su cálido abrazo y, cuando estuviésemos preparados, sentir ese primer beso entre ambos. Pero no podía olvidar que yo estaba casada y, aunque no quisiera volver a ver a ese hombre, las normas del ejército eran muy claras al respecto. Yo podría ejercer de enfermera civil, porque eso no podrían quitármelo jamás. Pero él... se veía que llevaba en la sangre la vida militar y dudaba que lo llevase bien... y podría terminar como John, aferrándose a una botella, culparme a mí de todo y levantándome la mano, día sí, noche también.

No sabía que era peor, si el miedo o el deseo en aquel momento.

- Bueno, en mi caso, para una... - Le respondí cuando pude reaccionar. **- ... ya has visto que cocinar no es lo mío. Así que ya he perdido el 50% de lo que se espera de una americana media.** - Le dije con media sonrisa, en un tono que no quedaba del todo claro si era broma o lastimero. **- Pero me gusta tu forma de pensar y ver las cosas. Ojalá hubiese más gente como tú... pero como no es así, me alegro de haberte conocido Rick... y más aún de que me obliguen a estar a tu lado.** - Le sonreí tímidamente y sentí el rubor alzarse en mis mejillas, obligándome a apartar la mirada. Quizás me había excedido con esas palabras o veía en él a alguien especial.

Alguien capaz de darle una patada a la puerta de mi corazón y entrar en él de lleno.

Y en ese momento se escuchó cómo caía una bomba y miré a Rick con miedo. Pero él no dudó. Lanzó el plato de sopa y aún sigo sin saber cómo, saltó sobre mí, protegiéndome con su cuerpo y derramando mi sopa y la suya sobre mi cuerpo. Asustada y sobre el colchón de lana que amortiguó gran parte de aquel salto, a la par que empapada por la sopa, me abracé a Rick con todas mis fuerzas.

La explosión no se hizo esperar y mi cuerpo rompió a temblar con más fuerza. No sabía si era por tener a aquel hombre con aquel fino camisón sobre mí o por lo cerca que había caído, pues varias cosas cayeron al suelo por la onda expansiva. Y Rick se separó de mí cuando todo quedó en calma y le miré a los ojos. Sus labios estaban tan cerca de los míos que podía sentir su aliento en mi rostro. Los miré un instante, quería besarlos. Necesitaba besarle, pero... ¿y si me rechazaba?

Dudo que soportase esa vergüenza.

Acaricié su rostro mientras nos manteníamos así. ***- No hay uno sin dos...*** - Le susurré, dándole vía libre a que me besase. Y en ese momento sonó una segunda bomba cayendo y me aferré de nuevo a él con fuerza, hundiendo mi cabeza sobre su hombro y colocando mi mano sobre la suya, atrayéndole hacia mí. Esta vez sonó más lejana la explosión y a penas se notó.

- Deben estar intentando volar el puente que hay más adelante, para cortar los suministros que puedan llegar a la ciudad y al campamento. - Le dije a Rick. **- Se supone que hay un tratado donde no se pueden atacar las bases médicas y creo que la otra vez se equivocaron de coordenadas o el que dirigía el ataque era un malnacido y optó por bombardear esta zona en lugar del puente.** - No le soltaba, no le dejaba separarse de mí. Temblaba de miedo. Era evidente que no había entrado en combate nunca y que el bombardeo que sufrimos anteriormente me había dejado huella.

Instantes después, más tranquila, le fui soltando. ***- Si no te gustaba la sopa podías habérmelo dicho.*** - Le susurré nerviosa con una sonrisa al empezar a pensar en lo comprometido de la postura en el suelo. ***- No hacía falta que me tirases las dos encima.*** - Bromeé como pude. ***- Ya veré que puedo cocinarte mañana... y te dejaré solo con ello, así no me lo tirarás encima si no te gusta.*** - Quería quitarle hierro al asunto y más aún que olvidase la frase que se repetía en mi cabeza.

- No hay uno sin dos. - ¿Cómo me atreví a pedírselo así?

Las explosiones sonaron cada vez más lejanas. Algunos hombres llamaban a las enfermeras y yo tenía clara dos cosas: la primera que mi paciente estaba sobre mí y la segunda que no debía atenderles salvo que el doctor me diese una contra orden.

En ese momento se escuchó al gracioso de turno. **- ¡Mirad al sargento! ¡Ese sí que sabe y no pierde el tiempo! -** Y me ruboricé por completo y aparté mi mirada de Rick de nuevo. Las voces de algunos hombres alentando al sargento a seguir se oían sobre las peticiones de ayuda y yo me moría de vergüenza, porque me daba cuenta de que quería que pasase.

Sólo con él.

- Deberías volver a la cama y yo ver si se te ha saltado algún punto... - Le dije nerviosa entre las voces de los hombres. **- Luego iré a cambiarme y a ver si puedo secar un poco mi colchón... o dormiré sobre mojado esta noche. -** Me lamenté. Una parte de mí estaba feliz por el abrazo e incluso por aquel descubrimiento que me hizo desear a Rick. Por otro, comenzó la incertidumbre y el temor de que se enterase y o bien se aprovechase de mí y me dejase de lado o de que me rechazase. No sabía cuál de las dos opciones me dolería más al final.

Rick "Jester" Heatherly

Mi mandíbula se endureció al oír aquella manera de hablar que tenía de ella misma. Sentí ganas de decirle muchas más cosas de las que debía, y que sin duda podían ser interpretadas de manera equivocada. En más de una ocasión, por ser brutalmente honesto, me había encontrado con un "no te metas en donde no te llaman" o "por qué no te ocupas de tus propios asuntos", y lo peor no era lo que me decían, sino sus rostros, desfigurados por la rabia, que no era más que el reflejo de cómo se sentían en realidad: derrotados.

La bomba interrumpió cualquier posibilidad de que hablara, salvándome por el momento de meter la pata. Había un momento para cada cosa, y mi relación con aquella chica avanzaba a pasos agigantados, demasiado deprisa, como para que pudiera entender bien cómo era yo en realidad.

No podía solucionarle la vida en un abrir y cerrar de ojos, pero sí que podía estar a su lado para cuando me necesitara.

Cuando ambos nos miramos a los ojos, tras abrazarnos para cubrirnos, hubo un momento en el cual creo que los dos pensamos en dar el siguiente paso. Su mano acarició mi rostro y después de sus palabras, por unos segundos, recuerdo que me imaginé a mí mismo con ella, en otro lugar y haciendo otra clase de cosas, sencillas, como pasear, mirar escaparates y besarnos felices mientras veíamos como encendían aquel árbol de navidad gigante de Times Square. No sabía por qué, pero me había imaginado en esa época, quizás porque siempre me habían vendido que se trataba de tiempos para disfrutar de la gente a quien querías.

Pero fue solo un instante, porque otra bomba volvió a caer y a obligarnos a cubrirnos

-Seguramente- le respondí, de acuerdo con su apreciación **-**. **Los tratados se firman en papel mojado, Sarah. Lo único que importa en una guerra es ganarla y eso de no atacar heridos son tonterías para la gente de arriba. No para nosotros, que convivimos con el horror, pero para ellos sí, que solo ven números en un maldito informe.**

Mi ira no me permitió darme cuenta de que Sarah estaba temblando. Cuando lo hice, fue porque quería separarme de ella para volver a mirarla a los ojos y no podía; no me dejaba. En aquellos momentos solo pensaba en que podía tener miedo de que nos cayese una bomba encima, pero ahora, al recordarlo, pienso que también había otro elemento más. Soltarme equivalía a volver a su vida tal y

como era; yo representaba algo así como un oasis en mitad de su vida llena de maldad y desesperación. Quién no temblaría ante el temor de adentrarse en un desierto en el cual sabías que casi con toda probabilidad, no encontrarías agua.

Pero tonto de mí, solo lo relacioné con la caída de la bomba.

-Eh, no estés nerviosa. Esa ni tan siquiera nos ha rozado. Es verdad que tengo mucho magnetismo pero en este caso, intentaré no atraer ninguna más -bromeé.

Y ella bromeó entonces con la cuestión de la sopa, que habíamos derramado por todas partes.

-Pues ya ves. Yo había decidido bebérmela de un trago, solo que no especifiqué por dónde -repliqué, echándome a reír **-. Lo de mañana que sea sólido, por favor, por si siguen cayendo bombas.**

Era fácil hablar con Sarah, aquella chica que estaba tan necesitada de alguien que hablara con ella y la ayudase en los malos momentos. Ella no necesitaba un amante, sino un amigo, pensé. ¿Cómo podía haberme atrevido a pensar aquello? Recuerdo que me tildé a mí mismo de egoísta y me prometí que no iba a volver a ocurrir. No podía dejar que mi instinto venciese a mi humanidad.

Por supuesto, mientras todo aquello ocurría y mis pensamientos bullían en mi cabeza, saltó el soldado de turno, con las tonterías de costumbre. En otra circunstancia, no me habría molestado, pero teniendo en cuenta lo frágil que estaba Sarah, me lo tomé muy en serio.

-Soldado, cierre la boca si no quiere que lo haga yo con una de mis botas de reglamento -le dije, haciendo que sonara como una orden, lo que era justamente.

Pero ya era tarde. Sarah se apartó de mí y se puso en pie, nerviosa por la situación que se había creado.

¡Malditos niñatos!

-Lo que debería hacer, Sarah, es descansar un poco y no dejar que estos imbéciles le hagan sentir mal. Son buenos chicos, pero eso no quita que de vez en cuando, haya que leerles la cartilla. Así que a descansar, enfermera. Yo la esperaré aquí a que vuelva.

Esperaré a que vuelva...

Aquellas palabras sonaron premonitorias, aunque yo no lo supiera. Esperar a la persona que amas es lo más duro del mundo, más cuando sabes que jamás lograrás tu objetivo. Yo en aquel momento, había decidido ayudar a Sarah en todo cuanto pudiera y dejar de lado lo que sentía, porque lo más importante era comportarme como un ser humano. Recuerdo pensar en ello, mientras las bombas continuaban cayendo a nuestro alrededor y yo cerraba los ojos para intentar dormir otro poco.

No sabía que en poco tiempo, todo el lugar se iría al infierno.

Enfermera McDuncan

Escuché al sargento hablar sobre las normas no escritas de la guerra y me hizo sentir mal. Creí que había tenido suerte con el destino, estando en un campamento hospitalario donde supuestamente los ataques estaban prohibidos y no en uno al frente, que era siempre un claro objetivo estratégico. Pero oír aquello me entristeció. **- Yo creía...** - Comencé a decir buscando las palabras adecuadas. **- ... creía que lo peor ya lo había visto... fue aquel día que vi como traían a los primeros heridos recientes de un ataque, llenos de sangre, llorando como niños y algunos con sus miembros amputados, mezclados con los que no habían logrado sobrevivir al viaje.**

Seguía temblando y más al recordar aquello, pero ya me había acostumbrado a ver las vísceras de un hombre, al olor de la sangre y de la muerte, a la gangrena y a realizar yo misma las cirugías. **- Pero sin duda lo peor fue el bombardeo de hace unos días. Ver como todo explota a tu alrededor, no saber hacia donde moverte... no saber si moverte es bueno o malo. Ver como gente sana muere por una explosión... y cuando pasa todo eso, encontrarte prácticamente sola, con todo lleno de heridos.**

» Tener que hacer triaje y dejar morir a médicos competentes que nos hubiesen servido de mucho, para salvar a soldados que no nos valían de nada... por unos morirían sí o sí y los otros podían salvarse. Encontrarte que el único médico había perdido los dedos... que los altos rangos habían fallecido todos en los primeros ataques, pues tenían una reunión y solo se salvaron los dos capitanes. Uno por estar atendiendo a un herido y otro por andar imponiendo un castigo a dos solados... y cuando estabilizas todo, cuando mis manos, guiadas por el doctor, logran suturar y salvar vidas... te encuentras con este agradecimiento. - Dije claramente refiriéndome al trato que me daban los soldados heridos o el mismo capitán. **- Luego nos movimos aquí...**

Y hablaba temblorosa y asustada, sin soltar a Rick, liberando por fin aquello que guardaba dentro.

Cuando bromeó sobre la bomba, inicialmente me lo tomé como si hablase de las mujeres y que yo era la única. Pero al repetirme esas palabras y su "ni tan siquiera nos ha rozado" me di cuenta de que era de la bomba de lo que hablaba. Cerré los ojos, decepcionada por interpretar mal las cosas y no dejé que me viese el rosto, nuevamente colorado por la vergüenza de mis propios pensamientos, para en un acto involuntario y reflejo, seguramente deseado, acariciarle la cabeza con suavidad. ***- Gracias por protegerme y casi salvarme la vida.*** - Le susurré. ***- No lo olvidaré jamás.***

Rick reaccionó bien a la broma de la sopa y reí antes de contestarle. **- Sí, claro. Para que me lo lances a la cabeza y me hagas un chichón o peor aún, una brecha.** - Volvía bromear, liberando tensión y aflojando cada vez más mis brazos de su cuerpo. No quería separarme de él. Hacía tantos años que no estaba así de a gusto con nadie que simplemente me hubiese quedado así, con él sobre mi cuerpo y abrazados, hablando y riendo durante toda la noche y el día siguiente.

Pero todo tenía un final y no estábamos solos, así que el soldado bocazas se encargó de estropear todo aquello y hacerme moverme muerta de vergüenza. Tanto que me costó mirar a Rick en un rato. Y en ese momento su trato cambió. Ya no me tuteaba aunque sí usaba mi nombre. Y sus palabras sonaron a orden. Pero había olvidado una cosa. Él era mi paciente y era yo quien decidía quien de los dos descansaba y quien no.

Y cuando le vi meterse en la cama para intentar quedarse dormido, negué con la cabeza. **- Lo siento, sargento. Como la persona que está a cargo de su salud, soy yo quien dirige esto. Cuando tenga el alta, podrá mandarme a descansar... que por cierto, le recuerdo que lo haré en este colchón lleno de sopa que está extendido sobre su catre.** - Le dije con voz firme y una seguridad que no había visto en mí nunca. Quizás era así porque sabía que él me respetaría y que con los demás no funcionaba y por eso me dejaba pisotear.

- Así que, tal y como le dije, ahora procederé a verle las heridas, por si en su heroico acto, se le ha saltado algún punto. Luego le suministraré la medicación por la vía, para que el dolor le deje descansar. Recogeré esto, me cambiaré y si veo que no necesita nada más, me acostaré a su lado. Pero tenga en cuenta una cosa. - Me acerqué a él un poco para susurrarle aquellas palabras. ***- Si le despierta el dolor, despiérteme y le inyectaré más medicación. Como le dije las primeras veinticuatro horas son las peores, Rick.*** - Y me separé de él. **- Y ahora déjeme hacer mi trabajo, ya le tocará mandarme cuando le toque hacer el suyo.**

Y no le quedó más remedio que dejarse mirar. Al menos no tenía nada grave. La gasa que puse de drenaje seguía soltando sangre y le limpié la pierna tras cambiarle el vendaje que se encargaba de absorber esa sangre. Luego le puse el antibiótico y el antiinflamatorio, sabiendo que el analgésico tendría que inyectárselo en un par de horas al menos. Ya me encargaría de hacerlo sin que se despertase, porque lo que necesitaba aquel hombre era descansar.

- Ahora sí, descanse Rick. Yo no tardaré en volver y espero que esté dormido para entonces. - Y miré la hora y vi que las luces no tardarían en ser apagadas en la tienda. Así pues, recogí los dos platos de metal y los cubiertos y me los llevé a lo que se usaba de cocina. Habíamos desplazado el campamento y algunas cosas estaban aún por terminar de montarse.

Fui a la tienda que compartía con más enfermeras donde el hueco del suelo donde estaba mi colchón estaba vacío. Los catres que pudimos rescatar se usaron y dieron prioridad para los heridos, luego los oficiales... las enfermeras, las últimas. Me cambié el uniforme y dejé el mojado en mi sitio, ya lo lavaría al día siguiente.

En silencio regresé a la tienda de los heridos. La luz ya estaba apagada y algunos roncaban después de haber sido atendidos por las enfermeras. Me acerqué a Rick y le observé durante unos segundos. - *Ojalá me vieses como yo te veo ahora.* - Pensé para mí. Sus ojos estaban cerrados y su respiración parecía profunda. Pero con aquella escasez de luz podía estar equivocada. Le arropé bien y le puse otra manta por encima. Luego acaricié su cabeza con suavidad y ternura, algo que no me atrevería a hacer estando despierto a partir de aquel momento, porque le sentí dentro de mi pecho. Besé su frente. ***- Gracias por estar aquí.***

Tras aquel susurro, que salió directamente de mi corazón, me tumbé en el suelo, sobre mi colchón mojado, no sin antes poner una manta sobre él. Luego me cubrí con el resto de ropa de cama tras quitarme los zapatos y la cofia y cerré los ojos. Tumbada de lado, me abracé a la almohada y comencé a temblar de nuevo, esta vez era el frío. No me acostumbraba a él. Por mucha lana que tuviese el colchón, la tierra estaba fría y húmeda y calaba. Sabía que era cuestión de tiempo que todas las enfermeras acabásemos con neumonía por aquello, pero no podíamos hacer nada. No había catres para todos, ni material para aislarnos del suelo.

Una parte de mí estaba feliz por tener a Rick a mi lado, pero a la vez la desdicha se había apoderado de mí. Estaba loca por él y sabía que jamás habría nada entre nosotros. Ningún hombre se fijaría en una mujer que hace cosas de hombre y luego estaba la guerra. Su estancia allí sería pasajera, como la de los demás y cuando se recuperase... - *Cuando se recupere no volveré a verle...* - Y rompí a llorar en silencio, mientras mi cuerpo temblaba de frío en el suelo.

Rick "Jester" Heatherly

Recuerdo como si estuviese hablando de ello en aquellos momentos, a Sarah describiendo los horrores de la guerra, algo que todos habíamos experimentado y que continuaríamos haciéndolo, porque a pesar de que cada uno de nosotros lo vivía de una manera diferente, el resultado siempre era el mismo, el de la destrucción de los corazones y a menudo, de todo cuanto había de bueno en nuestras vidas.

No podía hacer otra cosa que asentir, aunque instintivamente, sostuve su mano, ignoro si para consolarla a ella o a mí mismo, porque tan duro resultaba ser partícipe del sufrimiento como observador. En la guerra no había testigos indiferentes, pues todos terminábamos, de una manera u otra, por recoger el testigo de las devastadoras consecuencias. Nadie podía escapar a eso; nadie, ni el más duro de los soldados, ni el más ingenuo de los seres humanos.

En el caso de Sarah, se había unido un crecimiento profesional acelerado, obligado por la circunstancias, pero tampoco eso me resultaba desconocido. Había visto como soldados sin experiencia, acababan por coger el mando de sus propios pelotones, tras la caída, uno tras otro, de los oficiales que las mandaban originalmente y marchaban después en la cadena de mando. Era lo que tocaba, decidir sobre la vida de otros y rezar para no flaquear en el camino. Muchas veces me había preguntado hasta cuando resistiría el espíritu humano aquella batalla contra nosotros mismos. La respuesta siempre era que la maldad humana no tenía límites.

Lo único que necesitaba aquella chica era algo de comprensión hacia su situación y el ser tratada como se merecía, por sus esfuerzos, por las dificultades que se había visto obligada a superar, y porque todo ser humano debía recibir camaradería, y no insultos o burlas, por parte de otro, mucho más, en nuestro trabajo.

A veces las bromas eran la única defensa que teníamos para no caer en la más profunda desesperación y afortunadamente, parecía estar funcionando con ella.

-Me gusta verla reír, Sarah McDuncan. Hace que crea todavía en que hay cosas buenas en este mundo, algo de lo que he dudado en más de una ocasión.

Eso le permitió recuperar su seguridad y volver a ser la enfermera.

-Sí, señora. Dejaré que revise mis heridas y le haré caso en todo cuanto diga, señora -le aseguré, sonriendo ligeramente **-. Pero si lo que quería era volver a mirarme el trasero, solo tenía que pedirlo.**

Obviamente, le guiñé un ojo, antes de girarme para ponérselo fácil, y no volvía decir nada hasta que no hubo terminado.

-Por favor, Sarah. Procura descansar tú también -le dije justo antes de que se fuera. En verdad, me importaba y me dolía verla de aquella manera, intentando no caerse a pedazos mientras hacía algo que muy pocos podrían hacer en su misma situación.

No sé cuando me desperté, pero al hacerlo y mirar a mi alrededor, tardé en darme cuenta de en dónde me encontraba. Los gemidos de dolor me devolvieron de nuevo al hospital de campaña y al mirar a mí alrededor, en la oscuridad, mis ojos apenas pudieron distinguir gran cosa, hasta que vieron a Sarah en el suelo, al lado de mi colchón. Aquello me parecía una aberración, pero me di cuenta de que

seguramente, faltarían camas. La pobre debía estar exhausta y parecía dormir profundamente, lo que no le impedía temblar de vez en cuando. Quizás fuese porque hacía un frío de mil demonios en aquel asqueroso país, o porque su cuerpo ya no daba más de sí. En cualquier caso, yo tenía una manta de más. Me dolían las heridas, pero después de haber descansado unas horas, las que fueran, podía permitirme el lujo de dejarle una, así que eso fue lo que hice. Me quité la manta, que seguramente ella misma me habría puesto, y se la coloqué a ella sin hacer un ruido. Con gusto me habría tumbado a su lado, abrazado y besado, dándole el calor que necesitaba, pero dudaba que pudiera bajar y mucho más, que ella al darse cuenta, fuese a quedarse sin decir nada.

Puede que primero me abofeteara y después me subiese a rastras a la cama, o al revés, o que me abofeteara antes y después, solo por asegurarse de que había entendido el mensaje.

Así que me conformé con aquello. Me parecía un ángel, y mientras pudiera conservarlo, el mundo sería un poco mejor. Después, volví a echarme, sin apartar la mirada de ella. Casi no deseaba recuperarme y dejarla en aquel hospital, en el que todos eran tan simpáticos y agradables. Debían dar gracias por tenerla y en lugar de eso, la trataban como el cabrón de su marido, igual que si fuese un mueble.

De tenerlo delante, le habría roto los dientes y cualquiera que se hubiese salvado, se lo habría hecho tragar por la nariz, pero eso ahora no importaba puesto que ni siquiera estaba seguro de que volviésemos a casa. Aquella guerra no tenía ningún sentido y no respetaba a nadie, por lo que bien podía ser que aquella noche, fuese la última para nosotros.

No, no lo sería, pero el infierno se acercaba a nosotros, aunque lo ignorásemos. Pero al menos, aquella noche, descansaríamos. Sin darme cuenta, volví a quedarme dormido, mientras mi brazo, estirado, acariciaba su dulce rostro.

Enfermera McDuncan

Las palabras de Rick me hicieron sonrojarme y dejarme tan cortada que no tenía respuesta para ellas. Sobre todo cuando me dijo lo del trasero, porque en parte no se equivocaba. De hecho estaba segura de que esa noche soñaría con él y más de una parte de su anatomía.

Desperté con el habitual toque de corneta, el indicativo de que todos debíamos levantarnos y ponernos a trabajar, dándome cuenta de que había logrado dormir de un tirón, lo que significaba que Rick había pasado toda la noche sin analgésico alguno. Eso me tenía desconcertada. Normalmente el frío me despertaba y no me dejaba descansar en condiciones. Pero no se daba el caso, esta vez no... y pronto me di cuenta del motivo: tenía una manta de más. No tuve que pensar demasiado para saber quien había sido. Nadie se había preocupado por mí nunca antes en aquel lugar y la verdad es que, a pesar que deseé despertar con él pegado a mí, dándome calor con su cuerpo, sonreí por su gesto.

Me hubiese quedado más tiempo sobre esa cálida cama. Pero la medicación de Rick no podía esperar y tenía que prepararnos el desayuno a ambos. Además, la vida militar y en plena guerra era así. Me estiré como un gato y salí de la cama, me calcé y me puse la cofia, mirando que mi uniforme no estuviese demasiado arrugado, me puse en pie y observé a Rick. Sin duda el toque de corneta le había despertado pero sentía esa necesidad tan grande de tocarle que puse mi mano con cuidado sobre su frente.

- Buenos días. Parece que no tienes fiebre, esa es muy buena señal. - Le susurré con cara de sueño y sin duda alguna completamente despeinada. Pero mi aseo personal podía esperar un poco más y la felicidad se reflejó en mi rostro al comprobar que no había fiebre con mi mano. ***- Lo siento, anoche no me desperté... alguien veló por mi sueño y consiguió que durmiese por primera vez sin frío y del tirón.*** - Le sonreí agradecida viendo que le faltaba una manta. ***- Gracias. Hacía mucho que nadie tenía un detalle así conmigo.***

Miré las jeringuillas y cogí una de ellas. ***- Es analgésico, el que debí ponerte anoche. Si tienes frío tengo mantas de sobra y si necesitas orinar, tengo la cuña debajo de tu cama. Tranquilo, esta es solo para ti y sé que es un incordio, pero al menos tendrás que estar una semana en cama. El baño está lejos y para ir tendrías que vestirte, así que estás confinado durante una semana a este sitio. En cuanto esté segura de que puedes empezar a caminar, te dejaré que te muevas por aquí, pero nada de salir fuera. Yo si fuese tú aprovecharía esta semana sin moverme de la cama, a saber cuándo te verás en otra igual y en la que te estén cuidando.*** - Le sonreí a pesar de que sabía lo incómodo que era la cuña, como el dichoso baño. Al menos allí por el frío, se les bañaba cada tres días, salvo que apestasen por algo. Y le dejé elegir si quería usarla ahora o esperar.

Y cogí su mano con suavidad, para destaponarle la vía y meterle la medicación. Mientras le sostenía la mano, se la apreté ligeramente, como si necesitase saber que estaba ahí, que todo aquello era real. Al separarme de él, dejé que mis dedos le rozasen la mayor parte de tiempo posible mientras me hacía la distraída con la jeringuilla para meterla en uno de mis bolsillos.

- Voy a ver el sangrado de tu pierna. - Era habitual que los hombres despertasen con una erección matutina, pero yo no recordaba en aquel momento la longitud que podía encontrarme, hasta que miré hacia abajo y me encontré la sábana levantada. Con toda la naturalidad que pude, poca dadas las circunstancias porque ese hombre me atraía como un imán al metal y había logrado despertar el deseo en mí, tiré de las sábanas y las mantas por los pies, por la pierna afectada y la subí hasta medio muslo, donde tenía el vendaje y el drenaje.

La sábana bajera, a pesar del refuerzo que le puse, se había manchado de sangre pues había calado el vendaje que debía contener aquella sangre. ***- Te dejaré la vía unos días más e iré a por un poco de vitamina K.*** - Y es que era demasiada sangre para mi gusto la que había perdido. O quizás me estaba dejando llevar por lo que empezaba a sentir por él y me preocupaba en exceso. ***- Voy a cambiarte el vendaje y la sábana para que no se enfríe la pierna y te dejaré dormir hasta el desayuno.***

Y le quité la sábana que había doblada bajo su pierna, la cual tenía bastante sangre y me agaché y cogí la mía, la doblé y se la puse bajo la pierna. Luego le retiré el vendaje puesto para el drenaje y le puse uno limpio, para taparle de nuevo y asegurarme de que las sábanas y las mantas le tapaban bien para que no cogiese frío.

Después recogí el resto de mi cama, lo doblé y lo metí bajo la suya, para que no molestase ni lo pisara nadie. Cogí la tela sucia y le miré antes de irme. ***- Descansa, Rick. Quiero verte caminar en breve. -*** Y le dediqué una dulce sonrisa, cargada con la timidez de imaginarme besándole antes de salir de allí, no sin antes ponerme el abrigo para encararme con el frío del exterior.

Rick "Jester" Heatherly

Desperté con la dulce melodía de la voz de Sarah cerca de mí. Antes de abrir los ojos, sus palabras, que no eran tan importantes como todo el sentimiento que las acompañaba, me hizo sonreír, así que para cuando los abrí, ya me sentía como si me encontrase en el séptimo cielo.

-Buenos di... aaaah -me quejé. Sin darme cuenta, me había movido más de lo debido, como haría habitualmente, de no tener herida alguna en mi cuerpo, y claro, no tarde mucho en darme cuenta -. **No te preocupes. Parecías necesitarlo mucho más que yo.**

A veces algo tan sencillo como una manta, podía ayudar a recuperar la confianza en uno mismo. No supe que decir ante el comentario de Sarah, porque ella se merecía eso y mil cosas más, y era una lástima que el tío con quien se había casado, no supiera entenderlo.

El dolor estaba empezando a ser un poquito mayor de lo que yo había esperado, pero Sarah fue diligente y me puso un analgésico en cuanto pudo, antes incluso de preocuparse por ella misma.

-La verdad es que me gustaría ir yo mismo, pero mucho me temo que no me dejarás que me levante, así que tendré que usar eso -le dije, alargando una mano para que me lo diese. No estaba preocupado porque lo usara alguien más; había estado en sitios infectos y había sobrevivido; había meado de pie, tumbado, sentado, en parejas y en grupos, así que no era algo con lo que tuviese problema. Pero no lo había hecho delante de una desconocida. Claro que a aquellas alturas, Sarah no lo era en absoluto -. **Te haré caso, no te preocupes.**

Sin más miramientos, cogí el miembro, lo saqué al aire y empecé a orinar ruidosamente en la cuña. Esperaba que ella se volviese, pero reconozco que en aquellos momentos, no era lo que más me preocupaba. Una vez hube terminado, se lo entregué a Sarah.

-Muchísimas gracias, de veras. No es el mejor trabajo del mundo, pero si te sirve de algo, te estoy muy agradecido.

Lo demás fue bastante rutinario, aunque dentro de lo que se suponía debían ser las indiferentes atenciones de una enfermera, sus manos parecían acariciarme de una manera, que tenía que hacer esfuerzos titánicos para no mirarla como si estuviese a punto de devorarla. Tampoco quería que mi miembro volviese a reaccionar como lo había hecho el día anterior; control, control. Esa era la palabra clave.

Pero el control se iba a la mierda en cuanto tiró de las sábanas. Entonces, volvió a despertar y yo volví los ojos, deseando que ella no se diese cuenta.

Empezaba a ver que no estaba tan enfermo como creía si sentía aquellas ganas irresistibles de estar con ella, o también que ella era tan especial, que incluso estando herido, era capaz de despertar en mí el deseo más irrefrenable. Las dos opciones me resultaban válidas, aunque tengo que reconocer, que sopesaba principalmente la segunda, puesto que cada vez que miraba a Sarah, me parecía especialmente hermosa, como un sueño de esos que sabes que no es real pero del cual no estás dispuesto a despertarte nunca.

-Ah, desayuno. Supongo que no habrá sopa, ¿no? -sonreí. El asunto de la sopa podía dar para mucho -. **Dime, Sarah, ¿podría... invitarte a desayunar?**

Quizás me estaba extralimitando, pero dado que parecía estar a gusto en mi compañía y yo en la suya, no deseaba desaprovecharlo. Encontrar a alguien con quien sentirme bien no era nada fácil y menos aún, con una mujer como ella, tan especial.

-Si te soy sincero... no estoy seguro de querer recuperarme -le dije entonces, lamentando que dentro de poco, tendría que irme de allí y dejar de verla y hablar con ella.

Enfermera McDuncan

Ante el quejido de Rick al despertar no pude evitar poner un gesto de preocupación en mi rostro y tomarle de la mano. No sabía cuál de las dos heridas le estaba doliendo y por proximidad y tentación, se me antojaba más presionar la de su trasero. Por eso tomé su mano y opté por no hacer nada más hasta que dejé de sentir la presión en la misma.

- Sí, bueno... necesitaba eso y muchas más cosas. - Le susurré, no queriendo ni que los demás me escuchasen ni despertar a nadie si se habían vuelto a dormir. Y mientras le decía esas palabras, la imagen de dormir abrazada a él volvía a mi cabeza. Hubiese sido una noche perfecta. Pero no podía ser.

Nunca ocurriría.

Cuando me pidió la cuña, no dudé en sacarla de debajo de la cama. Lo normal era colocarla debajo del paciente y que hiciese sus cosas en ella, no que la cogiese y... - *¡Oh! ¡Dios mío!* - Pensé al verle sacarse aquello de entre las piernas. ¡Si en ese estado tan mustio era como la de mi marido en erección! Me puse colorada al verle y le di la espalda, esperando a que terminase y tratando de borrar de mi mente las erecciones del día anterior.

Entendía perfectamente lo que le pasaba. Era un hombre que llevaba mucho tiempo en las trincheras, seguramente sin una mujer y cada vez que le tocase una pues... Lo había visto tantas veces... Al principio me asustaba creyendo que era por mí, pero con el tiempo vi que ocurría con cualquier enfermera, así que, simplemente era cosa de ellos. Cuando terminó esperé a que me dijese algo para coger la cuña y vaciarla fuera, en cuanto saliese y limpiarla.

- Me sirve de mucho, Rick. Te agradezco las palabras más de lo que crees. - Le sonreí tímidamente. Quizás debí dejar la frase ahí, pero me daba suficiente confianza como para contárselo. **- Al menos una persona, bueno, realmente dos, pues el doctor que viste sin manos es la otra, valoráis mi trabajo y para alguien a quien han estado años golpeando y diciendo que no vale para nada y... aún lo cree... es mucho.** - Mi sonrisa seguía, pero se distinguía un gesto amargo y de dolor tras ella. **- En fin. Creo que ya te he aburrido suficiente como para que te duermas.** - Le dije dispuesta a marcharme.

Y entonces soltó lo de la sopa y me hizo reír de nuevo y mirarle como una tonta. Si no estuviese casa, si su estancia allí no fuese temporal y si él me viese igual que le veo yo, como lo que estoy empezando a sentir cada vez con más fuerza por él... le hubiese besado en ese momento solo por lograr hacerme reír de nuevo. Pero no era así. Además, cuando se recuperase, él sería un sargento y yo una cadete. Las normas del ejército estaban claras.

No había nada que hacer salvo disfrutar de él y procurar no enamorarme, porque veía que lo estaba haciendo y lo iba a pasar muy mal y me dijo lo de invitarme a desayunar, poniéndome colorada con aquella petición. **- De menú tenemos café sólo con pan de ayer y dudo que haya cambiado en estos días. No es sopa, pero si es líquido. Si prefiere café con leche podría ir a ver a los rusos. Fueron quienes me dieron el huevo para la sopa de ayer... de hecho, puede que tengan preparado *grenki*.**

» Verás... yo les atiendo cuando me necesitan, hago de traductora y siempre me han intentado pagar con alimento. Algunas veces he tenido que cogerlo por compromiso, pero esta vez, como es para ti y para mí... - Le sonreí. **- Así que sí, acepto tu invitación a desayunar, yo me encargaré de traerlo todo y si te gusta el dulce, el *grenki* te gustará. No es nada del otro mundo, pero mejor que el pan del día anterior sí.**

Y cuando estaba lista para irme, me soltó aquella bomba. Ya tenía la cuña en mi mano y las telas con la sangre y lo dejé todo en el suelo, para sentarme junto a él en la cama. Le tapé bien con las mantas el pecho y acaricié su rostro. ***- A mí me va a costar verte marchar, eso te lo aseguro. Te puedo asegurar y eso que no te conozco casi, que serás el único, junto al doctor, que me deje huella de todos los militares de nuestro país que han pasado por aquí. Y cuando digo huella, me refiero a positiva. Para malas, solo tienes que mirar a tu alrededor. Pero te diré lo que va a pasar. En unos tres o cuatro días, podré quitarte el drenaje y darte un par de puntos de nuevo. En una semana, podrás empezar a caminar y podré retirarte los primeros puntos.***

» Pero esto no es como un hospital civil, donde se manda el paciente a casa cuando puede empezar a moverse... no podemos mandar a nuestras tropas al frente cuando aún cojean y no se han recuperado. A los diez días, no deberías tener ningún punto ya y durante ese tiempo irás caminando cada vez más, pero con cojera. Hasta que te consiga una muleta, necesitarás apoyarte en alguien para moverte. La herida de tu muslo es profunda y cada cuerpo tiene un tiempo de recuperación. Tendrás que hacer ejercicios con la pierna a diario y sólo cuando veas que puedes caminar bien y empezar a correr, te daremos la patada en el culo y te irás de aquí. No vas a estar una semana, calcula quince o veinte días antes de volver al combate y convertirte de nuevo en mi sargento. - Y para cuando acabé con toda aquella charla me di cuenta de que le había cogido en algún momento de la mano, ¿o había sido él? No imposible, debí ser yo, porque se la estaba acariciando con ternura con mi pulgar.

- Y ahora descansa. No te vas a librar de mí tan fácilmente, Rick. Cuando vuelva será con el desayuno y a tiempo para ponerte el resto de medicación. Cuanto más duermas y reposes, antes podremos pasear por la base. - Le susurré y me sonrojé cuando se me

escaparon aquellas palabras. ***- Ya... ya sabes... la rehabilitación.*** - Le dije nerviosa y me levanté de la cama. Esta vez sí cogí las cosas y salí de allí.

El aire frío del amanecer fue una verdadera bofetada para mi rostro y me hizo despertar, recordándome a mi misma que para Rick solo sería una amiga, si es que llegaba a eso. Pasé por lo que en aquel momento era la lavandería, aún en construcción y dejé las sábanas sucias y las vendas creadas a partir de sábanas en remojo. Luego fui a los baños, donde vacié la cuña, la limpié y me encargué de mi aseo personal.

Con la tontería de conseguir el *grenki* junto con el café como lo pidió Rick, limpiar mi uniforme y conseguir la vitamina K, se me pasaron las dos siguientes horas voladas. De hecho tuve suerte y los rusos me dijeron que pasase a la hora de la comida, pues les conté que me había ocurrido y me dijeron que tendrían listos para los dos *shashlik*. Unas brochetas de carne y verduras y la carne roja le vendrían de perlas a Rick para recuperarse.

Antes de regresar junto a aquel maravilloso hombre, pasé por el almacén y cogí una sábana limpia para mi cama, justificando que había ocurrido con la otra. En una mano llevaba la sábana limpia, la cuña y mi uniforme mojado en una percha. En la otra una bandeja con el desayuno para los dos.

Al llegar a la tienda sentí como todos me miraron, pero les ignoré. Rick dormía de nuevo, así que aproveché para poner un poco de orden. Dejé la bandeja sobre la mesilla, la cuña y la sábana limpia bajo la cama y colgué el uniforme donde pude, pues solo se secaría en el interior de una de las tiendas y al ser mío, debía tenerle bajo mi control, pues no sería el primero que alguna robaba. De hecho, tendría que ir a por mí cosas personales y llevarlas junto a Rick si iba a tener que estar con él hasta que se fuese de allí.

Me quité toda la ropa de abrigo que llevaba puesta, donde ahora se incluían sobrero, bufanda y guantes. Y es que ir hasta el campamento de refugiados rusos, a pesar de no estar demasiado lejos, llevaba un rato y más de veinte minutos allí fuera sin ropa de abrigo era algo demencial.

Luego saqué las jeringuillas con la medicación que le correspondía, incluida la vitamina K, la cual le ayudaría a cortar la hemorragia. No le iba a poner mucha, porque tenía que expulsar todo, pero sí quería evitar el sangrado excesivo que le dejase débil. Y le miré y suspiré antes de despertarle de nuevo. No quería, pero el café se enfriaba.

- Rick, Rick, despierta. - Le susurré zarandeándole un poco y con cuidado. ***- Tengo el desayuno y tu medicación, ¿qué quieres que te dé primero?*** - *Un beso.* - Me vino a la cabeza y me sonrojé al verme besándole en los labios en mi cabeza. - *Tengo que parar esto o dolerá y mucho. ¿Cómo has entrado así en mi vida, en mi cabeza y en mi corazón, Rick? ¿Por qué me siento tan a gusto y protegida a tu lado? ¿Por qué no quiero que te recuperes y que te quedes a mi lado siempre?*

Rick "Jester" Heatherly

Los pequeños gestos que tenían valor, solo podíamos valorarlo cuando observábamos todo el conjunto. Para Sarah, que estaba lidiando con el horror, además de con el desprecio que diariamente recibía por parte de tantos, aderezado con los recuerdos de una vida personal que había dejado atrás pero a la que temía regresar, lo que yo y gente como yo le dijésemos, podía ser lo más importante, por poco que fuera.

No lo hice teniendo en cuenta todo, sino porque realmente lo sentía de aquella manera, pero al responder, comprendí mejor que nunca que lo necesitaba.

Dudo que me aburras nunca, Sarah McDuncan, pensé en ese momento, antes de soltarle lo de la sopa, sobre todo para volver a levantar los ánimos. Daba gusto verla reír como si aquel fuese el mejor lugar del mundo y ambos fuésemos... bueno, mucho más que una enfermera y su paciente. Sabía que la distancia entre los dos era mucho más grande de lo que nos gustaría pensar. Ella casada con un hombre, yo con el ejército; ella cadete, yo oficial... Yo había aprendido a matar y ella estaba ocupada salvando vidas.

No, no teníamos mucho en común.

Y sin embargo, los momentos que pasamos juntos eran maravillosamente únicos. Cada oportunidad que teníamos de hablar, se convertía en algo diferente, que iba más allá de los cuidados que podía darme. Yo lo sabía, y creía que ella también. Suponía que las ilusiones que yo tenía no tardarían en desvanecerse, puesto que dudaba que Sarah buscase algo más profundo conmigo. Estaba casada con un cerdo, pero me parecía que había huido de él y no tenía la fuerza suficiente para separarse, por no decir que para casarse, hacía falta divorciarse antes, algo que no resultaría sencillo. Sí, estaba desvariando, pero contemplaba todas las opciones, como buen estratega.

De todas maneras, todas aquellas ideas bullían en mi cabeza de manera intermitente, mientras hablábamos sobre cuestiones banales, como el café.

-El café es todo lo que necesito. Café solo para removerme las tripas y enfrentarme al nuevo día con nervio -le expliqué, como si estuviese aleccionándola para que no lo olvidase -. **Recuérdalo, porque después te lo preguntaré para ver si te lo has aprendido bien.**

Bromeé como si fuese un profesor dando una clase, pero lo cierto era que no tenía duda de que cuanto le decía, ella lo grababa a fuego.

De todas formas, ella me explicó como tenía acceso a cosas extra.

-Está bien. Pues tomaremos Grenki. Además, estoy seguro de que tomándomelo contigo, me sabrá estupendo.

Pero todas aquellas bromas, idas y venidas, no eran nada comparado con lo que nos decíamos cuando las cosas se volvían serias. No le había dicho eso de no querer recuperarme solo por quedar bien. Es que era lo que sentía. Y ella... para mi sorpresa, parecía sentirse al menos de manera parecida. No me creía con la suerte de que ella pudiera haberse enamorado de mí, pero al menos, podía leer que me apreciaba, eso sí.

-Veinte días -murmuré, cuando me describió el tiempo que iba a transcurrir antes de que pudiera marcharme **-. No es mucho... pero supongo que ahora mismo, me conformaré con eso.**

Nuestras manos volvían a estar entrelazadas, no sabía sí porque se habían buscado instintivamente, pero yo ni siquiera me había dado cuenta de ello. Al hacerlo, sentí que me faltaba el aire y que deseaba más que nunca, estrechar a aquella mujer entre mis brazos. Pero no, no podía hacerlo. Había muchas cosas en juego y no era justo.

Verla alejarse era, otra vez, una imagen extraña. Parecía como si fuese a ser la última vez que lo hacía, aunque no fuese así en realidad. Hasta ese extremo había llegado mi dependencia por aquella chica desconocida que me había salvado la vida y atrapado mi corazón para siempre.

Me eché en la cama, reflexionando sobre todo ello.

¿Era egoísta? Sí, lo era. ¿Por qué ni una sola vez había pensado en lo que tenía en casa? Quizás porque mi corazón sabía, mejor que mi cabeza, qué era lo que de verdad necesitaba, o porque era demasiado doloroso pensar en la separación. Con un estremecimiento extraño, como el de que ve cómo se sumerge un dibujo en el mar, para no volver a verlo jamás, acabé por volver a dormirme, hasta que sentí sus manos moviéndome para despertarme.

-Eh, ah... Kay, ¿eres tú? -pregunté, medio dormido, antes de despertarme -. **Ah, Sarah. Pues... creo que la medicación. Vuelve a dolerme un poco el trasero, la verdad.**

Lo dije de manera automática, pero al abrir los ojos y verla tan cerca de mí, lo que pensé fue en devorarla allí mismo. Pero debía controlarme. Yo era un sargento herido y ella una enfermera que volvería a su vida familiar.

Hay pocas mujeres que puedan crear un cielo en la tierra, Sarah McDuncan, y tú eres uno de ellos, para mí al menos.

Enfermera McDuncan

Miré a los ojos de Rick cuando me dijo lo del café y no sé si supo o no que jamás lo olvidaría. Ni eso, ni cuáles eran sus comidas favoritas, su época del año, su fecha de nacimiento... todo lo que me contaba sobre él, todo lo que me contase, quedaría grabado en mi mente para siempre desde aquel día.

- Sí, señor. No se me olvidará, señor. - Le respondí con una sonrisa a aquello, siguiéndole la broma, pero en los días sucesivos no tuve que preguntarle más por como quería el café. **- No te diré lo que es y tranquilo, te gustará. Es algo muy sencillo de hacer incluso... pero prefiero que lo veas. Quiero ver la cara que pones cuando lo descubras.** - Le dije divertida con ello.

- Míralo de esta manera, Rick. En dos días vendrán los médicos, bueno... uno en realidad. Médicos de verdad. En el avión se llevarán a todos los hombres mutilados, incluyendo al doctor que me tiene bajo su protección y quien me ha enseñado todo lo que ha podido. Así que... seguiré siendo enfermera y si no traen a ningún rango mayor, el capitán Smith me mantendrá alejada de todos, para que no juegue a los médicos más.

Entonces me acerqué un poco a Rick. ***- Pero no sabe que de vez en cuando sigo ayudando a los aliados rusos que me suministran la comida de ambos, así que no olvidaré lo que me enseñó el doctor tan fácilmente. Además sé leer y me dio un par de libros de consulta de medicina. Por lo que es fácil que alguna vez despiertes y me encuentres leyendo y estudiando alguno de ellos.***

Luego me separé de él y terminé de responderle con pesar. **- Y sí, serán sólo veinte días. Pero en ese tiempo pueden pasar muchas cosas. La guerra puede acabar o puede que nos hagan movernos a otro sitio, pues este lugar es provisional y si ayer lograron volar el puente con el bombardeo, el campamento no tiene sentido que esté aquí. Además, tienen que o bien ascender al capitán Smith o mandarnos a un Mayor como mínimo para que dirija esto, que era lo que teníamos antes. Bueno, creo que ya he hablado mucho, tú descansa y luego te cuento más si quieres, que sino no tendré nada para contarte durante el desayuno.**

Y con pesar me marché de allí para volver tiempo después.

Al despertarle, me llamó Kay y le miré extrañada y dolida. Pero claro, era de esperar que un hombre como él tuviese a una mujer esperándole en casa. Una novia o quizás una esposa. No era el primero que no traía su alianza a la guerra para evitar perderla. Prefería dejarla en casa, donde la esperaría junto a su esposa. La verdad era que no había pensado en esa opción y mi rostro reflejó cierta decepción durante unos momentos. De hecho mi ánimo bajó considerablemente pensado en quien era esa Kay, pero no me atreví a preguntar. Saber que había una mujer en su vida solo estropearía mi relación con él, porque me sentiría mal y no podría ni ocultárselo ni contárselo. Así que solo me quedaba una opción: disimularlo.

Además aquel "Ah, Sarah" no me sonó demasiado bien. Fue una especie de "Ah, eres tú", como si esperase a alguien verdaderamente especial, alguien como Kay. Y de pronto sentí que quería que esos veinte días pasasen deprisa.

- Está bien, primero la medicación entonces. Aunque es raro que te duela el trasero, salvo que lleves mucho tiempo apoyado en él o esté un poco infectado. De todas maneras, después de desayunar te haré las curas en ambas heridas y veré que pasa por ese lado. - Le dije quizás con demasiada seriedad. **- Y es que con lo que te puse hace dos horas no deberías tener dolor grave al menos.**

Y cogí las jeringuillas. **- Antibiótico, antiinflamatorio y vitamina K. Con esto estarás servido durante unas horas.** - Y aproveché la vía para no tener que estarle pinchando todo el rato. **- Te lo inyectaré despacio, si lo hago deprisa te resultará muy molesto.** - A pesar de todo seguía sintiendo aquello por él y no podía hacerle daño ni evitar cuidarle como sentía que debía hacerlo. Pero Kay me iba a torturar día y noche.

Y después de un rato, logré ponerle la medicación, esperando que realmente no sintiese molestia alguna. Si todo iba bien, le quitaría la vía al día siguiente, aunque eso supusiera tener que pincharle cada vez que tuviese que medicarle, salvo que aún quedase medicación en comprimidos. Esperaba que en esas horas allí con él, la farmacia estuviese más ordenada y con un nuevo inventario hecho, pues los suministros aún tardarían en llegar y sin puente, se retrasarían más.

Y esa era la mala noticia. Ya no había puente.

- Bueno, como te has portado muy bien, aquí tienes el desayuno. - Le dije a Rick con una sonrisa, tratando aún de ocultar esa cruz que era Kay. **- Déjame que te acomode antes.** - Y le ayudé a quedarse sentado, usando las almohadas que tenía para ello y cogiendo la mía para colocarle algo más vertical y pudiese estar apoyado y cómodo. **- Es importante que no hagas esfuerzos...** - Dicho esto, cogí la bandeja y la coloqué en la cama con cuidado, sentándome en ella frente a él. El café aún seguía caliente, lo había pedido hirviendo, así que aún no se había enfriado. Y luego destapé el famoso grenki.

Miré a Rick con una sonrisa esperando su reacción al verlo, olvidando a Kay en aquel momento. **- Es lo mismo que desayunamos aquí, pan de ayer. Solo que este está rebozado en huevo, frito y azucarado. Aquí no se puede hacer porque no tenemos gallinas, como ellos. Pruébalo, pero no te pases comiendo.** - Le dije con una sonrisa bastante más relajada.

- Y ayer... el bombardeo. Lograron volar el puente. Así que como te dije, seguramente nos traslademos a otra zona en cuanto nos manden vehículos para hacerlo. ¿Ves? En veinte días pueden cambiar muchas cosas. - Incluso en una mañana, un solo nombre al despertar, podía hacer mucho más daño de lo que esperaba. Y bebí café para ocultar mi dolor en aquel momento al recordar de nuevo ese nombre y cogí un grenki después, guardando silencio. Y es que ese dolor y pesar me quitaron de golpe las ganas de hablar.

Rick "Jester" Heatherly

Es fácil que alguna vez despiertes y me encuentres leyendo y estudiando alguno de ellos.

En realidad, nada más comenzar aquella frase, todo lo que pensé después de "despiertes" tenía que ver con hacerlo a su lado, aunque era consciente, cada vez más, de la distancia que nos separaba. Sonreí alegrándome por ella, porque tuviese aquella ilusión por mejorar y sobre todo, superar las limitaciones a las cuales se había visto impuesta, pero era una sonrisa que ocultaba algo totalmente opuesto; por muy feliz que me sintiese por ella, la tristeza que me embargaba al pensar que no podría formar parte de su vida, ensombrecía todo lo demás.

Entendía que como sargento en plena guerra, mi esperanza de vida no fuese muy elevada y por supuesto, el ser consciente de que Sarah estaba predestinada a cosas mayores que permanecer junto a un ignorante y pobre soldado. No, ella no era para mí, o mejor, yo no era para ella.

Pero aún así, mantuve la sonrisa, como si se hubiese quedado marcada a fuego en mi rostro.

Esos veinte días me sabrían al mismo tiempo a gloria y a derrota, y más me valía mentalizarme y prepararme para aceptarlo o serían un desperdicio. Tenía que disfrutar de su compañía y sus sonrisas, de aquellas miradas que se desvían por timidez y sobre todo, por su inigualable amabilidad, que sabía ofrecía a cuantos estaban dispuestos a pagar de la misma manera. No debía creerme especial, o no demasiado, si deseaba mantenerme entero después de aquellos días.

Cuando desperté, apenas sí me di cuenta de que lo había hecho. No me esperaba a Sarah allí, a mi lado, y no era consciente de que había nombrado a Kay en sueños. Al pensarlo ahora, me doy cuenta de que en aquellos momentos debió sonar extraño, puesto que ahora sabía lo que sentía por mí y oír de mis labios el nombre de otra mujer, por fuerza tuvo que doler igual que una puñalada en el corazón.

-Bueno, no debería tener dolor, pero supongo que he dormido en mala postura -expliqué, intentando encontrarle sentido al dolor. No era grave, pero sí molesto, aunque era consciente de que otros estarían mucho peor que yo -. **De todas maneras, no me gustaría saber que otros sufren dolores peores a los míos por falta de analgésicos o anestesia, así que por favor, asegúrate antes de ponerme más.**

Sarah continuó cuidándome, inyectándome todo cuanto necesitaba y asegurándose de que no me faltaba de nada.

-Me siento como un rey -le dije, pensando lo que no pude decir.

Y ya me gustaría que tú fueses mi reina.

Miré todo lo que había para desayunar, aquel grenki, que tenía muy buen aspecto.

La miré, sin saber qué decir. Se había tomado tantas molestias que me hubiese gustado darle algo o hacer algo por ella para poder compensárselo. No obstante, al mirarla a los ojos vi algo extraño en ellos, un atisbo de tristeza. No sabía en aquellos momentos el efecto que había tenido el hablar de Kay; ni siquiera había sido consciente de ello, y Sarah tardó bastante en decirme que había hablado de ella al despertarme.

Pero Kay es quien me vino a la cabeza en primer lugar, puesto que habíamos compartido habitación durante muchísimos años, y ahora volvía a recordarla a causa del desayuno.

-Mi hermana Kay... no te he hablado de mi hermana, ¿verdad? Pues mi hermana siempre ha sido una estupenda cocinera. Ella ha heredado las habilidades culinarias de nuestra madre. Y te aseguro... que nunca me ha puesto delante algo con tan buen aspecto como esto. Muchas gracias -le dije, cogiéndola de la mano para intentar que, al menos, supiese que de verdad se lo agradecía.

A continuación cogí uno y me lo llevé a la boca.

-¡Mmmmmm! ¡Edto edtá... pada modidse! -dije, con la boca llena, disfrutando de aquel bocado como si acabase de probar un manjar de dioses, y lanzándome a por otro antes de tragarme el que tenía en la boca.

Entonces me dijo lo del puente y negué con la cabeza.

-Eso significa problemas. Si no restablecen las líneas de abastecimiento, dentro de poco empezarán a escasear los medicamentos. Sarah, quiero que empieces a guardar los anestésicos y que reduzca la dosis de antibióticos, por favor. Yo no tengo nada grave pero otros... otros podrían depender de ello para sobrevivir. No solo se es médico para salvar vidas, sino para tomar decisiones difíciles e intentar salvar a todos cuantos podamos, rusos o americanos.

De repente, me puse muy serio, pero es que podía llegar a serlo. Si no podían llegar, no tardaríamos en tener verdaderos problemas.

Enfermera McDuncan

- Rick, sé que esto suena mal y egoísta, pero... ahora mismo sólo me importas tú... bueno y el doctor y los rusos, pero en cuanto a pacientes, ya no es porque hayan obligado a estar aquí contigo... Si la realidad es el mejor castigo que podrían haberme impuesto o al menos así lo siento. - Le susurré en confidencia. No quería que nadie más se enterase de todo aquello. ***- No soy yo quien reparte la medicación, hay una enfermera encargada de eso. Yo sólo pido la dosis y me la dan... si hay. Y bueno, sabiendo lo que sé sobre las operaciones y el dolor y tras el castigo, cogí de más para evitar problemas. Así que mientras tenga medicación, no tengo que ir a buscar nada ni hacer gasto extra. Y anestesia necesitaré para cuando te quite la gasa que hace de drenaje, pero esa es local... la que nos queda.***

Además, por ahora no había llegado nadie grave al lugar y seguro que el capitán estaría forzando al doctor a ir con alguna enfermera a revisar casos médicos por otras tiendas para que no se enterase de lo mío. Pero a pesar de mis palabras, la sombra de Kay se cernía sobre mí.

Me sonrojé cuando me confesó que se sentía como un rey y no supe que responderle. Era bueno y amable conmigo, nos llevábamos muy bien, me hacía reír y sentirme a gusto a su lado. Me demostró que podía protegerme y de hecho que lo haría, ya no solo con los payasos que nos rodeaban, sino con las bombas que cayeron el día anterior. Me sentía segura a su lado, casi intocable y me demostró lo buena persona que era y que él también cuidaba de mí cuando me tapó con su manta esa noche o pensó en los demás con los medicamentos. Todo eso me hacía pensar en que podía haber algo más entre nosotros. Que podría ser aquella pieza que se acoplase a mí y yo a él a la perfección y no separarnos nunca.

Pero la realidad era cada vez más grande y dolorosa. Mi marido, nuestros rangos y ahora Kay. Lo que para mí iba a ser un sueño, una bonita historia de un amor secreto de veinte días, acababa de ser bombardeada y destruida por un solo nombre de mujer. Y como si me hubiese leído la mente, me habló de ella. - *Su hermana. ¿Por qué no pensé en eso antes?* - Mi mirada cambió por completo a una de más alivio y el pesar que me oprimía el pecho se fue disipando con cada palabra suya.

Él no lo sabía y jamás se lo diría, pero era consciente de que acabaría enamorándome de él en esos días si no lo estaba ya.

- Vaya y yo preocupándome porque... - *Creí que era tu prometida, tu esposa, tu novia...* - **... te llegase a gustar algo de lo que cocino. Creo que con esas referencias, puedo retirarme ya de ganar ese concurso.** - A pesar de todo, le sonreía feliz de saber que era su hermana. **- Y no, no me habías hablado de ella. La verdad es que parece que llevamos juntos una eternidad pero realmente no llevamos ni veinticuatro horas y no hemos hablado demasiado de nuestras familias...** - Salvo del cabrón de mi marido. **- Yo tengo a ese que prefiero no nombrar, mi hermano Josh y mis padres, quienes no se tomaron muy bien que abandonase a mi marido, pero al menos parece que convertirme en enfermera y entrar en el ejército les ha calmado. Creo que se lo han tomado como una especie de respiro entre él y yo y deben pensar que cuando vuelva a casa, volveré a su lado.**

Y entonces Rick probó el grenki y se sorprendió tanto con ello, que no pudo evitar hablar con la boca llena, lo que me hizo reír nuevamente. **- Les diré a los rusos que les ha encantado su desayuno o postre, la verdad es que no tengo claro lo que es aún.**

Pero la conversación dio un giro inesperado o bueno, era claro que iba a terminar así, cuando hablase del puente. **- Un par de días de retraso como poco. Así que ya está el capitán preparando todo por lo que he escuchado. Y lo tuyo... aún no sé si es grave o no. El capitán Smith tiene razón en una cosa, hay riesgo de infección y de gangrena. Si no te cuido bien la pierna...** - Y le miré a los ojos y las dos lágrimas que brotaron en los míos dijeron lo demás. Con pierna o sin ella, yo no me separaría de su lado nunca, pero su vida cambiaría y si al final había que amputar, la mía también, porque el capitán se encargaría de acabar con la mía y con la del doctor que lo único que hizo fue instruir a alguien para hacer lo que él ya no podía al no tener manos para curar. **- ... así que olvídalo. No soy doctora, solo soy una enfermera que sabe demasiado, pero tu pierna se va a quedar en su sitio como me llamo Sarah McDuncan y como te dije antes, ahora mismo no me importa nadie más que tú y que te recuperes.**

Y bien sabe Dios que si no llega a ser porque la bandeja con el café y el plato con grenkis estaba entre ambos, le hubiese abrazado y besado en los labios, demostrándole lo que sentía por él. Algo puro y sincero. Total, con lo que acababa de decir, que contradecía por completo su opinión y sus palabras, besarle no hubiese supuesto mayor diferencia en perderle para siempre. Pero al menos me hubiese llevado ese recuerdo o más bien se lo hubiera robado de sus ahora dulces labios.

Rick "Jester" Heatherly

Recuerdo que al empezar a comer, vi de nuevo el rostro de Sarah iluminándose, como si la sombra que me hubiese parecido percibir en ella, ya no estuviera. Quizás fuese cosa mía y me lo hubiera imaginado todo, pensé, aunque en mi interior, los años de tratar con tantas clases de personas me habían enseñado a valorar al primer vistazo, por lo que sentía un conflicto en mi interior.

No obstante, no había ocurrido nada malo. La vi sonreír y todo volvió a la normalidad, a esa normalidad que habíamos creado entre ambos, y que por increíble que pareciese, no había visto que ocurriese entre nadie más.

Miré a mi alrededor y vi que aquellos soldados que no estaban demasiado heridos como para preocuparse por sus heridas o estar inconscientes, o aturdidos por los analgésicos, hablaban entre ellos, jugaban a las damas, intercambiaban fotografías e incluso discutían.

Pero ni uno solo buscaba con la mirada a otro ser humano fuera de su grupo, y no había otra conexión que no fuese la que se había fraguado en el campo de batalla, o entre hermanos de sangre.

No era como lo que teníamos Sarah y yo.

Noté como titubeaba ligeramente antes de probar el primer bocado, y pareció sorprendida, gratamente sorprendida, por enterarse de que tenía una hermana.

-Bueno, sí. Es mi única familia y siempre me está regañando por todo. No le gusta que me dedique a esto... pero yo siempre le digo que no sirvo para nada más. El ejército es mi vida y... en fin, tendrá que aceptarlo. La verdad que sí que os parecéis bastante. Las dos parecéis preocuparos... por mí.

La última parte me costó soltarla, porque había demasiadas connotaciones en aquellas dos sencillas palabras, y el único modo de ocultarlas fue comiendo más de aquel desayuno que, por otro lado, estaba delicioso.

-¿Y tú, tienes a alguien? -le pregunté entonces, intentando centrar la conversación más en ella. A contrario que yo, sí que tenía una familia más completa, pero por lo que dijo, parecía que estaban más bien chapados a la antigua.

-Creo que has sido muy valiente al dejar a tu marido. Hay mujeres que no hubieran sido capaces de dar ese paso, lo cual dice mucho de ti. Por otro lado, es por desgracia bastante habitual que las familias no comprendan cómo son las cosas en realidad, que un matrimonio es algo más que compartir cama y comida, y que no es un contrato de esclavitud.

Éramos dos almas afines que se habían encontrado por casualidad, pero la guerra a nuestro alrededor podía poner fin a todo aquello. Yo no quería preocuparme demasiado por mí mismo, aunque Sarah sí que lo hacía. Recuerdo que al explicarme lo que podía sucederme, sus ojos se llenaron de lágrimas, como si verdaderamente sufriese por mí. Instintivamente, alargué una mano para recoger las lágrimas, antes de que se las retirara.

-Eh, tranquila, Sarah McDuncan. No me va a ocurrir nada, mucho menos con estos desayunos que me están dando. Saldré de este hospital caminando con las dos piernas y cinco kilos de más, seguro -dije, riéndome sobre todo para intentar animarla, aunque en verdad, no albergaba ninguna duda.

Las dudas estaban sobre todo en si podría pasar los veinte días allí, hasta recuperarme completamente, o si de lo contrario, tendríamos que movernos antes, aunque pensando en ello con el tiempo, me parecía una ingenuidad por mi parte no considerar la opción de que una bomba cayese directamente sobre nosotros.

Enfermera McDuncan

Me habló algo más de su hermana, de como discutían pero en su voz se notaba que la quería. No me gustó que dijese que él no servía para nada más que la vida militar. **- No me creo eso, Rick. Eres un hombre encantador, sociable, educado, correcto, con una mentalidad abierta e inteligente. Creo que podrías hacer lo que quisieras si te lo propusieras. Está claro que la vida militar es lo que te gusta, pero tiene que haber algo más. Supón que mañana conoces a alguien y quieres dejar esto para estar al lado de esa mujer para siempre... tienes que asegurarte un plan B por si ocurriese... -** Porque por lo que había dicho, no había nadie más en su vida.

- Por fortuna aquí puedes aprender una profesión. Mírame, enfermera y casi doctora. Eso sí, no ascenderé jamás de rango ni optaré a estudiar medicina por ser mujer. Este es mi sitio aquí. Pero si mañana saliese del ejército, podría ser enfermera civil. Algo tiene que haber que te guste... reparar cosas, como vehículos o intentar cocinar mejor que tu hermana... - Le dije por primera vez tratando de animarle a hacer algo nuevo dentro de aquella vida. **- Vas a tener tiempo de pensarlo mientras estés aquí y yo te molestaré con ello.**

Pero había quedado algo pendiente en sus palabras. ***- Y sí, me preocupo por ti. Seguramente*** *- más* ***- menos que tu hermana, pero a fin de cuentas me cubriste sin dudar de una explosión de una bomba, me diste tu manta... todo lo veo y lo valoro. Los demás, mírales... ni se inmutaron y muchos de ellos recibirán el alta en un día o dos. Ahora mismo eres el que peor está de todos los de esta tienda.***

Luego hablamos de mi familia, de como veía las cosas con mi marido y mi marcha al ejército. De como optaron por pensar que era una especie de retiro para aclarar mis ideas, creyendo que volvería con aquel maltratador y violador. Pero la segunda parte no estaba preparada para contarla aún y menos aún a alguien como Rick.

- Creo que al firmar el papel, me consideró parte de su propiedad y ahí empezó todo. Como te dije, al poco perdió el trabajo, empezó a beber, a culparme de todo y... las palizas. Cada vez me anulaba más como persona, me hacía sentir una verdadera inútil y por mucho que me esforzase daba igual. Según él, la casa siempre estaba sucia, la ropa arrugada, la comida asquerosa... - Mi cuerpo tembló y cerré los ojos un momento. **- Pero, prefiero hablar de algo que no me duela. Eso es aún demasiado reciente y sin... alguien que me pueda consolar en sus brazos, prefiero no tocarlo.** - No porque me tocaría llorar de nuevo abrazada a la almohada. **- Y no creo que aquí encuentre muchos voluntarios para darme eso.**

La puerta estaba abierta. No podría estar con él jamás, no podría tenerle, pero al menos podría sentir sus abrazos de nuevo, sin bombas de por medio, si es que me los ofrecía. Algo que dudaba a pesar de todo.

Cuando hablamos de su estado, me sentí mal por él. Realmente me preocupaba y no me di cuenta de que había tendido la mano hacia mi rostro para retirar mis lágrimas, hasta que me adelanté y lo hice yo. Fui una idiota por haber corrido tanto. Nadie sabe lo que hubiese disfrutado con aquella pequeña caricia en mi rostro por su parte. Y le sonreí ante sus palabras y su positivismo. Era increíble como lograba hacerme sonreír aún sintiéndome tan mal por dentro. **- No te preocupes, pasearemos por la base hasta que pierdas ese peso de más.** - Le dije con una sonrisa que se reflejaba incluso en mi mirada. Realmente estaba deseando hacerlo. **- Con ir y venir un par de veces o tres al día al refugio ruso que tenemos aquí al lado, perderás esos kilos en nada.** - Le indiqué, dejándole entrever sin querer que estaban más retirados del campamento de lo que pudiese pensar.

Lo que él no sabía, era que cada vez que iba a verles, recorría ese camino a pie sola.

Y el desayuno terminó entre algunas risas y lágrimas, pero nos dio tiempo a conocernos un poquito más y a mí a sonreír de nuevo con más ganas. De hecho, me resultaba imposible mirarle sin sonreírle. Después de tomarnos el café y con algunos grenkis aún en el plato, retiré la bandeja de la cama.

- Y ahora lo siento mucho sargento. - Dije poniéndome en pie. **- Me va a tocar verle su trasero,** - *por el cual me estoy muriendo de ganas de verlo y tocarlo de nuevo,* - **que tal va la herida, curársela y de paso curarle la de la pierna. Así que ya se puede ir colocando en posición, mientras voy a por un poco de agua para lavarle.** - Todo lo demás estaba en aquel pabellón, las gasas, el yodo y las vendas hechas a partir de sábanas.

Antes de irme le quité las almohadas para que pudiese tumbarse de nuevo. **- Como siempre, no tardaré.** - Y así fue. Volví con un cacharro con agua y cogí lo necesario para hacerle las curas. **- Dese la vuelta, sargento, empezaremos por lo fácil y lo que más le molestaba.** - Y cuando se dio la vuelta le descubrí la nalga después de quitarle las sábanas y la manta por un lateral, procurando dejarle lo más tapado posible. Retiré el esparadrapo que sostenía las gasas con algo de sangre y tuve que usar agua para poder despegar un poco las gasas de su piel.

- Bueno, está un poco infectada la herida. No es mucho y menos teniendo en cuenta como llegó de barro ayer, sargento... - En ese momento me di cuenta de que seguía tratándole de usted. Era lo que me pasaba al conectar en modo enfermera. Suspiré y me relajé un poco, quería ser yo misma, aunque no sabía si esa idea era buena o no, puesto que ser quien había perdido la cabeza con él me haría menos objetiva en ese momento.

- Rick, voy a presionarte un poco la herida y si te lo preguntas, sí, es la mejor excusa que tengo para tocarte el trasero de manera disimulada. - Bromeé pero con gran parte de razón. Su culo me volvía loca y realmente me moría por tocárselo, pero no así. Apreté un poco y no tardó en salir algo de supuración. **- Te va a doler, pero prefiero sacar todo lo que pueda. Aquí no puse drenaje y es la mejor manera de limpiarlo mientras no tenga costra.** - Y me llevó un rato y cada vez que me tocaba apretar, sufría con él. Luego le limpié de nuevo con el agua fresca, le sequé, le di yodo y le cubrí la herida de bala con gasas y esparadrapo. Esperaba encontrarme menos infección cuando le hiciese lo mismo al día siguiente.

- Ya basta de tortura por hoy. - Le dije. **- Al menos en el trasero.** - Le cubrí con la ropa de cama. **- Vamos a por la herida de la pierna.** - Esa era la que más temía. Cuando se dio la vuelta, quedándose de lado por el dolor que le había quedado en el trasero y que tardaría un rato en pasársele, le descubrí desde los pies hasta llegar a la herida. Una parte de mí quiso tirar con más fuerza de la ropa de cama y descubrir su tercera pierna también, pero debía comportarme como una profesional. Ya tendría ocasión de volver a meter la mano por ahí cuando le tocase el baño. Porque no iba a dejar que otra enfermera le tocase.

Sonaba enfermizo pero Rick era mío.

Le quité las pocas vendas que cubrían la herida de la pierna, puestas básicamente para que no se moviesen las gasas y el drenaje cumpliese con su función. No había manchado mucho y quizás el ponerle la vitamina K fue algo excesivo por mi parte, siendo el exceso de sangrado consecuencia del salto que dio la noche anterior para cubrirme con su cuerpo. Y al pensar en ello, deseé tenerle sobre mí de nuevo. No necesitaba que pasase nada más, solo tenerle encima mía y poder acariciar su rostro mientras conversábamos de lo que fuese.

Pero al retirar las gasas volví a la realidad. **- Vale, ayer se soltó un punto con su salto. Así que prohibido volver a saltar así, Rick. Si cae otra bomba, seré yo quien busque tu cuerpo. ¿Te parece bien?** - Le sonreí y me ruboricé al tiempo que limpiaba con agua y jabón la zona afectada. **- Lo dejaré estar y lo suturaré cuando tenga que darte los dos puntos cuando te retire el drenaje. Pero nada de esfuerzos en dos días o me tocará coserte entero de nuevo... por lo que de veinte días subiríamos a veintidós en total, quizás veintitrés...** - Y no me importaba que fuesen esos, incluso más, pero no acosta de su dolor y sufrimiento.

Cuando terminé de hacerle las curas, le volví a cubrir para que estuviese cómodo y bien. **- Voy a recoger todo esto, los grenkis los dejo aquí, pero intenta dejarlos para la merienda.** - Y le sonreí. **- Descansa un poco, te vendrá bien. Además, con el antibiótico tienes que tener sueño para aburrir. Dime, ¿te gusta alguna cosa en especial a parte de la vida militar?** - Dije retomando el tema que quedó atrás minutos antes. **- No sé si se salvarían muchos libros, pero quizás encuentre alguno que te pueda interesar si me dices que te gusta.** - Y le sonreí sin poder evitarlo de nuevo.

Rick "Jester" Heatherly

Yo no estaba tan seguro acerca de todo eso sobre ser encantador y sociable. Pocas veces me había dejado llevar por mis iguales, porque me sentía enormemente incómodo con ellos, perdiendo el control y dejando que la vida fuese más fuerte que yo. Eso me había granjeado no pocas antipatías; un tipo que no confraternizaba demasiado con los demás era alguien en quien no se podía confiar.

Solo a base de duro trabajo, en el campo de entrenamiento y en la guerra, me había permitido superar esa desconfianza, gracias a lo cual, ahora solo me consideraban una especie de "bicho raro", honrado, leal, valiente, pero muy raro. Pero no deseaba arrebatarle aquella idea a Sarah, así que ni tan siquiera torcí el gesto al oírlo.

-Creo que si alguien se merece ascender y llegar a ser algo más que una enfermera, eres tú, Sarah. No es que me queje o denigre que lo seas; todo lo contrario. A menudo debe ser un trabajo desagradable, sobre todo cuando te encuentras con gente... que solo piensan en ellos -dije, mirando de soslayo al soldado bocazas **-, pero tú... estás muy por encima de todo esto. En cuanto a mí... de momento no contemplo nada más. Es lo único que sé hacer.**

Ella insistió en que lo pensara y no protesté, pero tenía muy claro en aquellos momentos, que el ejército no solo era mi presente, sino también mi futuro. Solo ahora, al pensar en ella, tengo claro que no es una prioridad y que Sarah es cuanto necesito para ser feliz.

Pero en aquellos días, no había nada más; no tenía a nadie, y mucho menos, a ella. Seguía dándole mucha importancia a que la hubiese protegido y dado aquella manta, un gesto que a pesar de su sencillez, no le había pasado desapercibido. Entendía que ante la pasividad, o la indiferencia más bien, del resto de cuantos estaban allí, valorase mi modo de actuar, pero me pregunté si de haberse tratado de otra persona que no me hubiera encandilado de aquella manera, habría hecho lo mismo. Algo en mi interior se echó a reír mientras otra parte, asentía sin dudarlo. Y en el fondo de mi corazón, supe que ambos tenían razón. Me habría ocupado de cualquiera, solo que de ella, un poco más, porque era especial.

Mientras tanto, oía la historia de su vida, o parte de la misma, que no era nueva, pero que no por ello dejaba de ser repugnante y odiosa. Sentí deseos de machacar a su marido, de colgarlo allí mismo, delante de todos, y golpearle como si fuera una piñata. Sin darme cuenta, volví a hacer lo mismo que haría mucho tiempo después, en la oficina durante la reunión. Apreté los puños, clavándome las uñas, solo que afortunadamente, por una vez, las tenía lo suficientemente cortas como para no hacerme el mismo destrozo.

Pero se equivocaba al pensar que no había nadie. Me hubiera gustado decirle que yo estaba allí, dispuesto a abrazarla sin compromiso, no por aprovecharme de su fragilidad, sino porque deseaba que supiese que la comprendía, que me importaba. Ambos sabíamos, o creíamos, que no era posible.

Afortunadamente para los dos, a veces las obligaciones podían ser una bendición, como en aquel caso. Servían para olvidarnos de las penurias que la vida nos ofrecía y en mi caso, para bromear un poco más con ella, a costa de mis heridas.

-Desde luego, enfermera. Puede usted mirarlo cuanto quiera, e incluso sacarle una buena foto si con eso logra ganar algún concurso -le dije. Me preparé entonces, mientras ella iba a buscar los utensilios, descubriéndolo en cuanto llegó con ellos -. **Espero que no me considere muy atrevido si le digo que me gustaría que algún día intercambiáramos nuestras posiciones, enfermera. Podría usted estar aquí tumbada y yo cuidando de su precioso trasero. Pero mientras tanto, me conformaré con lo que tengo.**

Obviamente, le guiñé un ojo, para que supiera que no era mi intención propasarme. Nunca se sabía cuando podía ir un poco más allá de lo debido.

La verdad es que no me dolió demasiado. Las curas estaban surtiendo su efecto y cuando me presionó, acepté que formaba parte de ello, así que no emití ni un solo quejido. Eso sí, al volver a taparme, sentía la piel como si me hubiesen arrastrado por una carretera.

Pero no me quejé. No podía darle ese disgusto a aquella hermosa mujer que tantas molestias se estaba tomando conmigo y que necesitaba un rostro amigable, y no uno envuelto en dolor.

El caso de la pierna fue diferente. Estaba todavía en proceso y parecía ser más delicada.

-A la orden, enfermera -le dije, haciéndole el saludo militar -. **Pero permítame que le diga que si cae otra bomba, volveré a hacer exactamente lo mismo. Y si me dice que además puede que tenga que quedarme más tiempo, a lo mejor me doy una carrera o dos.**

Allí no pude evitar reírme de veras. Sonaba demasiado bonito como para poder estar triste porque una condenada herida se infectara, y las consecuencias de ello.

-Está bien. Era una broma. Le prometo tener cuidado. Y... no, no, me temo que la lectura no es lo mío. Pero una buena partida de cartas sí. ¿Te apetece jugar al póker? Si no sabes, puedo enseñarle... y si sabe jugar... puedes enseñarme tú.

Y no estaba pensando en apostar prendas... pero reconozco que se me ocurrió jugarnos besos.

Enfermera McDuncan

- No puedo soñar con lo que no existe para una mujer en este mundo Rick. - Incluso debería dejar de soñar contigo, pero no puedo. Estoy deseando que te recuperes lo suficiente como para poder pasear por la base y el campo que nos rodea. **- Hasta donde yo sé, no han ascendido nunca a una mujer, salvo a jefa de enfermeras, pero eso no se contempla como rango militar de nada. Seguimos siendo el último escalafón. No nos adiestran para el combate, porque no nos consideran útiles para ello, así que... ¿Para qué soñar con lo que es inalcanzable aunque realmente supiese que me lo merezco? El único que me agradece el trato, eres tú. Se ve que no te has fijado en los demás, en como tratan a las otras enfermeras. A mí me deben de ver como un... bicho raro, un monstruo.**

Miré al bocazas cuando le miró Rick. **- Vino con dos tiros en el pecho. Una bala se alojó en la costilla, la otra... me tocó cortarle las costillas para llegar al corazón, se había alojado a su lado. El doctor me guió en todo el proceso. Por suerte para él, si quedaba anestesia general cuando vino y tuvo suerte con los balazos. Aunque de no atenderle hubiese muerto desangrado o a causa de una infección. Y ya ves como me trata... Creo que si pudiera, me tiraría al suelo, me patearía y me orinaría encima, cuando mis manos, las instrucciones del doctor y la experiencia que ya tenía previa, fueron lo que le salvaron la vida.**

Luego volví a mirar a Rick y me sonrojé al dedicarle las siguientes palabras. **- Al menos has aparecido tú, que estás compensando todo el mal. Contigo todo es más fácil.** - *Si supieras las ganas que tengo de bañarte de nuevo, lo entenderías del todo. Y si usar la esponja pudiese usar solo mis manos...* - Y deseé poder al menos acariciar su rostro de nuevo o tocar su mano, sentir simplemente su piel con la mía. Pero ya era demasiado.

- Si le sacase una foto a su trasero, le aseguro que no sería para enseñársela a nadie más. - Le solté sin pensar y al darme cuenta de lo que había dicho, huí literalmente a por los utensilios para sanar sus heridas. A mi vuelta me había recuperado de lo que le había soltado, pero aún así estaba avergonzada y nerviosa. Iba a disculparme, cuando él se animó y me soltó aquellas palabras. Estaba tumbado bocabajo cuando me lo dijo, yo me sonrojé, pero me incliné a su oído para susurrarle mi respuesta. ***- Creo que no dejaría mi trasero en otras manos que no fuesen las tuyas si un día necesitase cuidados. Aunque lo de precioso, eso lo podrá asegurar si un día lo ve.***

Y tras mi susurro me separé de él y comencé a curarle precisamente la zona de la que hablábamos. Y comencé a darle vueltas a sus palabras, pensando si estaba tonteando conmigo o si, simplemente, era otro como los demás, solo que él me había caído bien y por eso le seguía el juego y los demás no podían ni verme ni yo a ellos. Pero hacerme ilusiones con él era lo mismo que soñar con un ascenso: un batacazo seguro. Además, mi marido jamás me dejaría ir y menos aún con otro hombre.

Recuperada la compostura y centrada en la herida, le respondí al tema del póker. **- No, no sé jugar. Sé que parece divertido y que los soldados se apuestan dinero o tabaco. Pero yo no tengo nada de eso. Aunque ahora me has dejado con la duda de si sabes jugar o no.** - Le sonreí pensando en si realmente sería capaz de hacerse daño para estar un par de días más aquí. Ya había dicho que no quería irse. Quizás se sentía más cómodo y mejor en este lugar que en las trincheras y no iba a culparle por ello.

Pero en el fondo sabía que si caía otra bomba, se lanzaría sobre mí sin dudarlo. Eso no lo podía ocultar pues ya lo había hecho.

Con todo curado y en buenas condiciones, y tras taparle bien, me acerqué al cabecero de la cama. Mis ojos miraron sus labios por un segundo. Era el lugar que realmente quería besar, pero el desvío fue mayor y le besé en la frente. **- Se que aunque lo digas en broma, volverás a saltar para cubrirme y yo tendré que buscar una manera mejor de agradecértelo. Al menos ya sé que regalarte un libro sería un rotundo fracaso.** - Bromeé yo en esta ocasión.

- Conseguiré esa baraja de cartas y veré porqué es tan divertido el póker. Ahora descansa Rick. Yo tengo algunas cosas que hacer y esta vez sí tardaré en volver. Si me extrañas mucho, siempre puedes hablarle a mi uniforme, está ahí colgado, secándose. - Le dije a modo de burla mientras iba recogiendo las cosas. Antes de marcharme le dediqué una mirada más y, abrigada como si fuese a salir a la misma nieve, dejé la tienda atrás, con Rick acostado en su cama, pero dentro de mi corazón también.

Rick "Jester" Heatherly

La actitud de Sarah ante la vida era la que la vida le había enseñado, ni más ni menos. ¿Ser feliz con un hombre? No parecía existir esa posibilidad, pues cargaba con un marido despreciable. ¿Mejorar profesionalmente? Que una mujer superase a un hombre en el escalafón era algo demasiado increíble como para que sucediese, menos aún, en su caso. ¡Cómo me enfadaba aquella actitud por parte de la misma sociedad que necesitaba de su ayuda y que se conformaba con tratarla como la mierda, a cambio de todo su sacrificio!

Yo mismo compartía aquella visión llena de decepción y falta de confianza, porque era lo que siempre había ocurrido, pero me resultaba poco menos que imposible mantenerme indiferente ante sus comentarios.

-Los únicos bichos raros y monstruos son ellos, Sarah. No les haga caso. Simplemente, siga adelante, luchando por lo que desea. Es como cuando un soldado sabe que existen muchas posibilidades de recibir un disparo y caer muerto en el fango, y aún así, continua avanzando, porque es su obligación, porque muchas otras vidas pueden depender de él y porque si se volviese y huyera, no podría volver a mirarse al espejo y su vida sería un infierno. En este caso, permíteme que dude de tu conformismo. Seguirás luchando porque es tu manera de ser, y al menos, si no lo logras, si caes rendida en cualquier momento, agotada y harta, habrá dos personas a quienes no habrás traicionado: a ti misma, y a mí, que confío completamente en ti.

La prueba de lo que sucedía la teníamos a nuestro alrededor y ella era consciente de ello, como demostró al hablar del soldado "bocazas". Le había salvado la vida y el maldito imbécil no había sido ni para mostrarle un mínimo agradecimiento.

-Es lo que tenemos la gente como nosotros, que hemos nacido para aceptar los golpes de otros. Pero yo siempre digo que el tiempo pone a cada uno en su lugar y que antes de que su vida llegue al final, tendrá tiempo de arrepentirse de cómo es. Con ese pensamiento es con el que yo me conformo. Porque si no, tendría que levantarme ahora mismo y patearle esas mismas costillas, así que... mejor me quedo con lo primero, ¿no?

Entendía que se sintiera bien conmigo y que dijese que era especial, aunque era lamentable que fuera así. Estaba seguro de que incluso aquel idiota. Dijo entonces algo sobre mi trasero y como si hubiese sido algo malo, salió huyendo de mi lado y cuando regresó y le solté lo del mío, ella respondió de una manera que hubiera hecho sonrojarse a cualquiera, aparte de despertar una nueva erección que me obligó a reaposentarme en la cama.

Esperaba que no se diese cuenta porque era embarazoso que me excitase tanto pensando en ella. Bueno, seguramente era algo normal, primero porque hacía mucho tiempo que no estaba con una mujer y en segundo lugar, porque Sarah era especial y me hacía sentir especial... aunque supiese que no tenía ningún futuro con ella.

De todas maneras, recuerdo haber pensado que cualquier momento que pasara a su lado merecía la pena, por pequeño que fuera, y que debía aprovecharlo. No era la primera vez que me encontraba frente a un amor imposible por parte de alguien, pero yo siempre había dicho que lo importante era no traicionar los sentimientos. Al menos, mientras estuviese con ella, ella tendría a alguien con quien hablar y que le ayudara a sentirse bien y yo... también.

Así que lo del libro y el póker nos vino que ni pintados para intentar relajarnos y olvidarnos un poco de lo que sentíamos y no podíamos tener, y centrarnos en pasar el tiempo juntos.

-Bueno, al póker se puede jugar apostando muchas cosas. Una vez jugué con unos tipos en un local y cuando las chicas... ejem, bueno, eso no viene al caso. No soy muy buen jugador, pero podemos apostar dinero imaginario. Te prometo abandonar cuando te deba más de un millón de pavos -le dije, sonriéndole.

Pero seguíamos estando en aquel punto en el cual las palabras que no nos habíamos dicho, y nuestras acciones, pesaban tanto que era difícil desligarse de ellas. Por un momento me pareció que se acercaba para besarme en los labios aunque finalmente, me dio uno de esos besos inocentes, seguramente por lo de lanzarme sobre ella si caía otra bomba, mientras me lo agradecía.

La miré, sin saber qué decir, y solo reaccioné cuando se levantó para ir a por las cartas.

-Estupendo. Entonces prepárate para darme una paliza -le dije, recostándome, ya con todo mi cuerpo más bajo control, y una mirada idiota como si fuese un adolescente enamorado.

Sarah no era solo una enfermera para mí. Más allá de salvarme la vida, me la había devuelto, puesto que la había perdido en cuanto entré en combate y empecé a ver cómo mis compañeros caían a mi alrededor. La muerte y el dolor eran lo suficientemente horribles como para extraer cualquier atisbo de esperanza en la vida de un hombre, y solo alguien como ella, en mi caso, ella, podía devolverla.

Aun sabiendo que jamás estaríamos juntos, el sentimiento de dicha era muy superior al de tristeza, y durante los siguientes años, jamás me arrepentí de haberla conocido, aun pensado que nunca podríamos estar juntos.

Enfermera McDuncan

El discurso de Rick llegó a mi corazón con intensidad, sobre todo cuando dijo que habría a dos personas a quienes no habría traicionado y se incluyó él en aquello. **- Rick... yo... no sé que decir... casi no me conoces y estás demostrando que confías en mí como si llevases una vida a mi lado... como si fueses a estar toda la vida a mi lado.** - Y por desgracia para mí, sabía que teníamos los días contados.

Pero cuando habló de golpes, de encajar los golpes de otros, mi rostro se descompuso, pues en mi caso era literal. Y cerré los ojos mientras seguía hablando con aquella fuerza y seguridad al tiempo que en mi mente se repetía una de las tantas palizas de John tras beber y beber... Y cuando dijo lo de levantarse y golpearle fue cuando le miré, con los ojos llorosos y mi mano le sostuvo. **- Mejor piensa lo que quieras.** - Esta vez no podía enfrentarme a sus palabras ni a sus ideas, no porque yo había vivido aquello de lo que hablaba de otra manera. **- Pero nada de violencia. Por favor...** - Y eso fue un verdadero ruego.

Tras las curas, todo se fue calmando y lo del póker me llamó tanto la atención que pareció que le hizo ilusión y todo. Tanto que me quiso contar algún tipo de anécdota la cual dejó de lado al mencionar a las chicas que estaban con ellos. Por una parte me dejó con la intriga de que iba a contarme, por otro lado lo agradecí, porque pensar en él con otra mujer... era mejor no hacerlo. **- No sé, tu mandas. Ya te dije que no se jugar, así que me parece bien lo que decidas. Además, por muy malo que seas jugando, yo seré peor.** - Le sonreí. **- Pórtate bien mientras que yo no esté.**

Fuera hacía frío, como todos los días de aquel maldito mes. Debía pasarme por la cocina, por la lavandería y recoger mis cosas de mi tienda, para llevarlas junto a Rick. Todo eso me llevó un buen rato y cuando entré, Rick dormía como un bendito. Me quedé un rato a su lado y cuando sentí mi mano cálida agarré la suya. ***- Ojalá todo fuese distinto. Ojalá hubiese un futuro para nosotros.*** - Le susurré antes de soltarle y volverme a marchar.

Caminé hacia el campamento ruso. Si tenían la carne lista la podía hacer yo misma en la cocina de nuestra base. Pero al llegar allí, fui requerida de inmediato por un hombre. Su rostro estaba descompuesto, había llorado y le costaba hablar. Era joven, pero su cojera indicaba que ya no sería el hombre que fue antes de la guerra. Le seguí hasta lo que era su hogar. Allí su esposa lloraba junto a una cama, donde un niño de unos tres años dormía.

Yo no había llevado nada del equipo médico. Mi visita era más bien social, no profesional y allí tenían pocos medios. Tenían comida, pero no suministros médicos ni uno como tal. De hecho, confiaban más en mí que en su médico local. No tuve que hacer mucho para ver que el pequeño tenía fiebre alta y estaba casi segura que era neumonía por como sonaban los pulmones. Sin nada, el niño moriría.

Sabía lo que me había dicho el capitán y sabía que abandonar la base sin avisar me metería en líos. Pero peor iba a ser lo que iba a hacer. Cogí al pequeño en mis brazos y tras explicarles que no sabía si podría hacer algo por él o no, pero que tendría que ser en mi base, salí de la tienda con él. El olor de la carne haciéndose me recordó la comida prometida a Rick, pero esa debería esperar. Con el pequeño en mis brazos y sus padres a mi espalda, regresé a la base y entré en la tienda donde estaba recluida.

Pod krovat'yu matras i odeyala[1]. - Le dije a la pareja, sin duda despertando a Rick y sabiendo que mi llegada alertaría al capitán. **Poka on ne poluchit krovat', on budet tam otdykhat'. Rasshir'te eto[2].** - Tras extender mi colchón en el suelo, miré al matrimonio. **- YA sobirayus' dostat' syvorotku i lekarstvo. Ne nakryvayte yego, on dolzhen nemnogo snizit' temperaturu[3].** - Y miré a Rick un momento. Mi expresión lo decía todo.

No tardé en volver con suero, antibiótico y antiinflamatorio. Coloqué al pequeño en una postura un tanto inclinada, para que no se ahogase con sus mocos si los soltaba al toser. Le puse la vía y los medicamentos. Sabía que debía verle el doctor, pero también que el capitán no tardaría en llegar.

- Oni dolzhny ubirat'sya otsyuda. YA sdelayu dlya nego vse, chto smogu. No yesli kapitan Smith pridet i uvidit vas zdes' ... [4] - Y fue mencionarle y aparecer el muy canalla, con sus manos a la espalda y su porte altiva.

Miró a los rusos casi con desprecio, para luego mirar el pobre niño y clavar su mirada en mí. - *La he cagado.*

- Enfermera McDuncan. Espero que tenga una buena explicación para todo esto porque sino el consejo de guerra no esperará a que ese hombre pierda la pierna por su culpa. - Me dijo sin dilación. Los rusos me miraban sin entender que pasaba. Hasta ahora les habíamos ayudado, al menos a ellos.

- El chico, está enfermo... neumonía. Necesita medicamentos y cuidad... - Pero no me dejó seguir hablando. Su gesto con la mano me hizo callar de golpe y me mantuve firme ante él.

- Medicamentos de los que no disponemos. ¿No es así, enfermera McDuncan? Además, usted salió del campamento por su cuenta y riesgo y se trajo al chico enfermo con su familia. ¿Cuales fueron mis órdenes? - Me preguntó alzando la voz. El silencio en la tienda se hizo omnipresente.

- Cuidar del sargento exclusivamente y dejar de hacer de doctora, señor. - Respondí mientras temblaba. Todo mi cuerpo lo hacía. Simplemente no pensé en las consecuencias, solo en salvar al chico, pero eso no lo entendería aquel hombre.

- Quiero que le quite eso al niño, que se lo entregue a sus padres y que se marchen de aquí. Luego será confinada... - Guardó silencio y torció el gesto. **- No, no puedo confinarla. No hay sitio... ¡Soldado! ¡Traiga una cadena y encadene a la enfermera McDuncan a la cama de su paciente! -** Ordenó a un hombre que le acompañaba. Mi rostro se descompuso y le miré asombrada. Ya no porque me encadenase allí, sino por lo que le iba a hacer al chico.

- Capitán, tenga compasión. No pido por mí, pido por él. No es más que un niño. ¿Realmente quiere que les explique a sus padres que usted le niega su ayuda, cuando ellos se han volcado con este campamento? Son sus hombres los que nos cubren por el norte, señor y es con ellos con quienes intercambiamos mano de obra y alimentos. ¿Realmente quiere perder eso por mi error? Yo pagaré por ello... pero no haga más daño ni estropee lo que nuestros superiores lograron con ellos. - En ese momento los rusos me preguntaron que ocurría. **- Me preguntan qué problema hay, capitán. Usted dirá que les digo.**

Jamás olvidaré aquella mirada de odio. **- El chico se queda, ellos se van y usted será encadenada. En cuanto nos movamos de aquí, pues ya estamos empezando a recoger para movernos a una base aérea cercana, será sometida a un consejo de guerra y juzgada por nuestros superiores. Una enfermera se encargará de traerle la medicación que necesite para los enfermos y solo la dejaré que la suelten tres veces al día: por la mañana, antes de comer y la cena. El tiempo justo para que se asee y le dé de comer a sus heridos. ¿Lo ha comprendido, enfermera McDuncan?**

- Sí, capitán. Perfectamente. Me encargaré de todo ahora mismo.

[1] *Bajo la cama hay un colchón y mantas.*
[2] *Hasta que consiga una cama, descansará ahí. Extenderlo.*
[3] *Voy a por suero y medicinas. No le tapéis, tiene que bajar la fiebre un poco.*
[4] *Tienen que irse de aquí. Haré todo lo que pueda por él. Pero si viene el capitán y les ve aquí...*

Rick "Jester" Heatherly

En aquellos días, a pesar de haber envejecido sobremanera debido al entrenamiento y sobre todo, a la guerra, no me consideraba todavía lo suficientemente "mayor" como para pensar más allá de unos días, semanas o meses. Sarah hablaba del pasado y del futuro como si ambos estuviesen ligados, y yo solo vi que era fácil, muy fácil, comprenderla, y permanecer a su lado, por el tiempo que el destino nos permitiera.

No contaba con que para nosotros todo fuese como yo, y ahora sabía que también ella, habíamos querido.

De habernos encontrado en otras circunstancias, estaba seguro de que habríamos estado juntos sin ninguna clase de problemas. Puede que nos hubiésemos tropezado por casualidad, mirado a los ojos y haber comprendido que estábamos hechos para estar juntos, o que ella ni siquiera se hubiese parado a mirarme con mayor detenimiento pero yo la hubiese seguido para invitarla a tomar un café, o le hubiese ayudado a pedir un taxi y así me habría enterado del lugar en el que vivía. Entonces habría ido a visitarla, con descaro, pero con respeto, le habría pedido dar una vuelta, y habríamos iniciado un camino más normal, que habría terminado en una boda llena de blanco y sonrisas, y el preludio de una vida sin contratiempos.

Sí, eso habría estado bien.

Pero ella estaba casada con un malnacido, yo estaba en el ejército, y ambos habíamos coincidido en una guerra de mierda.

Volví a quedarme dormido cuando ella salió, sin duda fruto del cansancio, además de los tranquilizantes que me había inyectado y que me afectaban más de lo que yo suponía, y solo me desperté al oír unas extrañas palabras que sin duda, eran rusas. A mi lado había una pareja de rusos y Sarah llevando a un pequeño en sus brazos. El aspecto del niño no era demasiado bueno, así que la sorpresa no tardó en dar paso a la preocupación. No me hacía falta entender el maldito ruso para saber que estaba haciendo algo que no debía, y que no era otra cosa que salvarle la vida a aquel pequeño, por lo que ayudé a la pareja a colocar el niño.

Y cuando Sarah regresó con un montón de cosas para dárselas al pequeño, apareció el imbécil del capitán. Nunca había sido testigo de semejante sarta de imbecilidades, pero aunque hubiese tenido motivos, Sarah no se lo merecía.

Así que hice lo único que podía hacer.

Con una mano me retiré la manta que me cubría y con la otra, empecé a girarme para colocar mis piernas en el suelo. Me dolía horrores el culo, pero no tanto como la pierna en el momento de intentar estirarla. Pero un maldito soldado y el dolor formaba parte de mi jodida forma de vida, así que tensé la pierna, al tiempo que apretaba los dientes e inspiraba un par de veces profundamente, antes de ponerme en pie. Miré al lado, en donde estaban mis cosas, y alargué la mano para coger el arma, alzándola al mismo tiempo que lo hacía yo.

Me importaba una real mierda si me tenían que cortar la pierna hasta el cuello, pero no iba a permanecer impasible mientras aquel idiota hacía de las suyas.

-La enfermera McDuncan me ha salvado la vida e intenta hacer lo mismo con este niño. Así que el chico se queda, la pareja sale, porque este es un hospital militar, y usted cierra la boca o yo mismo diré que perdí la pierna y este niño su vida porque se negó a proporcionar los medicamentos que necesitábamos. Y como vea una cadena cerca, iré aunque sea arrastrándome, se la enrollaré alrededor del cuello y le aplastaré la tráquea con ella... o si no da su brazo a torcer, juro que le mato aquí mismo... señor-le dije, apuntándole.

Después de unos segundos, en los que temí caerme al suelo, le sonreí ligeramente, aguantándome solo con una pierna.

-En realidad lo que sucede es que la fiebre me ha ocasionado locura temporal, señor, así que yo no me la jugaría demasiado.

Enfermera McDuncan

El capitán miró a Rick, no porque quisiera, sino porque le apuntaba con su arma. Dios, como pude olvidar ese momento tan desagradable donde creía que me moría. Jamás pensé que aquel hombre fuese a hacer algo así por mí. No sólo amenazaba a un superior con su arma, sino que estaba dispuesto a matarle si no se retractaba. Yo temblaba de miedo, temía por Rick más que por mí y pude ver la frialdad con la cual el capitán miraba al sargento a los ojos.

Vi a Rick sostenerse con una pierna, mientras que el capitán Smith le observaba en silencio. Sabía que al soldado, a quien en ese momento era mi héroe y un loco le dolía la herida por como se acabó sosteniendo con una pierna. Tragué saliva ante el silencio del lugar y finalmente me armé de valor para intervenir. Iba a ponerme de cara a Rick, a hacerle bajar el arma, cuando el capitán rompió el silencio.

- ¿Sabe qué, soldado? - Le preguntó sin dejar de mirarle a los ojos, con esa frialdad en la mirada y le sonrió. **- No voy a retractarme.**

Y un rápido movimiento del hombre, algo que luego me enteré que se llamaba barrido, golpeó la pierna sana de Rick y le hizo caer al suelo. El sargento disparó el arma al tiempo que el capitán reía y le propinaba una patada en la herida de la pierna.

- Son todos iguales. Les trata una enfermera bonita y pierden la cabeza por ella y no se dan cuenta de que esto es un hospital de campaña. Les respetamos sus cosas, sus armas, pero no se las dejamos cargadas. ¿Acaso cree que vamos a dejar a todos los hombres heridos con sus armas cargadas para que se suiciden o maten a otros? - Dijo con soberbia mirando a Rick desde lo alto, pisándole el pecho para que no se moviese.

- Quédese aquí, cabo y cuando le suba la enfermera a la cama, quiero que le espose a ella, se lleve sus armas y su ropa. Ella quedará encadenada también. - Y miró al resto. **- ¡Y si alguno más quiere hacerse el héroe que lo diga ahora para traer más grilletes!** - Exclamó, quedando todo en el más absoluto silencio.

- Cuando terminen aquí, quiero el informe de este hombre en mi mesa. - Y miró a Rick con desprecio. **- Créame que va a desear perder la pierna, soldado. Y recuerde esto también: era oficial, soldado. Ambos serán sometidos a un consejo de guerra y me encargaré de acabar con sus vidas. Los dos las pasarán en prisión, porque puede alegar lo que quiera, pero con apuntar a su capitán a la cabeza con un arma, ha perdido todo.**

Empujó a Rick con el pie y fue cuando me dio el resto de instrucciones, sobre dejar al niño, hacer que los rusos se fueran... Me arrodillé junto al degradado sargento, llorando por él.

- Debiste estarte quieto. El doctor hubiera intervenido, es capitán también. Ahora ya no puedo hacer nada salvo sanar tu pierna. - Los rusos me ayudaron a subir a Rick a la cama y nos quedamos solos con el cabo, quien engrilletó a Rick con una mano a su catre. No me quedó más remedio que ayudar al cabo a cumplir con las órdenes del capitán. No quería que a Rick le pasara nada más.

El rostro de aquel hombre estaba lleno de sudor, sucio y le corría un poco de sangre por la frente. **- Lo siento, soldado. Solo cumplo órdenes. En cuanto pueda le conseguiré una cadena para que al menos pueda sentarse.** - Le dijo mirando a Rick a los ojos.

- Déjeme que le mire esa herida, cabo. - Le pedí al hombre mientras estuviese allí al tiempo que veía a Rick retorcerse de dolor por el golpe en la pierna.

- No es nada, enfermera. Atienda a su hombre. El capitán se excede muchas veces y estoy seguro de que lo del soldado es más grave que lo mío. - Y asentí al hombre, para mirar la herida de Rick. Volvía a sangrar, pues su vendaje superfluo estaba manchado.

- ¿Podrá mandarme a una enfermera? - Le pregunté al cabo mientras le quitaba las vendas y veía que había pasado. Tal y como me temía, le había saltado los puntos de la patada. **- Dígale que necesito hilo de sutura y anestesia local. -** Mi mano hacía presión sobre la herida de Rick al tiempo que quería morirme por dentro. El cabo asintió, cogiendo el historial médico de Rick.

Les expliqué a los rusos lo ocurrido, todo lo ocurrido. La mujer me abrazó y rompí a llorar al tiempo que el soldado entraba con la cadena para mí. Ante la mirada de todos, sentí el frío metal en mi tobillo y como era encadenada al catre de Rick sin atreverme a mirarle siquiera. Los padres se despidieron de su pequeño y me senté en la cama de Rick completamente destrozada. Y los rusos se despidieron de mí y fueron acompañados por los soldados al exterior de tienda.

- Lo siento, Rick, no te conseguí la baraja de póker y no sé ni que podré darte de comer hoy. No hasta que me dejen ir a la cocina. - Le dije completamente hundida. **- Quería que tu estancia aquí fuese la mejor posible, porque te lo mereces y no podía dejar al niño morir, no sin intentar salvarle... –** Le dije sin mirarle, simplemente ejerciendo presión sobre su herida.

- Bueno, miremos el lado positivo... no escaparé de tú lado. - Traté de bromear, pero en aquel momento solo quería acurrucarme en un rincón y llorar hasta dormirme. Al menos la cadena medía casi 2 metros, pero estaba claro que poco iba a moverme de aquel lugar.

Yo estaba rota, solo quería acurrucarme en un lugar oscuro y llorar hasta que me durmiese. No me atrevía ni a mirar a Rick a los ojos. El niño, ajeno a todo por su estado, descansaba con el suero y la medicación puesta a nuestro lado, al tiempo que sus padres, el cabo y el soldado que se hizo cargo de las instrucciones del capitán, se marchaban del lugar. Traté de echarle humor al asunto, pero no salió nada gracioso. Y es que aquella situación no tenía gracia alguna.

Con los hombres fuera y todo pasado, las voces de los heridos comenzaron a alzarse como murmullos, sin duda hablando de lo que había pasado. Algo que en ese momento no me importaba en absoluto. Solo quería dos cosas, recoser a Rick y poder desahogarme a gusto después.

Rick "Jester" Heatherly

Ahora me sonrío al pensar en ello. Es evidente que me dejé llevar por el corazón, más que por la cabeza. Si yo hubiese estado en el lugar del capitán, habría actuado... no, no habría hecho lo mismo, no habría encadenado a nadie, por dios, pero sí que habría desafiado el intento de intimidación de un pobre sargento que parecía haberse quedado prendado de la enfermera de turno.

Fue una soberana estupidez.

Pero así era yo, estúpido, y siempre lo sería cuando defendiese algo en lo que creía o que amaba, como era Sarah, aunque en esos momentos no fuese plenamente consciente de hasta qué punto.

Obviamente, no iba a disparar, no en aquel momento, aunque por todos era sabido que durante la guerra, se cometían atrocidades mucho peores que no tenían mayores consecuencias.

Pero ni siquiera tuve tiempo de hacer algo de lo que después pudiera arrepentirme, puesto que mi debilidad era más que evidente para el capitán, que se aprovechó de ella con un rápido movimiento, haciéndome caer y con ello, perder toda la ventaja que tenía, si es que se podía llamar así.

Ni siquiera me dolió la siguiente patada que me dio, sino la humillación de la fui objeto.

-Quizás solo pensé en que una mujer debe ser tratada como un ser humano y no como el animal que es usted, capitán. Ahora me arrepiento de no haber intentado otra cosa, como por ejemplo aplastarle la cabeza con una muleta -le respondí, entre evidentes dolores, en parte por la patada que me había propinado, en parte por el pie con el que me aplastaba.

Ni siquiera me preocupaban las consecuencias. Honraba las ideas por las que luchaba y por consiguiente, también por las que podía morir y esta no era diferente.

-Al contrario, capitán. Lo he ganado todo. La vida puede perderse en un abrir y cerrar de ojos con una bala perdida o una mina, pero el honor siempre permanece. No hay honor en lo que usted ha hecho pero sí en lo que yo he intentado. Podré vivir con ello, aunque sea poco tiempo, y ella también con el suyo, pero usted solo será podredumbre barata allá donde vaya, pues su nombre será recordado como el despreciable ser que encadenó a una mujer por salvar vidas.

No hablaba por hablar. Era cómo me sentía, y me aferré a ello como si mi vida dependiese de ello, o en este caso, el resto de mis días, si al final iba a un consejo de guerra.

Sarah parecía mucho más preocupada que yo.

-No te preocupes. Yo jamás me quedaría quieto ante algo así. No va conmigo. Y si por defender a alguien a quien q... aprecio y respeto, acorto mi vida, que así sea. Como le he dicho a ese malnacido, mi honor es lo único que tengo y me iré al otro mundo con él intacto. Si hubiera permanecido en silencio, más me hubiera valido pegarme un tiro aquí mismo porque no sería capaz de vivir con esa deshonra.

Entre ella y el cabo me ayudaron a sentarme y yo procuré no quejarme, a pesar de sentir un dolor intenso que me llegaba desde la pierna a lo largo de toda la columna vertebral.

-Tranquilo. Todos cumplimos órdenes. No es culpa... suya.

Cuando le pusieron la cadena a Sarah, algo en mi interior se rompió completamente, solo que sabía que no podía dejarlo aflorar, porque con todo lo que había sucedido, su capacidad para superar aquello dependía, en parte, de mí. Ella sobreviviría al consejo de guerra, puesto que solo había desobedecido una orden, pero lo mío era completamente diferente.

Así que mejor no pensar en ello.

-Bueno, no te apures. Tú has hecho lo que debías y yo también. Lo demás, queda en manos del de allí arriba y no me quejaré cuando me llegue el turno. Además, cómo has dicho, así podré retenerme más tiempo a mi lado -le dije, intentando mostrarme desenfadado, aunque el dolor que sentía en la pierna me lo ponía cada vez más complicado.

Aguanté todo lo que pude, hasta que bañado en sudor, la miré, apretando los dientes.

-En cuanto puedas... un poco de anestesia me vendría... bien. Me apetece descansar un rato -le pedí intentando parecer más duro de lo que era, puesto que el dolor me estaba causando un verdadero problema en aquellos momentos.

No tenía sentido preocuparse, ni tampoco deseaba preocuparla, pero así éramos los dos, un par de almas incapaces de caminar por la vida mirando hacia otro lado cuando veíamos injusticias a nuestro alrededor.

Enfermera McDuncan

El capitán, con su orgullo y soberbia, ignoró las palabras de Rick y este solo logró que presionase más con su bota sobre su pecho antes de irse y dar sus órdenes. Era un canalla y un ser despreciable. Tramposo y pronto descubriríamos que sádico también. Miré a Rick mientras me decía aquellas palabras tendido en el suelo dolorido. **- ¿Me... me aprecias?** - Pregunté nerviosa sin poder creérmelo. **- ¿Tanto como para que... que te hagan esto o te maten?** - O estaba loco o...

No, era imposible que le hubiese pasado lo mismo que a mí. Estaba claro que yo no era la enfermera de moda en ningún sitio y que gracias a mi marido, no dejaba que los hombres se acercasen a mí, así que era imposible que Rick lo hubiese hecho. No podía

quererme ni la mitad de lo que yo sentía por él. Además, dejó bien claro que para él era su manera de ser y hubiese sido una deshonra no hacer nada, así que... todo aclarado y debía bajar de las nubes de nuevo.

Estaba condenada a un marido maltratador que solamente la guerra y la vida militar le mantendrían lejos de mí.

Destrozada por el cruel acto del capitán y de la intervención de Rick y su estado, permanecía en la cama sentada a su lado. Mi mano presionaba la herida y le veía tratando de seguirme las bromas, pero mi corazón sufría por él y no podía decirle nada, solo estar a su lado. Cuando le vi quejarse de dolor, le sostuve la mano.

- Aguanta. Creo que el cabo cumplirá con su palabra en cuanto el capitán le deje ir. En cuanto tenga la anestesia local te la pondré, tengo que cerrarte esa herida y limpiarla de nuevo antes de hacerlo... y podrás descansar tranquilo. - Mi mano apretó la suya levemente. **- Aprieta mi mano todo lo que haga falta Rick, aguantaremos el dolor juntos. -** Le dije, esta vez volcada en él. Ya tendría tiempo para sufrir por mí. Pero ahora el importante, quien estaba por encima de todo, era aquel hombre al que cada vez estaba más segura de que amaba.

Veía como Rick sudaba por el dolor, pero no podía dejar de presionar su herida y menos aún soltar su mano. No quería que se sintiese solo. Yo sabía lo que era sentir dolor y sentirme completamente sola y asustada y lo que era peor, con el causante de mis lesiones abrazándome y pidiéndome perdón al tiempo que me decía cuanto me amaba. Una parte de mí, vio al capitán Smith igual que mi marido.

En ese momento lo pensé. - *Lástima estar encadenada y no tener anestesia general... no pasaría de esta noche.* - ¿Sería capaz de hacerlo, de vivir con ello el resto de mi vida? Miré a Rick y su lamentable estado y la respuesta fue un sí muy claro. Una punción entre los dedos de los pies y la autopsia revelaría un paro cardiaco mientras dormía. Pero no tenía medios y estaba encadenada. Aunque una parte de mí me decía lo bonito que era soñarlo.

Entonces fue cuando apareció el cabo, junto con la enfermera y para mi sorpresa, el doctor. Se había dejado mucho y para él ahora el uniforme militar era otra cosa, pero seguía siendo capitán. Nos miró bajo sus gafas, con aquellas cosas en lugar de muñones que usaba para poder sostener los puros o la comida.

El cabo, tal y como dijo, le cambió los grilletes a Rick, por unos más largos. Al menos con esa cadena se podría sentar en la cama. Miré al doctor el silencio. **- ¿Hasta cuándo va a llegar esta humillación, capitán?**

- Se lo que ha pasado y no puedo revocar la orden. No soy su superior, soy un capitán más. Además se les considera a ambos insumisos militares, lo que les llevaría a la cárcel. Hice salir un comunicado especial a un amigo mío, para ver si os puede sacar de aquí antes de que al capitán Smith se le vaya la mano del todo. - El hombre miró a Rick y luego al niño.

- No cambiará, enfermera McDuncan. Por eso la elegí a usted, porque no se rinde y lleva dentro el deseo de salvar vidas. Veamos como está su amigo y luego nos ocuparemos del chico. Enfermera, asista a McDuncan en esto, yo solo puedo mirar. - Dijo mostrando a Rick sus manos amputadas de nuevo.

Descubrí la herida de la pierna, sangraba y junto a la enfermera limpiamos la sangre y pudimos ver el alcance del daño. Solo habían sido los puntos externos, pero debía dolerle un horror. La hemorragia se debía a que le había arrancado la gasa que usaba de drenaje. **- Tranquilo Rick, la anestesia no tardará en hacerte efecto. -** Y así fue. Mientras le preparábamos para la cirugía allí mismo, delante del doctor, el dolor se le fue pasando a ahora soldado.

- Voy a tener que abrir un poco. No sé si sacó la gasa entera o si te dejó un pedazo dentro... si se queda un cacho, se infectará y... no quiero que pierdas la pierna por culpa de ese maldito... - Le dije a Rick apretando los dientes. Por fortuna solo tuve que soltar un par de puntos para ver que, efectivamente, parte de la gasa estaba dentro. Y es que la había dejado con un punto de sutura

para que no la perdiese. Cerré la parte interna, dejando de nuevo una gasa como drenaje, solo que esta vez el punto para sostenerla lo dejé en la parte externa, junto al resto de puntos. Así solo tendría que quitar su sutura y tirar para sacarla sin miedo a que quedase dentro.

Nos llevó un rato y lo pasé fatal, porque estaba atendiendo al hombre que quería ante la mirada del doctor y del cabo, que seguía allí con nosotros. Cuando terminé con él, le vendé con cuidado y me acerqué a su cabeza. **- *Descansa Rick, ya está. Y yo... lo siento... de corazón.*** - Fue lo más cercano a un "te quiero" que le pude decir en aquel momento.

Luego el doctor examinó al chico. **- Tiene una neumonía muy avanzada, enfermera McDuncan. Veo que le ha controlado la fiebre, pero su capacidad respiratoria es muy limitada. La ventaja que tiene es que es un maldito mocoso y suelen ser duros. Si sobrevive esta noche, seguramente salga de esta. Póngale antiinflamatorio, le ayudará a respirar.** - El hombre miró a la enfermera. **- No quiero que le falten medicamentos a McDuncan mientras esté con estos pacientes.**

La enfermera asintió y el doctor se despidió, marchándose con ella, quien me pasó un poco de todo para atender a ambos, tanto a Rick como al niño. Mientras, el cabo seguía allí de pie. En sus manos llevaba la carpeta con el informe médico de Rick. **- El capitán tomó su nombre y rango. Le ha degradado a soldado. Lo lamento.** - Dijo entregándome la carpeta.

La sangre que salía de su rubio cabello, cubría su rostro más aún. **- Y tengo algo más para ustedes.** - De su uniforme sacó una vieja baraja de póker. **- Espero que todo salga bien y la puedan disfrutar durante días.** - Dijo tendiéndome la baraja.

- Se la aceptaré, si me deja ver esa herida de una vez. - Le dije al hombre tras ver como Rick iba relajándose poco a poco. **- No puedo irme muy lejos, así que, siéntese con cuidado en la cama de Rick.** - Y así lo hizo el cabo y busqué la herida entre su cabello. La cantidad de pelo que tenía, cubría la calva que su cabeza mostraba. Le faltaba un buen mechón de pelo, pero con piel incluida. Le miré sin entender que había pasado. **- ¿Quiere contarme algo, cabo?** - Le pregunté mientras alcanzaba el material para limpiar y desinfectar aquello. Pero allí nada podía hacer, salvo dejarlo al aire y procurar que no se infectase demasiado.

- Ya le dije que el capitán Smith... no importa... me lo merecí. Me ordenó una cosa e hice otra y, simplemente, me castigo, como es habitual en él. ¿Acaso no ha visto la cantidad de soldados que vienen o venían por aquí con dedos rotos? Sobre todo el meñique de la mano izquierda... pero ha aprendido que eso nos deja inútiles un tiempo, así que ahora usa otras... técnicas. El día del bombardeo se salvó por estar castigando a dos soldados. Uno no sobrevivió y el otro ascendió a cabo para que guardase silencio, pero aún siendo soldado, no hubiese contado nada a nadie, porque nadie me creería... salvo usted, que está viendo como es. Espero que el mensaje de Doc llegue pronto a manos de su amigo y les saquen de aquí a ambos, porque sino... su vida será un infierno.

Mientras me hablaba, le iba curando la fea herida de la cabeza. Se quejaba entre palabras, pero no dejó de contarme aquello entre susurros. Yo no me hubiese creído nada de no ser porque le había visto actuar. **- Venga mañana por la mañana. Quiero ver como va la herida y limpiársela de nuevo. Está en muy mal sitio y necesitará una cura diaria, pero dudo que quiera que se la cubra.** - Como me temía, el cabo negó con la cabeza. **- Está bien, entonces venga esta noche, después de cenar, tendrán que ser dos curas diarias y si se mancha la cabeza, tendrá que lavarse la herida con agua y jabón y venir a verme cuanto antes. Si veo que va a peor, le mandaré antibiótico en comprimidos.**

Y el cabo se puso en pie y tras darme las gracias por la cura, dejé el informe de Rick en su sitio. Le sonreí como pude y me despedí de él. **- No se preocupe, me verá antes. Me han encargado a mí ser su... carcelero.** - Indicó el hombre a quien no parecía hacerle gracia aquello. Asentí con la cabeza y me senté junto a Rick en la cama. Cuando el cabo se marchó, me recosté levemente sobre el cuerpo de Rick.

- ¿Qué tal estás? - Le susurré a escasos centímetros de su rostro, con mi cabeza sobre su hombro. Tenía los ojos cerrados, pero no sabía si dormía o no. Ni pensé si le estaría molestando o si sería una carga para él tenerme así. Yo solo sabía que necesitaba estar a su lado, poder abrazarle y aquello era lo más parecido que podía sacar.

Rick "Jester" Heatherly

Yo me sentía orgulloso de mi proceder, aunque fuese una completa estupidez. La bota del capitán aplastaría mi pecho e incluso me haría arrepentirme de mis palabras a causa del dolor, pero no de mis actos, que respondían a mi manera de ver la vida, la mía o la de los demás.

Sarah parecía sorprendida, además de traumatizada por lo que había ocurrido, por sus consecuencias para mí.

-La vida está sobrevalorada, Sarah. No merece la pena cuando sacrificas todo en cuanto crees. Todos moriremos algún día; la cuestión es... haciendo qué.

Pero el dolor me impedía hablar demasiado. Había alcanzado el límite de mis fuerzas y apretar la mano de Sarah ya no servía tanto como antes. Aunque... seguía siendo agradable. Con aquel pensamiento fue con el que hice lo posible por continuar manteniéndome consciente y haciendo que mi mente se mantuviese en su lugar.

Pude, no obstante, ver aparecer al cabo y también al doctor. Su aspecto no era muy ortodoxo, pero quién lo era en aquellos tiempos que corrían. Y en cuanto a sus garfios, más de una vez hubiera querido tener un par de ellos para hacer que alguno se arrepintiese de sus palabras, aunque debía ser incómodo sostenerla cuando meara, eso sí. No, definitivamente mejor una mano.

-Hola, "doc". Parece que se ha perdido la fiesta -conseguí decir.

El cabo parecía estar de nuestro lado, incluso el doctor, pero entendía que una orden era una orden. Aún así, su actitud era suficiente para mí. No siempre podías conseguir lo que querías, pero sí intentarlo, como había hecho yo.

-Se lo agradezco de veras, "doc", aunque creo que quien debería ayudar es a ella. Se merece mucho más que estar encadenada como un perro cuando ha salvado tantas vidas -le dije, mirándola como a mucho más que una simple enfermera.

Sarah empezó a tratarme, con ayuda de otra enfermera, y el olor de la sangre llegó hasta mi nariz, hasta el punto de ocasionarme nauseas. Era algo normal; en batalla, los vómitos se mezclaban con los olores de la putrefacción y el miedo. No había nada romántico en la guerra; siempre la vendían como si fuese algo que merecía la pena, pero no había oído a nadie hablar con orgullo después de regresar, pues siempre había secuelas, físicas o mentales.

-Estoy... tranquilo. La verdad es que nunca había tenido a tanta gente cuidando de mí -dije, sonriendo, a pesar del dolor. Sarah parecía más preocupada que yo, la verdad, seguramente porque ella luchaba contra la muerte, mientras que yo la había aceptado plenamente, como parte de mi vida.

Mientras se encargaba de mi pierna, miraba al techo, intentando descubrir en las sombras que se formaban en él algo más que simples manchas. No era el test de Rorschach, pero cuando en ellas veía la figura de Sarah era por algo. Se había metido tan dentro de mí que me costaba pensar en algo diferente y no era un mal pensamiento si la muerte terminaba por alcanzarme.

Además, me ayudó a soportar el dolor y a que las manos que sentía adentrándose en mi carne, me provocasen un dolor insoportable. Pero sí que lo había sentido. Por eso cuando me dijo que descansara y que lo sentía, le sonreí con delicadeza.

-Es un buen corazón, Sarah. Nunca lo pierdas. Pase lo que pase, no dejes de seguirlo, porque es lo que más me gusta de ti. Bueno, aparte de tus manos, por supuesto, que hacen maravillas con las heridas...

Y estoy seguro que con otras cosas también, pensé, antes de caer en un estado de semi-inconsciencia que no me permitió más que captar palabras sueltas. Parecían estar encargándose del niño, y por lo visto, al cabo le habían degradado, él y Sarah se pusieron a hablar de algo que no comprendía completamente... y finalmente su rostro, cerca del mío, preguntándome cómo estaba.

Afortunadamente, la anestesia ya estaba haciendo su efecto, así que debía tener una estúpida sonrisa de colgado en el rostro porque no me dolía absolutamente nada.

-Pues estupendamente, Sarah, como si todo esto fuese un sueño -le dije, como si no hubiese ocurrido nada de nada. Vi entonces la cadena con la cual estaba atada y recordé que había sucedido.

-Bueno, estar encadenado a ti no es lo peor que podría ocurrirme. Si hubiese sido con el sacerdote, me habría muerto con sus lecturas de la biblia -bromeé, removiéndome inquieto en la cama. Aunque no me dolía, sentía tirantez en mi pierna, más que antes, sin duda causada por el dolor de la caída, además de una presión en mis costillas, a causa de la bota del capitán.

-Oh, lo siento. A lo mejor es usted religiosa. Yo la verdad es que no demasiado. Mi padre era un devoto católico irlandés pero no recuerdo cuando fue la última vez que fui a la iglesia. No confío en que el Señor me preste demasiada atención, ni a mí, ni a los demás -comenté, mirando a mí alrededor y terminando por fijar mi vista en Sarah. Ella debía saber mejor que nadie que Dios no estaba a su lado cuando había tenido que aguantar al cabrón de su marido.

Enfermera McDuncan

- No puedes pensar así, aún eres demasiado joven para eso... ¿qué edad tienes? ¿Veinticinco años? No creo que tengas muchos más que yo... yo debería pensar así por lo que me ha tocado vivir, Rick. Pero mírame, en el fondo aún pienso que en esta vida se puede ser feliz y esa es mi meta... pero no sé ni como alcanzarla, pero sí al lado de quien no lo lograré nunca... y en este tiempo, tú me has dado más esperanzas que nadie para ver que en algún momento de mi vida, podré ser feliz... conseguir tener fuerzas para dejar al malnacido de mi marido, conocer a un hombre maravilloso, - *aunque le tenga delante ya y no pueda decírselo,*- **y formar una familia lejos de la vida militar.** - *Algo que ya me has dejado claro que no dejarás.* - Le respondí buscando darle algo de esperanza, sin saber si mis sueños le servirían para algo.

Mientras, continuaba presionando su herida por un lado y sosteniendo su mano por el otro. No sabía, no era capaz de imaginar, que estaba sufriendo tanto por él porque sentía que le quería. ***- Tienes que aguantar, Rick... si no es por ti, hazlo por mí.*** - Le susurré al tiempo que llegaban los refuerzos.

Ver al doctor y sus instrucciones fue un alivio, al igual que tener al cabo de nuestro lado, aunque le tocase obedecer al capitán.

El doctor miró a Rick. **- Lo único que puedo hacer, ya está hecho. Pero tendrá que estar así hasta que se solucione todo. No puedo contradecir la orden del capitán y menos cuando os acusa a ambos de algo tan grave. Solo espero que les saquen de aquí cuanto antes, porque Smith no está bien de la cabeza. Iba a pedir que se le retirase del servicio en aquella reunión a la que no pude asistir y donde perdimos a todos los mandos y yo a mis...** - Mostró los muñones convertidos en garfios en aquella ocasión.

Tras eso, me puse manos a la obra con Rick y al terminar me dedicó unas palabras que nuevamente me hicieron sonrojar. Si él supiese que estaba dentro de mi corazón ya, seguramente no me diría aquellas cosas tan bonitas. Por eso no podía decirle nada. **- Creo que estás delirando, Rick. El dolor es lo que tiene.** - Le respondí tratando de salir de aquel paso.

Con él atendido, pasamos al chico y luego me encargué del cabo y escuché su historia, entendiendo porque el doctor quería retirarle del servicio. Y cuando todos se fueron y me quedé con él, fue cuando me recosté sobre él. Podía sentir su cansada respiración y seguramente le miraba como una boba, pero en su estado no se daría ni cuenta.

- Ojalá fuese un sueño, Rick, pero uno agradable para ti al menos. - Pero la realidad era otra y él no tardó en recordarla. Entonces bromeó sobre estar encadenado a un sacerdote y su dolor en hacerle moverse, lo que me hizo separarme de él. **- Lo siento, Rick yo... no creí que te molestase que estuviese así contigo.** - Y es que su gesto me lo tomé como que no quería tenerme encima suyo, algo normal estando con aquel dolor en el cuerpo por otra parte y me quedé sentada en la cama. A fin de cuentas, ¿a qué otro lugar podría ir?

Tonta de mí que creí que podría dormir a su lado un rato... al menos lo había intentado y ya sabía que solo obtendría un rechazo por su parte, así que no arriesgaría nada más. Nunca.

- Recuerdo... recuerdo que hasta hace unos años le rezaba y le preguntaba que porqué tenía que pasar por todo aquel infierno si me portaba bien. Era buena esposa, iba a misa todos los domingos y por las tardes cuando podía, aunque no siempre, porque acababa encerrada en un armario, llorando de dolor por la paliza recibida. Recuerdo que le rezaba mientras recibía cada golpe, tonta de mí poniendo la otra mejilla siempre al principio... Le preguntaba que porque me había abandonado y como permitía que me ocurriese todo aquello... y un día dejé de rezar y de preguntarle, porque descubrí que no estaba ahí y si realmente existía y estaba, no era para mí... - Crucé los brazos sobre mi cuerpo, el cual temblaba recordando todo aquello a la par que de frío.

Sabía lo que quería y lo que necesitaba, estar entre los brazos de Rick. Pero después de su gesto... no iba a arriesgarme a pedírselo si quiera. Un rechazo más y estando encadenada a su cama, no sabía como lo llevaría. Y rezar... rezar no me serviría de nada. Así pues, con mi pequeño sueño de dormir a su lado quebrado, de estar entre sus brazos y sentirme protegida por una vez junto a un hombre, suspiré y me puse en pie, saqué una de las mantas de debajo de la cama y me la puse por encima. Luego posé mi mano sobre la frente de Rick. Necesitaba tocarle y saber si tenía fiebre.

- Descansa un poco, te vendrá bien. - Le susurré tragándome el dolor que sentía, parecido al que aguantaba cuando John me pegaba, solo que este estaba directo en mi corazón. No dejaba cardenales ni cortes, solo un dolor por dentro que tardaría en aliviarse. Intenté sonreírle, pero esta vez no pude y cogí un libro de los que me había dado el doctor. Luego me senté en el suelo, entre la cama de Rick y el niño enfermo y comencé a fingir que leía. Quería esperar a que Rick se durmiera para que no me viese llorar.

Porque esta vez sería por él. Por Rick.

Y cuando creí que dormía, rompí a llorar en silencio. Estaba acostumbrada a hacerlo. Lo había hecho durante demasiado tiempo y eso me llevó a quedarme dormida, dejando mi cabeza apoyada en el colchón de la cama de Rick y quedando el libro en mi regazo. Ni sabía que me había dormido hasta que el cabo me despertó. No venía solo, traía a un soldado con un impermeable puesto... un soldado que olía a comida rusa y que usaba pantalones de civil.

- Le encontré merodeando la base y supuse que venía por usted al notar el olor de la comida. - Me dijo el cabo Lazarus. **- No hablo ruso, así que, me costó que entendiese que tenía que ponerse el impermeable para poder colarle hasta aquí.**

Mis ojos estarían enrojecidos por el llanto, pero recién levantada, podría ser por el sueño. **- Gracias cabo.** - Le dije al hombre. **- Yo se lo traduciré.** - Y eso hice. El ruso me respondió enseguida y le sonreí agradecida cogiendo lo que traía para mí y para Rick. Precisamente la carne que pedí aquella mañana.

- Es lo que le pedí a los rusos cuando fui esta mañana a recogerlo... aunque claro, creí que lo traería sin hacer, no al niño. - Le expliqué al cabo al tiempo que me ponía en pie. Tenía ganas de orinar, hambre y entendía que Rick estaría igual. El ruso me preguntó por el niño y le miré fijamente. Era su padre. Le conté que lo había visto el médico de la base y que debíamos esperar a la noche para saber si el tratamiento funcionaba.

- Es la hora de que la suelte y debo estar con usted hasta que la tenga que encadenar de nuevo. No tiene mucho tiempo enfermera. - Y miré a Rick, quien se había despertado, seguramente con la llegada de los hombres. Dejé la comida en la mesita y cogí la cuña.

- Si yo tengo ganas, tu más... si necesitas ayuda... - No me hacía gracia invadir tanto su intimidad, pero después de lo ocurrido lo mismo si que necesitaba un par de manos. Una vez terminó, el cabo me soltó. Le dije al ruso que se quedase hasta que volviésemos, pero que no se moviese de allí. Todo fue rápido: una visita al aseo, preguntarle al cabo por su dolor de cabeza y por su nombre y regresar con algo de agua para beber y para que Rick pudiese lavarse las manos.

Lazarus volvió a encadenarme a la cama. **- Acompañe a este hombre fuera del campamento y si quiere venga a probar una de estas shashlik... yo... no tengo mucha hambre, si me dice que sí le guardaré al menos una.** - Y es que aún estaba apesadumbrada por lo ocurrido con Rick y no sabía cuando levantaría cabeza.

Descubrí la comida ante los hombres y le lavé las manos a Rick tras ayudarle a sentarse en la cama, usando las almohadas nuevamente para que apoyase la espalda en un sitio cómodo al tiempo que el cabo y el ruso se marchaban de la tienda. Era bueno ver que al menos había alguna persona más que merecía la pena en aquel lugar. **- Vamos Rick, pruébalas. Te vendrá bien para regenerar la sangre que has perdido en estos días.** - Le dije entregándole una brocheta cuando estuvo sentado y listo para comer.

Rick "Jester" Heatherly

Sarah no comprendía como yo podía considerar la posibilidad de la muerte y aceptarlo con aquella naturalidad. No entendía que para un soldado, uno que verdaderamente estuviese comprometido con la vida en el ejército, era algo que debía entender y que formaba parte del conjunto.

Así como un escalador se jugaba la vida cada vez que ascendía una montaña, o un piloto de carreras cuando se montaba en un coche, lo mismo sucedía con nosotros. Había sido testigo en demasiadas ocasiones como una bala perdida había sesgado la vida del más experimentado y hábil soldado, mientras los novatos seguían adelante y las balas parecían querer evitarles.

La suerte, buena y mala, formaba parte de la guerra, y en cuanto aceptabas eso, también lo hacías con todo lo demás. Pero a Sarah aún le quedaba mucho por vivir, porque estaba en un mundo diferente.

-Estoy seguro de que lo serás. A veces es complicado y tarda en llegar, la felicidad quiero decir, pero debes perseverar. Yo no creo que haya hecho nada del otro mundo, solo recordarte que... no debes rendirte. Eso es lo único que importa.

Mientras tanto, me esforzaba por mantener a raya el dolor, algo que iba logrando gracias a la anestesia, y aceptaba que no dependía de mí estar con vida el día siguiente, sino del de allí arriba. El doctor parecía comprender aquello, además de ser consciente de sus limitaciones dentro del ejército al que servía.

-Muchas gracias por todo, "doc". Y no le den más vueltas. Esperaré lo mejor... pero me prepararé para lo peor. Ese es el lema de cualquier soldado.

Hablar con Sarah era una forma de aceptar mi destino, además de ayudarle a que ella no se resignase con el suyo, aunque era fácil que entendiese las cosas de otra manera. Por ejemplo, creyó que me molestaba tenerla encima, cuando era justo lo contrario.

-Para nada. Ojalá la tuviese así más veces -bromeé, pensando en la reacción de otra parte de mi cuerpo, que a pesar de estar herido, funcionaba a la perfección.

Pero esas eran cosas sin importancia. La fe era otra cuestión; también había visto a soldados confiar ciegamente en que el señor los salvaría mientras otros maldecían en su nombre. Dios no parecía tener preferencias, y con Sarah, al igual que otras mujeres, había vuelto a demostrarlo. Por eso seguir creyendo era complicado, casi un reto para cualquiera.

-Yo creo en él... pero me temo que no hasta el punto de rezarle todos los días o confiarle mis pensamientos, aunque supongo que si existe, los sabrá. Pero bueno, no todo el mundo termina por perder la fe en que algún día podría ayudarle. A lo mejor es que quiere que hagamos las cosas por nosotros mismos, no lo sé. La verdad es que ahí te puedo dar pocas respuestas. La mía siempre ha sido la misma: si Dios no me ayuda, no esperaré ni un minuto más.

Todo aquello era demasiado profundo e importante como para obtener una respuesta clara por parte de ambos. Ninguno de los dos sabíamos, como cualquier otro, supuse, lo que nos depararía la vida, ni tampoco el significado de todos los sufrimientos que estaban cayendo sobre nosotros. No había nada claro respecto a eso. Pero la vi angustiada, así que la dejé unos instantes a solas consigo misma, cogiendo su mano y apretándola, sin interferir en sus sentimientos. Cerré los ojos y sentí como su cuerpo se convulsionaba, seguramente porque la tristeza, el dolor, eran tan fuertes que necesitaba desahogarse. ¡Cuánto me hubiera gustado abrazarla para que viese que no estaba sola! Pero no podía hacer eso; también ella necesitaba luchar contra sus demonios por sí misma, para poder vencerles.

Sin querer, me quedé dormido, y cuando desperté, no estaba sola y tenía algo en las manos: la cuña.

-Pues... si le digo la verdad, estoy que reviento -le dije. Me retiré la sábana, introduje la mano por debajo del elegante traje de hospital y saqué mi miembro para aliviar la tensión. Estaba parcialmente erecto, por mi contacto, por tenerla tan cerca y a causa de las imágenes que empezaban a formarse en mi cabeza, pero no podía hacer nada para evitarlo.

Cuando hube terminado, miré a Sarah.

-Muchas gracias de nuevo -le dije, dejando que se lo llevara.

No tardó mucho en estar de nuevo a mi lado, con algo para lavarme las manos y también comida. Parecía apetitoso, pero por encima de todo, era algo que ella había preparado para mí, así que no tuve dudas en comérmela.

-Haré lo que pueda. seguro que está muy bueno -le aseguré, cogiendo una brocheta y llevándomela a la boca. La verdad es que sí que lo estaba. Había tragado verdaderas bazofias y aquello era una auténtica delicia.

-Está muy bueno, Sarah. Pero me vas a hacer el favor de comer tú también, ¿verdad? No servirá de nada que el enfermo recupere las fuerzas si tú que cuidas de mí no lo haces también. Así que este es el trato. Por mal que yo esté, yo no me quejaré y te haré caso en todo y tú... también recuperarás fuerzas. ¿De acuerdo?

Enfermera McDuncan

Miraba a Rick, realmente me daba pena que pensase así y eso me hacía ver cada vez más el abismo que nos separaba y que, a pesar de lo que sentía por él, jamás podría haber un nosotros. Yo tenía muchas cosas que superar aún, como los maltratos. Dudaba que pudiese estar con un hombre en la cama, salvo para dormir, pues de ser otra cosa, las violaciones de los últimos meses vendrían a mi cabeza. Pensar en tener hijos... recaería en mi aborto a base de golpes y estar a solas con un hombre, por mucho que le amase y me dijese que me amaba y que me mirase mal por cualquier cosa... no, simplemente no estaba preparada para nada de eso y no podía hacer esperar a nadie por mí.

Ni aunque Rick sintiese lo mismo que yo sentía por él, algo que claramente no era así, no podría dejarle pasar por todo aquello sin saber si yo misma lograría superarlo. Quizás al final eso fuese lo que más dolería de todo. El poder tener a alguien y no disfrutarlo por el daño causado por otro.

- Has hecho mucho más que todo eso, Rick. Créeme. - Le dije con sinceridad, teniendo que guardarme los sentimientos afectivos para mí. **- Me has devuelto la esperanza y la sonrisa.** - Le confesé sin poder decirle nada más. ¿Para qué hacerlo? O le alejaba de mi lado o le mantenía sufriendo conmigo y no era justo. Además, su manera de ver la vida no era la misma que la mía. El sabía que la muerte rondaba en cualquier esquina. Yo tenía días que la deseaba.

Cuando me recosté sobre él y luego me levanté creyendo que le había molestado, Rick bromeó sobre ello, quizás para quitarle algo de hierro al asunto, pero sabía que en el fondo era una carga para él en ese sentido. Por eso me quedé en el suelo y aunque la cadena realmente me diese para alejarme más, preferí estar cerca de él.

- Mi opinión sobre él sigue siendo la misma. Si existe... no está conmigo ni con la buena gente. - Le respondí hablando de Dios y con eso quedaron claras nuestras ideas. No eran las mismas, pero si parecidas de alguna manera pues ninguno contábamos con él, sólo con nosotros mismos.

Y fingí leer hasta que creí que se había dormido y cuando creí que así lo había hecho, rompí a llorar en silencio y sentí su mano aferrarse a la mía. No le solté, quería abrazarme a él y en ese momento de debilidad contarle todo, no solo que mi marido me pegaba, sino que me violaba después, que me dejó una vez en estado y que sus palizas mataron a nuestro hijo, lo que hizo que me fuese porque sabía que la siguiente sería yo. Que me sentía como una inútil porque era lo que me decía una y otra vez y que mis padres y mi hermano mayor no veían bien que me hubiera ido, que decían que debía aguantar las palizas y demostrar lo buena esposa que era con mi silencio y lo más importante... que había entrado de lleno en mi corazón y no sabía como lo había hecho, pero que le necesitaba como necesitaba respirar.

En cambio no solté su mano hasta que me dormí.

Creí que Rick se despertó cuando el cabo llegó con el ruso, pero no fue así, sino cuando le puse la cuña a su lado. Una parte de mí, la que sentía algo por él, deseaba que me dijese que le ayudase... la otra, la que se había sentido rechazada y que ahora estaba dolida, solo decía que no quería saber nada de él, así que cuando cogió la cuña le di la espalda y no me giré hasta que terminó.

A mi vuelta, la cual también fue por la cocina para coger algo para merendar, pues no me soltarían hasta la noche, nos hizo quedarnos nuevamente a solas. Comprobé como estaba el pequeño antes de atender a Rick. **- Luego te pondré la medicación.** - Le dije cuando le entregué la brocheta, con un tono frío y serio. Me dolía tanto aún el sentirme desplazada por él que solo quería volver a llorar, pero esta vez sin que él se diese cuenta.

- Se lo debemos a los rusos. Lo prepararon ellos. Yo solo se lo pedí. En la base no hay carne, no después de lo ocurrido hace unos días... por eso le dije al cabo que se pasara a por una luego... créeme si te digo que eres la envidia de este sitio ahora mismo y que si Smith se entera de esto... se cabreará y mucho. - Y solo de pensar en ello, sonreí. Que se jodiese ese malnacido.

Entonces Rick me dijo que yo también tenía que comer. **- Tranquilo, es para los dos... bueno, con el cabo tres, pero... yo no tengo mucha hambre ahora mismo. Yo... no es que me encuentre muy bien. ¿Recuerdas que te dije que en esta vida me gustaría poder ser feliz? Pues también tengo días que siento que solo quiero morir y me temo que estoy en uno de esos días. Pero tranquilo... no me haré daño, aún tengo que salvar tu pierna y al pequeño.** - Luego ya vería como iban las cosas. Porque si la ayuda del doctor no llegaba a tiempo y el capitán Smith se salía con la suya, yo no aguantaría mucho más... y menos aún lejos de Rick, a pesar del desprecio que me había hecho.

Y miré al soldado cuando me propuso su trato. Mi mirada estaba apagada, triste y sin vida. **- No tengo más remedio.** - Estaba peor de lo que pensaba. **- Pero no te preocupes, se me pasará. No es la primera vez que estoy así.** - Y lo malo era que no podía contar con él, porque precisamente él era la causa de mi mal.

Y suspiré y me senté en el suelo. No quería molestarle ni que me alejase de su lado de nuevo. Ese sería mi nuevo sitio, como un perro fiel, al lado de la cama de su dueño y encadenada para que no escapase. Y cogí una de las brochetas. Me encantaban, pero la comía sin ganas, despacio y con la mirada fija en mis pies. Volvía a sentirme sola y despreciada por un hombre y lo peor era que Rick no tenía la culpa de nada. Que no sabía nada y así debía ser.

Y en medio de aquel agónico silencio entre ambos, apareció el cabo. **- Cabo Lazarus, me alegro de verle. Coja una y tome asiento. Con la que tengo es suficiente para mí.** - Le dije al hombre tratando de mostrarme algo más animada, pero quizás engañase al cabo, pero a Rick no. El hombre se quedó el tiempo justo para comérsela y hablar un poco con Rick, yo desconecté por completo y me oculté nuevamente en aquel libro. Solo volví a hablar a Rick cuando el cabo se marchó minutos después.

- Voy a ponerle la medicación, así evitaré que le duela de nuevo antes de tiempo. - De golpe volvía a hablarle de usted. **- Intente descansar de lado, no sobre sus heridas. Así le dolerá menos.** - Usé la vía y con cuidado le suministré los calmantes. Mis manos temblaban nerviosas y no podía ocultarlo y evitaba mirarle a los ojos. De hecho, evitaba mirarle al rostro. **- Le ayudaré a recostarse y me encargaré del pequeño, le toca también su medicación.** - Era evidente que estaba muy tirante y no sabía como liberarme de aquello.

Al terminar con el niño miré la cama de Rick. Me dolía el trasero de estar sentada en el suelo y la espalda y el cuello de la postura al dormir. Pero era lo que había. **- Siento estar así, soldado... yo... estoy pensando en la noche que me espera en el suelo y... será mejor que descanse. Es mi problema, no el suyo.** - Le dije arropándole de nuevo. No se me ocurría una excusa mejor y seguía evitando mirarle, porque me moría por abrazarle y llorar entre sus brazos, aún sin contarle nada, saber que estaba ahí y que podía contar con ellos era mi mejor medicina... una a la que no tenía acceso.

Rick "Jester" Heatherly

Qué duro resultaba ver en primera persona como la vida te rechazaba, una y otra vez, y debías seguir resistiendo como fuera. Lo veía cada día, cuando las novias de los soldados enviaban aquellas terribles cartas que despertaban las esperanzas y que a continuación las rompían en mil pedazos, diciéndoles que iban a casarse con otro hombre, y también cuando te contaban sus sueños y al minuto siguiente sus cuerpos salían volando en pedazos.

Recordaba por ejemplo a un joven soldado que estaba en mi compañía que era campeón de baseball en las ligas menores y que estaba con una beca en la universidad. Sonreía cada vez que pensaba en los campeonatos y también en que cuando terminara todo aquello, se haría profesional. Uno de sus brazos fue cercenado de golpe por una granada que explotó demasiado cerca, lanzándolo hacia atrás. Recuerdo haberlo visto buscando su brazo para intentar pegarlo, justo antes de que llegaran los médicos para darle morfina suficiente como para tumbar a un caballo, con tal de que no sufriera los pocos minutos de vida que le quedaban.

Eran horrores que nunca se olvidaban, que se te quedaban implantados en la memoria como las pesadillas recurrentes, y que por mucho que hicieras en la vida, jamás podrías dejarlas a un lado, puesto que en el fondo, no solo eras consciente de las vidas que habían quedado truncadas, sino de que la tuya podía haber sido una de ellas.

Todos los que sobrevivíamos un día más nos hacíamos la misma pregunta: ¿Por qué yo no, Dios mío? ¿Por qué él sí... y yo no?

¿Por qué?

Ya ni siquiera intentaba entenderlo, pero la pregunta siempre estaba ahí... hasta que llegara mi turno.

Sarah se había quedado algo aparte. La había notado mantener cierta distancia entre los dos; quizás fuese lo mejor. Nuestras vidas peligraban y si me tocaba solo a mí, al menos me alegraba de que ella tuviese oportunidad para mejorar la suya. Miré entonces al pequeño y le pregunté, no obstante, porque sabía que le importaba.

-¿Cómo está el pequeño? ¿Saldrá adelante?

Y ella justificó su presencia, haciendo que yo negara con la cabeza.

-No tienes que justificarlo. Yo habría hecho lo mismo mil veces. No se trata de ejército o no ejército, sino de seres humanos -le dije, pero cuando me aseguró que faltaba carne y vi la brocheta, me enfadé. Yo no me merecía aquel trato especial si otros no lo compartían. No se trataba solo de que ella cuidase de mí, que tuviera una enfermera particular, por así decirlo, cuando otros carecían de casi cualquier atención, sino de que mi vida no era más valiosa que la del resto. Por eso le dije que al menos debía comer.

-Escúchame, Sarah. Yo no soy un filósofo, y como has podido ver, mi nivel de educación se restringe a cosas básicas, como los resultados deportivos y jugar a las cartas. Pero hay algo que tengo muy claro. No lucho por un país, sino por las gentes que están en él, porque sea mejor cada día y todos cuantos lo habitan puedan llevar una vida mejor. Está claro que aquí en Rusia, dudo que lo consigamos, pero quiero pensar que con cada pequeño acto que realizo, todos, y digo TODOS, somos un poco mejores, y eso te incluye especialmente a ti. Algún día, mujeres como tú harán lo que otras no han podido hacer, como ser médicos o incluso... no sé, políticas. ¡Quién sabe! Así que si hay algo útil en una guerra es salvar el futuro, como este pequeño... y tú misma.

Vi como además se sentaba en el suelo y eso me hizo más daño que cualquier otra cosa. Pero me mantuve callado. Ya fuese una etapa pasajera o algo más grave, no sentía que estuviese en aquellos momentos en su vida, aunque el hecho de habérmela jugado por defenderla quizás me diese algún derecho. No lo tenía muy claro.

El cabo vino un momento y yo no le presté demasiada atención, y unos momentos después, Sarah me volvía a hablar para indicarme que iba a ponerme la medicación. Me di cuenta entonces de que había dejado de tutearme. No lo entendía. No podía comprender lo que había ocurrido.

-Si eso es lo que quiere *usted, enfermera*, eso haré -le dije, repitiendo el tratamiento y mirándola con ojos tristes, los mismos que me parecía ver en ella.

-Si le soy sincero, enfermera, no la creo. Pero si no quiere hablar conmigo, no se preocupe. Ya ha hecho tanto por mí, como salvar mi vida, salvarme de mí mismo y también darme un motivo para animarme, que no puedo reprocharle nada. Solo lamento que esté encadenada a mí lado, puesto que por muy agradable que sea tenerla al lado, y le aseguro que lo es, y mucho, no le desearía eso a nadie, y menos a usted.

Pensé de nuevo en que la habría abrazado incondicionalmente, solo por darle el apoyo que pensaba que necesitaba, pero no parecía estar dispuesta a aceptarlo.

-Sé que quizás no le guste lo que voy a proponerle, pero la verdad, me apetecería mucho que se recostara a mi lado unos momentos, solo para tener a alguien a quien abrazar. Solo eso... si no le importa... enfermera.

Era lo único que se me ocurrió para intentar darle lo que pensaba que le vendría bien, aunque al mismo tiempo, sabía que yo también lo necesitaba. Abrazarla podía ser darle significado a todo por lo que luchaba.

Enfermera McDuncan

Estaba dolida y me costaba sobreponerme. Una parte de mí me decía que le dijese a Rick lo que me pasaba, que estaba loca por él, que en unas horas había logrado conquistarme y que me había dolido que me alejase así de él. Pero por otra me pondría en evidencia y... cada vez estaba más claro que su vida era el ejército, no parecía entrar en sus planes que una mujer entrase en su vida, no nada serio al menos y no quería hacer el ridículo y menos aún que me hiciese daño. Más daño. Y en ese momento me preguntó por el pequeño.

- No lo sé. Espero que sí, pero... ahora es su cuerpo el que tiene que luchar. Aunque le pusiéramos diez veces su dosis de antibióticos para contrarrestar la infección, si su cuerpo no responde no serviría de nada, salvo para tirar algo que le haría falta a alguien. Solo podemos esperar y ver que pasa. - Le respondí con pesar aunque al menos sus siguientes palabras me reconfortaron un poco.

Entones le vi cambiar su rostro a uno de enojo cuando dije lo de la carne y vio las brochetas. Y vi a John en ese momento, llamándome inútil y alzándome la mano.

- ¿Acaso un filósofo o un universitario tiene más derechos que un hombre sencillo y especial? - Me atreví a preguntarle entonces.
- Necesita recuperar su nivel de sangre y no podemos hacer transfusiones, así que la mejor manera es comer carne roja, justo lo que tiene delante. ¿Sabe lo que me juego o jugaba cada vez que he salido de la base para traerle el grenki o esto? Ya no es solo irme sin permiso, sino que procurar que no me vean, caminar durante veinte minutos hasta llegar a su pueblo y refugio, más la vuelta y nuevamente que no me vean, porque si lo hacen y me confunden con el enemigo... caeré al instante por una bala aliada... así que no me diga que la importante soy yo o el niño, usted también lo es. Salva vidas...

Y temblorosa acabé sentada en el suelo. Pero con la llegada del cabo todo se calmó un rato. Rick pudo ver que compartía la comida. Al menos aquel hombre se lo merecía también, aunque Rick más y no me atreviese a decírselo. Mi excusa de que me preocupaba dormir en el suelo no coló, como era de esperar y se ofreció para escucharme. Sus ojos mostraban la misma tristeza de golpe que tenía yo y eso me hizo pensar en que le estaba haciendo daño sin querer.

- Créame Rick. No desearía estar en otro lugar ni con otra persona a mi lado. Encadenada o no, usted ha logrado más por mí en unas horas que nadie por mí en meses. Ha conseguido hacerme reír, hacerme soñar, ha logrado que por un tiempo no me sintiese como lo que soy, una inútil que no hace más que equivocarse... al final John tenía razón y me merecía cada golpe que me daba... su mirada al contarle lo de la carne me lo hizo ver todo claro... y lo más importante, es que logró que durante unas horas, no pensase que quizás estaría mejor bajo tierra que sobre ella. - No tenía que ser más clara y explícita para decirle que deseaba mi propia muerte. Pero era tan cobarde que no era capaz de hacerlo. **- Solo es que... ha logrado elevarme tanto que... yo sola me he dado un batacazo y me duele todo y en lugar de...** - *sincerarme y contarte todo.* - Me quedé pensativa. **- ... afrontarlo, solo soy capaz de comportarme como una idiota.**

Y tras encargarme de Rick y su medicación, se la suministré al pequeño y comprobé si tenía fiebre. Parecía que estaba bien, así que le tapé un poco más. Tampoco era buena idea que le descendiese la temperatura corporal. Y mientras lo hacía, escuchaba la extraña petición de Rick. Extraña y deseada por mí. Quería y necesitaba abrazarle. Necesitaba el contacto humano desde hacía mucho tiempo y con eso no me refería a las palizas y violaciones que recibía de mi marido, sino un abrazo sincero y algo de cariño... algo que hacía años que no tenía.

Pero... ¿cómo hacerlo sin que se me notase? ¿Cómo acceder a ello sin que él supiese que lo estaba deseando? **- Yo...** - Le dije dándome la vuelta y mirándole de nuevo ruborizada, pensando en aquel abrazo que tanto significado tendría para mí. **- ... forma parte de las enfermeras el bienestar de quienes están bajo su cargo y... dadas las circunstancias y que dudo que nadie venga a visitarle... creo que no me estaría saltando ninguna norma...** - Y me senté en la cama y me descalcé para luego quitarme la cofia y dejarla sobre la mesita, junto al plato con las pocas brochetas preparadas por los rusos que sobraron...

- A ver... ¿cómo nos ponemos? No quisiera hacerle daño ni que descansase sobre su propio trasero, pues en unas horas estaría dolorido y la única postura que se me ocurre, sería haciendo yo de colchón y abrazarle yo a usted... y además, tendría que meterme bajo las sábanas... - Y al decir eso me puse más colorada aún. Así que cogí la manta del suelo y directamente me recosté a su lado, pasándome la manta por encima. Estaba claro que así no iba a salir bien y que tendría que acabar bajo las mantas con él, porque estar en reposo con aquel frío, no era bueno para ninguno.

Y me revolví un poco buscando la manera y le miré a los ojos. **- Creo que tendré que acabar dentro de la cama con usted. Así no veo manera... salvo que se le ocurra alguna otra cosa... o realmente lo necesite tanto para invadir tanto su intimidad... y sí, estaría dispuesta a hacerlo, si se lo pregunta.**

Rick "Jester" Heatherly

Era algo increíble ser testigo en primera persona de la genuina preocupación que Sarah mostraba por aquel pequeño. No era menos cierto que cualquiera que tuviese sentimientos, no podría permanecer impasible al ver el estado en el cual se encontraba, su debilidad y la proximidad de su fallecimiento si no se hacía algo, y deprisa, pero en el caso de Sarah... a ella le importaba de veras porque era así, porque tenía mucho que ofrecer y por lo que me había contado, escasas oportunidades para entregarlo.

Con un marido que merecía estar bajo tierra, parecía que en aquella tierra extraña, rodeada de hombres sudorosos, heridos, con tupidas barbas e ideas muy diferentes a las que teníamos nosotros, podía mostrarse tal y como era. Solo el ejército, con gentuza como aquel capitán, limitaba sus posibilidades, pero ahora yo podía ver el brillo en sus ojos y como salvar a aquel pequeño era una cuestión que iba más allá de la simple ética.

Sarah podía sentirse de nuevo como un ser humano ayudando a otros y cada vez que alguien la necesitaba y aceptaba su ayuda, tal como ella la ofrecía, en más pura definición, su alma volvía a tener aquello que jamás debía haber perdido.

Esperanza.

Así que yo intenté tener algo de aquello también. Alargué una mano hacia ella, la miré y dije un simple "esperaremos", que me unía a ella en aquella dura agonía que era no poder hacer nada y aguardar a que fuese la providencia quien tirara de la vida del pequeño.

Sin embargo, había muchas diferencias entre ella y yo, por cómo veíamos la vida, por el momento en el cual nos encontrábamos cada uno. Yo no me consideraba especial pero sobre todo, no deseaba ser el causante de que otro ser humano sufriese. Aquello no solo no iba con mi condición sino que me hacía sentir moralmente responsable.

-No, no tiene más derechos. Pero por el mismo motivo, yo tampoco estoy por encima de nadie. Y sé... lo que ha debido pasar, he sido testigo de lo que le ha ocurrido cuando ha desobedecido órdenes para hacer algo que era justo y necesario. Pero no podría perdonarme que te ocurriese algo o que alguien sufriese a causa mía. Comeré esto, porque a ti te importa, y porque si yo estuviese en tu lugar, haría lo mismo, lo daría todo por cuidar de ti.

Había tantas emociones en su interior, que resultaba complicado saber por dónde empezar. Ella afirmaba que no deseaba estar en otro lado. Yo no podía creerme eso porque sin duda alguna, yo sí me imaginaba paseando con ella durante un atardecer, rodeados de verdes pastos y un lugar en el cual no hubiese muerte sino vida. Pero ella estaba tan necesitada, que mi encuentro parecía haberle dado algo que apenas conocía. Me hizo sentir orgulloso de ser como yo era, y también triste, por no ser capaz de entregarle más.

-No vuelva a decir que es idiota. Si aquí hay algún idiota ese soy yo, que tengo una herida en el trasero que me hace estar en una postura de lo más ridícula y que hablo sin parar como si fuese mi propia abuela. Yo que siempre me metía con ella porque no se callaba y ahora soy incapaz de hacer otra cosa que hablar contigo, porque siento... que tú me comprendes, aunque ambos tengamos vidas muy diferentes.

Vidas muy diferentes...

Sí, las teníamos, así como aspiraciones completamente distintas, si bien nuestros deseos inmediatos parecían ir en la dirección de lograr una cierta paz interior que nos permitiese no pensar demasiado en el pasado ni en el futuro, y disfrutar con el presente.

Por eso, en busca de esa paz compartida, era por lo que le pedí abrazarla.

Era una petición extraña y todavía sonó mucho más al oírla de mis propios labios. La miré, para comprobar sus gestos, y me di cuenta como se ruborizaba.

-No lo decía buscando otras intenciones. Es solo... que creo que nos vendrá bien a ambos poder compartir aunque sean unos momentos de paz. Y no creas que se lo digo a todas las enfermeras. En realidad, jamás le he dicho algo así a nadie.

Y ella, accedió, lo que hizo que respirara por fin (había estado conteniendo la respiración durante una buena cantidad de segundos hasta que me respondió) y que incluso sonriera.

-Lo mejor será que se coloque usted delante y se dé la vuelta hacia mí... y si quiere, puede meterse bajo las sábanas. Creo que ya ha visto todo de mí así que no es el momento de ser tímidos, ¿no le parece?

Estaba más confiado, más tranquilo, ahora que ella se había echado tras decir que sí a mi petición.

Pero no esperaba su último comentario.

Ahora fui yo quien no supe cómo responder a aquello, sobre todo por la enorme erección que se me estaba despertando y que vi como movía las sábanas, acercándose a sus manos.

-Yo... mire, no quiero que piense mal de mí. Reconozco que hace demasiado tiempo que no estoy con una mujer, así que quizás lo mejor sea... que me dé la vuelta. ¿Será... muy violento para usted si... sí acabo con algo antes, para poder echarnos tranquilamente?

No sabía cómo demonios decir aquello pero si algo me había demostrado Sarah es que no era una mojigata. Y si a cambio de masturbarme rápidamente (pues no me haría falta mucho para liberarme de la presión acumulada) podía descansar en sus brazos, a mí me parecía que merecía la pena.

-Si le molesta demasiado, no... no se preocupe, podemos... dejarlo.

Aunque en mi interior, esperaba que no se negara. No necesitaría mucho, solo unos segundos con las manos libres.

Enfermera McDuncan

- Para mí sí lo estás, Rick. Y eso es lo que verdaderamente me importa. - Le respondí casi tajante con aquella discusión tan ridícula, porque la comida era para ambos, no solo para él, solo que la situación, el sentirme rechazada así y lo que me dolía por dentro, habían logrado que se me quitase el hambre. Pero no podía explicárselo sin contarle todo.

Pero sí fui capaz de decirle que ese era el lugar donde quería estar en ese momento. No tenía mucho más para elegir tampoco. Así pues, dentro de las opciones que había, no mentía. Y le miré cuando me dijo que no volviese a decir que era idiota. Era como me sentía, como una idiota y una inútil. Lo habían grabado a fuego en mi cuerpo y mi mente a base de golpes.

La verdad es que no sabía si le comprendía o no, pero la verdad era que estaba cómoda a su lado y era fácil hablar con él. **- No me importa que no pare de hablar... de hecho es agradable poder hacerlo con alguien con quien siento que empatizo.** - Quizás esa era la palabra correcta, a pesar de nuestras diferencias, ambos podíamos ponernos en el pellejo del otro.

- Y sí, tenemos vidas muy diferentes... no le recomiendo vivir la mía y creo que a pesar de verse como un idiota por recibir una bala en el trasero, soy yo quien le envidia ahora mismo... aunque ambos estemos encadenados en la misma cama. - Le sonreí levemente, recuperando algo de fuerzas al hablar con él y verle de nuevo rehacerse. Era como si yo me levantase con él.

Su explicación sobre abrazarme me hizo sonrojarme más aún. **- Yo no... no pensaba en nada malo, de ser así, no hubiese aceptado. El único hombre con el que he compartido cama ha sido mi marido y creo que no volveré a hacerlo más... en el sentido que ya entiende... no sé si llegaré a superar todo lo que me hizo.** - Le confesé. **- Y tampoco le he contado esto a nadie.** - Añadí, dejando ver que las palizas y los insultos no fueron lo único, pero no contándole nada más hasta pasados muchos años. Algo que en aquel momento ni me imaginaba que ocurriría.

Y cuando ideó la postura acepté y algo ocurrió que le puso nervioso. Yo no sabía que había dicho o hecho, hasta que vi como las sábanas se alzaban. Me llevé la mano a la boca, con un gesto de sorpresa mostrando que no me esperaba aquello y volví a ruborizarme, esta vez tanto que hasta sentía que rompía a sudar.

Él iba muy lanzado y yo... solo buscaba esa parte que necesitaba, la de estar abrazada a alguien un rato y quizás, llorar... pero empezaba a pensar que él buscaba otra cosa. Pero nuevamente sus palabras me alejaron de esos pensamientos. Él no podría poseerme nunca a pesar de que me atraía y sentía algo por él, lo que había pasado me había dejado tal huella que no podría estar con un hombre en la cama, salvo para dormir abrazados y poco más. Porque mi marido se había encargado de romper todo lo que fuese y llevase al sexo.

- Tranquilo son... reacciones del cuerpo, no se preocupe... yo... solo accedo por su comodidad y bienestar a estar a su lado y a abrazarle... el resto... lo tendrá que discutir usted mismo con su propio cuerpo, hay una línea que no puedo ni voy a cruzar. - Le dije aún ruborizada por la situación, empezando a plantearme si realmente era buena idea meterme en la cama con él.

- No... no se preocupe. Termine sus asuntos con su... cuerpo... puedo esperar y no me iré muy lejos. - ¿Tanto deseaba ese abrazo como para pasar por aquello? Debía estar quedando como una fulana, una cualquiera ante sus ojos. Y la verdad era que con la cadena, no podía alejarme demasiado. Cogí un trapo limpio antes de que empezase y se lo tendí. **- Tenga, le hará falta al terminar, mejor que lo deje caer fuera de la cama... yo... prepararé un trapo más para que se limpie las manos y... no quisiera que me diese la espalda... quiero decir luego... en la cama... yo... realmente necesito un abrazo y sé que el suyo me llenará más que el de nadie.** - Le respondí a la opción de dejarlo.

Y dicho esto y muerta de vergüenza por mis palabras, le di la espalda y le dejé toda la intimidad que pude. Primero miré de nuevo el estado del pequeño y luego preparé aquel trapo húmedo para que se pudiese limpiar las manos. Estaba claro que mañana le tocaba baño, sí o sí.

Rick "Jester" Heatherly

Qué difícil era demostrarle cariño y amistad a alguien cuando había una distancia tan grande separándonos. El dolor que sin duda sufría en su corazón Sarah, junto con el hecho de que yo asumiese que mi muerte podía estar a la vuelta de la esquina, eran elementos importantes, aunque no lo suficiente como para impedir que yo me preocupara por ella, y ella por mí.

Siempre me importaría y siempre la protegería, durante el tiempo que pudiera estar a su lado, claro estaba.

Fue incómodo tener que decirle... lo que sentía, pero hubiera sido mucho peor permitir que aquello enturbiase lo que deseaba lograr al pedirle que se echara a mi lado. ¿Era peor ser honesto... o crudo? En aquel momento, cuando se lo expliqué, aún sintiendo vergüenza, pensé que era lo mejor.

-Lamento haber sido tan directo, Sarah, pero es mi forma de ser. Prefiero ser sincero que permitir que piense que la he invitado con otros fines. Eso es algo que yo jamás haría; jamás -maticé, intentando que fuese una "píldora" menos amarga de tragar para ella.

A pesar de todo, pensé, los dos éramos adultos y no había motivos para ignorar lo que nuestros cuerpos nos decían, siempre que hubiese una solución inmediata.

-Me alegra que lo entienda, de verdad, porque en cuanto... bueno, en el momento en que alivie esta presión, ya no pensaré más ello y podremos relajarnos y... en fin, olvidarnos de todo. Eso es lo único que quiero.

Ella se comportó magníficamente, manteniendo su entereza a pesar de la situación, e incluso ayudándome al darme un trapo para que me limpiase. Aquello era algo que no me esperaba, que me lo hizo más difícil, pero también más fácil al mismo tiempo.

-Gracias. No... tardo nada, Sarah. Gracias de nuevo -le dije, cogiendo el trapo y volviéndome.

Aquella era una parte de la vida del soldado, así como de todo hombre, de la cual nunca se hablaba, ese deseo que se manifestaba cada poco tiempo, y que nos mostraba frágiles durante un tiempo y nos recordaba que seguíamos siendo humanos. Muchos se masturbaban con fotografías de sus novias; otros lo hacían con las de cualquiera y si era alguna de esas que estaban desnudas, mejor que mejor. Y por supuesto, a veces simplemente era algo casi mecánico, que se llevaba a cabo porque se necesitaba, como el comer o dormir.

En aquellos momentos, me parecía que podía ser una mezcla extraña, pues sentía aquel deseo al tener a Sarah cerca de mí y era inevitable que pensara que sentía algo por ella, además de una atracción física evidente, una más profunda que sabía que existía pero que tardaría algún tiempo en madurar.

Sin dar mucho tiempo a mi mente para pensar, me humedecí una mano, busqué el miembro y empecé a deslizarlo arriba y abajo, frotando con fuerza en el extremo. No necesité demasiado para que saliese disparado todo lo que tenía, que afortunadamente, logré contener en el trapo.

Lancé un gemido involuntario, pues era tal el grado de excitación que tenía mucho que echar, y necesité de mis buenos segundos hasta que por fin consideré que había terminado.

Después de acabar, hice una bola con el trapo y lo dejé con cuidado en el suelo. Tenía algunos dedos llenos de mi simiente,, espeso, blanco y ligeramente pegajoso, y busqué con la mirada algo para limpiarme, hasta que me di cuenta de que Sarah me había dejado otro trapo húmedo cerca.

Era estupenda en todos los sentidos.

Cogí el segundo trapo sin dudarlo, me limpié la mano y también de nuevo el miembro, que aún goteaba ligeramente, e hice lo mismo que con el otro trapo. Ya estaba listo, relajado hasta cierto punto, para hacer lo que debía y quería, que no era otra cosa que abrazar a Sarah.

-Y-ya estoy. Muchas gracias por el segundo trapo. Me ha venido... muy bien -le dije, alargando mi brazo izquierdo, que no había utilizado, para abrazarla y atraerla hacia mí.

Ahora sí que podía estar con ella, sin miedo, pensando únicamente en que descansara y se olvidara del cruel mundo en el que vivíamos, por unas horas, en lugar de en la excitación que me provocaba. Eso ya lo había dejado atrás y volvía a ser yo mismo, en pleno control de mi cuerpo.

-No tengas miedo. Solo... acércate, cierra los ojos... y descansa. Yo haré lo mismo. Durante unas cuantas horas, solo seremos dos amigos compartiendo el sueño.

En mi interior, algo protestó por la palabra "amigos", pero otra le recordó que eso éramos, que no tenía derecho a buscar nada más. Eso fue suficiente para que se callara y pudiésemos dormir como si nada malo sucediese, igual que si ambos estuviésemos casados y nos fuésemos a dormir, como tantas otras noches.

Enfermera McDuncan

- No se preocupe, Rick. No me había hecho ilusiones ni iba a ir más allá o a buscarlo, si es lo que piensa que haría. Por mucho que me atraiga... alguien. - Corregí rápidamente. **- Es imposible que yo...** - Agaché la cabeza. Hablar con Rick era fácil, pero hablar de sexo era algo que no lo era, al menos para mí. **- En fin... no podría aunque quisiera.**

- La verdad es que sí, me gustaría dejar este tema de lado... hablar con usted es fácil pero no de esto y yo tengo demasiado... no importa. - Sí, si importaba. Lo tenía todo dentro, grabado a fuego y quizás contárselo me aliviase. Pero estaba hablando con un hombre con una erección que posiblemente hubiese causado yo sin querer, simplemente por el hecho de acostarme a su lado y no quería que lo que me torturaba, le pasase factura a él. No cuando cada vez veía con más claridad que se preocupaba por mí y que mi comportamiento, volviéndole a tratar de usted había sido una pataleta infantil a la cual no sabía como reaccionar ni revertir en aquel momento.

Para lo que a él le supusieron unos instantes quizás, a mí se me hizo una eternidad. No quería, pero mi oído estaba alerta, escuchando o tratando de oír cada gemido o jadeo que saliese de su cuerpo. Tenía la morbosa curiosidad de mirar como lo hacía, de ver su rostro cambiar al llegar al éxtasis y la relajación del mismo.

Quería saber en quien pensaba mientras realizaba aquel acto y en el fondo deseaba que fuese conmigo, porque de ser otra, sentía que tendría celos incluso. Toda la situación era enrevesada y anormal para mí. ¿Tanto me atraía como para querer saber todo aquello? Parecía que sí y lo malo era que nunca lo sabría.

Solo me giré cuando escuché su voz y vi como alargaba su brazo para atraerme hacia él. Le sonreí tímidamente y abrí la cama, metiéndome de inmediato en ella. Pronto sentí como el calor de debajo de las mantas y de su cuerpo me envolvían y le dejé abrazarme temblorosa al tiempo que escuchaba su voz. **- *No es miedo, Rick... solo son... nervios...*** - Le confesé y acto seguido me arrepentí de ello. Pero ya estaba dicho. **- *Se que no me pegarás nunca... por eso no hay miedo...*** - En cambio lo demás era una incógnita para mí, pues cada vez podía hacerme más daño.

Me acurruqué a él y le abracé, sintiéndome en ese momento única y especial como hacía años que no me sentía. Podía notar el aliento de Rick tan cercano, que con los ojos cerrados, sería capaz de unir mi boca a la suya en un descuido y robarle un beso entre sus sueños. Intentaba relajarme, como él mismo me dijo, pero no podía... no sabía si me dormiría si quiera y metí mi cabeza bajo la suya y busqué su hombro, al tiempo que mi mano subía por su espalda con cuidado y comencé a acariciarle la cabeza. No sabía si él lo necesitaba o no, pero yo sí. Hacía tanto que no le daba muestras de cariño a alguien que se me olvidaba como se hacía.

Y eso me llevó a un profundo sueño.

No sé cuanto tiempo dormí, pero sí que fue el cabo Lazarus quien me despertó con cuidado. Rick estaba tumbado bocarriba y yo recostada sobre su pecho y ambos abrazados aún, como dos amantes en su descanso. - **¿Qué ocurre?** - Pregunté al cabo, mientras me frotaba los ojos y me separaba de Rick, a quien mi movimiento y mi voz debió comenzar a despertarle.

- Ya es la hora. - Y se retiró y de nuevo un soldado con un impermeable le acompañaba. En sus manos había una bandeja con comida. **- Tiene que decirle que deje de venir. Es muy arriesgado y más aún de noche que se cuele en la base como lo hace.**

Asentí con la cabeza y desperté a Rick. **- *Es hora de ir al baño, en tu caso... ya sabes...*** - Le susurré. Nos habíamos saltado la merienda y alguien aprovechó nuestro sueño para robarnos las brochetas de mesa. Me estiré como un gato y le di la cuña a Rick antes de ver como estaba el niño. Tenía algo de fiebre, normal a esas horas, pero estaba tranquilo y estable. Le retiré las sábanas sucias, puestas a modo de pañal y le puse unas limpias. Todo líquido.

Rompí a hablar en ruso, al tiempo que Rick hacía lo que tuviese que hacer, explicando al hombre que su hijo estaba estable, que eso era bueno en parte, pero que no había mejoría, así que seguíamos sin saber que ocurriría con él. Luego le pedí que dejase de venir así, que era peligroso. No le sentó bien, pero lo entendía. Aunque algo me decía que ese hombre no se rendiría así como así.

Hicimos un intercambio de platos. **- Cabo, si gusta... ya sabe. Al final sobró de la comida y alguien lo robó mientras dormíamos, así que... prefiero que lo coma quien lo merezca de verdad por arriesgarse a que lo roben quienes no se merecen ni mis atenciones.** - Le dije con claridad para que todos lo oyesen. Era la primera vez que alzaba así la voz, dando una reprimenda a toda la tienda y nadie dijo nada. Y eso que esperé que el bocazas de turno abriese la boca, pero solo hubo silencio.

Como era habitual, recogí la cuña de Rick, la jarra de agua y el cabo me soltó. Le dije al ruso que se quedase con su hijo. **- No tardaré.** - Le dije a Rick. **- Iré a por algo de postre.** - Y tras abrigarme salí con el cabo por la puerta, llevándome las sábanas sucias conmigo y realicé el ritual habitual en el aseo, fui a por agua limpia para beber o lavar a Rick o al niño si lo necesitaba y cogí algo de pan y pregunté si había algo de fruta. Negaron con la cabeza.

Desde luego que no nos podíamos quejar, estábamos comiendo incluso mejor que el capitán Smith. De eso no me cabía ninguna duda.

No tardamos mucho en regresar, quizás veinte minutos entre ir a un sitio y otro. Lo que no me esperaba era encontrarme aquella escena. El ruso lloraba abrazando a su hijo y le entregué todo al cabo, para correr a su lado. Me dijo que al poco de irme comenzó a convulsionar, a toser y que dejó de respirar. Pidió ayuda pero nadie vino. Le busqué el pulso al pequeño, intenté hacerle un masaje pulmonar y respiración externa, pero su padre no me dejó "besar" a su hijo.

- No... no lo entiendo... - dije caminando hacia la cama de Rick y dejándome caer sobre ella, elevando mi pie para que el cabo me atase de nuevo. **- Estaba estable... su medicación... no le tocaba hasta dentro de un par de horas...** - Decía a la nada, con los ojos llorosos. **- Cabo Lazarus, ¿le puede acompañar? Ya no le hará falta el disfraz... nadie impedirá que un hombre salga de aquí con su hijo muerto por la puerta principal.** - Le dije al hombre con pesar y derrotada, me dejé caer en la cama junto a Rick.

Le daba la espalda y... solo podía mirar a aquel hombre llorar y levantarse, después de que le hubiese liberado de la vía, coger a su hijo tan pequeño y llevárselo muerto a su hogar. **- Rick... ¿puedes... puedes abrazarme? Te necesito más que nunca.** - Le dije al soldado, olvidándome del trato de usted, olvidándome de tanta tontería. Ahora era cuando realmente le necesitaba a él, a ese hombre que empezaba a amar sin querer y que en ningún momento evitaría que aquello ocurriese.

Rick "Jester" Heatherly

Afortunadamente, todo fue muy rápido.

Con cualquier otra mujer no hubiera sido capaz de hacer lo que hice, ni tampoco me hubiese molestado, pero Sarah era especial; después de haberme salvado la vida, abrirme su corazón y cuidarme a pesar de todas las dificultades, lo había hecho, y continuaba todavía con ello.

Mi falta de disciplina al enfrentarme al capitán gilipollas era lo de menos; lo volvería hacer cada vez, porque era lo que él se merecía, y ella también. No podía mantenerme al margen porque mi estilo era siempre defender lo que consideraba que era justo, por pésimas que fuesen las consecuencias y en este caso, podían serlo, sobre todo para mí, aunque la visión de Sarah encadenada, suponía un fuerte golpe a cualquiera que tuviese algo de moral en sus huesos.

Cuando me volví, más relajado, y la abracé, esperaba que ella procurase olvidarse, o dejar a un lado, lo que acababa de suceder, porque en realidad, lo que yo deseaba era aquel simple acto de abrazarla y olvidarme de que había una guerra, me habían herido, me iban a hacer un consejo de guerra y que incluso podía morir en cuestión de días o semanas a causa de él o de cualquier bomba que me cayese encima. Solo deseaba algo de paz, y ofrecer exactamente lo mismo a la persona que había encontrado en aquella maldita guerra que más se merecía sobrevivir a ella.

-El miedo y los nervios son normales. siempre les digo a mis hombres que quien no siente ninguna de esas emociones es que está más muerto que todos cuantos cayeron antes que nosotros. Y en este caso, con tu... vida, lo considero doblemente importante, porque a pesar de esos nervios, estás aquí, a mi lado. Eso dice mucho de tu valor, y también de cuánto me valoras, lo cual hace que lo que siento por ti sea mil veces más fuerte que antes.

Jamás le diría que es amor, pero al menos quería dejarle claro que no era una simple amistad o el capricho de un soldado herido hacia su enfermera, como había claramente dicho el capitán.

Pero lo más importante era que estábamos juntos, a pesar de todo y de todos. Sentía como mi cuerpo, una vez dejado de lado toda la tensión acumulado en mi miembro, se relajaba, y también podía notarlo en ella, que debía estar agotada después de años sin alguien que hiciese algo tan básico como aquello. Cerré los ojos y me dejé guiar únicamente por el resto de mis sentidos. Noté como metía la cabeza por debajo de la mía y también como me acariciaba el cabello con una de sus manos.

Eso me hizo sentirme como... bueno, como si estuviese en el mismísimo cielo. Nadie me había tocado así desde que tenía seis años, más o menos, y por supuesto, a cambio de nada, solo del afecto que había entre nosotros dos. No éramos hermanos, amigos o amantes, sino simples conocidos que nos necesitábamos en aquella hora tan oscura.

De nuevo me quedé dormido y cuando me desperté, fue gracias a un movimiento brusco por parte de ella. Estaba tumbado boca arriba y ella sobre mi pecho, abrazados como si aquella fuese nuestra postura natural. Tardé en abrir los ojos, tanto que me pareció que hasta quizás me había imaginado que ambos estábamos así.

Y al hacerlo, vi que estaban pasando cosas.

Un soldado traía una bandeja con comida, que no sabía si era para mí o para el pequeño, pero que de nuevo demostraba el compromiso de Sarah con aquellos a los cuales cuidaba. Sarah me recordó que necesitaba ir a asearme, por lo que no me entretuve más.

-Sí, será lo mejor -dije, dejándome que me cambiase las sábanas. Me dio la cuña y la usé rápidamente, y mientras la llenaba, vi como se preocupaba por el pequeño.

Parecía que todo iba bien.

Sarah se fue a llevarse la cuña y también la jarra de agua, mientras yo terminaba de comer algo de lo que había traído, pero en el tiempo que tardó en regresar, todo se torció. El pequeño tuvo una especie de ataque que nos cogió a todos por sorpresa. Dejé la comida de cualquier manera encima de las sábanas y el pobre padre se abalanzó sobre el pequeño... a tiempo únicamente de darle el último abrazo, puesto que tras unas convulsiones rápidas, el niño dejó de respirar.

Tampoco me pillaba de sorpresa todo aquello. Cuántas veces había oído algo como "se encontraba bien hace un minuto", antes de que la vida se hubiese alejado para siempre de ese soldado. Cuántas veces más tendría que oír aquello.

Sin decir nada, me eché en la cama y miré hacia el techo, más hundido de lo que me gustaría reconocer, pues todas las muertes me afectaban. A mi lado, Sarah lloraba sin entenderlo, pero yo sí que lo entendía. La vida era frágil, sobre todo cuando había una guerra de por medio. Los raros éramos aquellos que lográbamos sobrevivir, por el tiempo que fuese. Y por supuesto, siempre ocurría lo mismo.

Las empezaban aquellos iluminados que estaban sentados a una mesa, delante de documentos, informes y mapas, pero las terminábamos los demás, los civiles y los soldados, porque quién demonios iba a hacerlo si no.

Debí permanecer más tiempo del que yo pensaba mirando al techo, porque de repente oí a Sarah pidiéndome que la abrazara. La habían vuelto a encadenar pero era su alma la que estaba atada de veras al dolor y al sufrimiento. Cómo no iba a abrazarla, si ella era cuanto yo quería y me parecía que yo era lo único que ella tenía en aquellos momentos.

-Ven. Deja que abrace y llora. Llora cuanto necesites. Mientras yo esté aquí, nunca estarás sola -le dije, abriendo mis brazos y recogiéndola para permitir que echara cuanto necesitara.

No había nada de natural en que un hijo muriese antes que su padre, pero al final, eran los hijos quienes luchaban las guerras. Algunos lo hacían en el campo de batalla, mientras que otros, lo hacían en casa. Aquel pequeño se fue antes de lo que debía, demostrando así, una vez más, que la guerra, cualquier guerra, debía ser detenida antes de iniciarse. Pero yo era un soldado; cómo podía unir aquellas dos ideas, la de desear la paz al tiempo que participaba en la guerra. Muy sencillo. Me ofrecía como víctima a cambio de otros. Que las balas y las bombas cayesen en el campo de batalla y no en las ciudades o en las casas, que fuesen gente como nosotros quienes recibiésemos todo el dolor, a cambio de salvar aunque fuera una sola vida de perderse en muertes innecesarias. Por eso era soldado. Porque incluso con mi muerte, sabía que podía conseguir que alguien sobreviviese.

Pero los sollozos de Sarah me hicieron también albergar otra idea, la de ayudar a aquellos que veían el rostro del dolor cada día y corrían el peligro de unirse a él. No pensaba permitir que Sarah no siguiese adelante; volvería a casa como fuera, porque ella se lo merecía. Ella merecía regresar y tener una vida plena, por todos los que no la tendríamos.

Enfermera McDuncan

- Ojalá te pudiese explicar realmente mis motivos de mis nervios y miedos, Rick. Pero... me da más miedo enfrentarme a ello, que lo que pienses. - Y no le respondí, no de manera inicial al menos, pues tras sonrojarme y sentir algo de esperanza sobre mis sentimientos hacia él, me envalentoné un poco más. ***- Y si pudiese no te dejaría separarte de mi lado nunca.*** - Le susurré y al darme cuenta del significado de mis palabras, tuve que añadir algo más. ***- Junto al doctor, que confió en mí y el cabo Lazarus, que parece estar de nuestra parte. Aunque solo me dejaría abrazar así por ti.*** - Le aclaré al final del todo, destacándole sobre ellos.

Porque era demasiado especial para mí pero no quería que viese cuanto. ¿O sí? ***- Ni se me ocurriría meterme en una cama con ellos, ni para dormir.*** - Y tras esas palabras y buscar refugio en él y mostrarle parte del cariño que sentía por él acariciando su cabeza me dormí.

El despertar, el salir y encontrarme con la muerte del pequeño me hizo sentir culpable. ***- Si no me hubiese ido. -*** Llegó a oír de mis labios Rick al tiempo que le sentía abrazarme y oía su voz y sus palabras, la cuales no me servían de gran consuelo en ese momento, solo su abrazo y su presencia hacían que me liberase y rompiese a llorar, atrayendo las miradas de todos y los murmullos comenzaron a alzarse al tiempo que el olor de aquella comida rusa inundaba la tienda de campaña.

Y mientras permanecía de espaldas al soldado, me aferraba a sus brazos y lloraba sobre la almohada, para luego darme la vuelta y buscar su hombro y un consuelo mayor. Me sentía verdaderamente culpable por aquello y bien sabía Dios, si es que realmente existía, que hubiera hecho todo lo posible por salvar a ese pequeño.

Sé que el cabo estuvo allí, que trató de consolarme, pero en ese momento yo era solamente de Rick.

De los pocos recuerdos que tuve esa noche, se que le dije que cenase algo. Más aliviada de mi pesar y por Rick, yo también comí algo, pero de no ser por él, simplemente hubiese estado aferrada a él toda la noche. El cabo nos hizo compañía un rato y le pedí que se llevase las sobras y que se las diese al doctor.

Pronto volví a quedarme a solas con Rick, metafóricamente hablando, pues la tienda estaba llena de heridos en sus camas y empezaban a servirles la cena. Le miré a los ojos y no necesité decirle lo que necesitaba para que lo entendiese: un hueco en su cama. **- Puedo darle la vuelta al colchón y dormir en el suelo si crees que es demasiado.** - Le dije tragando saliva y deseando que me hiciese ese sitio como aquella tarde, aunque tuviese que esperar de nuevo a que se aliviase para estar los dos más tranquilos. Sobre todo él, quien se sentía más violento.

Yo sabía que no pasaría nada. Mi cadena era más larga que la suya y podía alejarme más de él si perdía la cabeza. **- Te pondré la medicación mientras te lo piensas.** - Y miré el colchón, ese que fue mi cama y donde había muerto el pequeño hacía unos minutos, quizás una hora o dos atrás. No sabía que hora era, solo que debía medicar a Rick y tratar de olvidar aquel día en el cual, había sido castigada por intentar salvar una vida, Rick igual por protegerme y esa vida se había perdido justamente el poco tiempo que yo había estado ausente.

Rick "Jester" Heatherly

Sabía que Sarah tenía mucho más que decir de lo que yo sabía, pero como todos, el momento debía escogerlo cada uno, según encontrara la necesidad o el valor para hablar, o la confianza, si llegaba el caso. No me sentía ofendido porque hubiese más debajo de aquellos ojos hermosos y tristes y aquel rostro que contenía cada vez menos sus emociones, sino todo lo contrario, pues cada demostración, era una prueba más de que había hallado en mí un confidente, un amigo, un alma si no gemela, al menos afín, en aquel lugar perdido.

Pero algo sí que me llegó a decir. No me esperaba aquella afirmación, y no supe que decir al respecto.

Y yo... tampoco lo haría, nunca, aunque jamás compartieses lo que siento por ti, de lo cual voy siendo más consciente a cada minuto que pasa, pensé.

Aunque al decir que solo se dejaría abrazar así por mí, me hinché de orgullo por lo que había logrado. Jamás había sentido que alguien llegase a confiar tanto en mí como para algo así y sabiendo la dura vida, llena de desconfianza y malos tratos que había sufrido Sarah, era un logro increíble por parte de ambos.

-No sabes cuanto me satisface oírte decir eso, porque significa... que puedo ayudarte, porque confías en mí.

Fue antes de que nos durmiésemos y encontráramos la paz que estábamos buscando, la que ambos necesitábamos. Aunque la muerte del niño fue un duro golpe para todos, sobre todo para ella. La abracé, sabiendo que no podía hacer desaparecer el sentimiento de culpa y frustración por no haber hecho algo más, aunque sabía, y me parecía que ella también, que a veces la muerte no admitía golpes de suerte. Simplemente... ocurría, cuando tenía que ocurrir.

No hacía falta decir nada; no era necesaria ninguna palabra de consuelo, puesto que no existía consuelo alguno en las palabras. Cuando alguien sufría, como ella lo hacía en aquellos instantes, no cabía otra cosa más que dejar que todo lo que sentía saliese y que así, poco a poco, fuera aceptando la realidad.

Poco más ocurrió aquella noche, en la cual Sarah parecía encontrarse como en un trance. Ni siquiera le insistí demasiado en que comiese, lo justo y necesario para no desfallecer, puesto que en cualquier momento, lo que comiéramos podía transformarse en lo último durante mucho tiempo, pero sobre todo, no la solté o dejé sola ni un solo instante. El cabo era una buena persona y también se quedó con nosotros. nos comprendía; pero la relación que habíamos logrado Sarah y yo, iba más allá de su capacidad para igualarla.

Finalmente, pareció despertar unos instantes, aunque fuera solo para decirme que me necesitaba.

-De eso nada. Siempre que haya una cama, habrá un lugar para ti a mi lado, para abrazarte y acompañarte, y de no haber cama, cualquier esquina será suficiente para mí, con tal de continuar a tu lado. Así que no tengo que pensarlo. Ponme la medicación, no hables más y ven... es una orden -dije esto último sonriendo ligeramente, pues era evidente que no era una orden, sino más bien una invitación completamente sincera.

Yo estaba ya aliviado por lo que no había riesgo alguno, y ella me necesitaba. No existía nada más aquella noche que estar a su lado para intentar, aunque fuese mínimamente, minimizar su dolor, aunque fuese compartiéndolo con un sencillo abrazo.

De las cosas más sencillas podían salir las más hermosas. Nosotros empezamos con unas cuantas balas, pero acabamos abrazados, al sentir que era más fácil calmar el dolor que sentíamos en brazos del otro.

Enfermera McDuncan

- Confío en ti más de lo que crees. Me has demostrado que puedo hacerlo, Rick. - Le respondí con una sonrisa en mi rostro. Y es que era así. Era honesto y no había tratado de propasarse en ningún momento. Una parte de mí se sentía a disgusto con eso, la que estaba loca por él, la otra, simplemente le valoraba cada vez más por ello. Era perfecto para mí en aquel momento, un hermano, un amigo y alguien a quien amar y a quien abrazarme sin que supiera lo que sentía por él y dejando el trauma del sexo de lado por completo, pues me respetaba y aunque me doliese que no quisiera nada conmigo, me hacía más fáciles las cosas, pues no tenía que explicarle nada y menos aún pararle los pies.

Simplemente era perfecto. Una perfección con fecha de caducidad y con un consejo de guerra de por medio. Pero quería disfrutarla todo lo que pudiese, pues sería lo que me acabase llevando.

- En cuanto a ayudarme... dudo que tengas tiempo para eso. Dudo que tengamos tiempo para nada más que el ahora. - *Y si no fuese tan cobarde y si pudiese haber un nosotros, te diría lo que sé que siento por ti, Rick. Pero no tenemos tiempo, ni podré entregarme a ti y no quiero que las horas que nos queden, los días, estemos mirándonos como dos extraños de nuevo, porque te haya confesado mis sentimientos.* - Y con eso tuve que conformarme. Durante años al final.

Pedirle dormir con él se me hizo más difícil de lo que me había imaginado. Ya no solo es que necesitase su abrazo, es que realmente quería estar en la cama, a su lado. Quería sentir su piel, su respiración y sentirme protegida entre sus brazos. Por supuesto que temía su erección y lo que pudiese pasar. Era bien conocida la fogosidad de los hombres jóvenes y él aún lo era. Pero esperaba que se pudiese controlar o que lo que hizo previamente, le mantuviese tranquilo un tiempo.

Le sonreí con las fuerzas que me quedaban y le puse la medicación. Quizás no pudiese salvar a ese niño, pero su pierna, no la perdería al igual que él me devolvía poco a poco la vida. Nuevamente repetí la operación de quitarme la cofia y el calzado. De estar con el resto de enfermeras, me hubiese cambiado y puesto el camisón, pero allí no había intimidad y además, no procedía. Veía más casto y serio entrar en esa cama con mi uniforme que con ese tipo de ropa, que podría excitar a más de uno. Y de nuevo me metí en su cama y le miré a los ojos. **- *Gracias. Pase lo que pase, jamás te olvidaré.*** - Le susurré al tiempo que mi mano acarició la cicatriz de su rostro, junto a su ojo.

- Espero que algún día me puedas contar como te la hiciste, pero tomando algo por ahí, lejos de la guerra y de los uniformes. - Quise dejar mi puerta abierta al futuro, tal y como él dejó abierta una para ambos. Puertas que la vida militar se encargaría de cerrar con el tiempo, pero en ese momento ninguno de los dos lo sabía. Y me abracé a él y busqué su pecho con mi cabeza, rompiendo a llorar de nuevo por aquel niño entre sus brazos, me quedé dormida.

El toque de corneta anunció la llegada de un nuevo día. Esta vez no tendríamos desayuno especial, café y pan rancio seguramente, sino habían solucionado ya algunas cosas. Pero con Smith al mando, a saber cómo iría todo. Me quedé mirando a Rick unos instantes en la cama, aún abrazada a él y me atreví a acariciar su torso mientras pensaba que dormía. Yo necesitaba una ducha y él también, así que salí de la cama y fui preparando todo para la llegada del cabo. La primera hora del día era la que más trabajo solía darme, pues debía encargarme de mí y de él. Luego era todo más fácil.

Pero con Rick, todo se me hacía fácil.

Preparé su medicación, sus últimos pinchazos. Después de eso le retiraría la vía. Le tuve que molestar e irrumpir su sueño antes de que llegase el cabo, así mientras yo no estuviese, podría descansar tranquilo. **- *Rick, vamos... despierta.*** - Le susurré cuña en mano. La tradición marcaba que le diese la espalda cuando la cogiese y no la rompí hasta que me avisó. Luego le puse la medicación y miré su pierna para asegurarme de que todo iba bien. La sábana estaba machada de sangre, pero se notaba el receso. La vitamina K había hecho su efecto.

- Se acabó la vía... - Se la fui a quitar y me quedé parada. **- Primero me voy a enterar si hay medicamentos en comprimidos, puedes tenerla un par de días más sin peligro alguno y no quiero estar pinchándote cada ocho horas.** - Le dije no retirándola aún.

Mi vejiga me pedía clemencia, pero hasta que el cabo no apareciese no podía hacer nada. **- Te haré la cura ya, así que ya sabes, enséñame ese trasero tan hermoso que tienes.** - Le dije con una sonrisa, sin rubor alguno. El tono de voz era algo más alegre y aunque me muriese de ganas de verle el culo, esta vez el rubor no apareció hasta que no se lo descubrí y lo miré con los ojos de una mujer, no de una enfermera. Pero me centré enseguida en su herida y se la limpié y cambié el apósito. **- El trasero va bien. Con suerte la cicatriz no se notará ni al tacto. Así que la afortunada que entre en tu vida, no se dará cuenta de esto salvo que se lo cuentes.**

En cambio la de la pierna si se vería.

- Vamos a por la otra. - Retiré las sábanas cuando cambió de postura y procuré centrarme donde debía. Quité las vendas, las gasas manchadas de sangre. El drenaje iba bien y la sábana que absorbía todo también. Salvo el drenaje, le cambié todo. Los puntos nuevos no se habían infectado y el daño causado por el capitán solo retrasaría un par de días el cierre completo de la herida. Le limpié con cuidado, porque esta le dolería más que la otra por el tamaño y le vendé las gasas para que no las perdiese de nuevo.

Cuando estaba poniéndole la sábana limpia o más bien el pedazo de sábana para que absorbiese la sangre del drenaje, apareció el cabo, con cara de sueño. **- Buenos días, cabo Lazarus. No tardo.** - Le dije terminando con Rick. Luego ayudé al soldado a recostarse y le tapé bien las piernas.

- No se preocupe. Me llevaré este colchón y le conseguiré uno limpio. - Dijo el cabo recordando lo que había pasado en él la noche anterior y viendo que la cama en sí estaba deshecha, pensando que había dormido sobre él esa noche, cuando la realidad había sido otra. Pero no le dije nada. Prefería que pensase eso a que supiese la verdad.

- Gracias cabo. - Le respondí. **- Es todo un detalle por su parte.** - Me giré hacia Rick en ese momento. **- Descansa. Cuando vuelva será con el desayuno y con tu baño.** - Y le apreté la mano antes de abrigarme mientras el cabo me soltaba, coger toda la ropa sucia, mi uniforme seco y limpio, junto con mi neceser y una toalla y la cuña y me marché con el cabo, no sin antes volverme a mirar a Rick una vez más, asegurándome que me hacía caso o quizás mirándole porque realmente me gustaba.

Regresé duchada, con el uniforme limpio, casi sin arrugas. El otro mojado, estaba en la percha, la cuña limpia en mi mano y el café con el pan del día anterior en la otra. El cabo traía el agua caliente o más bien templada en un barreño, junto a una toalla seca. Organizamos todo antes de despertar a Rick. Para cuando este lo hizo, yo ya estaba encadenada y el cabo ya se marchaba a cumplir con sus obligaciones y a conseguirme aquel colchón. **- Vamos, dormilón. Esta vez invito yo al desayuno, pero primero el baño, antes de que el agua se congele y te cambiaré el bonito pijama que llevas por uno igual pero limpio.**

El olor a jabón de mi uniforme mojado daba un buen ambiente al lugar. Por un momento me llegué a sentir fuera de aquella tienda, en una habitación los dos solos, cuidándole porque estaba herido sí, pero no como enfermera y paciente, sino como hombre y mujer. Una fantasía que tuve que borrar de mi mente, pues sabía que si la seguía, al final todo dolería más.

Rick "Jester" Heatherly

El dolor de mi pierna era considerable, sobre todo gracias al ilustre *capitán*, que con sus caricias se había encargado de recordarme que mi vida, o poder volver a caminar aunque fuese para ir hacia mi propia muerte, dependía de ellos y que estaba ciertamente complicado. Sarah estaba haciendo todo lo posible por salvarla, por lo que en el caso de que no lo lograse, no tendría nada que reprocharle.

Al pesar en mis heridas, volvía a salir a la superficie mi conformismo y aceptación de lo que podía ocurrirme como soldado. A veces, vivir era más duro que morir. Perder las piernas o las manos, podía convertirse en una maldición que te acompañaría durante toda la vida. Sabía de muchos que tras la gran guerra, no habían soportado la vuelta a la normalidad, al no haberlo hecho ellos en condiciones "normales", y viéndose abocados a un suicidio liberador.

Los civiles no podían comprender esa clase de cosas, que alguien sufriese tanto para regresar y que finalmente, se rindiese. Pero no era cuestión solo de rendirse, sino de aceptar que en realidad, habíamos muerto y que nuestra alma no había conseguido regresar del campo de batalla.

Ignoraba si yo sería uno de esos, aún en el caso de salvar mi vida de aquel consejo de guerra, algo que en aquellos momentos, veía bastante complicado.

Pero mientras tanto, intenté dejar todos aquellos pensamientos de lado. Mirar a Sarah, ayudarla, se había convertido en el mejor remedio para demostrarme a mí mismo que aún tenía algo por lo que vivir... por el momento. Por ese motivo, sus palabras de agradecimiento y confianza, servían para devolverme el orgullo que ya casi había olvidado. Era soldado para mejorar la vida de los demás, no solo para arrebatarla, y todavía resultaba útil si ella me lo recordaba.

-Yo tampoco te olvidaré, Sarah. Nunca.

Su mano acarició mi pequeña cicatriz y sonreí al escuchar que deseaba saber cómo me la había hecho.

-Tenemos un trato -le dije **-. En cuanto estemos de regreso y lejos de esta guerra, tomaremos algo y te contaré cómo me la hice.**

Cuando amaneció, todo parecía exactamente igual que la noche anterior. A veces, la llegada del Sol prometía otra manera de ver el día que se avecinaba, pero el recuerdo de aquel pequeño que no lo había logrado, era demasiado intenso; si lo era para mí, suponía que aún lo sería peor para Sarah.

Tardé en despertarme con aquel pensamiento, y solo lo hice cuando Sarah me removió y me llamó, con aquella odiosa cuña en la mano. Odiaba ser inválido, aunque debía reconocer que al menos, con ella tenía la suficiente confianza.

-Eh, ah... B-buenos días -le dije, cogiendo rutinariamente la cuña, sacándome el miembro y empezando a orinar, sin darme cuenta de que lo estaba haciendo delante de ella, en lugar de darme la vuelta. Estaba demasiado dormido para hacerlo, con los párpados aún medio pegados y el cuerpo encogido por el cansancio y el sueño.

Después se encargó de mi pierna y el trasero, con tanta naturalidad como si llevase toda la vida haciéndolo.

-A este paso ni mi madre conocerá tan bien mi trasero como tú Sarah. Recuérdame que te pregunte qué te parece, cuando esté totalmente curado -le dije, guiñándole un ojo, una vez hube conseguido abrirlos.

Me aseguró que iba por buen camino, así que había motivos para estar contentos, salvo que al contrario de lo que ella podía pensar, yo no deseaba que otra mujer lo tocase. Obviamente, no se lo podía decir, pero me hubiera gustado asegurarle que a partir de ese momento, sería exclusivamente para ella.

Pero era demasiado pronto para los dos.

En el curso de los años siguientes, algunas mujeres llegaron a tocarlo, desde luego, pero nunca como ella, y jamás transmitiéndome lo mismo que Sarah, puesto que de ella estaba enamorada y de las demás... no.

-Pues ese será un secreto que guardaré con mucho celo, te lo aseguro -le dije, continuando con aquel momento tan relajado y confiado que estábamos teniendo.

El resto de los cuidados fueron relativamente sencillos y todo fue como la seda hasta que llegó, por fin, el cabo. Sarah necesitaba un descanso, estirar las piernas y por supuesto, ducharse y hacer sus cosas, puesto que ella no disponía de una cuña como yo.

-Cabo, encantado de volver a verle -le dije.

Momentos más tarde, Sarah se marchaba para adecentarse y ocuparse de ella misma, algo que sin duda se había ganado a pulso. La miré mientras se marchaba y le sonreí cuando se volvió, no sabía si para fijarse en algo en concreto o para asegurarse de que yo estaba bien. Aquel gesto me encandiló tanto que no pude evitar pensar que lo hacía porque le gustaba. Pero no deseaba engañarme; era evidente que entre los dos, había muchas cosas, pero nada de lo que me imaginaba, y más me valía hacerme a la idea para evitar que antes o después, fuese mi corazón quien sangrase.

Mientras estaba fuera, miré al cabo. Estaba ávido de noticias, así que aproveché la ocasión.

-Oiga, Cabo. ¿Sabe algo de la batalla? ¿Van tan mal las cosas como me da la impresión? -le pregunté.

Cuando Sarah regresó, era otra mujer. Olía estupendamente y su aspecto era muchísimo mejor. Traía café y pan y yo lo olí y abrí los ojos como por arte de magia. Me hice el dormido solo porque me despertase como si fuese una esposa trayendo el desayuno a su marido.

-Ah, el dulce néctar de los dioses. Sarah, eres la mujer ideal -le dije, sintiendo una punzada de culpabilidad al recordar la clase de marido que tenía.

Afortunadamente, el momento incómodo no duró demasiado. Había que lavarse antes de nada.

-Está bien, está bien. Dejaré que me manosees otra vez. Pero solamente porque eres tú. No dejaría que nadie más lo hiciese. Lo sabes, ¿verdad? -mi pregunta quedó en el aire, como si fuese una broma, así que me incorporé un poco y esta vez, la miré con mucha seriedad -. **Lo digo en serio.**

Y sí, lo estaba diciendo completamente en serio, tanto como que me hubiera gustado ser yo quien la lavase a ella. Involuntariamente, y a pesar de mi alivio de la noche anterior, volví a tener una poderosa erección que hizo levantarse la sábana.

Quizás lo del lavado no fuera demasiada buena idea; previendo el problema, miré a Sarah con determinación.

-Si me das la esponja, puedo lavarme yo mismo, Sarah. No quiero que te sientas incómoda.

Y mientras lo decía, estaba ya pensando en que tendría que volver a liberar presión si deseaba continuar a su lado. Quizás fuese porque me encontraba mucho mejor, que mi cuerpo reaccionaba como era habitual en él, pero se trataba de una cuestión que no podía permitir que se descontrolara.

Enfermera McDuncan

Rick jamás se pudo imaginar lo que significaron aquellas palabras para mí. De alguna manera sentí que había encontrado en él precisamente el hombre con el que debí casarme. Algo me decía que él jamás me haría lo que John me hizo, pero claro, jamás pensé que mi marido fuese a ser así y menos en tan poco tiempo. Por lo tanto con Rick podía ocurrir lo mismo pero mi corazón me decía que merecía la pena intentarlo. Claro que esos sentimientos eran de ida y no de vuelta.

O eso creía yo en aquellos años.

Cuando acaricié su cicatriz y me respondió así a mis palabras le sonreí, pensando en ello incluso en que fuese nuestra primera cita. Pero la realidad era que yo no podía tener de eso. Estaba casada y a pesar de llevar mi apellido de soltera en aquel momento ya "pertenecía" a un hombre. Porque no era más que eso: una pertenecía con la que podía hacer y deshacer lo que le viniese en gana. O eso pensaba él, porque no tenía intención de volver, aunque eso significase que jamás conocería aquella historia de cómo Rick se hizo aquella cicatriz en el rostro.

Aún así no pude evitar en pensar como me vestiría para él y como me despediría una vez me dejase en mi casa, estuviese donde estuviese en aquel momento. Lejos de mi marido, de sus palizas y de miradas indiscretas, dejando ver a Rick por primera vez lo mucho que me atraía. Pero era solo eso... un sueño.

Aquella mañana fue distinta a las demás. Tampoco es que llevásemos muchas juntos, como enfermera y paciente, pero nuestra relación, nuestra confianza, había crecido a pasos agigantados en aquellas horas en las cuales me habían condenado por decirlo de alguna manera, a estar a su lado. Eso hizo que con naturalidad orinase en la cuña sin girarse, al tiempo que a mí me permitía ver como sacaba su miembro medio dormido, para girarme tan rápido como pude y sonrojarme. Ahora si tenía claro que Rick con su miembro en reposo la tenía del mismo tamaño que John con su juguetito en alto.

Rick no podía verme colorada cuando me dijo que le debía dar mi valoración cuando estuviese totalmente curado, ni como me ruboricé aún más con mi picarona respuesta. **- Quizás para eso deba vértelo entero. No es lo mismo hablar de una pequeña sección que es lo que veo que del conjunto entero.** - Le dije con humor y no carente de deseo también por poder admirar el que quizás era el trasero más bonito que me había cruzado hasta la fecha mientras ejercía de enfermera. Y a pesar de su guiño, no quise hacerme ilusiones con él. Aquello iba a doler.

Separarme de Rick sería incluso más doloroso que cualquier paliza que me pudiese dar John, pasadas o futuras.

Cuando me dijo que guardaría el secreto con mucho celo, refiriéndose a la cicatriz de su trasero y mi comentario sobre otras mujeres, no pude evitar sentir esa punzada de dolor y celos, sabiendo que jamás sería esa afortunada. Mi rostro cambió a uno más melancólico y aquel buen rato pareció esfumarse de golpe, dándome cuenta así nuevamente de lo que sentía por él era más real y auténtico de lo que pensaba. Al menos tenía la siguiente herida para centrarme en ella y disimular y la llegada del cabo hizo todo más fácil.

Al salir de la tienda, escuché a Rick hablar con él y le esperé en el exterior. A fin de cuentas, el capitán le había ordenado tenerme vigilada mientras no estuviese encadenada.

- Las noticias son que volaron el puente y que nos mueven a una base aérea cercana antes de recolocarnos en otro lugar estratégico donde poder atender a los heridos de varias zonas y estar cerca de una población, donde poder ser más independientes en cuanto a los alimentos se refieren. Además... - El cabo se acercó a Rick para susurrárselo. **- *... aún está por confirmar, pero por lo visto el avión donde venían los médicos para ayudar y reemplazar a los que perdimos, junto con el nuevo coronel, ha sido derribado por fuego enemigo. No saben si hay supervivientes, por eso no confirman la noticia...*** - Entonces se separó de Rick y miró hacia la salida.

- Debo irme, su chica me espera fuera. El capitán no quiere que se pasee sola por ahí y si no ve me cerca suyo, me temo me que encadenará a ella y todo se complicará bastante más. - Dijo tratando de bromear. **- No sea tonto y no la deje escapar... les he visto mirarse y le aseguro que si ella me mirase así...** - Le guiñó un ojo a Rick y se marchó.

El tiempo pasó y hombre y mujer regresaron, solo que el cabo se quedó el tiempo justo y dejó a la pareja a solas. **- Gracias.** - Le respondí a Rick cuando me agradeció así el desayuno. **- Te lo recordaré el día que te enfades conmigo.** - La ducha y el cambio de ropa, junto con el breve paseo me habían hecho encontrarme algo mejor a pesar de que la confirmación de la noticia del avión con los médicos y el coronel destinado a este lugar, se hubiese convertido en una realidad.

Un tema que omití a Rick. Teníamos otras preocupaciones más importantes que esa. Como su baño y cambio de camisón.

Y Rick se lo tomó bastante bien, alzando los brazos le desnudé y dejé que las sábanas cubriesen sus partes nobles antes de limpiar su cuerpo por arriba, secarle y ponerle el camisón limpio. Luego me encargaría del resto. Casi lo habitual. Sus palabras sonaron a broma hasta que aseguró que lo decía en serio. Y me quedé sin respuesta, en blanco, mirándole fijamente y preguntándome si realmente lo decía tan en serio como sonó... hasta que el pequeño Rick llamó mi atención.

- Soy enfermera y es mi trabajo. No serás el único al que le pase... y casi es mejor así que cuando tienes la mano con la esponja entre las piernas y notas... - Me ruboricé y aparté la mirada de su rostro. **- *Y aunque me incomodase, quiero hacerlo yo.*** - Le aseguré en un tímido susurro. Y cogí la esponja con el agua enjabonada y comencé a limpiarle el pecho y la espalda, para seguir por su cuello, cabeza, axilas... en fin, todo lo que podía sin bajar de la cintura ni descubrir nada nuevo. Luego le sequé bien y le puse el camisón limpio.

- Será mejor que te recuestes para esta parte... será menos... violento para ambos. - Y le tapé y subí las sábanas y las mantas hasta medio muslo. Le limpié las piernas y se las sequé antes de ir a por la parte final, aquella que en parte me hacía sentir violenta y por

otro lado admiraba y deseaba más de lo que jamás le confesaría. Con la esponja era fácil, pero la toalla... miré a Rick a los ojos con ella en la mano. O le secaba yo o se secaba él.

- Escucha, si quieres... libera la presión como ayer, volveré a lavarte y te secarás con la toalla. Eso sí, usa un rincón de la misma para no manchar demasiado al terminar. Yo... leeré un rato mientras terminas. Creo que esto será más incómodo a que te lave de nuevo. - Le dije volviéndome a poner colorada y le tapé las piernas con las sábanas y la manta, dejando la toalla sobre su cadera, para que eligiese que hacer. **- Sigue siendo mi trabajo y me tengo que acostumbrar, aunque algunas cosas no me correspondan hacerlas y eso quede en tus manos.** - Literalmente hablando.

Y cogí una de las mantas y la doblé para poder sentarme sobre ella en el suelo. **- Creo que seré menos molestia si no estoy en la cama.** - Le dije y cogí el libro de medicina. No sabía si me daría tiempo a leer mucho, poco o quizás se secase y me dijese que en otro momento, pero ya que estaba así sabía que lo mejor era que lo completase. Lo que seguía sin entender era el motivo de sus erecciones. Vale, era joven... pero no andaba mirando fotos de nadie ni fantaseando a solas... hablaba conmigo y dudaba que yo pudiese generarle aquello así sin más.

- Lo que menos te moleste. - Añadí al final, dejándole decidir que hacer y donde quedarme a esperar, dándole la espalda, eso sí. Aunque la morbosa curiosidad me hiciese querer mirar incluso debajo de las sábanas, lo mejor era centrarme en otra cosa pues aquello podría despertar en mí recuerdos poco gratos o quizás la misma excitación que había en el cuerpo del soldado en aquel momento.

Rick "Jester" Heatherly

Que a pesar de la situación en la que nos encontrábamos, hubiera espacio y ánimo para el humor, generando un hilo que haría nuestra conexión fuese más fuerte, fue digno de encomio, sobre todo para Sarah, porque yo estaba habituado a disimular las preocupaciones con algo así, aunque únicamente para que mis soldados no se hiciesen pedazos.

Con Sarah, era todavía más importante, porque nos estaba permitiendo ver lo mejor de nosotros en el peor momento posible. Su respuesta me permitió mantener la sonrisa a la par que seguir el juego, que había de confesar me resultaba divertido y que sobre todo, incrementaba lo que sentía por ella.

Solo abandoné mi posición un poco relajada cuando le pregunté al cabo sobre la situación, y lo que me dijo no me hizo demasiada gracia. Tener que mover al equipo médico implicaba que quizás no pudiesen llevarse a los heridos más graves, además de que al no disponer del puente, los suministros no llegarían. Eso significaba menos comida y también menos medicamentos.

-Entiendo. Gracias... por su franqueza, cabo. Y mucha suerte -le dije.

Entonces, él se volvió y me habló acerca de Sarah y de mí, algo que no me esperaba. Yo estaba sorprendido, pues no veía lo mismo que él, así que negué con la cabeza.

-No, no se equivoque. Aquí soy importante, soy su único apoyo, pero eso desaparecerá en cuanto vuelva a la vida civil. Yo siempre seré un soldado mientras que ella puede aspirar a otras cosas. Además, tengo un consejo de guerra en ciernes, no lo olvide, así que jamás la condenaría a tener que sufrir por mí. Pero gracias... por todo.

Fue lo último que le dije, antes de que se retirara y de nuevo todo volviese a la normalidad cuando regresó con Sarah. No iba a poder olvidarme de sus palabras, pero haría todo lo posible por conseguirlo. Ella continuaba bromeando y yo le seguí la corriente, permitiendo que me lavara y se encargara de mí, aunque en todo caso, estaba más preocupado por ella. Sabía que era un trabajo desagradable así que por ese motivo había intentado librarle de él.

-Entonces, te doy las gracias de nuevo, Sarah, no solo porque sea tu trabajo, sino también porque sé, o creo saber, que de verdad te importo lo suficiente como para ocuparte. Yo también lo haría, sin dudarlo un solo instante -le dije finalmente.

Todo fue bastante bien y yo procuré ser un buen paciente. Incluso cuando mi miembro se empezó a poner "nervioso", tuve buen cuidado en no hacer movimientos bruscos ni nada que pudiera interpretar de otra manera. No podía evitar reaccionar, pero mi comportamiento era solo mío.

Ella no tardó en darse cuenta de que estaba de nuevo excitado y tardó mucho menos en ofrecerme la salida que evidentemente podía tener.

-Bueno, creo que podré esperar un poco, Sarah. Ayer es que... hacía demasiado tiempo desde la última vez, compréndelo. Me temo que no soy de piedra -le dije, pensando para mis adentros que sí que estaba *como una piedra*, pero que era mejor no darle muchas vueltas a aquello -. **Pero muchas gracias por comprenderlo. Si me das la toalla, me secaré un poco para terminar el trabajo por ti.**

Me sequé entonces, tranquilamente, y cuando vi que se sentaba en el suelo, coloqué una mano sobre su hombro.

-Sarah, creo que confío lo suficientemente en ti como para decirte cuando llegues a ser una molestia. En realidad, no lo serás jamás, quítate eso de la cabeza. Pero cuando deba estar solo, que no te quepa ninguna duda de que te lo haré saber. Hasta entonces, no quiero que te alejes... salvo que tú lo desees, por supuesto. Jamás te obligaría a estar a mi lado... aunque a mí... yo... me haya convertido casi en un adicto a ti. No sabes lo bien que me siento por estar contigo. Eres lo único que evita que me vuelva loco.

En realidad, era mucho más que eso.

Era lo único que me mantenía vivo, humano cien por cien, y que me hacía olvidar que me habían entrenado para matar y no para vivir. A veces era lo único que tenía, pero no en aquella cama, no a su lado, porque al tenerla cerca de mí recordaba que deseaba vivir y ser feliz y que mi anhelo por encontrar a alguien como ella, aún seguía dentro de mí, intacto.

El único problema era que había encontrado a ese alguien y que tenía la seguridad de que era imposible que estuviésemos juntos, porque cómo iba a enamorarse, ella, tan maravillosa, magnífica, de un simple sargento, vulgar y bromista, que arrebataba vidas en lugar de salvarlas.

Eso era imposible.

Enfermera McDuncan

- Claro que me preocupas. - Le dije sin más. **- ¿Cómo no hacerlo? Si pierdes la pierna adiós a mi futuro.** - Le dije seria, para romper a reír. **- Me preocupas, Rick, más de lo que crees porque me has demostrado que te importo y eres el único que me ha hecho sentirme especial de nuevo en años. Antes de conocerte, no tenía ilusiones ni sueños... solo sabía que allá donde hubiese una guerra, allí iría, por no volver a casa. Ahora... ahora empiezo a dudar de todo eso...** - Le confesé al soldado algo nerviosa.

- Me has mostrado que no todos son como los que nos rodean, que no todos son como mi marido. Has conseguido que abra un poco más los ojos y vea que el cabo Lazarus no es mala persona. Llevo viéndole desde que me enviaron aquí, pero solo he hablado con él por mediación tuya. - Suspiré nerviosa tras soltar aquellas palabras. **- Y sinceramente, no quiero pensar en ello... pero no se que haré cuando nos separen. Solo sé que no volveré a recibir abrazos tan maravillosos y que no podré dejarme llevar y liberar esa parte cariñosa que tengo tan reprimida, que solo me atrevo a expresar contigo.** - Y guardé silencio porque me veía soltándole un "te quiero" en cualquier momento y estropeando aquella amistad tan especial que había entre ambos.

- Te diría que eres como mi hermano, pero te mentiría y te insultaría. Porque él quiere que vuelva con mi marido y sé que a ti no te gustaría saber que estoy de vuelta con alguien que me pega... y contigo puedo hablar y nos entendemos, aunque seamos de mundos distintos... incluso tú nos das más libertad a las mujeres y mi hermano nos quiere en la cocina o en la cama... Así que eres mucho más que eso para mí, aunque no sepa ni definirte... - Si lo sabía, pero tenía pánico a decírselo y además yo no estaba preparada psicológicamente para estar con nadie. Así que la final era mejor que nunca lo supiera.

Y su erección lo cambió todo de nuevo.

- Sí, será lo mejor. No me importa, aunque si incomode secar esa zona cuando todo está tranquilo, pero en ese estado... no quiero perturbarte más. De todas maneras no le des más importancia de la que tiene Rick. Eres un hombre joven aún y... esas cosas pasan. - Lo único bueno de haber estado casada y seguir estándolo aunque fuese en la otra parte del mundo, es que sabía algo de eso. Y cuando caí en porque dijo que él no era de piedra me ruboricé. **- Supongo que el que te lave es lo que hace que... yo... lo siento... diría que lo hiciese otra enfermera, pero aparte de que no nos van a permitirlo... tú mismo me confesaste antes que... solo te dejarías tocar por mí...** - Y aparté la mirada avergonzada de golpe por mis propias palabras. Sentía que estaba flirteando con él de manera descarada.

Y opté por sentarme en el suelo para darle esa intimidad por si quería masturbarse a pesar de lo que ya me había dicho y sentí su mano sobre mi hombro. **- Yo... solo quería darte algo de intimidad por si querías... por si habías cambiado de opinión. Dudo que sea cómodo hacer eso conmigo sentada en la cama, dándote la espalda... no lo hice pensando en que te fuese a molestar ni nada... lamento no haberme expresado bien esta vez... hemos... hemos avanzado tanto en tan poco tiempo que sé que me dirás cuando te molesta algo, como ahora. Yo... aún tengo que superar eso, Rick. Es una barrera para mí. Piensa que decirle a mi marido que me molestaba algo era recibir un guantazo como poco. Y sé que puedo decírtelo y que no pasará nada, pero... el miedo está ahí.** - Y por eso yo no era ni sería libre nunca, ni para estar con Rick ni con ningún otro hombre.

Y hablando de salvajes... el capitán Smith entró en la tienda, con una fea sonrisa y se dirigió a nuestra cama. Al menos me vio sentada en el suelo, aunque con los ojos llorosos por lo que le estaba contando a Rick, algo que el soldado aún no había visto. Nada más entrar el capitán me puse en pie y me cuadré. El cabo Lazarus venía con él al igual que el doctor. **- Así que trajo al niño, malgastó**

medicinas con él para nada, en-fer-me-ra McDuncan. - Recalcó alto y claro. **- Doctor, quiero una valoración profesional de la pierna de este hombre. Y una real, no la proteja.** - Le advirtió al manco hombre.

Cuando fui a moverme para ayudar al doctor a retirar las sábanas, la fusta que llevaba el capitán en sus manos frenó mi marcha. **- Usted se queda aquí a mi lado. El cabo Lazarus puede ser las manos del doctor.** - Asentí con la cabeza y me quedé quieta mirando a Rick. En mis ojos podía leer el miedo que le tenía a aquel hombre y con suavidad le dije que no con la cabeza al soldado. Esta vez debía contenerse. Al menos la cadena que le sostenía en la cama no le daba para levantarse y alejarse demasiado, pero temía que Smith le hiciese más daño.

Algunas veces había que saber cuando perder o rendirse para poder ganar después.

El doctor, ayudado por Lazarus, observó la herida de Rick. **- ¿Sinceramente? Esta herida se ve limpia, sana y bien. Eso sí, se nota que recibió un buen golpe recientemente y que se han tenido que dar puntos nuevos, lo que retrasará su cura un par de días.**

Pero si sigue así, este hombre tendrá más suerte que yo. - Le dijo el doctor a Smith. **- Así que espero que la próxima patada que decida dar, sea en otro sitio, como la pata de una cama.** - Le tiró directamente a Smith quien le miró con mala cara.

- Quería sinceridad y claridad, pues ahí la tiene. Además, le ha dejado con la mejor persona que podía ayudarle y nos ha dejado sin médico. Pero me imagino que eso le dará igual... como el avión estrellado donde venía el nuevo coronel a poner orden junto con los médicos para hacer el trabajo que esta mujer no puede porque la tiene encadenada y yo no puedo por no tener manos ni nadie con estómago que aguante la mitad de lo que aguanta ella. ¡Oh! Perdón, que no quiso que me pusiera de su lado... pero supongo que se refería en exclusiva a la parte de la herida, ¿no? - Le dijo con una sonrisa. Aún sin manos, aquel hombre seguía siendo capitán y Smith no podía hacerle nada.

El capitán Smith me miró y con un gesto de su cabeza me dejó claro que fuese a vendar de nuevo a Rick. **- Pero reutilice las vendas que le acaba de quitar el cabo Lazarus y las mismas gasas. Tenemos que ahorrar en material.**

- Pero señor, mis manos están sucias y... - Replicó el joven.

- Ya tiramos demasiado con ese niño ruso. - Dijo Smith mirando desafiante a todos, porque sabía que los cuatro estaban involucrados. **- Y me temo que para evitar contagios, ordené quemar su colchón y no tenemos más disponibles, así que espero que le sea cómodo el suelo... puede ir retirando piedras y allanándolo mientras el soldado se recupera.** - Y sus ojos se clavaron en Rick, por si decía algo.

El cabo Lazarus se colocó detrás del capitán y miró al hombre, diciéndole que no con la cabeza, como hiciese Sarah anteriormente. **-** ***No caigas en sus provocaciones, Rick.*** **-** Le susurré mientras le volvía a poner todo, buscando como hacerlo sin que corriese riesgo de infección.

- ¿Dice algo, enfermera McDuncan? - Me preguntó Smith desafiante. Nos estaba buscando.

- Sí, señor. Le decía al soldado que no se moviera, capitán. - Respondí dejando todo de inmediato y cuadrándome de nuevo.

- Prosiga... - Miró al doctor. **- Si lo que dice es cierto y este hombre sale sano y llega con las dos piernas a su consejo de guerra, me plantearé permitir que la enfermera vuelva a jugar a los médicos hasta que lleguen los de verdad. Mientras tanto, todo seguirá como hasta ahora.** - Y nos volvió a mirar a Rick y a mí, como si esperase respuesta por nuestra parte, antes de optar por salir de allí con sus aires de grandeza.

Rick "Jester" Heatherly

Cada vez me resultaba más fácil hablar con Sarah, pero a la vez, también más duro. Era consciente de lo mucho que me apreciaba y también cómo, increíblemente, le había ayudado. También ella lo había hecho conmigo, y no me refería solo a su actuación como enfermera, sino como persona, la manera de tratarme y pre ocuparse de mí, y también esa genuina preocupación que le notaba cada vez que me curaba o me hablaba.

Aun sin hablarme, me bastaba su mirada para darme cuenta de todo aquello. Ella decía que empezaba a dudar de su vida más allá de la guerra y eso era ya todo un logro.

-Yo solo te he tratado como creo que mereces, como cualquiera que como tú tenga espíritu y valor, merece. No creas que no me hubiese comportado con corrección con otra enfermera, pero es que tú... eres diferente. Tienes demasiado que ofrecer para perderlo todo rindiéndote antes de tiempo.

Y entonces me habló un poco más sobre los hombres, el cabo y también la posibilidad de encontrar otros que actuaran de forma parecida. Yo no sabía qué responder, porque el hecho de que dijese que solo se expresaba así conmigo, me dejó sin palabras. Me imaginaba besándola, durmiendo con ella, celebrando nuestra boda e incluso el bautizo de nuestros hijos, y sabía que me estaba haciendo daño a mí mismo, que eran solo imaginaciones mías.

El hecho de que me pusiera por delante de su hermano incluso me daba otra dimensión y me obligaba a resituarme para no perder la compostura.

-Yo jamás te diría eso; tu hermano seguramente tiene una visión estrecha de como son las cosas. Pero al final, la vida pone a cada uno en su lugar y es evidente que cuando no te respetan, tampoco son respetados. Tu hermano se dará cuenta tarde o temprano de lo que está haciendo, al igual que tú de que debes ser fuerte y confiar en tus propias habilidades. Nadie tiene derecho a decirte lo que debes hacer con tu vida, solo a....

.... a quererte, abrazarte, amarte como te mereces, darte la oportunidad de ser tú misma y de demostrar lo que vales.

-... estar a tu lado y apoyarte en lo que hagas. Eso significa querer a alguien.

Como yo te quiero a ti, aunque no pueda decírtelo.

Su capacidad para comprender mis reacciones era más importante de lo que ella podía pensar, aunque me confundió el comentario de que no dejaría que nadie más me tocara; me sonó como si de verdad... quisiera hacerlo, y no precisamente como enfermera.

Pero no, no, me lo estaba imaginando, así que deseché de mi mente la imagen que luchaba por abrirse paso.

Por ese motivo, luego le insistí para que se acostara a mi lado. No deseaba apartarla.

-Nunca pasará nada, Sarah. Puedes decirme lo que sientas, y yo haré lo mismo. Es importante que no perdamos lo que tenemos porque... porque me parece que en este lugar no tenemos a nadie más. Confía en lo que te digo, Sarah. Me has devuelto la vida y no voy a olvidarlo ni a permitir que la confianza que hay entre ambos se pierda.

Era un momento especial, diferente, nuestro y de nadie más, y cada minuto que pasábamos juntos, hablándonos, mirándonos, era como si el resto del mundo no existiera, aunque como solía suceder, la realidad regresaba para darnos un buen puñetazo. De repente apareció el capitán Smith como si aquel fuera su garito particular, sabiendo, no me cabía ninguna duda, que podría gritarle o hacerle daño a alguien, porque para eso era que venía allí, no para hacer su trabajo o ayudar, sino para herir.

Era una persona despreciable.

Además, nada más llegar lo que hizo fue encararse con Sarah, haciendo que me tensara automáticamente. De haber tenido un arma, cargada, por supuesto, le habría disparado allí mismo, en toda la cabeza, y sin ningún remordimiento, porque había personas que habían perdido su derecho a vivir, así de sencillo.

Me mordí la lengua para no decir nada, puesto que en parte, y siendo honestos, lo peor de todo era cómo la trataba, no que se preocupase por los materiales. Entendía hasta que priorizada soldados por delante de civiles, aunque parecía olvidar que estábamos allí para ayudarles, no para contribuir en su matanza.

Por desgracia, cada vez que hablaba o decía algo, daban ganas de mandarle a tomar por el culo y cosas peores, como por ejemplo, matarle.

Miré a Sarah para que se tranquilizara, asintiendo tranquilamente con la cabeza, y esperé a que el doctor, con ayuda del cabo, me examinara. Ya la había puesto suficientemente en problemas como para dejar que mi genio la metiera en unos cuantos más.

Cuando el doctor confirmó lo que ya sabía, me aseguré de que también comprendiera a qué se debía.

-Ha sido la enfermera, doctor. Ha hecho un trabajo de primera, aunque al capitán le importe una mierda. De hecho, dudo que le importe lo más mínimo lo que sea de mí. Solo busca una excusa para ir a por ella -le dije, señalando a Sarah -. **Incluso con la patada que me dio el capitán ella ha conseguido que todo marche bien.**

El doctor era de los nuestros, es decir, un hombre sensato, sensible, y que se preocupaba por todos. Además, se notaba que no solo respetaba profesionalmente a Sarah, sino también en lo personal, así que no me sorprendió que arremetiese contra el capitán.

Aquello pareció limitar los ánimos de revancha del capitán, que añadió una última gota al vaso de vinagre que lanzaba, pero no tanto como para no sentir que aquello era una victoria para todos nosotros.

-No se preocupe, cabo. No tengo problema con eso -le dije, para quitarle al cabo, al menos, la preocupación. Había estado arrastrándome en mierda, así que unas cuantas vendas sucias no supondrían ninguna amenaza para mí.

Sarah parecía preocupada porque me dejase arrastrar por sus gilipolleces, pero no era necesario. Ya me sentía como vencedor sin necesidad de añadir nada.

-Oh, llegaré, capitán, no se preocupe. Estaré perfectamente para hablar acerca de usted y de sus métodos -le aseguré, cerrando a continuación los ojos para ignorarle.

Aquel hombre no terminaría bien. Si no moría en la guerra a causa de una bala enemiga, lo haría por alguien conocido que simplemente, se hubiese hartado tanto de él que no le importase lo que le sucediese... como por ejemplo, a mí. Como pudiera volver a caminar y me lo encontrase frente a frente... tendrían que rastrear toda Rusia para hallar su cadáver.

Enfermera McDuncan

Las palabras de Rick llegaron directas a mi corazón, el cual latió con fuerza. En ese momento deseé poder abrazarle y besarle y demostrarle así todo lo que sentía por él. Porque si me veía así, estaba segura de que tendría paciencia y me ayudaría a recuperarme de todos mis males mentales y jamás me separaría de su lado.

Era un bonito sueño.

- Tú sí que tienes mucho que ofrecer, nos solo como persona, sino como hombre. - *Cómo esos labios que me muero por probar o satisfacer por completo mi curiosidad y poder contemplar tu miembro erecto.* - **Cualquier mujer mataría por alguien como tú, divertido, comprensivo, atento... yo en cambio soy un caso perdido Rick. No es que tenga mucho que ofrecer y me rinda, es que me han enseñado a base de golpes e insultos lo que soy...** - Y del entusiasmo al hablar así de él, pasé a la pena y la amargura que sentía al recordar lo que era. **- Ojalá todo lo que me dices, tal y como me ves, se llegue a cumplir alguna vez y tenga que dejar de huir de mi pasado... pero hoy por hoy... hasta el catre donde estás tumbado tiene más valor que yo.**

Y antepuse a Rick a mi hermano, quizás lo más cercano a mí, hasta que me demostró que no era como yo creía. **- Nunca se dará cuenta. A él le permitieron estudiar y divertirse. Yo iba a clase y cuando llegaba a casa tenía que ayudar con las tareas domésticas. Me enseñaban a coser mientras él jugaba en la calle con sus amigos, fregaba el suelo de rodillas, con un cepillo y él venía de la calle, lo pisoteaba todo y tenía que volver a limpiarlo "porque para eso estaba yo". Por eso me casé tan pronto,**

porque vi en John mi liberación... y fue mi peor condena... - Le miraba a los ojos, le idolatraba, estaba por encima de todos y cada uno de los hombres que habían pasado por mi corta vida.

Y cuando terminó su explicación y dijo que eso significaba querer a alguien, fui a responderle o más bien a preguntarle si me quería, pues así se estaba comportando él conmigo. Pero no pude. Tuve miedo a que me dijese que no, que no era lo mismo. Que esto no era más que una relación enfermera-paciente, algo eventual que perduraría en nuestra memoria, tal y como nos habíamos reconocido. Pero que él se marcharía de nuevo al frente en cuanto pudiese y seguramente no volviésemos a verlo.

Y con esa respuesta me partiría el corazón y se daría cuenta de lo que sentía por él y... no quería echar por la borda todo aquello. Así pues opté por no responderle al tiempo que mis labios volvían a pedirme un beso.

Pero fue cuando me pidió que fuese sincera con él, que le hablase y le contase mis sentimientos, lo que hizo que me envalentonase, hasta tal punto de responderle. **- Yo...** - Y ahí quedó todo, pues el capitán Smith hizo su aparición y rompió todo lo que había entre ambos.

Sus palabras eran puñales lanzados sin piedad y temía que Rick se levantase a defenderme. Era algo que no iba a permitir y menos aún viendo que llevaba su fusta consigo. Sabía lo que haría con ella y donde le intentaría golpear. Solo que no le iba a dejar. Esta vez no. Así que fue un alivio ver al doctor y al cabo con él. Lazarus no tenía más remedio que obedecer sus órdenes, pero sabía de que lado estaba y el doctor era más que evidente y sus palabras así lo demostraron y Rick las aprovechó para devolverle una de tantas al capitán, mientras yo seguía tensa y con miedo a que le hiciese algo.

- Me parece bien, soldado. Espero que tenga suficientes testigos para que alguien crea sus palabras. - Le respondió a Rick y me miró con odio al ver que el soldado cerraba los ojos. **- Vamos cabo, aquí ya no tiene nada que hacer.** - Y con esas se marchó llevándose a Lazarus consigo. Solo el doctor quedó con nosotros.

- No puedo quedarme mucho tiempo, tengo que seguir con los demás pacientes. Pero vuestra ayuda está en camino. - Con aquellos ganchos que tenía como manos, se abrió la ropa, mostrándome el bolsillo interno. **- Dentro hay una carta que necesito que entregue en mano, enfermera McDuncan. Cuando esté en presencia el coronel Cornelius, entréguesela. Me debe muchas vidas, así que...** - Sonrió y miró a Rick. **- Espero que no tarden en llegar, pero les aseguro que el capitán Smith se cabreará mucho cuando ocurra. Que se mejore, joven... no encontrará unas manos mejores que estas en todo el ejército.**

Y tras aquellas palabras y sonrojarme, el doctor se fue, dejándome con la carta en mis manos. Estaba cerrada, así que era imposible saber su contenido. Solo se leía "A la atención del Coronel Cornelius" en el sobre. La dejé con cuidado en la mesilla de noche y continué vendado a Rick. **- Gracias.** - Le dije de golpe. **- Gracias por no saltar a defenderme y controlarte. Tenía tanto miedo de lo que nos pudiese hacer si te atacaba...**

Sí, había dicho bien, nos... porque me hubiese metido en medio y recibido el primer golpe, viniese de quien viniese. Total, había recibido tantos a lo largo de mi corto matrimonio que otro más no iba a hacerme cambiar demasiado. Una vez terminé, tapé bien a Rick de nuevo y di la vuelta a la cama. No es que fuese muy grande y teníamos que dormir pegados sí o sí. Si el capitán se hubiese enterado de que ya hacía algo de tiempo que no usaba el colchón que había quemado por molestarme, supongo que hubiera quemado la cama de Rick.

Y entonces miré al soldado a los ojos. **- Y dígame soldado, ¿está usted muy cansado y quiere descansar o está usted dispuesto a que servidora le de la paliza de su vida en la cama?** - La verdad es que ni me di cuenta de como había sonado aquello, puesto que mis intenciones eran completamente inocentes. Y mientras le miraba con gesto travieso esperando su respuesta, abrí el cajón de la mesita de noche y saqué la baraja de cartas de póker que nos trajo el cabo el día anterior. **- Queda tiempo hasta la comida, así que quizás podrías enseñarme a jugar... pero si quieres descansar, me sentaré a su lado y leeré un poco mientras duermes.** - *Además, me gusta verte dormir... puedo mirarte con detenimiento sin que sepas que lo estoy haciendo.*

Rick "Jester" Heatherly

Recuerdo que aquellas conversaciones que teníamos entre los dos, decían mucho más con nuestras miradas y todo cuanto sentíamos, que con lo que al final salía de nuestros labios, que no era poco. Sarah respondía a mis palabras de respeto y cariño con otras de igual o más valor, en los que había mucho más de lo que en ese momento acertaba a vislumbrar... o quizás me atrevía.

Como persona decía mucho, pero *como hombre*, ahora sabía que también le había enamorado. Sin embargo, tan deprisa como lograba que su corazón saltase, volvía a hundirse. Solo una vida llena de desprecio podía empujarle una y otra vez al barro y decir cosas como que el catre valía más que ella.

-Bueno, ahora vale mucho porque estamos los dos sobre él -le dije, guiñándole un ojo para relajar el ambiente, evitando así caer de nuevo en la espiral de autocompasión a la que Sarah solía ceder.

Era comprensible, después de haber tenido que huir de un hermano idiota y tener en casa a un marido aún peor. Agarré su mano en esos momentos, deseando ser más fuerte y defenderla cuanto se merecía, pero en aquellos momentos era poco cuanto podía hacer, salvo acompañarla con mi entendimiento y mis cada vez más evidentes sentimientos, que terminaría ocultando durante años.

Eran frases que escondían mucha más dureza detrás de ellas de la que había visto en mi vida, por lo que con cada palabra ahogada, oculta, sentía que el dolor era mucho mayor de lo que yo suponía.

Me sentía impotente ante aquellos sentimientos, descorazonado por no poder actuar.

Pero la vida en aquel hospital de campaña tenía demasiado de sufrimiento y poco de vida, el capitán se había encargado de ello. El hecho de no estar solos, sino tener también a nuestro lado al cabo y al doctor, era suficiente para evitar que terminásemos de hundirnos y conseguir que yo mantuviese la boca cerrada. La esperanza que nos dio el doctor era algo que no tenía precio y significaba poder seguir adelante en lugar de dejarnos arrastrar por las pésimas expectativas que nos auguraba el capitán.

-Muchas gracias por todo, doctor... en nombre de los dos -le dije, mirando a Sarah y sintiéndome orgulloso de ella, además de por todo lo que ya sabía, por su habilidad profesional y su preocupación por mí, por haber logrado que alguien más viese en ella a alguien que lo merecía todo.

Cuando veía que la situación hacía que mis emociones pudieran tomar el control, reaccionaba con rapidez para recuperar el control, gastando bromas y mostrándome más confiado que nunca.

-Ese doctor está enamorado de ti, no hay ninguna duda. Tendré que jugar muy duro si quiero llevarme el premio -le dije, sonriéndole, sabiendo que en el fondo el premio era únicamente estar a su lado, pues nuestras vidas discurrían de manera muy diferente.

Ella también parecía aliviada por cómo se habían desarrollado las cosas, en parte gracias a mi manera de controlarme.

-Me ha costado, créeme, pero ahora que ya sé cómo es, estaba preparado para aguantar sus estupideces y no empeorar las cosas, aunque no ha sido por falta de ideas. En mi mente he tenido que idear no menos de media docena de formas diferentes de matarle. Pero bueno, como se han quedado solo en mi cabeza, no ha ocurrido nada.

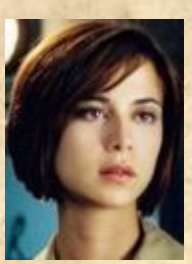
Así que al final, la situación se relajó considerablemente. Habíamos pasado el trago de aguantar al capitán y la carta que tenía Sarah nos podía venir muy bien cuando llegase el momento. Podríamos dormir medianamente tranquilos aquella noche, sin pensar en lo que nos podría suceder.

Y entonces, Sarah dijo algo que me dejó algo perplejo. No supe que responder durante unos segundos, antes de que sacara la baraja de cartas, y entonces suspiré aliviado, no porque tuviera algún problema en ser "apaleado" en la cama, lo cual hubiera sido un sueño hecho realidad, que lamentablemente tardaría bastante en llegar, sino porque era algo que no me hubiese esperado de ella.

No creía que pudiera estar enamorada de mí.

-Enfermera McDuncan, siempre que estoy en la cama soy yo quien corta y baraja -le dije, guiñándole un ojo y cogiendo la baraja para enseñarle cómo jugar al póker, sabiendo que me había portado de manera bastante traviesa al jugar con el doble sentido.

Pero es que me había parecido irresistible hacerlo.



Enfermera McDuncan

Miré a Rick cuando aumentó el valor del catre por estar ambos encima suyo. **- Ya... pero eres tú quien le da más valor.** - Y mi cuerpo seguía pidiéndome ese beso que sabía o creía en aquel momento que no llegaría nunca y apoyé mi cabeza sobre su hombro para evitar hacer una estupidez y él agarró mi mano y me sentí casi completa en aquel momento.

Mi corazón se iba agitando con más fuerza en mi cuerpo y a pesar de tenerle a mi lado no me le quitaba de la cabeza. Cerré un momento los ojos y dejé que su olor y el mío me llevasen a otro lugar, sin cadenas, donde los dos estábamos solos, sentados cómodamente en algún lugar, viendo un precioso atardecer sobre el mar.

El mar.

Siempre me había traído mucha paz. Recordé como me gustaba pasear por su orilla cuando tenía un rato libre o me escapaba de casa. El castigo era duro y severo, pero a mí me había merecido la pena caminar descalza pisando las olas que parecían querer comerse la playa y sentir el frescor y su calma a mis pies.

Y abrí los ojos y besé el hombro de Rick antes de levantarme. Antes de que todo se descontrolara con aquella mala visita. Al menos el doctor demostró ser alguien íntegro, aunque le faltasen las manos y nos dio esperanza a ambos, aunque no nos dijese su plan cual era. Vi el agradecimiento de Rick en sus ojos y como se llenaba de orgullo cuando el doctor habló así de mí.

Cuando el doctor se marchó, Rick soltó aquello de que ese hombre estaba enamorado de mí y que tendría que pelear por llevarse él el premio. No quise hacerme ilusiones con aquellas palabras, pensando en que cabía la más mínima posibilidad de que quisiera pelear por mí. **- Bueno, entonces ve... no le dejes escapar. A mí no me interesa y si te atrae tanto como para pelear por él... solo tienes que quitarte la cadena que te une a la cama y darle alcance.** - Bromeé, dándole la vuelta a sus propias palabras.

Aquello me hizo volver a sonreír divertida y a terminar de relajarme después de la tensión vivida con el maldito capitán Smith, de quien Rick habló. **- Me alegro de que te controlases. Ya me veía metiéndome entre los dos y recibiendo el primer golpe. Porque esta vez no hubiese permitido que te hubiera tocado de nuevo y menos la pierna.** - Le confesé. **- Y te recuerdo que he sido... ¿cómo lo llaman? ¿sparring? durante mucho tiempo... se encajar unos cuantos golpes antes de caer al suelo.** - Mi rostro estaba relajado, le sonreía, pero en el fondo Rick sabía que hablaba de mi marido y sus palizas.

Tras mi pregunta a Rick y ver como me miraba, me di cuenta del doble sentido de mis palabras y de su suspiro de alivio al ver las cartas, lo que me dejó completamente claro que no tenía nada que hacer con él. No seríamos más de lo que ya éramos y debía mantener mis sentimientos a raya por mi bien. Y entonces me siguió la broma con aquella frase que me costó pillar. A fin de cuentas, yo aún tenía por aquel entonces unos veinte años y era poco el mundo que había visto y vivido y la verdad es que por mí lo hubiese dejado de ver hacía mucho tiempo.

Pero de ser así, no hubiese conocido a Rick, quien sin que yo lo supiera aún, me haría cambiar poco a poco. Endurecerme, crecer y madurar como debió ocurrir realmente y lograr que, a pesar de todos los años, siguiese enamorada de él y fiel a mi palabra de que no me tocaría más hombre que no fuese él... aunque eso significase que jamás me tocase uno.

Y la mañana se nos fue pasando volada en la cama, entre risas y bromas mientras intentaba enseñarme a jugar al póker. Cogí piedras pequeñas del suelo, para fingir que eran las monedas de apuestas y el que decía que no sabía jugar, me desplumó varias veces. Menos mal que realmente no nos apostábamos nada, sino hubiese perdido todo ante él, como la cabeza. Pero esa ya estaba condenada cuando mi corazón comenzó a latir por él.

Mientras seguíamos jugando divertidos en la cama, siendo sin duda la envidia de todos los presentes, una voz serena irrumpió nuestras risas. **- Buenos días. ¿Quienes son el sargento Heatherly y el teniente McDuncan?** - El sargento tenía claro quien era, pero no sabía que hubiese un teniente con mi mismo apellido allí herido. Me di la vuelta para mirar al hombre y cuando le vi, di un respingo en la cama y me puse en pie, haciendo que la cadena que me unía a ella, rozase con el metal y sonase con claridad. **- ¿Y bien? ¿Nadie va a responder?** - Y clavó su mirada en mí, sin duda alguna atraído por el sonido de la cadena al moverme.

Se acercó lentamente. Llevaba una carta en su mano y como no una fusta en la otra. Su seriedad me asustaba. Pero me cuadré delante de él. **- Mayor, buenos días.** - Le respondí. **- El sargento Heatherly fue degradado a soldado hace unos días, mayor. Es este hombre.** - Le dije retirándome un poco para que lo viese y la cadena volvió a sonar. El mayor miró y vio mi tobillo enrojecido y como la cadena me ataba a la cama para luego mirar a Rick y ver el grillete en su mano izquierda unido también a la cama. **- Pero que yo sepa no hay ningún teniente McDuncan en la base. De hecho, creo que con ese apellido, estoy solamente yo, mayor.**

El hombre miró los papeles un momento y los alejó para leerlos. **- ¡Ah, sí! ¡Perdón! La teniente Sarah McDuncan. Soy el mayor de Coverley. Vayan recogiendo sus cosas, se vienen conmigo en cuanto les suelte de esa cama. ¿Se puede saber porqué están encadenados a ella?**

- Es una larga historia, mayor de Coverley. Pero estoy segura de que el capitán Smith se la contará con mucho gusto mientras evita que nos saque de aquí. - Le respondí al hombre y con un gesto de su mano me dijo que me relajase.

- ¿El capitán Smith? Discúlpenme un momento. - El mayor se dirigió a la entrada de la tienda y miré a Rick sin saber si sonreír o que hacer y me agarré a su mano durante unos segundos. **- ¡Qué alguien le diga al capitán Smith que se presente en... aquí ahora mismo! ¡El mayor de Coverley quiere verle con urgencia!**

- Será mejor que te siente en la cama. Esto se va a poner interesante. - Le dije a Rick y le ayudé a acomodarse, colocando las almohadas en su espalda para que estuviese más cómodo y su pierna descansase mejor.

- Deben tener un buen amigo para que el coronel Cornelius me haya hecho venir en persona a buscarles. O eso o ya la conoce de antes, teniente y no la quiere dejar escapar. Si yo tuviese unos cuantos años menos, sin duda no lo haría. - Declaró el hombre, el cual por edad tenía claro que no tenía mucho que perder diciendo eso y quizás si algo que ganar.

- Sólo una aclaración señor, yo no soy teniente, soy cadete, enfermera... - Sabía que corregir así a un mando era algo que podría traerme problemas.

- No, no. Es usted teniente. Tenga. - Dijo entregándome una hoja. **- Felicidades por su reciente ascenso.** - Y me tendió la mano y se la estreché con sorpresa. **- Y usted vuelve a ser sargento. Ya está todo hecho, señor Heatherly.** - Y miré al mayor y luego a Rick sin entender nada.

Rick "Jester" Heatherly

La verdad es que no me esperaba aquel beso que me dio Sarah en el hombro, antes de levantarse. Fue rápido y apenas perceptible, como si me lo hubiese robado, pero seguramente por ese motivo tenía incluso más valor y añadía una onza más de confusión a la que ya tenía, pues me transmitía la sensación, en parte, de que quería hacer más pero no se atrevía, claro que rápidamente, mi parte más resignada gritaba que en absoluto era algo así, sino que simplemente mostraba su cariño por mí, algo que era innegable, al igual que lo era el que yo sentía por ella.

Preocupación, amistad, mucho más que la amistad y menos que el amor, un camino extraño y desconocido para mí que me obligaba a replantearme continuamente nuestra situación.

Mientras tanto, su ánimo estaba en aquellos momentos en buen lugar y el hecho de haberme controlado, nos permitía mirar aún mejor el futuro cercano. Pero el fantasma de su vida pasada continuaba acechándonos y surgió de nuevo, como una ola intentando ahogarnos.

-Sí, sparring, eso es -le dije, entendiendo perfectamente a qué se refería y sorprendiéndome su manera de hablar sobre ello -. **Pero los mejores boxeadores fueron sparring alguna vez, recuerda eso.**

Al menso quería dejar constancia, sin profundizar demasiado otra vez, que ella debía estar por encima de todo aquello, que podía vencer al destino que su marido y hermano habían fijado para ella y que cuando volviese, debía buscar su propio camino.

La relación que había entre ambos era difícil de describir y de etiquetar, pero lo más importante era que estábamos ahí el uno para el otro. Lo demás, todo lo que ambos sentíamos sin saber que el otro le correspondía, formaba parte de nuestros pensamientos más profundos, asociados a la manera que teníamos de contemplar la vida a nuestro alrededor.

Quizás era que no nos creíamos merecedores de tener tanta suerte.

La mañana se desarrolló entre pequeñas bromas y mucha calma, hasta que de repente, una voz se elevó por encima de todo el ruido de fondo, incluido nosotros. Ambos miramos hacia su origen, viendo a un mayor que preguntaba por nosotros... a pesar de que no correspondían los rangos.

Yo ya no era sargento y Sarah no había pasado del grado de enfermera, así que nuestra confusión era poco menos que considerable.

Tras insistir sobre ello, se acercó a nosotros y Sarah le respondió, dándole las explicaciones oportunas.

-Yo soy... bueno, era el sargento Heatherly. Ella es la enfermera McDuncan, señor -le dije yo, con seriedad, y cogiendo sin darme cuenta la mano de Sarah.

El hombre se cercioró un momento de que no se estaba equivocando, se presentó e insistió sobre lo mismo, indicándonos que debíamos acompañarle.

-¿Con usted? ¿Tenemos que ir con usted? -pregunté, sin comprenderlo -. **Sarah hizo referencia al capitán mal nacido y para más sorpresa, el mayor ordenó que lo llamaran.**

La verdad era que no comprendía, ninguno de los dos, a qué venía todo aquello, pero entonces me acordé de la carta del doctor y empecé a atacar cabos.

Maldita sea, creo que vamos a ver como hunden en la mierda a Smith, pensé, y como si Sarah me leyese la mente, me indicó que me sentara para ver lo que nos esperaba, ayudándome a que así lo hiciese.

Yo seguía sin creerme lo que estaba viendo, y sonreía como un auténtico idiota, pues no solo era algo totalmente increíble, sino que me sentía feliz por Sarah, porque la librasen de aquella cadena... y además la hubiesen ascendido, porque se lo había ganado a pulso.

-No por Smith, sin duda, pero por los servicios prestados le aseguro que si dependiese de mí ya sería almirante, Sarah... o tendría que decir, a partir de este momento, señora.

Me di cuenta tarde, pero a tiempo, de que desde ese momento, ella tenía más graduación que yo y se me hizo un nudo en el estómago. Me sentía dichoso por ella, orgulloso de que su trabajo hubiera dado los frutos que se merecía, pero también me sentía algo extraño, pues ya no podría tratarle con familiaridad. Ahora era un oficial superior, con un rango que le otorgaban incluso más derechos que a mí, puesto que no era un suboficial, sino oficial.

Intenté que no se me notara demasiado la punzada de tristeza al sentir que quizás había perdido a Sarah para siempre y que el espejismo estaba a punto de desaparecer, sustituyéndolo por algo tan honesto y sencillo como mirarla a los ojos y sonreírle.

-Se lo merece, Teniente. Enhorabuena de veras. A partir de ahora ya no tendrá que aguantar las tonterías de soldados como nosotros y podrá ordenar a otros que hagan el trabajo más desagradable. Me siento muy feliz por usted.

Sabía que la vida daba muchas vueltas, pero a quién me hubiera dicho que iba a ocurrir aquello, le habría mandado a cazar unicornios.

Miré entonces al Mayor, con un profundo respeto y enorme agradecimiento, pues aunque era el principio del fin de mi vida con Sarah, tal y como lo veía en aquellos momentos, era el comienzo de algo diferente e ilusionante para ella, y solo dios sabía cuánto se lo merecía.

-Muchas gracias, señor. Nunca sabrá cómo de agradecido le estoy por todo esto -le dije, haciéndole el saludo militar. A continuación, me giré hacia Sarah, la miré una última vez como enfermera y le hice el saludo a ella, el que se merecía, pues no solo era Teniente, sino la Teniente más maravillosa que había conocido, y que conocería, jamás.

Teniente McDuncan

- Pero no todos... otros se quedaron atrás... y fueron sparring de esos el resto de su vida. - Estaba claro que mi autoestima estaba completamente dañada y que aquello iba a ser difícil de recomponer. **- Ojalá todo fuese de otra manera Rick, más... fácil... no te imaginas todo lo que cambiaría.** - *Como el atreverme a besarte antes de sentir que pierdo la cabeza por ti, aunque ya llegue tarde a eso.*

Y todo cambió a mejor, y las risas y algunas miradas cesaron cuando aquel hombre, aquel mayor, apareció en la tienda. En ese momento, sentí la mano de Rick sostener la mía y sin dudarlo ni un segundo, la apreté con fuerza.

- Sí, así es joven. Se vienen conmigo en cuanto les quiten esas cosas y recojan lo que se tengan que llevar. No nos quedaremos mucho más tiempo. Cuanto antes nos marchemos, antes llegaremos y a ser posible de día. - Respondió el mayor bastante tranquilo mientras esperábamos la llegada del capitán. Luego miró a su alrededor.

- Ya veo que este sitio es un... antro. Donde están destinados ahora mismo, estarán mejor. - Anunció a ambos y yo le miraba sin creérmelo y sin soltar a Rick. De hecho ni me creía lo del ascenso y no entendía el motivo del mismo.

Pero de pronto el trato de Rick conmigo cambió de golpe. Comenzó a llamarme de usted y sentí como soltaba mi mano. ¿Qué había pasado? No podía creerme que todo aquello fuese por un maldito rango. Él era mi amigo, mucho más que eso. Era el hombre con el que deseaba compartir mi vida, si es que un día yo estuviese lista para estar con alguien y él se fijase en mí como hombre, no como soldado, que era lo que estaba haciendo en aquel momento, verme como un oficial.

- ¿Y tiene que ser teniente? ¿No puedo tener otro rango inferior? - Pregunté al mayor pues no quería perder a quien más amaba en aquel momento y el paso hacia atrás fue gigantesco.

- Es por su bien, enfermera, perdón teniente McDuncan. Sé que los heridos no la respetan y que el rango más alto del que se encarga es un sargento. De hecho ha tenido varios a quien atender. Digamos que ya que no se la respeta por quien es, o harán por su rango. Y lo lamento, la orden es del coronel Cornelius.

Y miré a Rick y me senté con él en la cama. **- Rick, esto no puede cambiar nada entre nosotros... no mientras tú estés herido y yo siga siendo tu enfermera... no quiero que los rangos sean un...** - Y en ese momento apareció el capitán Smith con muy malas pulgas.

- ¿Se puede saber qué demonios pasa? ¿Quién se atreve a ordenarme que venga aquí con urgencia? - Dijo nada más entrar sin reparar en la presencia

del mayor. Yo me puse en pie enseguida, dejando mi frase inconclusa con Rick y el capitán se puso pálido al ver al mayor y se cuadró ante él. **- ¡Perdón, mayor! Yo... nadie me notificó su presencia en la base.** - Se excusó Smith. **- Supongo que viene por el Consejo de Guerra contra esos dos individuos. Vayamos a mi despacho, allí estaremos más cómodos. No creí que tardasen tan poco en enviar a alguien... de hecho, creo que no envié nada todavía.**

- No, no se trata de eso. - El mayor abrió la carpeta que tenía en sus manos y comenzó a mirar los papeles antes de irle haciendo entrega de ellos. **- Veamos... sí, este es el del nuevo rango del soldado Heatherly, que recupera su status de sargento... este... el de la enfermera McDuncan, a quien la ascienden a teniente...** - Según Smith iba mirando los papeles miraba a Rick y a Sarah incrédulo, cada vez más enfurecido y sin entender nada.

- Si se fija bien, están todos firmados por el coronel Cornelius, así pues revoca cualquier orden suya... espere que hay más... este es el del inmediato traslado a un nuevo destino, tanto de la teniente McDuncan como del sargento Heatherly... y este es... ¡ah! ¡sí! La notificación de que está siendo investigado y que pronto enviarán a alguien a dirigir este lugar y a comprobar si los comentarios sobre usted son ciertos. - Le dijo el mayor con una sonrisa. **- Así que haga el favor de liberar a estos oficiales. No soy un hombre muy paciente... como ve no me quedan muchos años ya y no me gusta perderlos con estúpidos y estupideces.**

- Pe-pero señor, ellos... - Intentó explicarse Smith al tiempo que asomaban el doctor Palmer y Lazarus por la puerta.

- Le repito que no me gusta perder el tiempo con estúpidos ni estupideces, capitán. Tomaré nota de como me encontré a estos hombres a mi llegada y si les hizo algo, también constará en mi informe para que tengan algo oficial con lo que empezar la investigación. Así que espero que por su bien, el máximo problema sea que les tenga encadenados en esa cama... - Le respondió el mayor sin darle tiempo a respirar al capitán.

Mientras el cabo y el doctor miraban la escena en segundo plano y en esta ocasión, fui yo quien buscó la mano de Rick.

El capitán, con los papeles en la mano, miró a Lazarus. **- Suélteles. Se van. Un problema menos para el campamento.** - Dijo lleno de rabia sabiendo que no podía hacer nada. Luego se giró hacia Rick y hacia mí. **- No sé que amigo tendrán por ahí... pero algún día dejará de estarlo.**

- Bonita despedida capitán, amenazando a la teniente y al sargento. Tomaré nota de eso también. - Y el capitán se marchó enojado, con los papeles en la mano, mientras que Lazarus nos soltaba a ambos. Me di la vuelta y abracé a Rick cuando me vi libre de la cadena. Estaba tan feliz que le hubiese besado en aquel momento, pero él me estaba demostrando o me había demostrado que algo había cambiado y no para bien entre ambos. Incluso sentí miedo a que rechazase mi abrazo.

- Mayor de Coverley, anote también que el cabo Lazarus sufre maltrato por parte del capitán, porque creo que querrá denunciarlo. - Y le hice un gesto al cabo y este le mostró como le faltaba pelo y cuero cabelludo. Luego miré al doctor. **- Capitán Palmer, ha sido todo gracias a usted. No sé como podré agradecérselo.**

El doctor me miró a los ojos. **- Recuerde darle la carta al coronel Cornelius y no desaproveche las oportunidades que le dará la vida en breve. Es a usted a quien debo darle las gracias. Creí que sin manos no serviría para nada, pero usted me ha mostrado que puedo enseñar, así que acogeré al cabo Lazarus y le empezaré a enseñar medicina, así el capitán Smith no se quejará de que es una mujer y no podrá tocarle más. Y felicidades por su ascenso, teniente.** - Y como no podía darme la mano, el hombre se cuadró, al igual que lo hizo el cabo Lazarus.

- Como dije, no tengo paciencia, así que espero que esta sea la despedida. Por favor, recojan sus cosas y nos marcharemos ya. - Insistió el mayor.

- Traeré una mochila y algo de abrigo para el sargento. No tardo. - Dijo un feliz cabo que salió corriendo del lugar, dejando al doctor Palmer y al mayor de Coverley junto a nosotros.

Me volví hacia Rick. **- El viaje va a ser duro... la herida es reciente. Pero voy a estar contigo todo este tiempo, Rick, como Sarah, aunque tú quieras llamarme teniente, al menos mientras estés bajo mi tutela, seguiré siendo yo misma. Incluso siendo teniente, seguiré siendo yo... -** *Solo para ti.*

Sargento Rick "Jester" Heatherly

La verdad es que no podía creérmelo. De repente, todos nuestros problemas habían desaparecido y mucho más, pues era dulce la venganza sobre el capitán y también la promoción de Sarah. A mí me daba igual seguir siendo sargento o no; quizás algún otro hubiese protestado, pero a mí los rangos no me importaban y nunca había deseado ser oficial, así que volver a ser sargento, simplemente se sintió... como algo natural.

Miré la mano de Sarah, que apretaba la mía, y me imaginé que aquellas manos podían estar unidas más tiempo y en otro lugar, cuando todo aquello hubiera pasado y ambos estuviésemos de regreso a casa. Pero de nuevo la realidad me golpeaba con crudeza para recordarme que no debía hacerme ilusiones sino simplemente, estar allí y aprovechar el momento, como había hecho hasta entonces.

A pesar de todo, tuve que adoptar otra actitud; ella era teniente, algo que ya debía inspirar respeto, y yo un simple sargento. La distancia que existía entre ambos se había agrandado enormemente en poco tiempo pero quizás fuese, pensé, mejor así, pues podía ayudarme a hacerme a la idea de que no podía llegar a nada más con ella.

Sarah pareció preocupada por aquel cambio. Quizás para ella no fuese tan importante que una mujer llegase a ser teniente; no se daba cuenta de en lo especial que le convertía, más allá de lo que ya fuese para mí. El Mayor se lo explicó debidamente, pero ella no pareció convencerse y se sentó a mi lado para intentar hacerme ver que ambos seguíamos siendo los mismos.

-Sarah, yo...

Iba a decirle que no es que hubiera dejado de ser su amigo, sino que el rango era tan alto que me veía obligado a actuar de otra manera, al menos delante de otros, pero no tuve ocasión. La aparición del Capitán mal nacido supuso que ambos desviásemos la atención hacia él y su reacción al enterarse de lo que estaba sucediendo.

La actitud del Mayor era... bueno, fue estupenda. Dejó al capitán en su lugar, sin que hiciese falta por nuestra parte intervenir de ninguna manera, aunque reconozco que me quedé con las ganas de tumbarle con un buen puñetazo. Tendría que conformarme con la mano de Sarah, que volvió a coger la mía, y el gesto de derrota y humillación de Smith.

-Quizás no se trate de amistad, capitán, sino de humanidad y justicia, algo de lo que en mi opinión, usted carece completamente -le dije, antes de que se fuese. No quedaba otra cosa que decir.

Y en cuanto el cabo nos soltó, Sarah se abrazó a mí como si no hubiese un mañana haciéndome sentir el hombre más feliz que había en todo el mundo. Yo la miré, sonreí, y pensé que afortunadamente, la justicia había prevalecido.

-Lo has hecho tú, Sarah. Tu esfuerzo, tu preocupación por la vida, por la mía y la de ese pobre niño que no lo consiguió, fue lo que hizo que alguien más, además de mí y del doctor, se fijase en ti. Eres toda una mujer y no dejes que nadie diga lo contrario. Estoy orgulloso de usted, Teniente McDuncan.

El doctor estaba allí, no sabía si para disfrutar de la misma victoria que nosotros, o de nuestra libertad recién conseguida, pero era un honor compartir aquel momento con él, puesto que había sido, tal y como dijo Sarah, gracias a él que todo había podido arreglarse e incluso mejorar.

Cuando el doctor se despidió, le miré, agradecido, empecé a recoger las cosas y a pensar en cómo levantarme, cuando Sarah se acercó a mí de nuevo.

-Señora, gracias a su ascenso ahora podré ir por ahí diciendo que tengo a toda una teniente encargándose de mí y créame, no habrá nadie que me convenza de que podría existir algo mejor que eso -le dije en tono de broma, aunque después, agarré sus manos con fuerza y la miré directamente a los ojos -. **Sarah McDuncan, solo estoy vivo gracias ti, recuérdalo; por dentro y por fuera. Así que te prometo que pase lo que pase, siempre estaré a tu lado, ayudándote y apoyándote, y si ha de ser bajo tu mando, que así sea... Teniente.**

Más consciente que nunca de que jamás podríamos estar juntos como yo deseaba, me comprometí en esos momentos a velar por ella, a dejarme cuidar pero también devolverle cada minuto que me había regalado con años de mi propia vida, porque a pesar de lo bien que estaba resultando todo, también sabía que las dificultades no habrían hecho más que empezar.

Teniente McDuncan

De no ser por el cambio en la manera de tratarme de Rick, hubiese sido completamente feliz. Parecía que el capitán Smith se había estado poniendo la soga al cuello lentamente y no era consciente de que en ese lugar, se entraba y salía y todos veíamos, de una manera u otra, lo que pasaba. Bueno, quizás la más inocente en ese aspecto siempre había sido yo, pues me había centrado tanto en ser enfermera que iba con borriqueras y no veía lo que tenía a mí alrededor.

No hasta que me pasó a mí junto a Rick y abrí los ojos.

Yo no tuve nada que decirle al capitán. No merecía la pena gastar saliva con él. Ya se lo dirían otros por nosotros. Ahora solo quería salir de allí antes de que Smith tirase de contactos y lograse anular la orden de aquel coronel. Pero a pesar del cambio de actitud de Rick, no pude evitar abrazarle. Le quería y saber que lo nuestro, fuese lo que fuese, se iba por el retrete, me dolía tanto que no quería soltarle.

Le escuché hablar, decir que todo había sido gracias a mí. **- No Rick. Si hay que darle las gracias a alguien es al doctor Palmer y sus amigos. Yo solo hice lo que sentía, lo que siento. -** Le miré a los ojos sintiendo como mi corazón galopaba en mi pecho y me tuve que separar de él porque al ver que era el fin quería robarle aquel beso que esperaba y que siguió esperando durante años en mis labios, en el más absoluto secreto. Pero no pude evitar sonreírle cuando escuché lo orgulloso que estaba de mí.

- No, teniente McDuncan. - Irrumpió el doctor. **- El sargento tiene parte de razón. Vi algo especial en usted, algo que él logró terminar de sacar y avivar. Tengo claro que usted le necesita a él, aunque no sé por cuanto tiempo y él se ha dado cuenta del valor que tiene. Ojalá cuando el sargento se recupere, decida quedarse a su lado. Creo que se complementarán muy bien pues donde uno falla, el otro acierta.** - Miró al mayor. - **No lo olvide mayor de Coverley. Juntos serán los mejores. Buena suerte a los dos. Yo... debo seguir atendiendo a pacientes.**

Y tras un saludo militar salió de la tienda y el mayor vio como os poníais en movimiento. **- Iré a por el jeep, espero que el cabo no tarde demasiado en traer lo que dijo. Luego miraremos como irá mejor el sargento, aunque les aviso que tendrán que ir ambos atrás. Viene un soldado conmigo por si acaso tenemos problemas.**

Una vez completamente a solas, Rick, que ya se estaba removiendo en la cama, volvió a hablarme como no me gustaba que lo hiciese, con ese trato de respeto a un rango superior, hasta que le sentí cogerme de las manos y me ruboricé de golpe, al no esperar tal gesto por su parte. Y sus palabras me hicieron llorar de emoción y apreté sus manos. **- No Rick. Si alguien me ha devuelto la vida, la sonrisa y la esperanza, ese has sido tú. Ya oíste al doctor. -** Y nuevamente ese beso se cruzó por mi mente, pero la palabra teniente era un abismo infranqueable en aquel momento.

- No quiero que me llames de usted, ni me trates como tu superior mientras seas mi paciente. Luego... si nos dejan estar juntos, tendré que acostumbrarme a ello. Pero no quiero que un rango haga que todo lo que hay entre nosotros se pierda Rick. - Y me abracé a él, dejando aflorar parte de mis sentimientos.

- No quiero perder nada de lo que sea que hay entre los dos. Creo que no me recuperaría después de alcanzar de nuevo la felicidad y dejar atrás todo mi cruel pasado, del cual solo sabes una parte, si perdiese esta... conexión tan especial. Dios, Rick, realmente jamás entenderás lo importante que eres para mí y para mi vida.

Y me separé y le sostuve el rostro con ambas manos. Mi cabeza solo me decía: acércate un poco y mira a ver como reacciona él. Y le sonreí y lo dejé todo en una caricia. **- Y ahora recuéstate. Recogeré mis cosas y veremos que puedo ponerte de ropa y a ver que trae el cabo. Tú no estás ahora mismo para ponerte a hacer nada aún. Esos puntos se pueden saltar por el esfuerzo, Rick. Recuerda que era una semana de reposo y a penas llevas dos días, aunque hemos estado tanto tiempo juntos que parezca toda una vida.** - Le sonreí. **- Si necesitas la cuña antes de irnos, avisa... pero esta vez la limpiará otra enfermera.** - Le guiñé un ojo. Mi trabajo allí había terminado. No más cambios de sábanas en aquel lugar, ni limpiar cuñas.

Tenía otro destino, donde seguramente no pudiese pasar tanto tiempo con Rick, pero que le buscaría siempre que pudiese, porque no trabajábamos veinticuatro horas y... **- Además, quiero seguir durmiendo entre tus brazos.** - Le dije sin mirarle, mientras doblaba mi uniforme limpio y lo dejaba sobre la mesilla de noche, junto con mi neceser y mis pocas pertenencias.

Minutos más tarde, llegó el cabo con un saco de campaña. **- Ahí se perderán mis cosas.** - Bromeé.

- No si se llevan algunas mantas. Seguramente el sargento tenga frío durante el viaje y necesitará taparse las piernas, pues no he encontrado unos pantalones que le sirvan para él y que esté más cómodo, aunque le haya traído un par de ellos. Pero después de ver su herida... Además le he traído: ropa interior, unos calcetines, camiseta interna, un par de camisas que espero que sean de su talla, un par de jerséis de lana y un abrigo largo, pero aún así sus piernas estarán al aire, señor. He supuesto que esta es su talla de botas pues su uniforme estaba inservible. Me he pasado por la armería y he cogido munición para su arma. Pero recuerde que es solo para el viaje, luego tendrá que dársela a la teniente. - Dijo hablando deprisa.

Yo no puedo quedarme más, mucha suerte a ambos y ha sido un placer conocerles. Espero que nos volvamos a ver en mejores circunstancias.

- Espera Lazarus. Ten, son los libros que me dio el doctor para que estudiase medicina. Ahora eres su alumno, te corresponde a ti tenerlos. Y el placer ha sido mío, cabo Lazarus. - Le dije cuadrándome después de entregarle los libros. Me iba a costar ser teniente, porque era él quien debía cuadrarse ante mí, pero tenía mi respeto y agradecimiento y eso estaba por encima de cualquier rango.

Ayudé entonces a Rick a vestirse y con algo de pudor, le ayudé con los calzoncillos. Su pierna no podía forzarla para levantarse y no me quedó más remedio. Luego le dejé a él acomodarse la zona mientras le ponía los calcetines. Le quité el dichoso camisón y le miré el cuerpo durante unos segundos, como la mujer que era, teniendo que reaccionar enseguida entregándole la camiseta interior antes de que se helase de frío. Luego le pasé el resto de la ropa y al final le puse las botas para que pudiese estar de pie. La verdad es que iba un tanto ridículo sin pantalones, así que cogí una manta, tras ponerle de pie y que mantuviese él mismo el equilibrio y se la puse en la cintura.

Su cinturón fue lo que sostuvo la manta a su cintura y le vi cargar el arma antes de meterla en su funda. El macuto estaba listo y tal y como dijo el cabo, más lleno de lo que pensaba y el motor del coche no tardó en escucharse. Cargué con la mochila y me coloqué junto a Rick. **- Vamos, apóyate en mí sin miedo. Yo seré tu pierna esta vez. Iremos al ritmo que puedas... no quiero que te fuerces y tengamos que volver a coserte.**

La vía seguía puesta y su medicación en mi ropa de abrigo. Tal y como dijo el mayor, fuera estaba el jeep. Iba a ser un viaje incómodo en él para ambos, pero debía encontrar la mejor postura par Rick, que sin duda era tumbado.

Con cuidado logramos llegar al jeep, el soldado cogió el macuto. **- Póngalo en el suelo, a los pies del asiento. -** Aquel trasto no tenía maletero, así que tendríamos que llevarlo así. Además a Rick le vendría bien, porque sería casi una extensión del asiento y podría recostarse mejor. **- Vale, tú ahora te tumbarás, te cubriré con unas mantas y subiré por el otro lado. Creo que me tocará ser tu almohada. Pero primero acomódate para que la pierna aguante y no te preocupes, llevo suficiente medicación para que el viaje lo lleves bien. -** Le dije a Rick, tuteándole delante del mayor. Me daba igual el rango. Él era Rick, *mi* Rick y le seguiría tuteando y permitiéndole que así fuese todo el tiempo que pudiese.

Y ayudé a Rick a subirse y luego me subí con cuidado por el otro lado. Me tapé con una manta las piernas y le indiqué que podía recostarse ya sobre mi regazo. Y mientras Rick se iba colocando, se escuchó un único disparo en el campamento. Uno que hizo que todos quedásemos en silencio y mirando hacia el lugar donde había sonado.

- ¡El capitán! ¡Vino del despacho del capitán Smith! - Gritó un soldado y varios corrieron hacia aquel lugar.

Sargento Rick "Jester" Heatherly

Desde luego, de no haber sido por el doctor, nadie habría conseguido arreglar aquello. Cuando un oficial cabrón te señalaba, era como si hubiese apoyado el cañón de una pistola en tu sien y disparado él mismo, porque había poco hacer. Era para sorprenderse que no hubiese ocurrido así, pero no tanto después de conocer a Sarah, pues ella se había ganado con creces a todo el que deseara mirar más allá del hecho de que fuese una mujer, una enfermera.

El doctor fue capaz además de ver algo que yo no había pensado. Siempre había considerado el poder ayudar a Sarah, pero nunca formar un equipo. En esos momentos, él ya lo había dilucidado todo, cuando a ninguno de los dos se nos había ocurrido.

Después de marcharse, el mayor decidió que ya era hora de moverse, así que se fue a buscar el jeep.

-No se preocupe, señor. Iré donde haya sitio -le dije, para que se olvidara de mí como un lastre. Lo último que quería era que hubiese otra persona que empezara a tratarme como un inútil. Era verdad que todavía no podía valerme cien por cien por mí mismo, pero no tanto como para no poder viajar en un jeep aunque fuese atado y arrastrado.

Pero todavía existía un pequeño asunto que tratar. Sarah parecía "enfermar" cada vez que la trataba según su rango, y me insistió sobre ello. Podía entenderlo, aunque me costaba hacerlo. Era lo que me habían inculcado y cuando algo formaba parte de uno, era difícil olvidarlo, como lo que yo sentía por ella. El hecho de tener ideas un poco contradictorias, de querer estrecharla entre mis brazos al mismo tiempo que mi sentido del deber me empujaba a tratarle como oficial superior, me creaba ciertas complicaciones.

-Está bien. Entonces... haremos esto. Mientras tú seas mi enfermera y cuides de mí, siempre serás mi Sarah -le dije, sin darme cuenta de aquel posesivo que había incluido, pero es que sentía que era algo que en cierta manera me pertenecía, no como si lo hubiese comprado, sino como si nadie más pudiera acercarse -. **Si dices que soy tan.... importante, entonces no cambiaré nada. Aunque tú también lo eres, de verdad, y no lo digo solo porque me hayas salvado la vida. De todas maneras, también te aseguro que nunca se perderá lo que tenemos, Sarah. No seríamos nunca dos desconocidos, aunque te diesen el cargo de Mayor.**

Sarah empezó a recoger las cosas, supongo que alargando el que yo me pusiera en pie, aunque la verdad, tenía tantas ganas de salir de la cama como de... bueno, de meterme en una con ella. Aquel pensamiento entró en mi cabeza de manera natural, porque habíamos dormido abrazados y era el siguiente paso lógico, ese que pensaba que jamás daría.

-No, ya está bien de cuña, por favor. Simplemente ayúdame a ponerme de pie y ya me encargaré yo de vaciar mi vejiga antes de marcharnos, como cualquier otro.

Para mi sorpresa, me guiñó un ojo, lo que indicaba que estaba de buen humor. Eso me satisfizo, pues no había sido en balde todo lo que habíamos hecho, tanto el doctor, como el Mayor, y por supuesto, yo. Ella se daba cuenta y se sentía agradecida, y al sonreír, yo también lo hacía. Era imposible permanecer impasible al ver aquel rostro dulce y lleno de ánimo.

-De eso nada. Ninguna enfermera que no seas tú tocará mis sábanas. Eres la única mujer que podrá hacer eso -le dije, dándome cuenta al instante de que había hablado de más. Pero no me disculpé ni contradije; simplemente, giré la cabeza para ver si podía medio sentarme en la cama y empezar a hacerme a la idea de salir de allí.

Las palabras de Sarah sobre querer seguir durmiendo entre mis brazos, no hacían sino alimentar aquel sentimiento que ya era imparable, pero que debía contener como fuera. Nuestro destino, pensaba, no era estar juntos, sino acompañarnos en el viaje.

Me fastidiaba no poder hacer más. El cabo llegó con más cosas, ropa, botas, calcetines... y todo un kit de viaje.

-Eh... es usted muy eficiente, cabo. Le estoy muy agradecido... por todo lo que ha hecho. Ojalá hubiese más hombres como usted, no solo en el ejército, sino en el mundo -le dije, estrechándole la mano con orgullo. Era lo mínimo que podía hacer, demostrarle que para mí, al igual que Sarah era una mujer, él era un hombre, y que en ningún caso el rango era un problema para mí a la hora de juzgarlo.

Cuando tuvimos todo dispuesto, Sarah me ayudó a vestirme. Me sentía algo inútil y también azorado por dejar que me enfundara los calzoncillos, así que me adelanté lo más que pude para terminar de subírmelos. Además, mi miembro y yo nos conocíamos bien y sabía como guardarlo, y de qué manera, para que cupiese a la perfección y estuviese cómodo.

En pocos minutos estuve listo, aunque mi aspecto dejaba bastante que desear debido a la manta.

-La verdad es que parece que vaya al baile de los enfermos -le dije, mirándome con cierto desagradado **-pero supongo que no puedo hacer nada más .Eso sí, cuando bailemos, por favor, Sarah, seré yo quien lleve. No se fíe de mi falda**.

Esta vez fui yo quien le guiñó el ojo, mientras me aseguraba de que la manta no se caería con facilidad. Estar con botas y calzoncillos era demasiado indigno.

Me agarré entonces a Sarah y empecé a moverme, lentamente, pero apretando los dientes para no quejarme. Me dolía la pierna más de lo que creía, pero me aseguraría de que ni un solo quejido salía de mi boca.

Cuando llegamos, me tumbé en el asiento de atrás y respiré algo más tranquilo, al poder dejar que mi pierna descansara.

-Estoy bien, no te preocupes. Mi pierna aguantará y teniéndote a ti como almohada, lo mismo empiezo a desear que este viaje no termine nunca -le aseguré, mirándola a los ojos.

Cuesta pensar que para un hombre, todo puede acabar en cuestión de minutos. Allí estaba yo, herido, pero lleno de buen humor, mirando a Sarah porque era la única mujer de la cual me había enamorado, y de repente, con un disparo y un grito, me di cuenta de que una vida había sido sesgada, debido en parte a nosotros. Me costó decirme a mí mismo que era cosa del capitán, pues seguramente, eso era lo que había ocurrido, y de nadie más, pero no pude evitar pensar que nosotros teníamos algo que ver.

También se me ocurrió que dentro de lo malo, quizás aquella salida no fuese la peor posible. Después de todo, yo mismo la había considerado en un par de ocasiones, cuando me había visto perdido, ante la amenaza de ser capturado y torturado. A veces el camino más rápido es el único que podemos tomar, y es la última prueba de valor y honor que nos queda.

Para mi sorpresa, sentí lástima por Smith.

-Supongo que era de esperar. Puede que haya sido lo mejor -comenté, mirando a Sarah, pasando rápidamente a otra cuestión -. **Está bien, ya estoy listo para el viaje.**

Teniente McDuncan

Dios. Si hubiese tenido un poco más de valor. Si mi vida no hubiera sido tan traumática frente a todo lo que se refería a los hombres, le hubiese besado cuando dijo "mi Sarah". Pero era algo que no podía hacer ni permitirme el lujo de plantearme si quiera. Primero porque me haría daño a mí misma la primera estropeando todo y, aun existiendo la posibilidad de que a él le atrajese cuanto menos, la opción de acabar juntos en la cama a parte de usarla para dormir estaba completamente descartada. No estaba preparada mentalmente para eso.

Así que solamente pude hacer lo que una mujer feliz podría con el hombre al que amaba en secreto, volver a abrazarle con fuerza. **-** ***Cuidado con eso, no sea que me dedique a tenerle siempre enfermo, sargento.*** - Le susurré al oído para separarme de él y mirarle a los ojos. Los míos brillaban, felices y mi sonrisa era amplia e imborrable en aquel momento, demostrando que aquellas palabras tenían su parte de broma y parte de verdad. Aunque lo cierto es que jamás podría hacerle ningún daño. Le amaba demasiado y si nuestro destino era acabar cada uno por un lado, no me quedaba más remedio que aceptarlo.

- Dudo que me den el cargo de mayor nunca, Rick. - Le sonreí divertida con aquello. **- No sé ni como me ascendieron a teniente. Dudo que encontremos a muchas mujeres con rango de oficial. No sé si sentirme afortunada o aterrada. Sé que tendré que aprender muchas cosas sobre esto, porque me he saltado la línea de cabo, sargento, brigada y alférez si no me dejo alguno más por ahí. Creo que me va a tocar estudiar mucho...**

Porque ya no era solamente demostrar mi valía como enfermera y ahora como suplente de doctor y estudiar medicina si me dejaban en el nuevo centro, sino que todos aquellos rangos que se daban y se formaban a los hombres y que vivían día a día, tan desconocidos para mí, me tocaba aprender todos y cada uno de ellos para saber por donde pisaba. Y Rick se negó a usar la cuña y asentí con la cabeza, dejándole descansar mientras me encargaba de todo.

- Voy a necesitar un instructor... - Dije mientras recogía. **- ... con mucha paciencia.** - Añadí a mis palabras.

Y me sonrojé cuando dijo que ninguna otra enfermera tocaría sus sábanas al igual que recordé que nadie más que yo le bañaría. No sabía si era por la complicidad y confianza entre nosotros o por si había algo más, pero no quería pensar en ello. Solo disfrutar durante ese tiempo como si Rick fuese solamente mío y yo fuese sólo para él. Aunque esa segunda parte era la que verdaderamente sentía.

- Tranquilo, me ha quedado claro en varias ocasiones quien es el hombre aquí. - Le dije no carente de humor y desde luego con una frase cargada con segundas por la cantidad de veces que había visto no solo su miembro, sino sus erecciones. **- Y como la tuya es más larga, eres quien ganas.** - Me refería a la "falda" pero lo dejé estar. Por una vez que me sentía feliz y con ganas de bromear y ser un poco traviesa y picante, no lo iba a parar y menos aún cuando sabía que todo aquello tenía fecha de caducidad.

En la parte trasera del jeep, todo comenzó a cobrar más sentido. Me aseguré de que la mochila quedase bien apelmazada junto a sus piernas, para que pudiese extenderlas sobre ella y yo tener un hueco donde sentarme. Iban a ser horas de viaje y él debía ir cómodo. Era lo primordial para mí.

Cuando me dijo aquellas palabras mirándome a los ojos le sonreí. **- La pena es que pasarás medio viaje dormido, lo bueno es que yo estaré a tu lado todo el tiempo y seré tu almohada siempre que lo necesites. Da igual el lugar, Rick. Recuérdalo.**

Y cuando nos íbamos a marchar, con el mayor al volante y el soldado con el arma lista, se escuchó aquel disparo que alertó a media base. Los hombres corrieron hacia el lugar del incidente y escuché las palabras de Rick, aferrándome a su mano. Era como si no me acostumbrase al sonido de los disparos, mientras que él daba por perdida la muerte de Smith.

Pero lejos de todo eso, aquel hombre apareció corriendo de la nada al tiempo que se oía a alguien pedir un médico para el cabo Lazarus. Iba a bajar del vehículo cuando la voz de Smith se alzó sobre los demás.

- ¡No permitiré que os marchéis de aquí con vida! - Exclamó apuntando con su arma hacia el vehículo. **- ¡Os mataré a todos! ¡No me vais a joder la existencia! ¡Nadie jode al capitán Smith!** - Y sonó otro disparo el cual golpeó en el vehículo, por fortuna sin hacer daños severos a nada parecido, pero fue lo suficiente como para que esta vez, me recostase yo sobre el cuerpo de Rick y le cubriese con el mío.

No quería perderle. Me moriría si así fuera.

El mayor no perdió la calma, arrancó, giró el volante y pisó a fondo, mientras que soldados a nuestra espalda trataban de reducir al capitán Smith. **- Pare, se lo ruego. El cabo Lazarus necesita mi ayuda.** - Rogué al mayor.

- Lo siento teniente, tengo unas órdenes al igual que usted. Aún tienen un médico en la base y será quien tome el mando a partir de ahora. Cuanto antes lleguemos a nuestro destino, antes acabaremos con ese loco de Smith. - Fue la respuesta tajante de aquel hombre. En aquel momento no lo comprendí y estuve bastante tiempo dolida y enfadada con aquel hombre por hacer eso, pero con el paso del tiempo comprendí todo... pero no en ese momento.

A penas llevábamos media hora de viaje, cuando dos rusos nos dieron el alto en el camino. El mayor parecía no tener intención de parar, pero le rogué que lo hiciese pues los conocía. Eran los padres del niño muerto.

- Kapral Lazarus skazal nam, chto vy ukhodite otsyuda. My znayem, chto vy sdelali vse vozmozhnoye, chtoby spasti nashego malysha. Nam nechego predlozhit', no khotya by voz'mite etu yedu s soboy v poyezdku[1]. - Dijo el hombre y luego se acercó la mujer.

- Vy ne yedinstvennyy russkiy govoryashchiy v lagere, medsestra McDuncan. My vsegda budem u vas v dolgu. Zhelayu khoroshey i schastlivoy zhizni[2]. - Indicó la mujer y me entregó algo envuelto en tela. Les sonreí llorosa, les pedí perdón por no poder hacer más y les traduje a todos el resto, teniendo que ser breve en mi despedida pues el mayor seguía con prisa. Si aquellos hombres no tenían al menos unas latas de comida, ahora tendíamos algo para comer.

El mayor volvió a arrancar y yo miré por la ventanilla, con la mirada perdida a la nada. Me sentía afortunada en una parte, por otra veía el dolor que quedaba atrás. Mi mano estaba aferrada con fuerza a la de Rick y había dejado la comida a mis pies, al tiempo que mi mano libre acariciaba su cabeza con todo el mimo y afecto que sentía por aquel hombre.

No sabía cuando pararíamos, ni si aquel mayor sería mejor o peor que el capitán Smith. Lo que sí sabía era que se mantenía recio y duro a pesar que nos consentía a ambos aquel comportamiento indigno de nuestro rango, lo que me hacía dudar de él. Pero que no me dejase comprobar al menos que Lazarus vivía... eso sí que me costó perdonárselo.

Y el viaje siguió unas horas más, hasta que el mayor determinó que debíamos descansar, estirar las piernas, vaciar vejigas y comer algo. Como no, ayudé a Rick a ponerse en pie el tiempo suficiente para que pudiese hacer sus necesidades oportunas y volverle a meter en el jeep, donde me quedé con él, comiendo en paz. Tenía mil preguntas para el mayor, pero me daba que aún teníamos horas de viaje por delante para poder hacérselas.

[1]El cabo Lazarus nos dijo que se marcha de aquí. Sabemos que hizo todo lo posible por salvar a nuestro pequeño. No tenemos mucho que ofrecer, pero al menos llévense esta comida para el viaje.

[2]No es la única que habla ruso en el campamento, enfermera McDuncan. Siempre estaremos en deuda con usted. Que tenga una buena y feliz vida

Sargento Rick "Jester" Heatherly

La nueva Teniente McDuncan tenía que ir asimilando sus nuevas responsabilidades. Ella no se veía todavía como oficial, al igual que los demás soldados seguramente jamás la vieron como algo diferente a una enfermera, pero éramos lo que hacíamos, y ella se había esforzado tanto que el cargo no le había sido entregado como un regalo, sino merecidamente. De aquello estaba yo completamente seguro.

También lo estaba de que si continuaba con su carrera en el ejército, no se quedaría allí anclada, sino que evolucionaría y mejoraría, y con el tiempo, llegaría mucho más arriba. Ella tampoco podía aceptar aquella visión, lógico teniendo en cuenta que incluso ser teniente era excesivo para lo que sin duda, a su entender, se merecía.

-Seguramente, Sarah; seguramente. Pero estoy ciento por ciento convencido de que puedes... no, de que marcarás la diferencia, al igual que lo has hecho ahora. Precisamente porque no hay muchas mujeres con rango de oficial, tú serás siempre tenida en cuenta. Si bien no es muy agradable tener mirones cerca, también es agradable saberse deseado, ¿no? Pues así serás tú a partir de ahora, y ese deseo te hará llegar muy lejos, Sarah McDuncan. Mayor... o incluso más, ¡quién sabe!

La conversación continuó, añadiendo ambos toques picantes, lo que incrementó mi satisfacción respecto a la confianza que habíamos ganado. Eso era algo que no podía comprarse con nada.

-Pues...supongo que sí, pero solo sirve tenerla más larga si hay alguien para verla -le repliqué, sonriendo con cierta malicia, antes de romper a reír de nuevo y ponernos en marcha.

El viaje en Jeep iba a ser complicado, más de lo que prefería pensar, y de ahí que como solía hacer siempre, ante las situaciones complicadas, adoptara una actitud más distendida y bromista. A pesar de todo, había mucho de cierto en mis palabras; con ella a mí lado, me sentía muy capaz de soportar cualquier dolor que sintiese, porque lo merecía; ella se merecía mi esfuerzo, al igual que yo había podido contar con el suyo.

Para mi sorpresa, tras el disparo, apareció Smith corriendo con un arma en la mano. No era él mismo quien se había pegado un tiro, como última oportunidad de mantener algo del honor que alguna vez pudo tener, sino que le había disparado al cabo.

-¡Maldito malnacido! -exclamé, haciendo por levantarme del Jeep mientras rebuscaba entre mis cosas mi maldita arma, que había debido dejarme el pobre cabo, cargada y todo.

Sarah se echó encima de mí, no sabía si para protegerme nada más o para impedir que hiciera una locura, y ni siquiera las palabras que le dijo al mayor fueron suficientes para lograr que se detuviera.

Mientras el jeep se alejaba de la base, yo veía a aquel loco psicópata de pie, revolviéndose y gritando, con el arma en alto, y yo solo podía pensar en que ojalá el cabo no muriese y a Smith alguien le metiese una granada por el culo. Pero al pensarlo fríamente, sé que el mayor hizo lo que debía.

Por ese motivo, intenté tranquilizarnos, a los dos, tanto a Sarah como a mí, por lo que había ocurrido y la decisión del mayor de no detenerse.

-Está bien, ya ha pasado. No te preocupes, Sarah. Quizás... el cabo esté bien y el mayor tiene razón, allí hay médicos. De quedarnos, alguien habría tenido que matar a ese cabrón y puede que incluso uno de los dos, o los dos, también hubiésemos caído.

Como entendía la rabia que tenía dentro, la abracé con fuerza, durante no sé cuanto tiempo, antes de que poder soltarla y echarme sobre el jeep, cuando la base ya había quedado bastante lejos y por supuesto, fuera de nuestra vista. Ahora teníamos que concentrarnos en lo que nos esperaba delante.

Cerré los ojos un instante, o eso creí, porque en realidad transcurrió un poco más de tiempo, hasta que el vehículo dio un frenazo que me hizo abrirlos. Por lo visto, había dos rusos que estaban en el camino, un hombre y una mujer, a los que reconocí como los padres del pequeño que no había sobrevivido.

Dijesen lo que dijesen, fue bueno, por cómo actuaban y también, por lo que le entregaron a Sarah. Cuando esta nos tradujo lo que habían dicho, les saludé inclinando la cabeza, con el respeto que se merecían, sabiendo que una parte del pueblo ruso seguía siendo noble y haciendo honor a su historia.

Otra vez arrancamos y otra vez nos alejamos del pasado, esta vez, de una familia rota. Me fijé en que nuestras manos, la de Sarah y la mía, estaban de nuevo entrelazadas. Esa facilidad que teníamos para buscarnos en los momentos de mayor necesidad, tenía que haberme dado la pista para ser más valiente y decirle lo que sentía.

Pero no confiaba en mí mismo ni en mis posibilidades, y sobre todo, pensaba que Sarah podía ser más feliz sin mí que conmigo.

Fue un viaje extraño, que aún no había terminado, pero en el que abundaban muchas despedidas. Me pregunté si al llegar al campamento, nos tocaría a nosotros hacerlo también, porque eso era algo que tenía que ocurrir antes o después.

Teniente McDuncan

- Me parece increíble que tengas tú más fe en mí misma que yo. Creo que por eso te - *quiero* **- adoro tanto. -** Le sonreí ruborizándome por mis propios sentimientos hacia él. **- Y tú mismo lo has dicho, no me agradan los mirones, me gusta pasar desapercibida y ese rango... -** Suspiré. **- ¿A ti te gustaría saberte deseado por alguien? Porque creo que para mí eso solo serviría si viniese de una sola persona que fuese especial para mí... el resto me incomodarían y más aún siendo mujer en un mundo de hombres, Rick. Tienes que verlo desde mi punto de vista como mujer... no es lo mismo... y ahora me tocará trabajar el doble o el triple para demostrar que valgo para un rango que no he deseado nunca... e incluso comportarme como jamás he hecho, porque sé lo que duele que te traten así. -** Le miré a los ojos a punto de derrumbarme una vez más.

- He visto a oficiales gritar a soldados, ordenarles y humillarles para luego castigarles. Es lo que he vivido yo sin estar en el ejército. Creí que siendo enfermera militar me libraría de esa parte que corresponde a los hombres, pero he acabado aquí sin buscarlo y sin saber ni como actuar... y eso me asusta, Rick. - Y me agarré a su mano de nuevo, demostrándole que realmente le necesitaba conmigo. Que aquello no era una simple amistad y que había demasiada confianza y aprecio y necesidad de no perderle, porque sin él estaba perdida.

Al menos me relajé lo que pude con aquellas frases picantes, pero me sonrojé de nuevo cuando Rick me respondió de aquella manera, diciendo que no importaba tenerla larga si no la veía nadie, dejándome sin respuesta. Aún era demasiado inocente para aquellas cosas y tenía que espabilar mucho más. A fin de cuentas aún estaba en la veintena y a pesar de haber vivido en la calle un tiempo, siempre me había alejado de todo aquello que era malo o peligroso, como la prostitución y las drogas.

Era realmente curioso como el destino jugaba contigo. Años evitando eso, para acabar con un maltratador como mi padre.

Al partir en el jeep o más bien a punto de partir, descubrimos que el capitán Smith vivía y le había pegado un tiro al cabo. Al disparar sobre nosotros, no lo dudé y protegí a Rick, mientras este buscaba algo en la mochila. Nos habíamos alejado lo suficiente como para que él mismo me dijese que ya había pasado todo. Mi cuerpo temblaba y lloraba sobre él y al oír sus palabras me retiré. ***- ¿Estás bien? -*** Le pregunté en un susurro casi imperceptible. ***- No sé que hubiese hecho si Smith te hubiese llegado a dar... -*** Susurré secándome las lágrimas con mi tembloroso brazo.

- ¿Están bien ahí atrás? - Preguntó entonces el mayor. **- Menos mal que el capitán Palmer nos avisó de Smith. Que disfrute de las pocas horas de libertad que le quedan. En cuanto lleguemos a la base, informaré al coronel mientras ustedes se acomodan. No sé qué planes tendrá el coronel con ustedes, pero ya les comunicarán cuando tendrán la reunión con él.**

Al poco dimos con los rusos y el mayor me miró con gesto de sorpresa.

- Permanecí mucho tiempo con ellos, más que con nuestras tropas, señor. Estaba más cómoda con su manera de ser y me enseñaron su idioma mientras les hacía remiendos. Ayer tratamos de salvar a su hijo, pero no sobrevivió... y, no quisiera seguir hablando de ellos. - Se notaba que me dolía la muerte del pequeño, tanto que de alguna manera busqué nuevamente consuelo en Rick. No podía abrazarle, pero mis manos si aferrarse a él como si fuese mi bote salvavidas y es que realmente él era eso y mucho más de lo que jamás se imaginaría para mí.

Al parar para comer, saqué lo que nos habían dado los rusos después de acomodar a Rick en el asiento trasero. Cuando le presenté la comida al mayor, este me miró como si no se creyese lo que tenía delante.

- Adelante mayor, pruébelo. - Le dije con una sonrisa y saqué algo de pan fresco. La carne olía de maravilla, la pena no encender un fuego para calentarla, pero tampoco teníamos con qué. Así que daba igual. **- No le va a morder.** - Luego le di una porción similar al soldado que venía con nosotros. De la mitad que quedaba, corté un pedazo más grande para Rick y me quedé con el pequeño y se lo acerqué, pues después de ayudarle a "ir al baño", se quedó de nuevo en el jeep y yo estaría a su lado.

- Ten Rick. Tienes que coger fuerzas. - Le sonreí como una tonta. **- Y tu pierna se tiene que curar pronto y bien. Es lo que más deseo para ti ahora mismo, que el dolor deje de estar y que cicatrice bien. Luego te pondré la medicación, antes de que arranquen...**

No había terminado de decir aquellas palabras cuando el mayor se acercó a nosotros. **- No lo entiendo. Sabe de medicina casi tanto como un médico... bueno, de medicina de campaña, habla ruso perfectamente, los rusos le consiguen y cocinan carne, si me disculpa la osadía teniente y me gustaría que se lo tomase como un cumplido y no un insulto, ofensa o intento de nada, está usted muy buena y se ve que es inteligente. ¿Se puede saber que tiene es Smith en su cabeza? Aunque después de dispararnos creo que está claro que perdió el norte en algún momento.**

» Conozco hombres que matarían por tener a su lado a una mujer como usted y no hablo como militar, si me lo permite de nuevo y sí, me incluiría en esa lista... si tuviese al menos veinte años menos. - Sonrió calmando la situación. **- Bueno, cuarenta realmente... Pero me temo que ahora mismo como mucho sería... su adorado abuelo.** - Y volvió a reír, demostrando un sentido del humor que no creí que tuviese. **- No puedo aspirar a más.**

Las palabras del mayor me dejaron fuera de juego. No me esperaba aquello ni de broma. Me encogí de hombros mientras me sonrojaba por aquellas palabras. **- Y es usted adorable cuando se sonroja, ¿no se lo han dicho nunca? -** Me dijo el mayor y sin poder evitarlo, de manera involuntaria, busqué con mi mano protección en Rick sin que el mayor me viese, poniendo mi mano en su espalda con disimulo. **- Bueno, creo que ya basta por ahora de subirle el ego, teniente. Sargento, buen provecho a ambos.**

Sargento Rick "Jester" Heatherly

La palabra "adorar" sonaba muy fuerte, y con ella algo dentro de mí volvía a hincharse y saltar lleno de esperanza, pensando que sus sentimientos eran tan fuertes y profundos como los míos. Pero ya había tomado la decisión de no dejar que mis sentimientos me hiciesen perder el rumbo.

Pero no por ello no iba a volverle la espalda o negarme el disfrute de su rubor, las sonrisas que me ofrecía y el sinfín de palabras con las que me acariciaban, con casi tanta intensidad como podrían hacerlo sus manos.

Casi.

-Sí, eso es cierto. Tendrás que trabajar mucho más para demostrar lo que en otras personas sería dado por hecho, pero tendrás que recordar que precisamente por ese motivo, no puedes, ni debes, rendirte -al ver que se venía abajo, agarré sus manos entre las mías, sintiendo la calidez de su piel y dejándome envolver por la hermosura de sus ojos **-. No necesitas más que a dos personas que sepan que conseguirás lo que buscas, y que disfrutarán del resultado más que si hubiese sido un regalo inmerecido: tú y yo.**

Pero comprendía cómo debía sentirse, puesto que el rango había sido utilizado por los hombres para abusar de otros y, en cierta manera, compensar sus propias frustraciones, y no habían debido trabajar para conseguirlo. Ahí estaba el cabrón de Smith para demostrar que el traje no hacía al hombre y que en todo caso, mi Sarah era capaz de llevarlo mucho mejor que cualquiera de ellos.

-No tienes que tener miedo. Además, yo... solo soy un sargento, pero te aseguro que si por mí fuera, estaría contigo todo el camino, porque cualquier hombre que agrede a una mujer ha perdido, además de su propio respeto, el mío, y no tendría compasión alguna por ninguno de ellos. Pero... ya ves, a no ser que con tu nuevo cargo fueses capaz de modificar mis órdenes, no creo que pueda hacerlo.

Aquellos retazos de conversaciones se quedarían en mi memoria para siempre, porque formaron parte de lo que nos unió para siempre, lo que consiguió que dos personas tan diferentes, acabasen en aquel coche, soñando con una vida mejor juntos.

El recuerdo de cuando se echó encima de mí para protegerme, un acto que quizás pareciese totalmente instintivo y simple, sería siempre la prueba de lo que ambos estábamos dispuestos a hacer para cuidar el uno del otro. Sarah estaba llorando y no sabía si era por miedo a que le hubiese ocurrido algo a ella... o a mí. Aún no tenía la confianza necesaria para pensar esto último, a pesar de sus palabras, o más bien, no estaba preparado para creerme con tanta suerte.

-Bueno, no te preocupes que no nos ha pasado nada -le dije, retirándole un par de lágrimas **-. Tampoco habría estado muy bien que te hubiesen dado en ese hermoso trasero, aunque quizás me hubiese dado la oportunidad de verlo más de cerca, como tú has hecho con el tuyo.**

Volví a guiñarle el ojo con una mirada traviesa. Entonces el mayor nos preguntó si estábamos bien, algo completamente lógico si teníamos en cuenta que nos habían disparado.

-Perfectamente, gracias. Estábamos a punto de montarnos una pequeña fiesta pero mejor esperamos a estar quietos -le respondí en tono de broma, buscando la complicidad de Sarah **-. Creo que ha perdido completamente el control. Más que un consejo de guerra, lo que necesita es que le den la baja del ejército.**

A mí no se me ocurría nada que decir acerca de los posibles planes del coronel, porque para mí cualquier cosa que fuese alejarme de Sarah, que sin duda sería lo que ocurriría, no era demasiado bueno, pero también conocía cuál era mi deber y que había ido a aquel país para luchar y morir de ser necesario, por lo que aceptaría cualquier cosa que ordenase, me gustara o no.

Pero lo sentía sobre todo por Sarah. Ahora más que nunca, deseaba permanecer a su lado.

El resto del camino tuvo poco de interesante, hasta que nos encontramos con los rusos. Aferrado a las manos de Sarah, la escuchaba hablar, mientras pensaba en lo maravillosa que ella.

La parada para comer fue bastante agradable. La verdad es que sentó bien dejar de oír el motor del jeep, que no era precisamente música celestial, pero mucho mejor oler y probar la comida que los rusos le habían dado a Sarah. Sin duda alguna, les habría costado

dárnosla, lo que decía mucho tanto de ellos como de Sarah, que se había ganado su corazón incluso ante la derrota. Miré el fragmento de carne que me ofrecía y el que ella se quedó, y supongo que debió notar el gesto de recriminación que le lance.

-Los dos estamos igual de cansados, Sarah, así que a partes iguales o nada. Y no hay nada mejor para el dolor que disfrutar viéndote comer a mi lado, así que no busques excusas -le dije, partiendo otro trozo del mío y ofreciéndoselo a ella.

Mientras comíamos, el mayor se acercó a hablar sobre la situación de Sarah. Estaba claro que no había dispuesto de tanto tiempo como nosotros para analizarlo.

-Es evidente que no está bien de la cabeza. Creo que es un hombre ruin y cruel y que esta guerra no ha hecho sino sacar lo peor de él -le respondí, antes de que el Mayor flirtease con Sarah.

Aunque se trató de un comentario inocente y en claro tono de broma, sentí como me incendiaba. Eran celos, pura y llanamente. Yo no era nadie para ella, no era su amado, quería decir, pero ella para mí sí y ver a aquel hombre cerca de ella, despertó en mí una rabia visceral que no sabía que tendría.

Solo duró un instante, durante el cual me odié a mí mismo por aquel sentimiento, sobre todo porque Sarah no me pertenecía en modo alguno, ni jamás lo haría, y el Mayor no se merecía aquello. Así que me rehíce y miré fijamente al Mayor con toda la intención, siguiendo la estrategia militar de contraatacar para evitar ser descubierto en la debilidad.

-Mayor, no haga caso de su rango. Usted podrá sacarle los años que quiera, pero creo que todavía tiene mucha guerra que dar -le aseguré, mientras notaba la mano de Sarah y todo mi cuerpo se relajara, como si de repente me hubiesen inyectado un calmante.

Cuando el Mayor se retiró, yo la miré, pensando que me había convertido en un auténtico adicto a Sarah, y que me costaría la propia vida prescindir de ella en el día a día. Sabía también que sufriría, pues si permanecía a su lado, existía la posibilidad de verla con otros hombres que la trataran como se merecía, y no con el marido que tenía en aquellos momentos. El corazón amenazó con romperse, pero la alternativa era mucho peor y siempre existía algo que me podía hacer soportable cualquier cosa que sucediese. Su felicidad era más importante que la mía.

Teniente McDuncan

Ya le intenté pedir ayuda con los estudios anteriormente, pero se ve que no lo pilló, sí pues aproveché sus palabras para volver a pedírselo, pero de manera más directa. **- Entonces si tú también disfrutarás de ese resultado, lo justo es que me ayudes con todo eso de los rangos, sus limitaciones... ya sabes: a estudiar. Ahora mismo si siento que sencillamente me lo han regalado, porque no tengo conocimiento alguno sobre eso. ¿Sabes lo mal que me sienta que me trates de usted ahora? Entiendo el respeto al rango pero... tú y yo somos...** - No sabía como expresarlo sin decirle lo que sentía por él y me negaba a soltar sus manos. **- Sarah y Rick... y no quiero que eso cambie.**

Pero cambiaría, porque la vida militar era así, aunque siempre me rebelase contra ello, se notó la distancia de los rangos entre ambos durante mucho tiempo.

- De... ¿De verdad estarías... estarías dispuesto a no... no... no dejarme nunca? - Pregunté completamente incrédula, creyendo que sí, que había algo más por su parte hacia mí de lo que yo veía, pero no lo creía posible. La mala suerte estuvo en mi vida desde que nací, así que todo aquello se estropearía y de nuevo aparté mis ilusiones de mi cabeza. **- Pues supongo que tendremos que mirar si hay algún libro para prepararse para teniente y si ahí tenemos las respuestas.** - Dije finalmente ilusionada, dejándome llevar por mis sentimientos. **- Porque yo no quiero separarme de ti ni dejarte escapar.**

En ese momento me di cuenta que me había pasado con ese dejarte escapar y me sonrojé. Tenía que arreglarlo. **- No creo que encuentre a nadie mejor que tú para estar a mi lado.** - *Mierda, creo que lo estoy complicando más.* - **Militarmente hablando, creo que ya me entiendes...** - Dije muerta de vergüenza, con mi corazón a mil y esperando a que él me dijese que lo entendía perfectamente, que sentía lo mismo y que me besase en aquel momento.

Maldito amor, me había atrapado y ahora jugaba conmigo con ventaja.

Después de nuestra huída de Smith y mi claro miedo, Rick me consoló. Sus palabras y su guiño me hicieron sonrojarme y sonreír. Me tomaba siempre a broma el tema de "mi hermoso trasero", precisamente porque nos tomábamos a broma el suyo para quitarle tensión a las curas. Pero como mujer realmente deseaba verlo, tenerlo en mis manos y ¿por qué no? Darle un mordisco que le generase placer.

- La verdad es que no sé que pasó... ni pensé en mí ni que me diesen, solo en que no te pasara nada. - Le susurré a Rick aquella verdadera confesión, no quería que el mayor y el soldado la escuchasen. ***- Supongo que es ese instinto de protección que dicen que tenemos la mujeres... que has conseguido que despierte en mí.***

- Así es mayor. Ya íbamos a sacar el licor casero para celebrar la salida de aquel lugar... de hecho lo sacamos... pero una bala se cargó la botella... así que ya no hay nada que beber. - Dije uniéndome a la broma de Rick, feliz por haber salido de allí de una pieza. **- Espero que ustedes estén bien. Buena maniobra, mayor, si me permite que se lo diga.**

- Todo lo que sean halagos de una mujer, que me regalen los oídos, son bienvenidos. Incluso de una teniente. Pero con moderación, que estoy mayor para ensanchar y no pasar por una puerta. - Respondió el mayor Coverley demostrando que tenía sentido del humor. **- Acabará en la cárcel como poco solo por dispararnos y junto al disparo al soldado, cabo ¿verdad? Espero que le fusilen... la verdad es que la idea que tengo en mente es mucho más cruel, pero no la diré delante de una señorita y sin un abogado presente.** - Y rió.

El momento de la parada a comer nos vino bien a todos. Yo estiré un poco las piernas, Rick no debía pero sí evacuar, así que le ayudé a ello y mientras lo hacía y yo miraba hacia otro lado, recordé aquella frase suya que me hizo sonrojar de nuevo: "*pero solo sirve tenerla más larga si hay alguien para verla.*"

Debía reconocer que los rusos sabían cocinar y me llevé alguna de sus recetas, aunque con los años dejase de cocinar, siguieron en mi vida. Como Rick, quien en aquel momento, a ver la cantidad de carne que dejaba para mí me riñó y compartió un pedazo de la suya conmigo. **- Yo... te lo agradezco.** - La verdad es que era poca cantidad para los cuatro, más aún sabiendo lo buena que estaba y lo que más nos llenaría sería el pan. **- Pero comer voy a comer igual, además a ti te hace más falta. Pero no voy a discutir contigo. Bastante mal llevo lo de sargento-teniente como para que nos enfademos por esto.** - Y como tenía mis manos ocupadas, usé mi cabeza, cual gato, para acariciar su hombro.

Un momento después llegó el mayor, quien no sabía si bromeaba o si realmente trataba de ligar conmigo. Era demasiado joven e inocente aún para diferenciar aquellas cosas, pero por su forma de hablar me dio la impresión de que me estaba diciendo lo que verdaderamente pensaba, ocultándolo detrás de aquella broma.

Pero lo que más me dolió, fue la respuesta de Rick. No esperaba que me defendiese, aunque mi mano buscase su protección, pero no creía que fuese a azuzar así al mayor. Eso fue suficiente para mí para saber que realmente no tenía nada que hacer con el sargento. Seguramente me veía como una joven asustadiza a quien cuidar y proteger, no como a una mujer y eso que, a pesar de ocultar mi pecho, se notaba que estaba bien dotada. Creo que ahí se me rompieron las ilusiones y las esperanzas con él, aunque no fuese capaz de olvidarle jamás.

¿Para qué enamorarme de otro, si gracias a John no tendría futuro alguno con nadie? Me tocaría sufrir, seguramente verle salir con alguna mujer, recibir su invitación a su boda, tener que hacerme amiga de su esposa y tragarme todo aquello que sentía por él mientras veía a sus hijos crecer felices mientras que yo seguiría siendo una solterona, a la que Rick intentaría emparejar con algún amigo o familiar, sin darse cuenta de que solo le amaba a él.

Eso dolía.

Me dolía tanto que no quería que me viese así y huir no era una solución, pues era un cabezota y vendría arrastrándose a ver que me pasaba. Así que aproveché la postura que teníamos sentados en aquel momento y cuando el mayor se marchó le abracé por la espalda, después de dejar mi comida en el asiento, rodeando con mis brazos su cintura y apoyé mi cabeza en su espalda. Podía sentir su olor y el calor de su cuerpo. Cerré los ojos, no quería separarme de él nunca, ni tan siquiera soltarle en ese momento.

- Sigue comiendo, estoy bien. Solo que... el mayor me ha hecho darme cuenta de que jamás podré estar con un hombre, más allá de lo que tengo contigo ahora mismo. - *Si te hubiese conocido antes que a mi marido... aunque da igual, ahí sí que me hubieses visto como una auténtica niña y seguro que no te hubieses acercado a mí porque vivía en la calle.* - Y me abracé a él con más fuerza y, evitando llorar, porque le amaba y él a mí no y aunque fuese al contrario, jamás pasaríamos del punto en el que estábamos, porque John me había marcado con sus palizas y violaciones para siempre.

Sargento Rick "Jester" Heatherly

La preocupación de Sarah por todo cuanto debía aprender, era infundada. En realidad, había solo unas cuantas cuestiones relacionadas con las normas que iban más allá de lo que habitualmente debía tenerse en cuenta, pero nada que alguien como ella no pudiera gestionar.

-Sarah, he dicho que estaría a tu lado y eso es lo que significa, exactamente, así que te ayudaré a estudiar, a aprender lo que debes saber y todo lo que te haga falta. Me vendrá bien también por si alguna vez quiero... subir de rango yo también -le dije, sin estar convencido de querer ser oficial, pero aceptando esa posibilidad.

Desde luego, mi prioridad en aquellos momentos estaba transformándose en la que terminaría de ser para siempre, así que asentí ante la pregunta, incrédula, de Sarah, y dudé al oír lo de prepararse para teniente, pero si eso era lo que se necesitaba para seguir a su lado... estaba dispuesto.

-Está bien. Lo miraremos. Buscaremos los libros que hagan falta y nos los estudiaremos, tú para saber lo que te corresponde y yo... para ser oficial.

Era un compromiso enorme por mi parte, pero uno al que estaba dispuesto a llegar si era necesario. Cada vez era más consciente de lo que nos unía, y al ver su fragilidad y dependencia de mí, entendí que quizás fuese aquella la única manera de que pudiera hacer todo cuando se proponía y merecía.

A veces me sonaba todo a que ella sentía algo más por mí, lo mismo que yo por ella, pero estábamos hablando de camaradería y cosas así, maldita sea. No podía dejarme llevar por mis sentimientos o al final, ambos nos perderíamos para siempre.

-Pues entonces está decidido. Haré todo lo posible por seguir contigo, aunque eso suponga ser un maldito oficial, y no lo digo por ti sino por mí. Ser médico es una cosa, pero ser soldado y oficial es algo diferente.

En aquellos momentos era cuanto más cerca de ella me sentía, pero la aparición del Mayor, y sus palabras, me hicieron sentir más lejos que nunca. Eso me confirmó sin ningún lugar a dudas lo que sentía por ella, que iba más allá de la amistad, el compañerismo y la camaradería entre dos sufridos miembros del ejército en mitad de la guerra, y que era algo tan básico como amor.

En la vida, la posibilidad de que el amor le encontrase a uno era escasa, pero mucho mejor descubrir que había alguien que respondía a nuestras expectativas que terminar tu vida aceptando que no eras capaz de albergar sentimientos así. Se hacía duro que ella no los correspondiese, pero cada vez me daba más cuenta de mis límites y con el tiempo, aprendería a moverme dentro de los mismos.

Me reí junto al Mayor y a Sarah, pero por dentro, tuve que esforzarme para conseguir hacerlo, y eso que le debía la vida, la mía y la de Sarah.

Lo que menos esperaba, llegado ese momento, fue que me abrazara por la espalda y apoyara su cabeza sobre mí. Era sumamente agradable, además de inesperado, por supuesto, y no quería moverme para que aquella sensación desapareciese.

-Sarah, yo...

No fui capaz de decirle nada más. Qué podía hacer sino darme la vuelta, abrazarla, besarla y reconocer que la quería y que la deseaba, que me dolía el corazón solo con pensar en que jamás estaríamos juntos y que jamás podría estar con otra mujer que no fuese ella.

Así que permanecí en silencio un poco más, respirando con fuerza, dejando que el olor de Sarah me envolviese y transportase a una vida muy diferente, tanto que sabía que jamás existiría, y cerrando los ojos para soñar despierto.

Te prometo que no te abandonaré nunca, Sarah, y que nadie te hará daño de nuevo. Y que en cuanto ve a tu marido, más le valdrá salir corriendo, antes de que le rompa las piernas y los brazos y tenga que moverse arrastrándose como la serpiente que sin duda es.

Teniente McDuncan

- Yo... lo siento... necesito oírlo. Es... ya te lo contaré durante el viaje. O cuando estemos allí... si vas a estar a mi lado... tendrás tiempo de saber todo sobre mí. - O al menos todo lo que le pudiese contar... aunque la verdad, era mucho, pues para mi edad había vivido demasiado y poco bueno.

Salvo él.

- Rick, no tienes que hacerlo si no quieres. Me refiero a estudiar para ascender, pero tu ayuda me vendría de maravilla, porque serán muchas cosas las que no entienda. Nunca he usado un arma por ejemplo. Solo las he visto y supongo que al menos tendré que conocerlas al menos. Para mí todas las armas cortas son pistolas y las largas rifles... y ya no me sacas de ahí. - Le confesé, haciéndole ver que era mucho lo que tenía que aprender. **- Y que todas disparan balas. ¿Pero ves? Si me preguntas como extraerlas del cuerpo... de eso si te puedo hablar.**

Y cuando le escuché que se decidía a ser oficial le sonreí y me tumbé en la cama con él y le abracé, besándole en la mejilla. **- Aunque eso de estudiar medicina no lo tengo claro... son pocas las que lo han logrado, aunque creo que ser tenientes menos aún.** - Le dije con una sonrisa y me separé de él, tentada a hacer algo que sabía que no debía, por mucho que lo desease.

La llegada del mayor enfrió la situación y me hizo darme cuenta de muchas cosas, las cuales confesé a Rick sin pensar en las consecuencias. Y cuando terminé de hablar él sólo fue capaz de pronunciar dos palabras y yo me sentí más aislada emocionalmente que nunca de él en aquel momento.

Sabía que jamás habría nada entre ambos, pero la esperanza siempre estaba ahí...

Al ver que no comía ni decía nada ni hacía nada, simplemente no supe como tomármelo, así pues le solté. **- Vamos, come, dudo que nos esperen. El mayor tenía prisa por llegar. Se ve que conducir de noche no es bueno y me imagino que si ven aparecer un vehículo en la oscuridad, lo más fácil es que primero disparen y luego pregunten.** - Y retomé mi almuerzo y con poca gana me lo comí, más que nada porque no quería que Rick me llamase la atención por no comer ni nada.

Y tal y como predije, el mayor no tardó en venir con prisas. Al menos nos había dado tiempo a comer y ayudé al sargento a recostarse de nuevo, antes de subirme por el otro lado y volver a ser su almohada. Solo que ahora, tras confesarle aquellas palabras, me sentía más lejana a él. Había metido la pata hasta el fondo, sabía que no debía decirle nada y menos aún algo que le diese a entender lo que sentía por él, pero la situación se dio y necesitaba soltarlo, como otras tantas cosas.

El mayor arrancó de nuevo y permanecí en silencio unos minutos, sin saber que decirle a Rick. **- ¿Sabes? Creo que es mejor que sepas todo sobre mí ahora... por si te arrepientes de tu decisión puedas huir de mi lado cuando te recuperes.** - Le sonreí pero en el fondo no bromeaba, decía la verdad. **- Como te dije era la pequeña de tres hermanos. Bueno, sólo te hablé de uno de ellos... Ya te dije como fue mi infancia, como iba a la escuela y luego tenía que aprender a ser una mujer en casa. Como mi hermano mayor me las hacía para acabar siendo castigada o azotada con el tiempo... mi marido, no fue el primer hombre en mi vida con problemas con el alcohol. Fue el segundo.**

Busqué la mano de Rick, necesitaba su fuerza. **- El primero fue mi padre. Si esta sociedad es machista, si el ejército es machista, mi padre lo era mucho más y lo peor era que bebía. Cuando aprendí a cocinar, mi madre descubrió que aún cocinando ella, si mi padre decía que la cena estaba mala y había bebido... si preguntaba quien había cocinado, me señalaba a mí... ¿adivinas a quien azotaba con aquel cinturón de cuero? A los quince años no pude más... unos meses antes mi padre había matado a mi hermano mediano de una paliza, por ser amanerado... dijo que le enseñaría a ser un hombre y... tuvimos que mentir todos para salvar a mi padre.**

» Pero yo no pude con eso y me marché a los pocos meses. No porque sabía que se le iría la mano conmigo y acabaría como mi hermano. Además, la culpa de no poder decir nada por miedo me consumía... Así que viví en las calles de Boston, nunca me atreví a dejar mi ciudad natal, pero logré estar lejos de las drogas y la prostitución. Y entonces conocí a John, quien para mí fue un ángel salvador en aquel momento... dormía entre cartones y tenía suerte de ser una joven que seguramente dio lástima a más de uno y me daban pequeños trabajos o me dejaban asearme en los baños de los bares a la hora de cerrar... así que me aferré a él como si no hubiese nadie más en el mundo... y no dudé en casarme con él cuando me lo pidió. - Y en ese momento me di cuenta del parecido de la situación con Rick y John. Era como si viviese la misma historia, solo que había madurado en muchas cosas y en otras seguía siendo muy inocente, algo que le divertía a Rick y que odiaba John.

- Insistió en pedirle mi mano a mi padre, que quería conocer a mi familia y al final tuve que acceder. No sabía si iba a matarles a todos o a recriminarles que estuviese en la calle... pero no pasó nada de eso. Al llegar supe que mi padre había bebido tanto una noche, que se mató con el coche al volver a casa. Así que solo quedaban el machista y cabrón de mi hermano y la miserable y cobarde de mi madre, quienes nos dieron su bendición y "gracias" a John, recuperé algo a mi familia...

Apreté con más fuerza si podía mi mano con la de Rick y comencé a acariciar su cabeza, buscando calmarme. **- Por eso me llamo inútil, Rick, por eso me considero tonta, porque es lo que me han enseñado que soy... es a lo que vas a tener que enfrentarte cuando me frustre, cuando vea que no puedo seguir... y por supuesto, temeré siempre cualquier mirada de odio que se lance contra mí y más aún cualquier mano que se alce contra mi cuerpo... No va a ser fácil estar a mi lado... Quizás deberías pensártelo.** - Y sin soltarle, sin dejar de acariciar su mano, guardé silencio.

Si el soldado y el mayor me habían escuchado, me resultaba indiferente. Ahora solo me importaba Rick y que supiese donde se metía realmente.

Sargento Rick "Jester" Heatherly

Comprendía lo que debía estar sintiendo Sarah, la presión que se había visto obligada a soportar durante su estancia en el hospital de campaña, en el cual se encontró con que debía realizar las tareas de un médico, con una titulación menor, y a pesar de sus más que evidentes habilidades y conocimientos, la mayoría de los cuales había aprendido gracias a su inteligencia, deseo de ayudar y también de escapar de una vida asquerosa, no había recibido más que rechazo, burlas y un profundo desprecio, por parte de soldados y oficiales.

Esa visión, tan simple, me permitía no olvidar el por qué para ella resultaba tan importante mi presencia allí, el única, junto al doctor, que la había apreciado por lo que hacía y cómo era, y no por su sexo, y también por qué motivo se había forjado una relación tan fuerte entre los dos.

Seguramente, lo que yo sentía por ella había tenido mucho que ver: admiración, respeto, y sobre todo, el amor que alguien como yo no esperaba encontrar.

Por supuesto, el hecho de que durante años y años, la convivencia con un marido al cual no consideraba como persona, le había sumido en un infierno, físico, pero sobre todo mental. ¿Cómo iba a respetarse a sí misma cuando nadie lo había hecho con ella, hasta este momento?

Por eso entendía lo que decía, que necesitara oír un apoyo explícito por mi parte, porque en todo momento rondaba en su cabeza aquella posibilidad de abandono y el regreso a una soledad que debía resultarle casi insoportable.

No sabía cómo había sido capaz de aguantar hasta ese momento y mantener aquella sonrisa tan hermosa que tantas veces había visto en su rostro.

-No tengo ninguna prisa, Sarah. Como he dicho, estaré a tu lado y te apoyaré siempre, y ay de aquel que te falte al respeto estando yo presente. Ya has visto que cuando se trata de defender algo en lo que creo, y no hay nada ni nadie en lo que crea más que en ti, no doy un paso atrás.

Por el mismo motivo, además de necesitar a alguien a su lado, en este caso al único que se había acercado a ella, se resistía a que mi vida estuviese a expensas de la suya. Y yo… yo era consciente de una vez por todas, de que aquella maravillosa persona que tenía delante, merecía todo lo que pudiera darle y que al menos, cuando llegara mi hora, pudiera decir con seguridad y orgullo, que mi existencia había tenido algún sentido, pues todos pasábamos por la vida tan deprisa, que al volver la vista atrás nos dábamos cuenta de que únicamente habíamos dejado un vacío, puesto que nada había cambiado gracias a nosotros. Pero si su vida cambiaba, para mejor, si lograba superar todas las adversidades a las que se había enfrentado, y otras contra las que todavía tendría que luchar, para mí todo estaría bien.

Por eso le dije que estaba dispuesto a ser oficial y enfrentarnos juntos a lo que tuviésemos que hacer. No era tanto esfuerzo, pues el premio merecía la pena.

-Sarah, ya eres médico, pero aún no tienes un título que te permita demostrarlo. Al igual que un artesano puede ser la persona más ignorante del mundo y aun así, saber cosas que pocos conocerían, tú puedes hacer lo mismo que cualquier médico en multitud de circunstancias. Ahora solo es cuestión de aprender un poco más y enriquecer con ello, no solo tu vida, sino la de otros, porque salvarás más vidas. Y si además eres Teniente… ten por seguro que pocos se atreverán a rechistar. Teniente McDuncan… eso son palabras mayores –le dije al final, en tono relajado y sonriendo.

Tras la marcha del mayor, me quedé un poco ensimismado repasando toda la conversación en mi cabeza, dándole vueltas a demasiadas cosas, a todo lo que sentía y también a mis propios deseos.

En aquellos instantes, lo único que me preocupaba era Sarah; me daba igual quedarme cojo para el resto de mis días y tener que hacer trabajo de oficina, pero sentía que me había comprometido para siempre con ella y que debía hacer honor a ese compromiso. No había querido comentar nada sobre algo que había dicho… pero de pronto, me sentí en la obligación de hacerlo.

-Sarah, no quiero molestarte, pero me gustaría hablarte de algo que has dicho antes. Has comentado que jamás podrás estar con un hombre, más allá de lo que tienes conmigo. Creo que te equivocas. Eres una mujer y tienes demasiado que ofrecer a cualquier hombre que se interesara por ti… románticamente, quiero decir, solo que aún no lo has encontrado. Lo que ambos tenemos es mucho más que eso. No es amistad, creo. Es… más que amistad. Siento como si ambos… bueno, no se me da muy bien esto de hablar o dar discursos, recuerda que soy un soldado, pero… imagínate que fuésemos dos personas perdidas en mitad de un bosque, y que una llevase una linterna y la otra… un botiquín de primeros auxilios. Yo te alumbraré el camino, Sarah, y tú me curarás siempre que lo necesite, y así juntos, podremos seguir avanzando. Pero eso no te convierte en alguien que no pueda aspirar a más. Eso solo que ese momento llegará… cuando tenga que llegar.

No para mí, porque el momento ya había llegado, pensé, intentando que en mi rostro no se vislumbrase ningún atisbo de tristeza.

Cuando el Mayor arranco de nuevo el coche, ambos nos quedamos en uno de esos incómodos silencios, hasta que Sarah pareció reunir el valor suficiente para decirme lo que quería.

-No me arrepentiré jamás, Sarah, entre otras cosas, porque nunca jamás miro atrás cuando tomo una decisión y en este caso, menos aún, pero adelante, cuéntame lo que necesitas que sepa.

No me alarmó en absoluto lo que me dijo, pero sí que me enfureció. Su mano me apretó con fuerza y yo le devolví con creces dicha fuerza, apretando la mandíbula como si fuese a masticar un pedazo de carne gigantesco. Me hubiera gustado ser su hermano para poder devolverle el golpe a su padre, y llegado el momento, cualquier día, matarle para librarnos de él. La muerte de su hermano debió resultarle horroroso y sin duda alguna, la marcaría de por vida. ¡Muy bien había logrado soportar si había llegado hasta allí manteniendo aunque fuera un mínimo de esperanza!

Entendía que hubiese huido, e incluso que se hubiese casado con el tal John nada más tener la oportunidad.

No dije nada, pero mi rostro lo decía todo. Sentía la ira y la frustración creciendo en mi interior como si no existiese nada más, porque nada más había en esos momentos. Aquella no era la historia de Sarah, sino un cuento de terror del cual no terminaba de escapar. Para intentar no perderme en aquella rabia contenida, procuré decir algo de todo aquello.

-Creo que fuiste muy valiente huyendo de casa, y también aceptando la propuesta de John. Buscabas una vida mejor, nadie, ni siquiera tú misma, debería tener en cuenta cómo terminó.

Mientras me hablaba del encuentro de John con su madre y su hermano, casi podía sentir la tenue felicidad que debió sentir Sarah al reencontrarse con ellos y pensar que por fin, podría tener una vida normal, aunque en su caso, habría que hablar, más que de la esperanza por tener una vida normal, de llevar una vida, porque hasta ese momento no había podido tener ninguna.

Sus caricias creo que eran más para calmarla a ella que a mí, para resistir el posible rechazo que en el fondo esperaba por mi parte, porque le costaba aceptar que alguien, que un hombre sobre todo, pudiera estar a su lado, ayudándole, sin pedir nada a cambio. Quizás esa era la clave de todo, hacerle entender que ella daba mucho, aunque no se diese cuenta de ello.

-Sarah, te lo repito otra vez. No tendré que enfrentarme a nada que no sea un puñado de imbéciles mirando pero no viendo, burlándose pero a la vez, llorando por dentro al ver que una mujer hace algo que ellos no pueden, y odiándote para no odiarse ellos mismos. Cada vez que alguien te mire de mala manera o te diga algo ofensivo, piensa que en realidad lo que estará haciendo es describiendo cómo se siente él y no es contra ti, sino contra ellos mismos con quienes luchan. Pero no lo permitiré, no te quepa duda.

En esos momentos, sentí unas enormes ganas de colocar mis manos en sus mejillas y besarla con fuerza, pero me contuve. Quizás hubiese sido mejor que no lo hiciese, pero también yo era de mente débil cuando se trataba de demostrar mi amor por ella y esperar reciprocidad, así que hice algo más sencillo. La miré directamente a los ojos y le ofrecí la más cálida de mis sonrisas.

-No me iré de tu lado hasta que esos ojos pierdan su brillo, y ya me encargaré yo de que nunca lo hagan –le dije, guiñándole un ojo.

De todas maneras, había algo que aún no le había dicho, para que comprendiese bien que su historia no era sino otra de tantas, que debíamos aprender a superar por nosotros mismos.

-No creas que te digo todo esto de que podrás hacerlo porque sí. Mi familia nunca tuvo estos problemas, pero sí amigos de toda la vida, que vi cómo se deshacían en pedazos mientras el juego y el alcohol los consumían. En más de una ocasión tuve que interceder para proteger a sus esposas y… terminé por declarar en contra de uno de ellos para enviarlo a prisión. Era eso, o matarle allí mismo. Recuerdo incluso la sensación del cuchillo de cocina en mi mano y su garganta en la otra, y la tentación de utilizarlo –le expliqué, mirándome la mano y viendo como temblaba ante aquel recuerdo -. **Pero no fue necesario. La visión de su hijo, que estaba allí mismo, presenciándolo todo, fue más que suficiente para hacerme desistir. Pero por intento de asesinato, después de otras dos condenas por asalto y tenencia ilícita de armas, no saldrá de prisión durante el resto de sus días. En cuanto a ella… siempre me envía una postal por navidad y su hijo me llama Tío Rick. Eso es suficiente para mí.**

Me quedé unos momentos ensimismado, recordando aquella escena, hasta que por fin logré regresar a Sarah.

-Así que ya ves, sé con lo que me voy a encontrar, y sé también que resultará duro y difícil, pero mucho mejor hacerlo los dos juntos que tú sola, ¿no? Dentro de unos meses, tú lo sabrás todo sobre ser Teniente y puede que hasta estudies para ser Capitán, y yo… bueno, intentaré seguirte el ritmo –le dije, divertido.

Teniente McDuncan

Rick no se daba cuenta de que cada palabra que decía alimentaba mi esperanza y me asustaba cada vez más, pues veía que me alzaba y la altura era tan alta que me daba miedo el dolor de la caída. Decirme que no me dejaría nunca, sin saber que estaba enamorada de él, porque si aquello no era amor no sabía ni entendería jamás lo que era, era lanzarle más leña a un fuego que él no sabía que existía y hacerme temer cada vez más perderle.

Le miraba mientras hablaba, soñando una vida con él distinta. ¿No estaría cayendo en la misma trampa que con John? - *No, Sarah, él te sacó de las calles y aprovechaste esa oportunidad... no le amabas...* - Me dije a mí misma sabiendo que si hubiese sentido por él lo mismo que por Rick, aún seguiría a su lado, si es que vivía.

Me sonrojé cuando me dijo que me protegería. ***- Lo sé, ya lo has hecho más de una vez.*** - Le susurré agradecida y con un leve rubor, recordando el día del bombardeo, cuando se lanzó sobre mí y pude sentir su pecho contra el mío, las sensaciones que me hizo sentir.

Luego me habló de que era médica ya, pero yo no lo veía así. **- Rick, no puedes comparar una cosa con otra. Quizás hace doscientos años o más sí. Ahora ya no. La titulación es lo que te da permiso para poder ejercer, para poder hacer lo que te hice. Un alfarero, un albañil, un artesano... ellos no tienen la vida de nadie en sus manos. Si fallan en su trabajo, empiezan de nuevo. Un médico, si falla, pierde una vida... en tu caso podías perder la pierna y la vida. Llegaste muy mal y yo era la única que podía hacer algo... por eso Smith no me encerró en ese momento, porque sabía lo que había y que haría falta hasta que llegasen los médicos.**

» Por eso amenazó con montarme un consejo de guerra si perdías la pierna, porque sabía que era la única manera de demostrar algo y que además te pusieras de su lado. Una mujer, sin estudios, porque Rick... tengo lo básico y lo que me enseñó el doctor Palmer, pero eso no da de comer, que opera a un hombre en contra de su voluntad y tras "jugar a los médicos", este pierde la pierna... Me hubiesen encerrado de por vida. Además, dudo que pueda estudiar medicina... como te dije mis estudios son básicos y tuve suerte que me dejaron estudiar, pues si es por mi familia... no hubiese pisado una escuela jamás y no sabría ni leer ni escribir. - Pero ver su sonrisa me relajó y le sonreí.

- Sigues creyendo más en mí que yo misma, Rick y no me gustaría defraudarte, pero lo haré... no soy tan especial y maravillosa como lo eres tú. - Y le sonreí, enamorada como una idiota. Solo podía decirle aquellas cosas cuando le respondía a algo, así que tenía que aprovechar. Al menos dejar salir parte de lo que sentía por él aflorar de alguna manera y que fuese lo más natural posible.

Rick me respondió a mis palabras previas, aquellas a las que no creí que tendría respuesta. Habló de tal manera que sentí que mi corazón se partía de nuevo al ver que él no tenía interés romántico hacia mí por sus palabras y haciéndome ver que éramos dos náufragos en una misma isla, que nos necesitábamos el uno al otro para sobrevivir, nada más. Guardé silencio, sopesando mi respuesta. **- Solo me enamoré una vez en mi vida... y duele cuando no es correspondido... y no, no hablo de mi marido. Nunca le amé, sino seguiría a su lado.** - De hecho tenía a ese hombre recostado sobre mis piernas y no se daba cuenta del daño que me hacían sus palabras... porque era él el único por el que sentía aquello, aunque tuviese que hablar en pasado para protegerme. Pero ya me había dicho varias veces que no había interés hacia mí.

- Pero no se trata de eso... se trata de lo que me hizo mi marido. - Cerré los ojos. **- Algún día te lo contaré todo, cuando esté preparada para ello, pero ahora mismo sé que ni enamorada, podría estar ni disfrutar de ese hombre.** - *Lo sé porque en el momento que nos metiésemos en la cama, la imagen de John violándome, sería lo primero que vería al cerrar los ojos.* - **Primero tendría que fijarse en mí, que es lo más difícil y luego yo tendría que revivir un infierno, simplemente para poder consumar el amor que sintiese por él.** - *El que siento por ti. Si no fuese tan complicado para mí... si no lo complicase tanto para los dos y si me vieses como yo te veo a ti...* - Pero debía aceptar lo que había. **- Así que no, Rick, por mucho que lo desease ahora mismo,** - *y lo deseo,*- **no puedo tener nada más... pero créeme que poder tener a quien abrazar, a quien demostrar algo de cariño, cuando siempre me han prohibido hacerlo, tener a alguien a mi lado que me da seguridad, que confía en mí, que cree en mí y que me permite dormir a su lado sin temor a que me pase nada, me hace más feliz de lo que pudieras imaginar.**

Y en ese momento, fue en el punto más cercano que estuve de decirle que le amaba hasta la fecha.

Y en marcha y con Rick recostado y bien tapado, comencé a contarle a grandes pinceladas mi vida. Había más, claro que sí, pero esos capítulos ya irían saliendo. Aún no estaba preparada para hablar de como John me violaba al final o de como me hizo abortar con una de sus palizas. De hecho, estaba segura de que si se lo contaba a Rick y se encontraba con él, John no lo contaría... o quizás fuese Rick quien no lo hiciese y no podía permitir que pasara eso.

- Buscaba salir de la calle y él me abrió una puerta... y confiada entré... sin saber que iría directa al infierno. - Le respondí a sus palabras tras mi historia. Nuevamente Rick trató de animarme, de hacer ver las cosas desde otro punto de vista, pero yo estaba muy tocada en ese sentido y hablarlo me estaba dejando peor. Iba siendo hora de parar esa conversación o acabaría perdida durante horas en la nueva base, con una enorme necesidad de estar completamente sola. Como me sentía en aquel momento amando a quien no me amaba.

Sola y vacía.

Y me miró y me sonrió y su frase me hizo sonreír. **- ¿Sabes que este brillo es por las lágrimas que estoy conteniendo?** - Le pregunté siendo cierto. Trataba de no llorar, no quería que siempre me viese igual y reí por lo ridículo de la situación en sí.

Y entonces me contó la historia de su amigo, de como casi se convierte en un asesino. Rick era más peligroso de lo que parecía, pero no temió en contármelo. En cambio John parecía un ángel... Vi la mano de mi amado temblar al narrar aquello y se la sostuve con suavidad, demostrándole que a pesar de todo estaba a su lado. Que lo estaría. Y para cuando terminó su historia, ambos nos quedamos en silencio. En mi caso volvía a repasar lo que me había contado... en el suyo... jamás supe lo que pensó en ese momento.

Y fue él mismo quien rompió el silencio entre ambos. Ni el mayor ni el soldado parecían hablar y no sabía si con el motor del coche nos estaban escuchando o no, pero si era así, iban a tener chismes para contar durante días. Pero no me importaba, solo lo que Rick me decía, lo que sus palabras me transmitían... esperanza. Al escuchar sus palabras el acto fue casi instintivo. Me incliné sobre su cabeza y se la abracé como pude pegando su frente a la mía. Por fortuna él estaba recostado bastante cerca de mis rodillas, sino en lugar de mi cabeza le hubiese puesto todo el pecho en la cara.

- No sé como lo haré, Rick, pero te juro que mientras tú quieras, siempre estarás a mi lado. Y si para lograr eso debo ascender a capitán, pelearé por ese ascenso. Te lo prometo. - Le dije con seguridad sin soltarle de aquel improvisado y extraño abrazo y mi corazón volvía a suplicarme por besarle los labios. Pero me conformé con besar su frente y apoyar mi cabeza de lado sobre ella, para que la tentación se esfumase y poder sentirle un poco más así, agarrada a él, antes de volver a sentarme bien, taparle, taparme yo y volver a acariciarle el cabello mientras mi mano se colaba debajo de su manta y buscaba la mano de Rick.

- Deberías dormir un poco, Rick. Aprovecha antes de que te duela la pierna. - Le dije acariciando con suavidad su cabeza. No sólo buscaba que se relajase, sino que así le demostraba mi cariño sin decírselo y me relajaba yo también. **- Seguramente yo me duerma detrás de ti... pero no literalmente.** - Bromeé, aunque no me hubiese importado tener sitio para ambos y volver a dormir los dos abrazados durante el viaje. De hecho me hubiese gustado poder hacerlo. Pero la única postura en aquel jeep sería uno sobre otro y con las piernas dobladas y eso iba a quedar muy mal a ojos de todos, incluidos nosotros.

Sargento Rick "Jester" Heatherly

No sabía los procesos mentales que estarían sucediendo en su cabeza, pero podía imaginarme que no eran buenos por los gestos que adoptaba, con un rostro que parecía quedarse laxo ante la falta de buen ánimo y a continuación, endurecerse con los sentimientos que encontraba, y que sospechaba debían estar relacionados con aquel despreciable "John", su marido, aunque la palabra no reflejara en absoluto lo que era.

Para aquel… "hombre", marido significaba poseer, controlar, decidir sobre la existencia de una mujer, esclavizarla a su voluntad, que en realidad era frágil y pobre en espíritu, pero cuya crueldad era capaz de socavar cada atisbo de posible escapada que cruzara por su mente. Sarah era prisionera de una vida indeseable, y cuando a un prisionero se le negaba la posibilidad de libertad, una vez tras otra, acababa convirtiéndose en un espectro de lo que era.

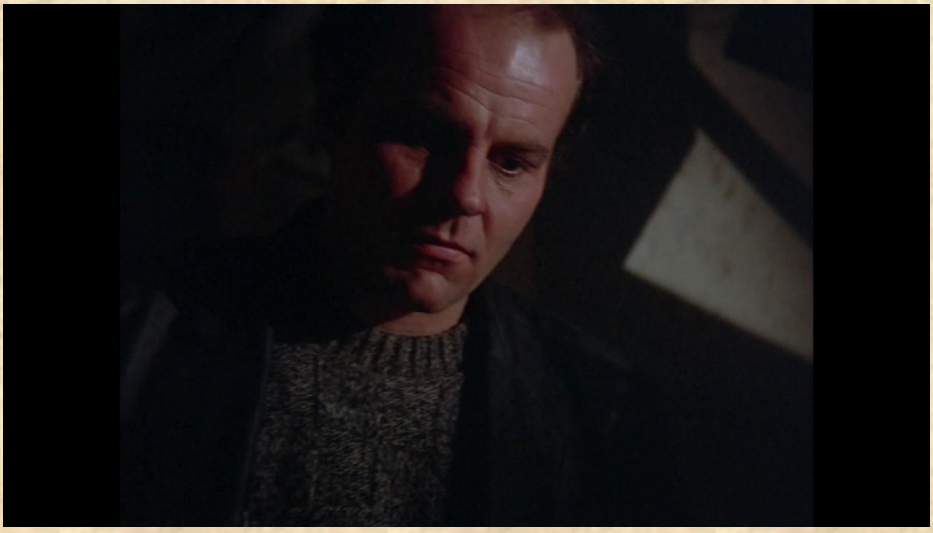
Sarah, me parecía, se encontraba en el límite por segunda vez. La primera, según me había relatado, había sido bajo el yugo de su propio padre y solo porque era joven y aún miraba hacia el futuro, fue capaz de liberarse de él. Pero en aquella ocasión, mucho me temía que la repetición de algo tan duro iba a resultarle pesado como la cadena que había leído ataba a Prometeo a una roca.

La roca en este caso, y no como sinónimo de fortaleza y resistencia, sino de ancla al infierno, era ese John, al cual odiaba con más fuerza a cada minuto que pasaba.

Por ese motivo, además de muchos otros, como que por ejemplo, la quería más que a nada y nadie en todo el mundo, era por lo que siempre la protegería. Ella me lo agradeció, sonrojándose ligeramente de aquella manera que me encantaba, pero no podía hacer otra cosa, puesto que perderla, ahora lo sabía, significaría morir por dentro.

-Y seguiré haciéndolo cuando haga falta, aunque espero que no corramos tanto peligro como para que debamos repetirlo. Tampoco hay que convertir en costumbre eso de estar a punto de morir –bromeé, aligerando un poco el tono, que de repente, quizás por mis propios pensamientos, se había vuelto algo más oscuro.

Pero la oscuridad estaba dentro de ella. Con cada palabra de ánimo mía, venía una de desánimo suya.



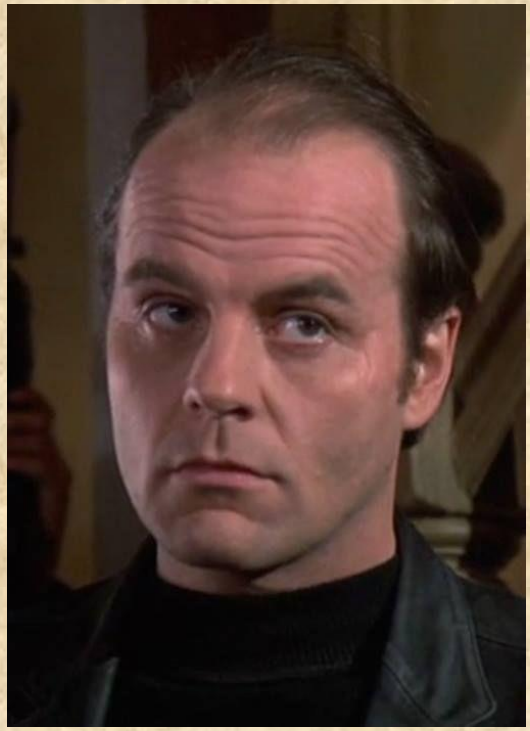
-Bueno, eso tampoco es del todo correcto, Sarah. La medicina no es una ciencia exacta. He visto médicos asegurar a alguien que viviría y perder al paciente en cuestión de minutos sin explicación alguna, y casos imposibles que se solucionaron satisfactoriamente gracias a lo que podríamos considerar como un "milagro". Pero lo más importante es el espíritu, ese que llevas dentro, y que a pesar de que estás cansada, y lo sé, Sarah, sé que lo estás, tiene tanta fuerza que estoy convencido de que conseguirás lo que te propongas. Y si tengo que confiar por los dos, lo haré. Yo seré tu roca el tiempo que necesites.

Ella le daba tanta importancia a lo poco importante que era, que todo le parecía suficiente justificación para perder la esperanza que yo intentaba proporcionarle. Era como llenar con agua una botella llena de agujeros. Pero no eran grandes, sino que había que taparlos de vez en cuando. Sarah quizás no fuese capaz de seguir adelante sola, pero conmigo… estaba convencido de que lo conseguiría.

-Nada de eso importa, Sarah. Me has curado; me has salvado. Has actuado tan profesionalmente como el mejor médico del mundo y más, porque muchos médicos se negarían a actuar como enfermeros por considerarlo indigno de ellos. Y además, te has arriesgado por mí, así que aunque fuese solo por gratitud, que no lo es, que además es porque me importas, no tendrás que hacer nada de todo esto sola… si me dejan, claro. Lo intentaré por todos los medios pero si me envían a otro lugar… me temo que no podré hacer nada. Pero haré todo lo posible por estar contigo… Teniente McDuncan, y si usted lo solicita, a lo mejor también ayuda.

Solo cuando a veces sonreía, en respuesta a algo que le había dicho u otra sonrisa mía, veía que podía tener éxito allí donde ella misma se había dado por vencida.

Cogí su mano en cuanto oí la palabra "defraudarte" y aunque dejé que terminase la frase, la cual no me esperaba, me mantuve casi igual hasta que hubo acabado de decir todo lo que sentía.



-Pues sí, has acertado. Soy maravilloso. Soy guapo, tengo un buen trasero, como has podido comprobar en persona, soy divertido… y además de todo eso, sé ver a las personas, y cuando te digo que no me defraudarás nunca porque da lo mismo las veces que caigas, yo estaré a tu lado para ayudarte a levantarte, es que es verdad. Así que sé buena chica y empieza a creer en mí, si es que no lo haces en ti misma. Y como yo creo en ti… pues entonces, perfecto.

Por desgracia, su abandono no solo se debía a su marido, sino al amor no correspondido. Me dijo que solo se había enamorado una vez y que no era correspondido. Entendía cómo se sentía… porque yo estaba experimentando la misma sensación. Tenía el corazón roto, a pesar de que latía, y la mirada perdida cuando pensaba en ella, y me obligaba a seguir adelante, hablar, ser optimista y comprometerme a estar a su lado, para ella, porque estar juntos era al menos algo que traería cierta paz a mi espíritu. Era mejor eso que no volver a verla jamás.

-Te entiendo, Sarah. Créeme, te entiendo –le dije, sin dar más detalles.

El amor podía vencerlo todo, o eso decían, pero también era capaz, como en mi caso, y seguramente el de Sarah, de corromperlo todo hasta destruir cualquier cosa que antes hubiese sido bella y honesta. Muchos hombres se habían vuelto locos al ver que su amor era recibido con indiferencia e incluso traición. Las prisiones estaban llenas de hombres que habían matado aquello que más querían y que pasarían el resto de sus días lamentándose por ello. Así que era fácil volverse loco al perder el amor que habías encontrado después de tanto tiempo. Pero yo no lo había perdido; en realidad, no lo había tenido nunca. Y por eso me resultó más fácil conformarme con ello, aceptar el destino y entender que mi felicidad, aun no siendo absoluta, podía ser lo suficientemente grande como para permitirme seguir viviendo, basándome en la de Sarah. Ella sería mi roca, y no al revés como le había hecho pensar.

Su marido, en cambio… era otra cosa. No le pedí que me hablara de todo, sino que dejé que soltara aquello que se consideraba capaz en aquellos instantes. Me afectaba como hablaba de él, la manera que tenía de entornar la mirada cuando pronunciaba su nombre, pero me contuve, mientras continuaba cogiendo su mano, demostrándole que estaba ahí, a su lado, compartiendo con ella lo que me permitiera, alimentándome de su confianza para sobrellevar el hecho de que yo la amaba y ella a mí no.

-En ese caso, no te preocupes que jamás tendrás que pensar en perderlo. Estos brazos te aplastarán como un auténtico oso, siempre que lo necesites, y podrás dormir a mi lado sin miedo, Sarah. Te lo prometo.

Al igual que te prometo estar contigo en lo bueno y en lo malo, en la pobreza y en la enfermedad, aunque no haya un anillo que nos una.

La historia de Sarah, no por haber sido contada miles de veces, había perdido un ápice de su horror y fuerza, más aun teniendo en cuenta que no se trataba de una desconocida, sino de alguien a quien amaba.

Comprendía bien que se hubiese acercado a él, y confiado en que el destino le hubiese ofrecido una salida. También sabía que aquellos hombres poseían una personalidad fascinadora, tan seguros de sí mismos y contenidos en los momentos iniciales, que resultaba muy sencillo dejarse arrastrar por su atractivo.

Ella no se había equivocado; era él quien se había aprovechado.

No supe muy bien cómo responder a lo de las lágrimas, pero esbocé al menos una sonrisa y apreté mi mano, que no había soltado la suya en lo que llevábamos de viaje desde que lo habíamos reanudado. No podía tampoco pedirle demasiado, que olvidase y fuese fuerte, cuando era una persona a la que habían vapuleado una y otra vez, física y metafóricamente. Sarah necesitaba tiempo, y también yo, para lograr convencerla de que todo era posible, incluso las cosas buenas.

Mis historias quizás no fuesen tan duras como las suyas, pero evocaban sentimientos y experiencias similares, enfrentamientos entre la violencia que muchos de nosotros llevábamos dentro, y la luz que buscaba un lugar en el que alumbrar. Yo no me consideraba como un ángel, pero tampoco como un demonio. No, ese sería John, sin lugar a dudas. Yo solo era un hombre que no comprendía ciertas cosas, pero que en el fondo sabía que la humanidad no tenía límites a la hora de mostrar crueldad. Contaba también con que hubiera siempre alguien que no temiera enfrentarse a ello, y por eso yo jamás daría un paso atrás en situaciones como aquella.

Y cada vez que ella se inclinaba hacia mí en un abrazo inesperado, o como en aquella ocasión en la que besó mi frente, deslizando sus suaves labios por mi piel y haciéndome temblar de pies a cabeza, comprendía que no me había equivocado y que aquella era una misión para toda la vida, que merecía la pena aceptar, por dura que fuese, por difícil que resultase verla día tras día sin poder abrazarla o besarla, o sin compartir momentos íntimos que harían sentirme vivo como jamás lo había estado.

-Esa es la actitud, Sarah. Claro que quiero estar a tu lado… Capitán. Y a partir de ahora, llámame Teniente, porque sacaré también el ascenso. Iremos juntos hasta el final.

Hasta el fin del mundo, mi vida. Hasta el fin del mundo.

Quizás pudiera parecer contradictorio que dos personas tan enamoradas como estábamos nosotros, desperdiciásemos quince años de nuestra vida sin declararnos lo que sentíamos, pero jamás pensaría que todos esos años fueron un desperdicio. Nos ayudaron a formarnos, a conocernos, a estar completamente seguros el uno del otro, y a aclarar parte de nuestras vidas que nos permitirían seguir adelante juntos, cuando llegase el momento.

No me importó tardar tanto, porque sabía que nos quedaba toda una vida por delante, una vida juntos, y aunque hubiera sido únicamente durante unos minutos nada más, merecía tanto la pena vivirla que no podía mirar atrás y decir que era el momento equivocado. Yo nunca miraba atrás.

El coche se movía como si fuese un trampolín, pero allí tumbado, en su regazo, era fácil dejarse llevar por la calma que necesitaba para descansar. Cerré los ojos porque ella insistió, dado que no me apetecía dejar de mirarla, pero me hacía falta, la verdad. El efecto de los calmantes y el cansancio me demostraban que aún no estaba recuperado completamente. Ella se permitió una pequeña broma y yo le sonreí de nuevo.

-Sarah, puedes ponerte donde quieras y abrazarme todo el tiempo, pero me temo que en este caso, el Mayor tenía que haber encargado un vehículo más grande –le dije **-. Pero apúntalo en tu libreta. Pon algo así como… "Rick me debe una noche abrazados". Ya sabes que yo siempre pago mis deudas.**

Volví a guiñarle el ojo y entonces, me quedé dormido casi al instante.

Mi mente voló en ese momento y volví a imaginarnos juntos, yaciendo en la cama, rodando por ella y sonriendo sin parar, besándonos de tal manera que podía sentir sus labios sobre los míos y el calor de su cuerpo como si hubiese una hoguera a mi lado, en una noche de invierno. No sé como me deshice de aquella imagen, pues podía acabar siendo más de lo que podía soportar, pero sí que retuve una parte de aquel sueño que siempre utilizaría en mis momentos más bajos. Aquel rostro, con la sonrisa más hermosa que había visto nunca, mirándome solo a mí, como si yo fuese especial y único. Ella era la única mujer que me hacía sentir como si yo fuese el único hombre del mundo.

Teniente McDuncan

- No, mejor que no... porque hoy ha quedado claro, al menos a mí me ha quedado claro que te cuidaré y protegeré también si la situación pinta mal y... se pasa mucho miedo. - Le dije por los disparos de Smith y mi reacción y lo que sentí. Aunque aún seguía sin saber si mi miedo era a perderle a él o morir yo.

Y cuando Rick dijo que la medicina no era una ciencia exacta y puso los ejemplos, no pude evitar romper a llorar en silencio, recordando al pequeño niño ruso que murió la noche anterior con aquella neumonía. Y sus siguientes palabras me llegaron al corazón y jamás pudo imaginarse las ganas que tuve de poder abrazarle y decirle cuanto le quería en aquel momento de debilidad. Y si no lo hice, fue porque el mayor y el soldado estaban presentes y en silencio.

- Rick, pero es que yo realmente soy enfermera. Eso dice mi titulación. El doctor Palmer me enseñó bien y seguramente vio que la cirugía era lo suficientemente sencilla como para que la hiciese yo sola y cogiese confianza en mí misma... porque lo peor que te pasaba, era la cantidad de barro que traías y la sangre que habías perdido... a parte de la poca confianza en que te operase una mujer. - Le sonreí divertida y de hecho reí recordando ese momento. **- Si hubieses podido, habrías salido corriendo de allí. -** Y por fin rompí a reír, aunque fuese de él y de aquella situación tan incómoda para ambos en aquel momento.

Y con sus siguientes palabras, acaricié su rostro. ***- Tú también me importas más de lo que crees. No sabes lo que eres para mí ahora mismo, jamás podrías hacerte una idea y yo... ni sabría como expresarlo.*** - Mentira. Un "te amo" lo resumiría todo, pero no quería perderle. ***- Así que voy a pelear yo por ti también, sargento Heatherly. No voy a dejar que me separen de ti...*** - Y se lo confesé en un susurro, porque eso no quería que fuese escuchado por quienes iban delante. No porque le estaba abriendo mi corazón a Rick, aprovechando sus propias palabras, con la diferencia de que yo le amaba y él me veía como alguien, una hermana pequeña quizás, a quien cuidar y proteger.

Después de confesarle mi temor a defraudarle, consciente de que lo haría y de piropearle lo más discretamente posible, él sacó algo de humor de todo aquello. Me sonrojé de nuevo cuando comenzó a describirse, porque realmente le veía así y era como si me estuviese leyendo la mente. **- En ti creo... en mí ya es otra historia... en cuanto a lo de tu trasero... no puedo confirmarlo o desmentirlo, porque solo he visto una parte de él. Así que el día que lo vea entero, podré juzgarlo en su totalidad. Pero por ahora solo he visto una herida y algo del cachete donde esta está alojada.** - Y conseguí sonreírle de nuevo, ruborizándome ante la idea de verle el trasero.

¿Se lo había visto? Sí. De manera accidental pero sí. Lo que no iba a hacer era confesárselo, ni decirle que me gustaba y menos aún tirar por la borda la ocasión de volverlo a ver de nuevo. Si supiese cuando le baño, como me recreo en su cuerpo y lo que se me pasa por la cabeza, a pesar de saber que no podría hacerlo, no me dejaría tocarle nunca más... por no hablar de su miembro, con el cual acabaría soñando si un día por accidente, le veía con una erección desnudo frente a mí. Estaba convencida que a parte del inmediato rubor, sería incapaz de dejar de mirarle y esa imagen no se borraría de mi mente nunca.

No iba a ser tan tonta como la primera vez que le vi así.

- Se dice que nos rompen el corazón más veces en esta vida de las que disfrutamos de la felicidad que nos da. Lo que no sabía era que podía doler tanto. - Añadí a su breves palabras y miré unos momentos por la ventanilla, tratando de contener el llanto por él. No quería que se diese cuenta de que era precisamente de él de quien hablaba y un incómodo silencio, roto solamente por el motor del jeep, quedó entre nosotros. Al menos él seguía ahí y si me había acogido como su hermana pequeña, al menos tenía algo y mientras pudiese abrazarle y dormir con él, acariciarle o besar su cabeza, me conformaría.

- Gracias Rick, no me atrevería a pedirte más. - No, porque hacerlo era perderle y debía conformarme con lo que estaba dispuesto a darme.

Y eso hizo que le siguiese hablando de mi marido, otro impedimento para estar con Rick, mi matrimonio. Mis lágrimas fueron acompañadas por la fuerza de sus manos mientras que por dentro me derretía de amor por él. Saber que lo entendía me ayudó mucho en aquel momento y en los sucesivos, porque la verdad es que sin él, me hubiese consumido y marchitado por completo en unos pocos años.

El abrazo y el beso que le di me supieron a poco, pero era lo máximo que tendría.

Y le sonreí cuando me llamó capitán y me dijo que le llamase teniente. Siendo de la misma graduación como oficiales, no deberíamos tener problemas en ser algo... - *Olvídalo, ¿no ves que te está empujando a un rango en el cuál tampoco podréis estar juntos nunca? Lo que ves es lo que hay Sarah, seguro que te quiere, pero no igual que tú a él.* - Me dije a mí misma.

Tras esto, surgió el tema del abrazo y le sonreí feliz ante su respuesta. **- No tengo que anotarlo, te lo reclamaré esta misma noche, si me lo permite el mayor.** - Y miré hacia el frente, esperando alguna reacción del mismo, para saber si nos estaba escuchando o no. Pero salvo por los movimientos del jeep en la carretera, no noté nada raro en él. Tampoco es que mi ángulo fuese el mejor, pues estaba justamente a su espalda.

Para ayudarle a relajarse, seguí acariciando su cabeza, esta vez usando mis dedos entre sus cabellos. Ahora que lo pienso, quizás el motivo de su alopecia fuese precisamente mi manía de andar tocándole siempre la cabeza así. Y cuando le creí dormido, me acerqué a él. ***- Te quiero, Rick Heatherly. Esta será la primera y única vez que te lo diga.*** - Le susurré para luego acomodarme en el asiento de atrás como pude y dormirme yo también.

En algún momento del camino sentí como el vehículo se detenía, aunque no el motor y como con cuidado los dos hombres cambiaban de puesto, para seguir instantes después. Recuerdo abrir los ojos y ver al mayor sentado en el asiento del copiloto, girado hacia atrás y mirándome con una leve sonrisa. ***- Descanse, aún quedan dos horas de viaje al menos y no se preocupe, aún no tenemos listo nada para usted porque no sé cuál será la decisión del coronel, así que podrá dormir con él si es lo que necesita.***

Y se giró hacia adelante y guardó silencio y me volví a dormir sin saber si realmente aquello fue real o un sueño.

No sé cuanto tiempo más dormí, pero el motor del jeep se detuvo y escuché la voz del mayor de nuevo. **- Teniente, sargento, despierten. Ya hemos llegado. Teniente, que no se mueva de ahí, aquí estamos algo más civilizados que en su antiguo campamento.** - Y me guiñó un ojo y salió del vehículo y miré a Rick sin entender que había querido decir con aquello.

- Rick, voy a salir a estirar las piernas, ni te muevas, iré al otro lado del jeep. - Y eso hice, me estiré como los gatos al salir y vi el campamento. A pesar de ser de noche, se le veía mejor organizado que el nuestro. Y cuando hablaba del nuestro, me refería al que teníamos antes del bombardeo. Me fui al otro lado del jeep y abrí la puerta. **- Esto tiene mucho mejor aspecto que de donde venimos. Si no hay un capitán Smith, creo que firmaría por quedarme.** - Le dije a Rick bastante animada tras descansar un poco y alejar a mis fantasmas de mi alrededor.

Instantes después, entendí lo que el mayor quiso decir con eso de que estaban más civilizados. Dos hombres con una camilla y junto al mayor vinieron a nuestro encuentro. **- ¿Ve? Así no le forzaremos más. Creo que ya ha sufrido bastante por hoy. Vamos, le mostraré donde van a dormir.** - Dijo el mayor, dejándome claro que no había sido un sueño y que sí había escuchado todo. Pero no me importaba, había algo que me gustaba en ese hombre o quizás era lo que sentía por Rick lo que me hacía verles ahora de otra manera.

Ayudé a Rick a levantarse y ponerle en la camilla y le seguí, con el mayor a mi lado. **- En cuanto le acomode, le enseñaré donde está el comedor. Sé que es usted quien se encarga de todos sus cuidados por orden del capitán Smith, pero ahora puede dejar de hacerlo, ya no es una obligación, teniente.** - Me explicó el mayor.

- No, quiero seguir siendo yo quien le atienda en todo personalmente. Como enfermera estoy completamente capacitada para ello y quiero ser... - *la única que le toque y le cambie las sábanas o le haga las curas...* - Pero no me atreví a decir más. La oscuridad reinante hizo que mi rubor no se notase, pero sí como agaché la cabeza para ocultarlo.

- No tiene que decir nada. Será solamente suyo, pero tendrá que atender a los demás también. Programaré una cita con el coronel para mañana. Iré a buscarla en unos minutos, así le dará tiempo a ayudarle a acomodarse y medicarle, pues supongo que le tocará ya lo que sea que le dé. - Y el mayor inclinó la cabeza y se separó de nosotros y seguí a los dos soldados que llevaban a Rick a la tienda que hacía de hospital. Se notaba que aquel lugar no era un hospital en sí, puesto que la mayoría de las camas estaban libres en aquel momento.

Nos dieron a elegir cama y le dejé a Rick que decidiese él. Las había completamente alejadas de los demás y cercanas a otros heridos y pacientes. Una vez decidido donde estar, una enfermera se acercó y mi mirada fue fulminante al verla, tan perfecta y con aquella sonrisa. Mis celos se dispararon de golpe.

- ¡Ah! Buenas noches, ustedes deben ser los nuevos, el hombre herido y su enfermera... Me llamo Mary Calvin, soy la enfermera jefe. Por si no sabe lo que es eso, es que implica que está bajo mis órdenes, enfermera... - Su soberbia y no haberse informado bien fueron su perdición en ese momento y mis celos al ver a una mujer tan hermosa, que no tardaría en rondar a Rick, se descargaron con aquella presentación.

- Teniente McDuncan y él es el sargento Heatherly. Creo que teniente va por encima de enfermera jefe, ¿verdad? Esto es muy fácil, haga su trabajo, que yo haré el mío el cual me será indicado mañana. El sargento Heatherly es mi paciente, sólo yo le llevo su tratamiento, sólo yo me encargo de sus cuidados, curar heridas, cambiar sábanas y limpiarle el culo cuando es necesario hacerlo. Creo que ha quedado claro donde está el límite en esta cama, ¿verdad enfermera jefe Calvin? ¿O voy a tener que explicárselo con un croquis y dibujitos? - Ni yo misma sabía que podía tener unas uñas tan afiladas y menos aún por... nada.

- Así que, si tienen antibiótico, antiinflamatorios y analgésicos en comprimidos, necesitaré un listado para retirarle las inyecciones y un camisón para que pueda cambiarle. Y si me dice donde está el material de curas, le haré una ahora mismo. Después del viaje y de lo que lleva puesto, quiero asegurarme de que no se infecta nada ni se ha saltado ningún punto. ¿Puede hacer todo eso?

La mujer me miró muy mal. **- Ahí está el carrito para curas, en aquel armario tiene sábanas, toallas y camiones limpios, puede coger los que necesite. El listado se lo traeré en unos minutos.** - Dicho esto, se dio la vuelta, con la cabeza muy alta y se marchó. Sonreí levemente tras mi pequeña victoria, pero sentía que aquello iba a ser una guerra.

Miré a Rick. **- Voy a por unas toallas, una sábana y el camisón y te preparo para la cama.** - Miré a los soldados. **- Gracias caballeros, pueden retirarse.** - Les dije al ver que no se iban. Quizás porque había dicho que era teniente. El caso es que con un "sí, señor" se retiraron los dos y miré a Rick y le sonreí casi divertida con aquello. **- No tardo.** - Y por puro instinto le besé en la cabeza de nuevo, sintiéndome extrañamente feliz incluso después de lo ocurrido con la enfermera jefe.

Y tal y como dije, al poco estaba allí con todo lo necesario y miré a Rick. **- ¿Crees que me he pasado con ella?** - Le pregunté mientras le comenzaba a desabrochar el abrigo, como si él solo no pudiese hacerlo. **- Es que no sé que me ha pasado... ha sido... no lo sé... que viniese así... como si fuese la dueña y señora de todo esto... de ti... y... no me pude contener...** - Le confesé sin darme cuenta de que en esa confesión, iban parte de mis celos.

Sargento Rick "Jester" Heatherly

Hablar con alguien que no deseaba escuchar no era sencillo. Sarah no es que se negara a hacerlo, sino que su *yo* interior se lo impedía, o quizás fuese que simplemente, era difícil romper un hábito que se había extendido a lo largo de los años, el de subestimarse.

Ya sabía que era enfermera, no por nada actuaba como tal. Habría recibido una formación básica que sin embargo, el tiempo, el doctor Palmer y su propia habilidad, le habían permitidos completar de una manera increíble. Eso debía ser prueba suficiente de lo que era capaz de conseguir.

-Pues… quizás, desde luego, aunque al conocerte, me habría avergonzado de mí mismo. Mira, Sarah. Eres enfermera pero sabes más que muchos médicos y lo más importante de todo. Te importa la gente. A pesar de todo cuanto has debido sufrir, de lo que mal que te lo hacen pasar, te preocupas. Teniendo en cuenta todo lo que has aprendido, ¿crees que no es más que suficiente para ser optimista en cuanto a ir un poco más lejos? Yo lo soy, desde luego, y estoy convencido de que con tantos idiotas que hay con bata, no estaría nada mal tener a alguien que de verdad intenta hacer lo mejor y que sabe cómo.

Poco a poco notaba que su resistencia cedía. No creería en ella misma, pero me conformaba, tal y como le había dicho, que lo hiciese en los dos, en mí, y gracias a ello, en ella. Me hubiera gustado decirle que era fácil expresar cuánto le importaba. Con un beso, con un abrazo…. todo hubiera quedado dicho, pero tampoco yo estaba seguro de mí mismo, de ser merecedor de aquella mujer y de que nuestra relación fuese más que lo que hacíamos en aquellos instantes.

-Será una pelea interesante, Teniente, porque cualquiera que se interponga en nuestro camino deseará no haberlo hecho –le aseguré con una sonrisa. Pero lo más importante era que tanto ella como yo estábamos dispuestos a seguir juntos, obviamente por motivos diferentes, pero al final, para lograr lo mismo.

Eso era lo que debíamos tener en cuenta, más allá de cualquier otra cosa.

Yo la amaba; ella seguramente sentía que yo era como esa amiga a la cual puedes contarle todo lo que te sucede, así como lo que te corroe por dentro, porque a veces está tan mal como tú. Me conformaba con eso, porque era lo único a lo cual podía agarrarme en aquellos instantes. A pesar de la dureza de tener que contener mis sentimientos, era mejor tenerlos que sentir su falta.

Pero resultaba duro bromear con ella, jugar con los dobles sentidos de las frases, sabiendo que jamás iba a haber algo entre nosotros. Mi trasero se convirtió en objeto de broma, pero para mí no lo era, en el fondo, poder mostrárselo de otra manera que no fuese como paciente-enfermera. Sin embargo, no tenía más remedio que continuar con aquella broma y disimular.

-Te aseguro que la otra mitad es igual que la que has visto, solo que el conjunto resulta más… armonioso –le dije, riéndome, olvidándome por un momento de cualquier pensamiento descorazonador que tuviese. Debía concentrarme en el presente.

Solo cuando se sucedía aquella ración de bromas, conseguía dejar de lado completamente todo lo que me rondaba por la cabeza. Solo entonces no pensaba en abrazarla y besarla, en disfrutar de su desnudez y acariciar su cuerpo sin descanso, para darle el placer que me parecía se le habría negado durante años, porque ella también tendría necesidades y desde luego, merecía disfrutar de la vida.

Y entonces me soltó aquello, que parecía resumir su estado de ánimo. No era cierto lo que decía, puesto que había muchas personas que alcanzaban lo que buscaban con tanta intensidad que cualquier dolor que pudiera existir, quedaba totalmente desvirtuado. Aquel no era todavía mi caso, pero esperaba que lo fuese. El suyo desde luego tampoco, pero también albergaba confianza en que un día, años más tarde, lograra sobreponerse al dolor.

-El dolor pasa, Sarah. Cuando llegue el momento, te darás cuenta de que todo mereció la pena con tal de llegar a lo que estabas buscando –le dije, dándole algo de espacio para no angustiarla más con mis palabras o mi presencia. Si había que ser un buen amigo para estar cuando te necesitaran, también había de serlo para separarme cuando fuera necesario, y aunque fuese el amor lo que me impulsara, debía ofrecerle lo que necesitaba y también lo único parecía dispuesta a aceptar de mí.

La amistad.

-No tienes por qué dármelas. Entre nosotros no habrá necesidad de decir esa palabra nunca- le aseguré.

De vez en cuando nuestros cuerpos se encontraban, cuando dormíamos, o algún abrazo que parecíamos robarle al destino. No era lo que tenía en mente, pero mejor eso que nada. Esos momentos que no nos pertenecían, parecían mantenernos con vida y a mí, con la fuerza suficiente como para tirar de ella hacia la superficie, en lugar de dejar que se ahogara en su propio menosprecio. Yo podría tirar por los dos; debía hacerlo.

Ella podía abrazarme siempre que quisiera y siempre estaría disponible para cuando me necesitara; ese era mi compromiso de por vida para con Sarah.

En algún momento del viaje debí dormirme. Estaba cansado y las caricias que me ofrecía Sarah, aunque pudieran parecer poco para cualquier otro, para mí lo eran todo y de tal fuerza, que consiguieron relajar mi alma y hacerme soñar que estaba en el mismísimo paraíso. ¡Y quién no podría cerrar los ojos y dejarse arrastrar por algo así! Soñé que yacíamos juntos, desnudos, y que de sus labios salía un "te quiero" inesperado que hacía que mi corazón palpitara mil veces más deprisa de lo normal. Sabía bien que eran solo mis deseos, pero tan hermosos y reales, que guardaría aquel recuerdo creado durante años, como si fuese una vieja fotografía, capaz de evocar los recuerdos más vívidos y auténticos de todos. A veces nuestro pasado podía ser mucho más real que la vida misma, seguramente porque nuestros sentidos estaban dispuestos a aceptar lo que no teníamos y deseábamos con más fuerza y convicción que aquello que nos rodeaba.

Cuando abrí los ojos, me di cuenta de que el vehículo se había detenido y el mayor estaba hablando. Por lo visto habíamos llegado, lo que significaba que había debido dormir durante tres o cuatro horas al menos. ¡Sí que estaba cansado!

-Mayor, para ser peor teníamos que haber sido capturados y torturados con palillos bajo las uñas –le dije, incorporándome un poco. Apenas podía ver algo porque la mayoría del campamento estaría a oscuras, cosa completamente lógica. Iba a intentar salir cuando además de las indicaciones del Mayor, Sarah me dijo también que no me moviese.

Entendía que era mejor esperar, pero no por eso dejaba de fastidiarme.

- Eh, vale, pues esperaré aquí entonces, como un inválido que no puede ni salir del jeep –gruñí, volviendo a hundirme en mi sitio.

Cuando regresó, por el otro lado del jeep, me dijo lo que ambos esperábamos, que era mejor que donde habíamos estado. Desde luego, cualquier lugar en el cual no estuviese Smith prometía ser mejor, pero estaba bien eso de verlo por nosotros mismos. Además, al verla tan animada, mi malhumor desapareció como por arte de magia. ¡Quién podía estar enfadado con semejante criatura!

Al poco de venir ella, vi como llegaban dos hombres con una camilla, además del propio Mayor en persona.

-Desde luego, este debe ser el Mercedes de los Campamentos, Mayor –le dije, dejándome ayudar por Sarah para llegar hasta la camilla -. **Con cuidados así definitivamente escojo permanecer herido durante más tiempo. Sarah, procura no curarme demasiado pronto.**

Mientras estuviese Sarah a mi lado, me daba lo mismo estar en un cuchitril, en una trinchera llena de barro o incluso en el mismo campamento de antes, con tal de que no estuviese encadenada y la trataran con respeto, por supuesto, pero había que reconocer que allí todo era lo normal que uno hubiera esperado. Lo "anormal" era lo que nos habíamos visto obligados a tener que soportar.

¡Maldito Smith!

Mientras me llevaban, pude oír como el Mayor excusaba a Sarah de que siguiera cuidando de mí y por unos instantes, me temí que así fuese. Había hecho tanto por mí que incluso aunque no estuviese enamorado de ella, habría esperado que me cuidase todos los días, ella y nadie más. Pero en mi interior, algo decía que ella también se merecía un descanso y poder actuar de acuerdo a su nuevo rango. Otra enfermera podía encargarse de mí mientras ella lo supervisaba todo.

Pero ella era mi Sarah y todo lo que habíamos hablado no eran solo palabras, sino un compromiso entre ambos. Igual que yo no deseaba que me atendiese nadie más, ella parecía determinada a cuidar de mí, sí o sí. De haber estado a su lado, habría cogido su mano, pero marchábamos delante y no dispuse de esa ocasión. En lugar de eso, tuve que conformarme con sentirme orgulloso y también agradecido, lo que me serviría para seguir apoyándola en todo cuanto necesitara.

Mientras tanto, ella tenía una cita con el Coronel y yo… con una cama. No había justicia en el mundo.

Cuando entramos en la tienda, había camas para elegir. A mí me daba igual una que otra, puesto que todas estaban igual de limpias y cuidadas, no como las que habíamos tenido hasta entonces.

-Pues si no les importa, aquella de allí, al final, me vendrá bien –dije, señalando una que estaba más alejada de las demás y también de la puerta. Lo último que me apetecía en aquellos momentos era hablar con alguien, aunque en algún momento tendría que volver a hacerlo.

Pero tener que conversar con otro herido era como una especie de recordatorio doloroso de que la guerra todavía seguía y había muchas bajas, y no deseaba pensar en ello; no todavía.

Nada más elegir "habitación", se nos acercó una enfermera que la verdad, era muy atractiva. Noté enseguida la tensión en el cuerpo de Sarah, como si se sintiese amenazada por ella, y ojalá le hubiese dicho a Sarah que no había ninguna posibilidad para aquella recién llegada, que a pesar de su belleza, no era ni la mitad de atractiva para mí que ella. El amor era algo que trascendía lo físico, aunque el cuerpo de Sarah, sus curvas, por lo que había podido ver, eran lo suficientemente perfectas como para despertar en mí el mayor de los deseos. Aquella enfermera era un rostro nuevo, pero no albergaba dudas acerca de que jamás se podría comparar a mi Sarah.

De todas maneras, eso fue solo una impresión, lo de resultar atractiva, porque en cuanto abrió la boca, lo perdió absolutamente todo. No sabría decir si fue por su arrogancia o por ponerse a la defensiva y tratar a Sarah de aquella manera, pero lo que estaba claro era que acababa de pisar en donde no debía. Saqué los brazos de debajo de la sábana y los coloqué debajo de la cabeza, a modo de almohadón, mientras disfrutaba del combate, porque estaba plenamente convencido de que Sarah iba a noquearla al primer golpe, como así fue. Tenía un gancho de derecha que no había visto antes y aquella "aspirante" iba a comérselo sin poder evitarlo.

Cuando la enfermera me miró, incliné la cabeza como si le estuviese diciendo "se lo ha buscado y ahí lo tienes, muñeca". Con gusto le habría levantado el brazo a Sarah y dado el cinturón de campeona del mundo, pero desde donde estaba no había mucho que pudiera hacer.

Al volverse Sarah hacia mí, no pude evitarlo.

-¡Y ganadora por KO en el primer asalto… Sarah McDuncan! –le dije, bromeando con ella, pero poniéndome algo más serio a continuación -. **Creo que la has dejado en su sitio, Sarah, pero no te confíes. Seguro que vuelve a por más. Parece del estilo de Smith… solo que con menos rango.**

Sarah me dijo que iría a por las cosas para prepararme la cama y yo la miré, agradecido. Cuando hizo valer su rango, los dos sonreímos.

-Ser Teniente no es lo mismo que enfermera, ¿verdad? Pero veo que le va cogiendo el tranquillo. ¡Bien hecho!

A cambio recibí un beso en la cabeza, poco para lo que me hubiera gustado hacer en esos momentos, pero de nuevo tocaba conformarse. Era nuestro sino, el mío al menos.

Cuando regresó con las sábanas y todo aquello, me miró de una forma extraña, y al preguntarme, entendí a qué se debía. Al replicarle a la enfermera había estado completamente segura de lo que había hecho pero con el paso del tiempo, tocaba darle vueltas y dudaba sobre ello, al igual que sobre casi todo. Era su manera de ser.

-No, en absoluto. Ella ha intentado mantenerse al frente cuando no tenía ninguna oportunidad, puesto que como bien le dijiste, tu rango es superior, y ha recibido lo que se merecía. Si se hubiera ofrecido a ayudarte de forma sincera, sin intentar superarte, habría sido muy diferente. Los rangos no pueden servir para aliviar frustraciones; así es como lo hacía Smith… y así es como le ha ido.

Había hecho muy bien, pero noté, por un momento, sobre todo al ponerse tan tensa, que quizás fuese por algo más que una lucha de rangos. Sabía que me protegía, pero quise pensar que también había celos en aquella forma de actuar. Claro que no duró demasiado. Estaba demasiado convencido, a esas alturas, de que algo así era simplemente imposible y que respondía solo a mis deseos personales.

¡Lástima no haberlo madurado más y no haberme sincerado con ella!

Pero los dados estaban echados y me tocaría jugar con lo que había salido, me gustase o no.

Teniente McDuncan

Rick me conocía incluso mejor que yo misma. Y lo demostraba con cada palabra a la que yo ya no alcanzaba a tener respuesta. Se suponía que mi dura vida, el vivir en la calle incluso, me debió hacerme más dura, más recia a todo. Incluso estar de vuelta de muchas cosas. Pero la realidad era otra. Mi inocencia y mi buena fe en los demás se habían mantenido a pesar de las palizas y los llantos. El querer ayudar a los demás, no era sino el fruto que había madurado en mi interior por no querer ver a nadie sufrir como yo lo había hecho. Como lo hacía cuando me

quedaba sola y sabía que nadie me oía llorar.

Rick lograba apaciguar todo aquello más de lo que creía y aliviar parte de mi peso y de mi dolor al igual que despertaba otras sensaciones y emociones en mí que sabía que existían, pero que por desgracia no había conocido hasta aquel momento. Y en que maldito mal momento... enamorarme no solo de quien no estaba enamorado de mí, sino de quien era mi único amigo, el único en quien confiar y el único cuyos abrazos me llenaban ese hueco que pronto entendí que era la soledad que me consumía poco a poco, junto a la desesperanza y la agonía de quien no tiene nada porque luchar en esta vida.

Ahora le tenía a él.

Aunque yo no fuese nada más que eso, una amiga, una hermana, alguien a quien proteger y querer pero no llegar a amar, tendría que bastarme y aprender a vivir con ello. Si había aprendido a vivir con palizas, violaciones y un aborto en apenas una veintena de vida, podría vivir en ese desamor siempre que sus brazos estuviesen disponibles para mí, siempre que no me rechazase una caricia o un simple beso como los que se me escapaban, deseando que en ese momento, quizás por descuido el moviese la cabeza y acabase en sus labios. Seguramente la única manera que tendría de besarlos.

Pero lo más importante entre nosotros, fue esa camadería que empezó a surgir, ya no solo la confianza y la promesa sin pronunciarla realmente, de protegernos el uno al otro. Ya lo habíamos demostrado los dos, no hacía falta prometer nada, porque ya sabíamos que volvería a pasar, aunque yo esperaba que tardasen muchos años aún en que aquello llegase.

Las bromas sobre su anatomía, no solo nos daban más confianza, cruzando una línea que pocos hombres y mujeres se saltaban, ni los matrimonios. Pero él no se daba cuenta de que entre sus bromas y las mías, había una verdad enorme y era ese deseo de verle de verdad. Era consciente de mis limitaciones, de que seguramente jamás podría mantener relaciones con un hombre porque John me había marcado a fuego, pero la curiosidad estaba ahí y más cuando amabas a alguien como yo amaba a Rick.

Pero hablar de los sentimientos, era un tema tabú y peligroso en cuanto a los amorosos se refería. Oírle decir que el dolor se pasa, era el único consuelo que tenía. Aún así solo pude responderle de manera escueta a aquello. **- *Prefiero mil palizas al dolor que a veces siento.*** - Si es que llegó oír aquel susurro cargado de dolor y amargura.

Pero poder tocarle y sentirle me aliviaba de nuevo y que me dejase tocarle así la cabeza era relajante para ambos. El pobre no sabía lo que había hecho dándome permiso para abrazarle y mimarle cuando quisiera y lo necesitase. Y precisamente con aquellos cuidados, me quedé dormida tras él.

Al despertar, lo primero que escuché a parte de la voz del mayor, fueron los quejidos de Rick. **- No eres un inválido, Rick.** - Le dije al abrir la puerta desde el otro lado. **- Pero hay que cuidar de ti. Déjame cuidar de ti y si el mayor nos ayuda, mejor.** - Le animé con mi mejor sonrisa o al menos lo intenté, pues yo si estaba encantada de estar allí... con él.

- Que te cures rápido o no, no depende de mí, Rick. Yo solo puedo ayudar a tu cuerpo a sanar, a no tener infecciones ni que sientas dolor, el resto lo hace tu organismo solo. - *Si por mí fuese cambiaría tantas cosas entre nosotros dos...*

Y el mayor nos dejó solos para hablar con el coronel y concertar la cita del día siguiente y yo seguí a la camilla, mientras miraba a mi alrededor, como si aquel lugar fuese mágico. Seguramente al salir el sol, no sería más que un campamento militar más, pero ahora mismo, era un campo de esperanza donde poder cultivarla si me dejaban y cosecharla.

Rick eligió una cama apartada de todas las demás y de alguna manera sonreí por ello. Tendríamos más intimidad al hablar y... no quería pensar en nada más, porque empezaba a sentir como mi cuerpo entraba en calor cuando hacía tanto frío allí. Frío como el que trajo la enfermera jefe y que, según Rick, gané el asalto por un claro KO.

- ¡Eres tonto! - Le respondí a su burla lanzándole uno de mis guantes y en mi cabeza se vino de golpe la loca idea de lanzarme sobre él en la cama y besarle, reclamando es premio como ganadora. Pero pronto recordé donde estaba y su voz y sus palabras me devolvieron a la realidad: acababa de hacerme una enemiga en mis propias filas. Y no llevaba ni diez minutos allí. **- Bueno, pero creo que esta vez, el rango lo tengo yo. De algo tiene que servir ¿no? Además, tampoco sabemos si nos quedaremos o solo estamos de paso... así que...** - Tendría que tener mil ojos y le sonreí cuando me dijo que le iba cogiendo el tranquillo.

A mi regreso, comencé a dudar de mi actuación y no tardé en exponérselo a Rick, aunque quizás no de la manera que debía o puede que no quisiera hacerlo así. Su respuesta fue la buena, sin duda, pero la verdad es que yo tenía en mente otra cosa. **- Ya Rick, pero... ni pensé en ti, ni en ella. Quiero decir... es guapa, muy guapa. Yo no podría competir con ella en ese sentido y...** - Se me hacía difícil aquello. **- ¿Y si a ti... y si tú...? ¿Y si a ella tú...?** - Le quité el abrigo con naturalidad, para luego quitarle el jersey. Era como si una parte de mí hiciese en ese momento las cosas en modo automático y la otra, no fuese capaz de arrancar. **- ¿Y si os gustáis y por lo que hice...?** - Solté al fin, al tiempo que me quedaba con el jersey de Rick en mis manos.

Le miré a los ojos tan solo un segundo y me di la vuelta. No quería ver su rostro al responderme. No quería oír su respuesta tampoco, pero había formulado la pregunta y me puse a doblar el jersey para disimular y aguantar lo que sin duda sería un verdadero sopapo para mí.

Ahora iba a ser cuando Rick me dejase KO de un solo golpe.

- Yo... no quiero ser quien se interponga entre ti y tú felicidad, Rick. - Y mientras decía eso, sentía como mi corazón se rompía un poco más de nuevo. Y esta vez deseé que fuese el mayor quien entrase por la puerta y me sacase de allí. Pero estábamos solos, o más bien aislados al fondo del todo y yo tendría que darme la vuelta en breve, porque no podía dejar a Rick así, a medio vestir ni tampoco dejarle ver mi rostro en aquel momento, que reflejaba el dolor que sentía dentro de mí y que esta vez no sabía como parar.

Dejé el jersey sobre la cama y me giré deprisa y le abracé. ***- Porque no sólo quiero que te recuperes, Rick, sino que seas feliz y no quiero ser una carga para ti... como lo he sido para mi familia y mi marido. -*** Y ahí salía de nuevo la bestia que me consumía por dentro, aquella que aprovechaba mi dolor y mi inseguridad para quitármelo todo, hasta el orgullo y la dignidad si hacía falta. Y en este caso, ser tan estúpida de no luchar por el hombre al que amaba, porque estaba segura de que no era ni su tipo.

A los hombres les gustaban las mujeres descaradas y traviesas, las seductoras que sabían dominarles con la mirada y yo no tenía nada de eso. En cambio, aquella enfermera jefe, era lo que transpiraba por cada poro de su piel y eso me aterraba.

Sargento Rick "Jester" Heatherly

A lo largo de mi vida había visto caer en la más completa desesperación o en la misma locura a una buena cantidad de camaradas, y sido testigo de familias que se habían hecho pedazos. La vida militar y la guerra tenían esos efectos. Los soldados no éramos máquinas, jamás lo seríamos, y aunque muchos buscaban precisamente eso, hombres que siguiesen fielmente las órdenes y que no dudasen ni errasen, lo cierto era que gracias a nuestra humanidad, se obtenían victorias. Eran aquellos hombres que temblaban en el barro quienes a pesar de todo, se lanzaban a por todas, encomendándose a un ser superior para llegar al otro lado, solo por una bandera o por los compañeros que formaban su compañía. Eso una máquina jamás podría hacerlo.

De la misma manera que el dolor formaba parte de todo soldado, para muchas otras personas su vida era un auténtico calvario y sus ojos reflejaban idéntico sufrimiento. Eso era lo que transmitía Sarah, no solo cuando me miraba o hablaba, sino también cuando podía permitirme el lujo de observarla durante unos momentos y parecía como si fuese capaz de leer su alma.

Los dos estábamos solos, a nuestra manera, y quizás por ese motivo, el habernos encontrado nos había dado la compañía que necesitábamos, no toda la que deseábamos, pero sí la que nos hacía falta para no desfallecer en nuestro camino por la vida.

Sin embargo, continuaba viendo una pequeña brecha entre nosotros, quizás en parte debido a mí mismo, que intentaba mantener alejados mis sentimientos por ella para no sumergirme demasiado y perderla completamente. Tampoco era menos cierto que ella tenía un futuro por delante mucho mejor que el mío y que todavía se veía encadenada a un marido al cual ya entonces, hubiera matado de habérseme puesto por delante.

Algunas veces lograba despertar la esperanza en ella; en otras ocasiones, sus palabras me dejaban congelado, al mostrar un desánimo difícil de contradecir. Pero seguía intentándolo, porque verla feliz significaba poder ser yo mismo feliz, dentro de lo que fuese capaz, en aquella vida que tan poco me había ofrecido en lo personal.

Era como una especie de batalla entre los dos, al mismo tiempo que luchábamos contra nosotros mismos.

Por ejemplo, cuando gruñí por lo poco que podía hacer, ella corrió a calmarme y a asegurarme, no solo que no era inválido, sino que además, ella iba a estar conmigo todo el tiempo que necesitara.

-No me hagas mucho caso. Solo me irrita ser una carga, porque así es como me siento en ocasiones -le dije, sonriéndole un poco para que viese que no lo decía demasiado en serio.

Su respuesta, en cambio, sí que fue seria, así que no pude replicar nada.

Por suerte o por desgracia, apareció aquella enfermera con aires de superioridad y no solo disfruté del pequeño enfrentamiento que ella y Sarah tuvieron, sino de lo que vino a continuación.

Como si fuésemos dos adolescentes, nos reímos y burlamos de la situación. Con gusto habría abierto los brazos para recibirla, pero sabía que no era el momento y que de hacerlo, podía perder todo el control que había logrado hasta entonces.

-Lo mejor es dejar las cosas claras desde el principio y tú lo has hecho. ¡Bien por ti! ¿Ves como eres muy capaz de hacer valer tu rango?

Sin embargo, ella no estaba convencida de lo que había hecho. Por cada acción que llevaba a cabo, había una lucha interna entre su parte más pesimista y la optimista, que apenas había conseguido sacar a la luz. Además, tal y como estaba explicándose, daba la sensación de que se sentía incómoda por mí, como si pudiese haber algo entre ella y yo.

Sin poder evitarlo, me eché a reír.

-Sarah, una mujer no es hermosa nada más por su cuerpo o su rostro, sino por un sinfín de cosas más. Mentiría si dijese que no me atrae físicamente, pero preferiría salir con una mujer que no estuviese enamorada de sí misma. Con esa enfermera no creo que haya sitio para mí. Así que no tengas miedo, que no había nada que estropear.

Ella no entendía... no podía entender que mi felicidad era imposible, pues mi amor por ella era, en aquel entonces, algo a lo que no podía aspirar. Por consiguiente, el estar cerca de ella y compartir sus momentos, era lo único que podía esperar.

Iba a responderle cuando me encontré de pronto con un abrazo del cual parecía no estar dispuesta a soltarme. Dejé que se prolongara unos segundos, antes de separarla con suavidad y mirarle a los ojos.

-En primer lugar, nunca serás una carga. Y en segundo lugar, si soy feliz es gracias a ti. Me siento vivo y bien a tu lado, así que deja de lamentarte por cosas que ni han ocurrido ni van a ocurrir. No sé lo que me deparará el futuro, pero lo que sí sé es que no voy a dejarte, al igual que tampoco voy a lanzarme en los brazos de esa lagarta. Más te vale mantenerla lejos de mí porque después de a lo que me has acostumbrado, como me diga algo soy capaz de mandarla... bueno, donde sea.

Y mientras le decía todo aquello, la miraba como si estuviese regañándola, aunque no fuese así. Pero es que después de ser cuidado por Sarah, cualquier otra enfermera no haría sino irritarme. No quería a nadie más; la quería a ella.

Teniente McDuncan

Rick trataba de hacerme ver que sabía usar mi rango cuando yo sabía nada más sobre él. **- Pero Rick... esto... no puede ser todo, tiene que haber algo más y... no me siento bien siendo así, tan... fría... tan... no me siento yo.** - Aunque en el enfrentamiento con la enfermera lo disfrutase, el remordimiento vino después. **- Mi trabajo es curar a la gente y no herirla y creo que a ella la he dejado...** - Miré a Rick y le sonreí con cierta malicia. **- Completamente K.O.** - Y reí aquella broma.

Me había dado cuenta de que me estaba preocupando por alguien que no lo merecía, que el único que realmente ese merecía que fuese la mejor persona que pudiese ser en mi vida, era el hombre que tenía delante. Aunque tuviese que tragar muchas cosas, como los celos que sentí minutos atrás, no debía dejar que los viese nunca.

Cuando por fin logré explicar mi temor entre él y ella, Rick rompió a reír y comenzó a hablar. Sus palabras iniciales me calmaron, pero me tensé cuando dijo que la veía atractiva y mi rostro se endureció, aunque traté de disimularlo, no era buena en esas cosas aún. Y las palabras que acompañaron a aquella frase, a pesar de ser positivas para mí, no lograron aliviar esa tensión. Al menos ya le daba la espalda y le abracé con fuerza.

No quería soltarle, pero me separó de él y pudo ver lo que no quería que viese: unos ojos llorosos con una mirada dolida.

Tragué saliva cuando le comencé a escuchar responderme, no me atrevía a mirarle hasta que me dijo que era feliz gracias a mí. Entonces mi mirada se tornó incrédula y le miré a los ojos. Sus palabras me aliviaban y por un momento pensé que si había una posibilidad de que sintiese lo mismo que yo por él, hasta que especificó que no se lanzaría a los brazos de aquella mujer. En ese momento, aquella pequeña semilla de esperanza, se pudrió y se deshizo por completo y me volví a sentir tan mal, que me abracé a él mientras evitaba volver a llorar.

- Si es que tienes razón, eres maravilloso, eres guapo, eres divertido y tienes muy buen medio trasero. Si el destino me deja ver el resto y me permites valorarlo, te daré el completo. - Le dije repitiendo sus palabras de hacía rato ya en el jeep en aquel momento, demostrándole que no solo le escuchaba, sino que recordaba lo que hablábamos. ***- No sé como no tienes mujer ya... no sé como no tienes a un coro de mujeres a tu alrededor... por eso sé que esa mujer te rondará, Rick... aunque tú no quieras...*** *- Y a mí me consumirán los celos, porque no estoy preparada para esto.* ***- Ojalá que la mandes lejos... pero si decides lo contrario... dímelo y me haré a un lado... con ella o cualquier otra. La felicidad que yo pueda darte no creo que sea comparable a la que pueda darte otra mujer... ya me entiendes.***

- Igual que la felicidad que me das tú, jamás me la dará otro hombre mientras te ame como te amo.

Y me separé de él y le miré a los ojos. **- Haría cualquier cosa por ti.** - Le confesé y le sonreí como pude.

Me ruboricé al decirle aquello y darme cuenta de la profundidad y significado de aquellas palabras, más aún con el poco tiempo que nos conocíamos. La había cagado por completo esta vez pero otro abrazo no iba a ser mi escapatoria, porque solo apoyaría la teoría de lo que siento por él y se estropearía todo.

Ante aquel silencio, le comencé a desabrochar la camisa. **- Vamos, tengo que dejarte en condiciones en la cama antes de que vuelva el mayor o va a preguntar que clase de enfermera soy.** - Dije poniéndome más seria y queriendo cambiar de tema y de actitud. Sí, nuevamente, como ocurrió con el abrigo o el jersey, Rick podía quitarse la ropa él solo, pero la parte que le amaba, quería hacerlo por él y le fui soltando la camisa hasta que se la pude quitar y sin moverme del sitio la lancé a la cama de al lado. Luego le solté el cinturón que sostenía aún la manta, para quitarle después la camiseta interior y estirarme a por el camisón, que no tardé en ponérselo para que no se quedase frío.

No quería hablar en ese momento, solo sentir lo que aquellas acciones me transmitían con cada uno de mis gestos y sentir aquel calor que volvía a surgir dentro de mí. **- Vamos, recuéstate. Debo encargarme de lo demás.** - Y le preparé la almohada y le tapé bien, para quitarle las botas y los calcetines primero. Luego subí más las sábanas y las mantas, para retirarle aquella que le envolvía cual faldón. Lo iba dejando todo a un lado, para recogerlo después. Me quedaba la última prenda. **- Vale, a la de tres, levantas lo que puedas tu hermoso trasero y yo te retiro la ropa interior con cuidado.**

Y es que podía hacerle daño en el culo y luego en el muslo. Pero la primera etapa era la que más me preocupaba, puesto que no quería encontrarme con ningún tipo de resistencia por su parte, que me tocase salvar. Metí las manos de nuevo bajo las sábanas y coloqué una a cada lado de su cadera, sosteniendo por ahí la prenda. Sabía que primero debía sacarla de atrás. **- Vamos Rick, quizás te duela un poco por el movimiento, seguramente sería mejor hacerlo de pie pero ya que estás tumbado... una, dos... tres...** - Mis manos se movieron al tiempo que el sargento alzó la cadera y salvé el trasero del hombre, para que pudiese descansar cuando quisiera y ahora tocaba seguir bajando. **- Relájate. Desde aquí creo que podré yo sola...** - Si no había erección de por medio, pues ese sí sería el problema para mí.

Sargento Rick "Jester" Heatherly

Ser oficial implicaba muchas cosas, la mayoría de ellas desagradables, pero también algunas que te podían hacer sentir orgulloso. No era lo mismo tomar decisiones que hacer sugerencias, y cuando de ellas derivaban implicaciones como la vida o la muerte de soldados, aparecía el verdadero problema.

Pero eso únicamente en tiempos de guerra.

Durante las épocas de paz, había otra serie de responsabilidades que provocaban que un oficial soliese estar solo y aislado. Yo siempre me había sentido un soldado más, ya fuese cabo o sargento, "cabalgando" siempre junto a los míos, peleando codo con codo y emborrachándonos en los mismos bares, y cuando aparecía una pelea, yo era el primero en meterme en ella.

Como oficial, todo aquello se acabaría para mí.

Sin embargo, estaba dispuesto a hacerlo, porque en aquellos momentos me encontraba en un momento de mi vida en el cual necesitaba estar junto a Sarah, y si eso implicaba evolucionar... tendría que hacerlo. Por mucho que me dijese que estaría a su lado siempre que me necesitase, no esperaba que fuese a aguantarme siempre y por supuesto, que aquello acabase como ambos, secretamente, deseábamos.

Para Sarah, sin embargo, ser oficial implicaba ganarse de inmediato un respeto que como mujer, le estaba siendo sistemáticamente negado, además de premiar su enorme capacidad de liderazgo, algo que yo veía en ella como si fuese transparente, aun cuando por sí misma no fuese capaz.

Afortunadamente, había confianza entre nosotros para que ella pudiese sincerarse en cuanto a sus dudas, y además reírnos un poco por el camino.

-Y seguirás haciéndolo, Sarah. Seguirás pudiendo curar a la gente, solo que ahora, en lugar de limitarte a limpiar y hacer pequeños arreglos, podrás aconsejar a otros, ayudar a quienes sepan menos y en definitiva, salvar a muchos más, gracias a tus habilidades y conocimientos.

Había algo extraño en ella, que como un idiota no fui capaz de ver en su momento.

Aquellos ojos llorosos, cuando hablamos de la maldita enfermera, que para mí hacían referencia a una especie de complejo de "patito feo" que tenía, y que era, por supuesto, completamente infundado. Quizás también me necesitara para encontrar la seguridad en sí misma que le permitiese unirse a un hombre y ser feliz a su lado, y a pesar del dolor que me provocaba pensar en esa posibilidad, mi honor, y mi amistad, me obligaban a hacer lo que pudiera, en aquel y en cualquier otro aspecto de su vida.

Ella, eso sí, no dejaba de repetir que era fantástico, aunque yo no me consideraba como tal. Bromeaba, me mostraba seguro y a todas luces de hacer lo que fuese necesario, pero ni mucho menos era el hombre que aparentaba. Demasiado serio, demasiado calvo, demasiado... bueno, yo. Eso no era atractivo para una mujer, como lo demostraba el hecho de que a pesar de su incomprensión, aún estuviese solo.

-Sí, soy un auténtico ligón, desde luego. Allí donde voy, dejo las mujeres derretidas y arrodilladas a mis pies -le dije, levantando ambas cejas -. **Lo que esa mujer haga me da lo mismo porque yo no quiero que me cuide. Llámame caradura si quieres, pero no te cambiaría por ninguna mujer del mundo. Por ti hasta sería capaz de comerme una lata de raciones K. ¡Y mira que eso son palabras mayores para un soldado!**

Pude arreglar al final lo que en un principio me estaba sonando como lo más cercano a una declaración de amor. Estuve a punto de decirle que me gustaría que me cuidase siempre, no solo aquí, sino en nuestra casa, y hacer lo mismo con ella, como marido. Me contuve... a duras penas.

Ella parecía insistir en algo parecido, y me acabó diciendo que haría cualquier cosa por mí. Yo agarré sus manos y le dije lo mismo, pues era lo que sentía.

-Yo también haría cualquier cosa por ti...

...mi vida, mi corazón, mi amada...

Los dos nos quedamos dudando unos momentos, en ese momento sin entender por qué, pero tras estar juntos y declararnos lo que sentíamos el uno por el otro, quedaba claro que era porque estábamos conteniendo nuestros sentimientos y esperando que el otro dijese algo.

Después de aquello, empezó a arreglarme como si nada hubiese cambiado entre nosotros.

Que te quite la ropa la mujer que amas y deseas no es algo sin importancia; transmite tantas emociones a la vez, que resulta difícil concentrarse en una de ellas. En aquel instante, sentir su piel acariciando, aunque fuera por casualidad, la mí, me hacía temblar y claramente ponerme nervioso. La dejaba hacer, pero al mismo tiempo que disfrutaba, sufría.

Cuando me hubo quitado todo menos la ropa interior, la miré de manera traviesa, con un deseo interno que procuré controlar.

-Cuidado, enfermera, vaya a ser que lo que vea le ponga demasiado nerviosa -le dije, guiñándole un ojo. Contuve la respiración y levanté el trasero para que me retirara la ropa **-. Haz lo que debas, Sarah. No te preocupes por mí.**

Por supuesto, saber que su mano estaba tan cerca de mí y sentir, aunque fuese por un instante, su calidez, fue más que suficiente para que mi hermanita pequeña despertase de su letargo, no mucho, pero sí lo justo como para hacerse evidente bajo las sábanas.

No dije nada, a pesar de que sabía que ella debía haberse dado cuenta.

Por mucho que se tratase de una función normal, no era tan normal para mí, puesto que era ella, Sarah, la que me excitaba. Había comprobado que a veces solo con mirarla, sentía ganas de yacer con ella, así que no tenía que extrañarme aquella reacción.

Estaba seguro que ya podría ella sola, pero también de que dentro de poco, tendría que volver a aliviarme por mi cuenta. No era una máquina, sino un hombre, y ella sacaba el deseo que había en mí, sobre todo porque la quería con locura.

-Claro que puedes sola, y para empezar, porque confío en ti. La enfermera de la cara agria no podría hacerme algo así en la vida, ni tampoco yo reaccionaría igual con ella -le dije, sin darme cuenta que quizás ella se diese cuenta de que también me refería a mi pequeño despertar.

Para mí, ya entonces, Sarah era la única.

Teniente McDuncan

Me sentía completamente perdida y el único ancla que tenía era el hombre que en ese momento estaba postrado en una cama, herido, por el cual mi corazón sufría o se desbordaba de alegría. Yo no era más que una montaña rusa de emociones. Entre lo que sentía por Rick, mi pasado, el presente, el futuro, mi nuevo y desconocido rango, aquel lugar que me era ajeno y donde ya tenía una enemiga... Quería reír y llorar a la vez.

Quizás simplemente fuese eso, que me estaba volviendo loca.

Y no me refería loca por Rick, porque eso ya era una realidad, sino a loca de verdad, de esas personas que acaban encerradas para siempre y donde jamás se volvía a saber de ellas. Pensar en eso me hizo temblar. No quería acabar así, pero si seguía con aquel oleaje de emociones, subiendo y bajando con tanta fuerza... no duraría mentalmente sana mucho tiempo.

Y entonces era cuando Rick hablaba y me centraba, porque él era capaz de ver lo que yo no veía y respondí a sus palabras con una sonrisa sincera y me centré en su rostro, en sus facciones. **- Que perdida estaría ahora mismo sin ti. -** Le dije sin borrar la sonrisa de mi rostro, antes de que las lágrimas por aquella mujer cambiasen mi rostro más adelante por completo.

A pesar de su comentario de que era un ligón sonase a broma, me dolió. - *Aquí tienes a una que se derrite por ti, está a tus pies y no eres capaz de verlo...* **- ¿Sólo una lata? ¡Eso no tiene mérito! -** Preferí en ese momento aferrarme a la broma que me gastaba y volver a reír a sentirme mal de nuevo por su amor. **- ¡Una ración entera! ¡Con eso si me demostrarías algo! Una lata hasta me la como yo... pero el contenido... no la lata. Si hablamos de la lata en sí, es cierto que tiene su mérito. -** El esfuerzo fue grande al principio, pero con Rick todo se volvía fácil, porque me transmitía esa confianza y calma que necesitaba a pesar de tener los nervios disparados por lo que sentía por él.

Aquellas raciones de comida para la guerra, usadas sobre todo cuando viajaban a pie, eran una verdadera asquerosidad a pesar de que trataban de que no fuese así, ni los perros las querían.

Y cuando ambos nos confesamos que haríamos cualquier cosa el uno por el otro, el silencio apareció, como si alguno esperase a dar un paso más o ver si el otro lo daba. Pero yo no podía hacerlo, no cuando sabía que a pesar de que él no me mentiría con eso, no sentía lo mismo que yo por él. Así que lo mejor que pude hacer fue seguir con mi trabajo y se acabaría el llanto durante un rato.

A pesar de que no vería nada al retirarle la ropa interior, puesto que estaba bien tapado con las sábanas, Rick no pudo evitar bromear sobre aquello y sacarme los colores de nuevo. - *Ojalá pudiese verlo en todo su esplendor y guardarlo en mi cabeza para siempre.* - Y sentí como me ruborizaba con más intensidad con aquel pensamiento y retiré la parte más complicada por así decirlo. Me faltaba bajarlo por delante y luego evitar la herida de la pierna y al mirar vi aquella leve erección y me arrepentí de no haber dejado la ropa de cama más alta, porque quizás esa fuese mi última oportunidad de verle así.

Con cuidado, le bajé la ropa interior, por si su gran amigo terminaba de despertar, no hacerle daño. Que inocente era con aquellas cosas y cuantos años más me duraron... pero en aquel momento tenía aquella parte de la anatomía del hombre como una zona muy sensible y que conque le presionase más de la cuenta, creía que le haría daño.

Salvada esa parte y con sus palabras de fondo, seguí bajando su ropa interior con cuidado, pues la herida del muslo estaba cerca. Inicialmente no fue de manera voluntaria, pero al ir bajándole aquella prenda, sentí como las yemas de mis dedos acariciaban con suavidad su piel y al no quejarse, seguí con ello de manera voluntaria esta vez, sintiendo la piel de sus piernas y cada uno de los pelos que había en ellas, en los dedos de mis manos.

- Vale Rick. - Dije al fin después de tragar saliva para poder hablar. **- Necesito que dobles un poco las rodillas, para salvar la herida del muslo. -** Y cuando lo hizo, me dediqué con cuidado a ese lado solamente, tirando de la goma para que no le rozase nada. A la altura de la rodilla paré e igualé con suavidad la prenda. **- Ya puedes estirar las piernas. -** Le dije y a partir de ahí, opté por retirarle la prenda de manera más natural, aunque no pude evitar acariciar con disimulo uno de sus marcados muslos.

- Bueno, me queda hacerte la cura. - Le dije cubriéndole la pierna sana. **- Después del viaje y de lo que hicieron esta tarde, quiero ver como estás. Te pondré la medicación después y a ver que hay de cena. Y te aseguro que como me entere que tienen raciones K, te traeré una. -** Bromeé tratando de no mirar la sábana y su miembro algo más crecido.

¿Lo había causado yo?

Nuevamente ruborizada, me di la vuelta y acerqué el carro con todo lo necesario para las curas. Corté el vendaje con cuidado y vi que el sangrado se mantenía, pero después del viaje era normal. Retiré las gasas. De no haber sido reutilizadas hubiese podido comprobar algo más de como estaba la herida, pero al tener ya sangre y porquería reseca no iba a sacar nada de ahí. Le limpié la zona y miré la herida. **- Bueno, parece que está bien du... -** Mi mente me traicionó y mi boca pareció unirse a ella, debía buscar algo que salvase la frase y mis palabras, para que no se diese cuenta a que me refería. **- ... dura y seca... la parte externa y superior del corte... los puntos están todos y el drenaje aún está mojado. Eso es que aún sueltas porquería. Hoy te quitaré eso del brazo. Teniendo aquí**

medicación en comprimidos y viendo que estás fuera de peligro no te hará falta más... así que en cuanto te inyecte lo que queda... te lo retiraré. - Le dije con una sonrisa antes de girarme para coger el yodo y demás y empezar la cura.

En unos minutos, su pierna estaba lista.

- Ponte de lado, déjame ver ese medio trasero. - Le sonreí. **- Quizás algún día me atreva a pedirte que me lo dejes ver entero. Ya solo por saber si eso que dices de que es tan perfecto es real.** - Le dije ruborizándome al instante pero él ya estaba de espaldas. Nuevamente la porquería de la gasa no me decía gran cosa. Los puntos estaban en su sitio. **- Esta está mucho mejor. Más seca y mejor curada que la otra. Te dará menos guerra.**

Y es que después del castigo al que le sometió el cabrón de Smith, estaba segura de que ese muslo tardaría un poco más en sanar. A penas tardé nada en curarle aquella herida, le ayudé a tumbarse y me aseguré de que estuviese cómodo y bien tapado para comenzar a recoger todo. Primero el carrito de curas, dejando los desechos en su cubo. Luego comencé a doblar su ropa y separé la manta, los calcetines y la ropa interior para poderla lavar al día siguiente. Y cuando estaba terminando de dejar la ropa para lavar doblada, apareció el mayor con un soldado, que traía el petate con nuestras cosas.

Con tanta emoción y nervios, lo había olvidado en el jeep.

- ¿Como van? - Preguntó el mayor a los dos mientras que el soldado dejaba el petate a nuestro lado y tras un saludo, se marchaba. Parecía que tenía las órdenes claras. **- ¿Han conocido ya a la enfermera jefe? Nunca recuerdo su nombre... Y tampoco es que me importe demasiado...-** Dijo restándole importancia a aquella mujer. **- Creo que no la dije nada sobre su rango, teniente... solo que venían un herido y una enfermera de otro campamento. Espero que esté cómodo, sargento y que no le importe que le robe a la teniente unos minutos.**

» No se preocupe, iré a enseñarle donde está el comedor, supongo que tendrán hambre. Aunque me temo que aquí no se cocina tan bien como esa comida rusa del viaje. - Dijo con una sonrisa a ambos. **- ¡Ah! Mañana vendrá el coronel a verles, a ambos. Después del desayuno. No ha concretado hora, pero siguiendo su rutina diaria... estará aquí a las nueve cero cero zulú.** - Y entonces me miró. **- Teniente, si quiere acompañarme.**

Y con el brazo hizo un claro gesto para que me agarrase a él. **- Espero que no le importe sargento. Uno no puede presumir de esta compañía siempre y aún no lleva los galones puestos. A partir de mañana, esto estará prohibido para nosotros dos.** - Y me miró y me sonrió. Yo miré a Rick, era a su brazo al que quería agarrarme, no al del mayor, pero tampoco iba a hacerle el feo. Así que me aferré a él.

- No lo olvides, Rick, como encuentre esa comida... será tu cena. - Le amenacé en tono de broma y mi mirada decía que no quería irme. Pero debía aprender donde estaba cada cosa y el comedor era esencial. A fin de cuentas, todo iba a seguir igual y los dos comeríamos lo mismo.

- ¿De qué comida habla, teniente McDuncan? - Preguntó el mayor mientras ambos se alejaban y viste como Sarah se volvió a mirarte un par de veces antes de salir de allí.

Sargento Rick "Jester" Heatherly

Afortunadamente para mí, había hallado en Sarah mucho más que una enfermera. Era la mujer que me había salvado la pierna, y quizás la vida, pero sobre todo, la que me había ofrecido una visión distinta de cuanto me rodeaba. Al ayudarla a ella, me estaba ayudando también a mí mismo, pues poco a poco había ido convirtiéndola en el centro de mi existencia.

Que pensara en ella al despertarme y al acostarme, y en el futuro teniéndola a ella como referencia, demostraba no solo lo mucho que la amaba, sino cuanto dependía mi cordura de su presencia.

Así que cuando me dijo eso de que estaría perdida sin mí, pude decirle perfectamente que a mí me sucedía lo mismo, que sin ella hubiera estado perdido, a mi manera, puesto que si bien mi vida no adolecía de las dificultades de la suya, no era menos cierto que carecía de esperanzas y deseos más allá de servir a mí país y sobre todo, y eso iba descubriéndolo poco a poco, porque siendo militar, no debía pensar ni tampoco esperar nada más que órdenes.

Era una vida cómoda; para un solado, todo era blanco o negro, vida o muerte, victoria o derrota. Sarah me hizo ver que podía ser útil más allá de todo eso.

Bromeamos con lo de la enfermera arrogante y eso nos permitía acercarnos y olvidar nuestras dudas, dejar lo que sentía por ella y centrarme solo en disfrutar cada momento que pasábamos juntos, aunque como siempre, las risas venían sacudidas por extraños silencios o inesperadas miradas que en aquel momento no me atrevía a interpretar, pero que procedían de nuestros corazones.

¡Ay, no habernos atrevido a dar el paso cuando estábamos tan cerca el uno del otro! Con el tiempo, todo fue más frío y la costumbre hizo que resultase más fácil estar juntos, pero podríamos haber aprovechado mejor los días, aunque... si ahora era feliz, para qué arruinarlo pensando en el pasado de aquella manera.

Por eso jamás miraba atrás con reproche; lo hecho, hecho estaba.

Cuando acabó de arreglarme, yo aún mantenía la erección, medianamente contenida pero sin lugar a dudas, una incomodidad que sabía iría en aumento. Ella tuvo cuidado al cambiarme, pero tuvo que ver algo, estaba seguro, y sin embargo, se portó magníficamente, como siempre. Yo fui siguiendo sus indicaciones, intentando dejar de lado mi pequeño problema, pero una nueva caricia por su parte, involuntaria seguramente, hizo que recuperase la fuerza que había logrado anular.

Definitivamente, tendría que terminar por hacer algo, enfermo o no enfermo, a no ser que me dejase llevar y terminase manchando las sábanas, lo cual sería incluso peor.

-Entonces no queda mucho, la verdad, pero no tengo prisa -le dije, al nombrar lo de la cura. Después bromeó con lo de la ración K y me llevé una mano a los ojos, como si me los tapara para evitar verlo -. **Oh, no. No me tortures así, por favor. Puedo soportarlo todo menos las raciones K.**

Y retiré mi mano, para echarme a reír con ella.

Eso no impidió que mi miembro hubiese alcanzado su tamaño máximo, y que de no encontrarme parcialmente de lado, hubiera parecido que tenía una bandera allí abajo. Eso no podía ser bueno.

La enfermera que me había cuidado tan bien, volvió otra vez a trabajar con celo, yendo a por el carro, preparándolo todo perfectamente y procediendo a retirarme las gasas y limpiarme las heridas. En un momento determinado fue a decir algo pero se interrumpió, sin que yo entendiese a qué se debía. Al completarla frase, mi cerebro fundió aquella expresión con lo que yo sentía y no quise pensar que se refería a aquello. Quizás me la hubiese visto y entones, su mente la traicionó sin poder evitarlo.

No dije nada, pues no había nada que pudiera decir al respecto.

Sin embargo, no iba a dejar de agradecer todo cuanto hacía por mí, aunque ella lo hiciese por gusto, aunque yo de estar en su lugar lo hiciera también. Lo justo era mostrarle que de verdad su esfuerzo era algo que yo apreciaba.

-Eh... perfecto, muchas gracias. Y no lo digo por cumplir nada más, Sarah, ya lo sabes. Gracias... de verdad.

Tras curarme la pierna, le tocó el turno al trasero.

-Ya estamos. Estabas deseando que llegase esta parte, ¡eh, picarona! -bromeé con ella, mientras me giraba para que pudiera encargarse de él -. **Ah, pero para eso tendrá que estar perfectamente curado. Entonces, si quieres, dejaré que lo veas en su plenitud.**

Cuando me puse de nuevo tumbado boca arriba, observé como guardaba y doblaba la ropa. Me hubiera gustado decirle que sería una gran esposa, pero teniendo en cuenta el tipo de marido que tenía, era mejor no remover lo peor de su vida. Cuando llegase el momento, algún hombre al que yo odiaría, disfrutaría de su maravillosa forma de ser, pero ahora tendría que conformarme con disfrutar en silencio de ello.

Y en ese momento, llegó el Mayor, tan agradable y desenfadado como siempre.

-La hemos conocido, Mayor, y desde luego, no cambio a la Teniente por ninguna otra enfermera -le dije, antes de que me la "pidiera prestada". Tampoco es que fuese mía, pero reconozco que al oír aquello, me sentí algo celoso. Fue solo un instante, el mismo que tardé en responderle -. **Eh... claro que no, Mayor. Pero devuélvamela, ¿eh?**

Sarah pareció irse con él sin problemas e incluso se despidió con una pequeña broma, de nuevo con las raciones K. Yo le sonreí, mientras observaba cómo se marchaba y alejaba de mí, sintiendo como si de repente me hubiesen arrancado una parte de mi propio ser.

Era extraño... pero me parecía que no podría volver a vivir sin ella. De hecho, hasta la hinchazón que sentía había desaparecido, aunque sabía que no tardaría demasiado en regresar...

... y esperaba que ella tampoco.

Teniente McDuncan

La dosis de risas a cosa de las raciones K me vinieron bien y mis ojos volvieron a brillar por él. Qué difícil era amar sin ser correspondida pero que bien sentaba al menos poder disfrutar de su compañía aunque no supiese lo que mi corazón sentía por él. Verle reír y más aún, reír a su lado, era lo más hermoso que me podía pasar en aquel momento donde mi mundo estaba cada vez más patas arriba.

Si me costaba avanzar con mi pasado a cuestas, con lo que tenía ahora estaba saturada y perdida. Pero al menos estaba él y esperaba que realmente estuviese conmigo por siempre. Aunque también pedí eso con John, sin sentir lo que sentía por Rick y... ahora solo quería tenerle lo más lejos posible de mi mente.

La cura del muslo fue bien y creí sortear bien mi pequeño patinazo, pero como siempre, no estaba segura de nada. Solo de lo que era capaz de hacer como enfermera y de lo que había aprendido de medicina en aquellos meses atrás. Cuando tocó el trasero y bromeó sobre él, mi rubor aumentó ante el acierto de sus palabras. Pero cuando dijo que podría verlo cuando estuviese curado en su plenitud, no sabía si hablaba en broma o en serio, pues el tema era delicado en sí. Pero al tenerle de espaldas, no me acobardé, sino que me envalentoné.

- Te tomo la palabra. Cuando esté curado en su totalidad y la cicatriz casi borrada, me dejarás verlo en su plenitud. Creo que de eso haré un acta y la firmaremos los dos para que luego no te retractes de ello y digas que estabas bromeando. - Le dije sonriendo divertida y más roja que un tomate maduro.

Y el mayor llegó y con sus buenas palabras y buen hacer me llevó a con él, no sin que antes pidiese permiso a Rick y eso me hiciese ponerme más nerviosa. Los pasos de ambos nos llevaron por el campamento. La oscuridad hacía que viese poco del lugar nuevamente y el mayor parecía resistirse a soltarme. **- No se preocupe. Mientras no se suelte no se perderá. De aquel lado están los baños masculinos y justo detrás los femeninos. Evidentemente son más pequeños, pero también es que hay pocas mujeres aquí. Los soldados se encargan de limpiar sus baños y ustedes los suyos propios. Así que si se queda...** - Sonrió divertido.

- No tendrá que hacer nada. Es usted teniente. Los oficiales tenemos otros baños, pero mujeres oficiales solo está usted, así que será algo a tratar con el coronel mañana. Salvo que no tenga inconveniente en usar las duchas con un viejo como yo. - La verdad era que me encontraba tranquila a su lado. A pesar de sus comentarios, no eran tan escandalosos como otros que sí se me habían dicho antes y su tono de voz, su manera de hablar, no me molestaban para nada. En ese momento entramos en el comedor. Habían hombres cenando y todos guardaron silencio al vernos entrar agarrados así. Al sentir las miradas sobre mí, me aferré con fuerza al mayor, como si se tratase de Rick.

La inseguridad me podía.

- Señores. Me acompaña ahora mismo la teniente McDuncan. Que su ropa de enfermera no les haga pensar que es solamente eso. Mañana ostentará sus galones, pero el trato y reconocimiento por parte del coronel Cornelius se hicieron efectivos hace horas. - Le dijo a los hombres mientras me soltaba de su brazo con delicadeza. ***- Que no la vean temblar.*** - Me susurró mientras reiniciaba la marcha a la mesa donde estaba la cena y le acompañaba tratando de mantener la cabeza bien alta. **- Así pues, ya pueden ir corriendo la voz. No quiero que mañana nadie acabe siendo castigado por meter la pata con la teniente.**

Al llegar a la mesa, el mayor se quedó mirando las ollas. **- ¿Qué es esto?** - Preguntó al cocinero con cierta cara de asco.

- Carne... creo, mayor. - Respondió el hombre y la cara de Coverley cambio por completo.

- ¿Cree? ¿No sabe ni lo que es? Teniente, acompáñeme a la cocina. - Me dijo y entramos en ella. Allí aún había algunas ollas cociendo. Todos se cuadraron al ver al mayor. **- Sí, sí...** - Dijo al verles. **- Ahí fuera me dicen que "creen" que es carne lo que se está sirviendo. Tanto la teniente McDuncan, aquí presente, como un sargento herido y yo, acabamos de llegar de un largo y pesado viaje. La teniente estará junto al sargento en el hospital y yo esperaré la cena en mis instalaciones. Preparadnos algo decente a los tres.** - Ordenó claramente cuando creí que me iba a pedir que cocinase yo, tal y como ordenó Smith que hiciese para Rick y para mí.

Desde luego las cosas habían cambiado para mejor.

Mientras, Rick permanecía recostado en su cama, con aquella erección que se iba y no se iba y tan solo que podía aliviarse si quería, salvo que pretendiese tener otra cuando Sarah se metiese a dormir con él esa noche en su cama. Porque ese era el pacto que sellaron en el jeep.

Y mientras Rick pensaba en sus cosas, apareció la enfermera jefe, con un papel en sus manos y sonrió al ver a Rick solo en la cama. Se acercó contoneando las caderas, moviéndose como un felino vigilando a su presa. Se detuvo unos momentos en unos estantes, en el puesto de control de enfermeras en medio de aquel lugar casi vacío y siguió caminando hacia Rick.

- Vaya, vaya. Veo que le han dejado solito... No se preocupe, vengo solo a traer la lista de medicamentos que solicitó la... teniente. - Dijo con cierta envidia en su voz y miró al sargento de arriba a abajo. **- Creo que ya sé que es lo que ha visto en usted, sargento...** - Y con esas palabras, dejó el papel sobre la mesita de noche y corrió las cortinas en torno a la cama.**- Me da que ninguno se dio cuenta de este lujoso detalle... de lo contrario, le hubiera dejado con las cortinas echadas...** - Se giró mirando a Rick con inocencia fingida y se sentó junto a él en la cama.

- Verá, sargento, no soy tan mala como pareció. No sabía que ella era oficial ni que usted... estuviese así de dotado. - Y la mano de la enfermera se posó sobre el miembro del sargento y ella sonrió, cuando lo acarició sobre la ropa de cama. **- No sea tonto... ella no le hará esto... nunca...** - Dijo al notar la resistencia del hombre y mientras Rick peleaba porque ella no le tocase, la enfermera sacó una jeringuilla cargada con algo y le pinchó al sargento, vaciando su contenido en su cuerpo. **- No se preocupe... no le hará nada malo... solo que le podré controlar mejor... y hacerle mío mientras que esa puta está con el viejo Coverley. No tema por ella, está segura a su lado. A ese hombre ya no se le levanta... no como a usted, sargento...**

- No se resista... cuanto más lo haga... antes le hará efecto. ¿No ve como se cansa? - Y entonces metió la mano por debajo de la ropa de cama y agarró el miembro de Rick. **- Pero a esto no le afectará... se lo aseguro. No es la primera vez que lo uso.** - Dijo comenzando a masturbarle mientras que Rick comenzaba a sentir los efectos de la droga que le había suministrado la enfermera jefe. **- Y no se preocupe, por mí puede pensar en ella... o en el mayor si le complace más.**

Viendo que Rick aún se resistía, la enfermera suspiró. **- No me gusta llegar a tanto, pero si le pongo más, se dormirá y no será divertido para ninguno.** - Y se levantó y sacó unos agarres del mueble junto a la cama. Con un poco de esfuerzo, en unos minutos tuvo al sargento sometido en su cama, atado a ella. Luego tiró de las sábanas y de la manta y se quitó ella misma la ropa interior. **- Puede gritar lo que quiera... nadie va a ayudarle... sargento y puede intentar resistirse, es un hombre y no le durará mucho el hacerse el duro.**

Sargento Rick "Jester" Heatherly

Me hubiera gustado cumplir aquella promesa y que me viese el trasero de la manera que ambos queríamos, pero en aquellos tiempos, de lo único que estaba seguro era de que no me quería y que no debía hacerme ilusiones. En mi interior se desarrollaba una intensa batalla entre lo que deseaba y lo que sabía tenía que hacer, entre mi amor por ella y la seguridad de que jamás sentiría lo mismo por mí.

Y era muy duro perder, sabiendo lo que eso significaba.

A pesar de todo, bromeaba y sonreía, respondía a sus bromas de idéntica manera y su rubor, a causa de su inesperada timidez, pues había sido capaz de mantenerla a pesar de su vida, despertaba pinchazos en mi corazón que me costaba dejar a un lado.

Pero no sabía en realidad cuánto la necesitaba hasta que la vi marcharse con el Mayor. No tenía mayor importancia, pues era evidente que Sarah no iba a poder quedarse pegada a mí todo el tiempo, pero sentí un extraño vacío en mi interior cuando lo hizo.

Hasta ese punto la necesitaba.

Decidí intentar descansar un poco y cerré los ojos para conseguirlo. Dejar la mente en blanco era complicado cuando lo único que podía hacer en todo el día era pensar, sobre todo en Sarah, y entonces oí unos pasos acercándose. No necesité abrir los ojos para saber que no eran de Sarah, sino de la enfermera avinagrada que nos había recibido y que parecía mirarme con la misma arrogancia con la cual nos había recibido.

Vino con una sonrisa extraña y un tono que no presagiaba nada bueno. La miré fijamente y cuando vi que corría las cortinas, me sentí confundido y al mismo tiempo, algo alarmado.

-Sinceramente, enfermera, prefería estar a solas... y que no se sentara en la cama. Y si no puede entender eso, entienda que es una orden. Levántese de la cama ahora mismo. Y descorra esas cortinas.

No me sentía amenazado, pero su actitud parecía cualquier cosa menos normal y por eso había hecho uso de mi rango. Si me pasaba, siempre había espacio para disculparme; en caso contrario, estaría bien utilizado.

Pero ella no se dio por aludida, y cuando colocó su mano sobre mi miembro, di un respingo y aparté su brazo de mala manera, mirándole con furia asesina e incluso empezando a incorporarse.

Sin embargo, no dispuse de tiempo.

No llegué a ver la jeringuilla y solo cuando sentí el pinchazo me di cuenta de que aquella mujer estaba mal de la cabeza.

-Es usted... es usted.... una zorra... loca... de atar...

Sentí como metía su mano por debajo de la sábana y empezaba masturbarme; incluso sin la tensión, debido a lo que me hubiera inyectado, su mano me excitaba y endurecía mi miembro lo suficiente como para sentirlo y desear que terminase. Su voz me envolvía como si estuviese en un sueño, sin darme cuenta de lo que decía, pero sí que hablaba mientras continuaba moviendo su mano y aumentando mi excitación.

Entonces vi el rostro de Sarah sobre mí, sonriéndome mientras trabajaba bajo las sábanas.

-No debes hacerlo; no es... necesario -le dije, imaginándome que más allá de aquella sonrisa, sus palabras decían algo así como que lo hacía por mí y que no le importaba, que haría cuanto necesitase para que yo estuviese bien.

Una parte de mí sabía que no era correcto, que allí había algo que no estaba bien, pero el rostro de Sarah me recordaba lo que sentía por ella y mi miembro no tardó en recuperar algo de su fuerza al pensar en ella. Poco a poco iba dejándome llevar y la presión aumentaba, hasta que la excitación fue lo suficientemente fuerte como para hacer que me dejase llevar entre gemidos y expulsara todo cuanto tenía dentro.

Sentí la explosión del orgasmo, a mi cuerpo frenético justo antes del mismo y durante los momentos posteriores, y el líquido restante deslizándose por mi miembro, justo antes de terminar.

Lo último que vi antes de caer en una especie de sueño confuso fue de nuevo el rostro de Sarah, con una sonrisa de satisfacción igual a la que yo tenía en el mío.

Teniente McDuncan

- Sí, pero el atado será usted. - Y sonrió ante aquella ironía y tras tener a Rick en su poder, comenzó con la siguiente parte de su idea notando la fuerza y envergadura de lo que tenía el sargento entre las piernas. **- No me extraña que le proteja así... si sabe usar esto, normal que la tenga comiendo de su mano...**

Mientras, yo permanecía en el comedor o más bien en la cocina, con el mayor. Sus órdenes habían quedado claras y todos se habían puesto a cocinar para nosotros. **- Si lo necesita, no tenga reparos en entrar y hacer lo que acabo de hacer yo, teniente McDuncan. Aunque insisto, será a partir de mañana cuando realmente se den cuenta de quien es. La acompañaré con el sargento. Creo que va siendo hora de que la devuelva a con él.** - Y me sonrió y le devolví el gesto, viendo como volvía a poner el brazo para ir agarrada a él. **- Concédame el placer de que nos vean las tropas juntos de nuevo. Al menos daré de que hablar y usted también.**

» Los cotilleos y los falsos rumores alimentan la mente de los soldados y de paso no se atreverán a insinuarse a usted si piensan que puede haber algo entre nosotros. - Me dijo mientras cruzábamos el comedor ante la mirada de todos los hombres. **- Y no hay nada que pueda generar más controversia y una buena nube de humo donde estar protegido, que no sepan de donde viene su rango. Lamento que pueda quedar como lo que no es... pero recuerde que son habladurías y que quienes tenemos que saber la verdad lo tenemos claro.**

» Es mejor así, créame. Yo antes daba explicaciones por todo a mis hombres y descubrí que no servía de nada, salvo para que me llamasen mentiroso. Así que ahora les doy rumores y que especulen lo que quieran. El rango lo tengo yo... no lo olvide, teniente. Mantenga siempre una nube de humo a su alrededor y protéjase con ella, porque si no podrían saber demasiado y como hacerla daño y eso no es bueno, ni para usted ni para su puesto.

El cielo estaba estrellado y el mayor parecía ser un buen hombre al cual en algún momento se la jugaron y debieron hacerle algo muy gordo para hablarme así, contándome todo aquello. Le miré un momento y la verdad es que por edad, debió estar en la Guerra Mundial. Debía ser un veterano, en cambio el rango se me antojaba pequeño para él y más con una guerra, en este caso dos de por medio, si es que no estuvo en más.

Iba a preguntarle cuanto tiempo llevaba siendo militar, cuando entramos en el hospital y vi al fondo las cortinas echadas donde debía estar Rick.

Aquello no me gustó nada, pero el mayor debió olerse algo. **- Corra. -** Me dijo mientras le sentí correr detrás de mí. Al descorrer las cortinas, vi la peor escena que jamás me hubiese imaginado. La enfermera jefe, aquella maldita zorra, estaba sobre Rick y lo peor era verle disfrutar a él. El sudor corría por su frente mientras que ella no dejaba de moverse sobre su cuerpo.

- ¡Enfermera! ¡¿Se puede saber qué está haciendo?! ¡Bájese de ahí ahora mismo! - Ordenó el mayor, pues yo me había quedado muda, con mis manos tapando mi boca y con ganas de salir corriendo de allí. De hecho, me di la vuelta para irme, pero fue el mismo mayor quien me detuvo. **- No le estoy diciendo a usted que se marche teniente. -** Me dijo mientras me abrazaba, como si supiese el dolor que sentía en aquel momento.

En ese momento no caí, pero había escuchado toda la conversación entre Rick y yo en el jeep. Así que lo sabía... se debió dar cuenta y el soldado que nos acompañaba también. Pero yo no podía mirar aunque escuché a la mujer quejarse y bajarse de la cama y un segundo después los gemidos de Rick alcanzando el clímax. Yo me quería morir y el mayor no me dejaba marchar.

- ¡Guardias! - Exclamó el mayor mirando desafiante a la mujer a quien no me atrevía ni a mirar. **- Había oído que se dedicaba a hacer estas cosas, enfermera... pero nunca la había pillado nadie... hasta hoy. Pasará esta noche en un calabozo y mañana será juzgada en un consejo de guerra. -** Sentí como el mayor me soltaba para cogerme el rostro con cuidado. **- Necesito que mire al sargento, teniente. Necesito un testigo fiable de todo esto... y necesito que le vea. Los médicos de aquí la taparán... pero si no mira, nunca sabrá la verdad.**

- Olvídelo mayor. No mirará. No es más que una mujer asustada que no quiere enfrentarse a la verdad, que el sargento me desea y que está loco por repetir conmigo. - Respondió aquella mujer y precisamente fueron sus palabras las que me hicieron mirar. No porque me provocasen, sino porque Rick me dijo lo contrario. Le parecía atractiva, pero jamás estaría con ella y yo confiaba en él.

Y entonces lo vi todo.

Sus manos atadas por las muñecas a la cama. Su movimiento de cabeza, torpe, pesado... **- Está drogado. -** Le dije al mayor y sentí como este me soltaba y corrí al lado de Rick. Su miembro parecía tener ganas de más a pesar de que su simiente estaba sobre la cama. **- ¿Qué le ha puesto? -** Le pregunté a la enfermera. **- ¡Responda! ¡Es una orden! -** Exclamé al tiempo que cubría a Rick con las ropas de la cama. La mujer me sonrió con malicia y miró hacia el puesto de enfermeras. Lo que fuese estaba allí.

Solté a Rick cuando los soldados llegaron. Quería que viesen eso. El mayor me miró. **- De la orden teniente McDuncan.**

- Enfermera Mary Calvin, en nombre del ejército de los Estados Unidos, queda usted detenida y encarcelada, a la espera de un consejo de guerra, por drogar y abusar sexualmente de un sub-oficial herido. - Miré a los hombres, que me miraban sin entender nada. **- Llévensela. -** Los soldados miraron al mayor, quien asintió con la cabeza y estos procedieron a detener a la enfermera.

- ¿Por qué me hace esto, teniente? - Dijo poniendo cara de inocente mientras era esposada. **- Yo no hice nada malo... sólo lo que él me pidió... una noche de diversión con drogas y una mujer hermosa como yo...**

Aquello era demasiado para mí. Sentía como me iba a derrumbar. Con Rick drogado, me sentía sola e indefensa. Pero sentí una mano sobre mi hombro, la del mayor. **- ¿A qué esperan? ¡Métanla en la peor celda que tengamos! ¡Es una orden!** - Y los hombres se retiraron mientras que ella empezaba a rogar y pedir clemencia, diciendo que todo era un error. **- Teniente, ¿está bien? Vamos a necesitar un informe completo de todo esto. Yo me quedaré a su lado mientras, si me necesita.**

Asentí con la cabeza, con los ojos llorosos. Era incapaz de hablar en aquel momento. Quería irme a un rincón a llorar. Pero Rick me necesitaba más que nunca. Así que le hice una exploración, ayudada por el mayor, antes de ir a la repisa a ver que le había suministrado aquella puta loca. Fui tomando notas de todo y mientras acababa con aquel trabajo, aparecía la cena. Miré al mayor, casi descompuesta. **- Puedo suministrarle algo que le ayudará a eliminar antes la droga del cuerpo y si me indica donde puedo conseguir agua y jabón, le daré un baño. No creo que quiera recobrar el sentido... así.**

El mayor me dijo donde conseguir no solo agua, sino agua caliente y el jabón. Inyecté a Rick un compuesto de vitaminas básicamente, que ayudarían a su cuerpo a eliminar todo antes. Luego me fui a por el agua y a mi regreso, el mayor seguía junto a Rick. **- Creo que está mejor...** - Dijo el mayor mientras revisaba el informe "médico" que había redactado. **- Supongo que no le drogó demasiado y que su idea ha funcionado, teniente. Creo que les dejaré a solas. Mi cena se enfría y ustedes tienen que hablar y descansar.**

Y miré a Rick cuando el mayor me dijo aquello y era cierto, al menos ahora parecía centrar algo la vista. Dejé el barreño a un lado y me acerqué a él. **- Rick, Rick, ¿me oyes? ¿Cómo estás?** - Le dije mientras acariciaba su rostro. **- ¿Qué recuerdas?** - Tenía la esperanza de que me dijese que nada, pero sabía que no era así. Y el mayor corrió las cortinas al irse, dándonos intimidad y me abracé a Rick. ***- Lo siento... no debí irme... no debí dejarte solo... no sabía que pasaría esto... es todo culpa mía... perdóname, por favor...*** - Le rogué mientras me derrumbaba, con aquella imagen de esa mujer sobre él en mi mente. ***- ... yo jamás me lo perdonaré, pero necesito que tú sí lo hagas... si supieras lo que siento por ti, lo entenderías...***

Sargento Rick "Jester" Heatherly

Ni siquiera oí lo que dijo acerca de que tendría a Sarah comiendo de mi mano, aunque de haberlo oído, tampoco lo habría entendido en el estado en el cual me encontraba. Solo de haber estado completamente consciente, sin los efectos de aquella droga, habría podido hacer algo, además de poder decirle que no era por eso, sino por algo mucho más importante, aunque al mismo tiempo, habría estado seguro de que aquella mujer ni siquiera sería capaz de comprender eso.

Después de aquello, guardaba un vago recuerdo de lo que sucedió. Ella estaba encima de mí, moviéndose, restregándose y espoleándome como quien dice para que no perdiese completamente el tono muscular de mi miembro y pudiera penetrarla con éxito. No sé si al final lo hice o no, porque oí de repente una voz masculina gritando algo sobre que se bajase, mientras yo veía nada más a Sarah encima de mí.

-No, no te marches, Sarah. Quédate -conseguí decir, completamente confundido.

Sentía que jadeaba y que estaba de nuevo a punto, que aún podía dar más de mí, cuando de repente la presión desapareció completamente, coincidiendo con el momento en el que la enfermera se bajó de donde estaba.

En aquellos momentos estaba completamente ido, sin comprender lo que sucedía realmente, a medio camino entre el deseo y el sueño que a cada momento que transcurría se hacía más fuerte.

Cuando Sarah, la de verdad, me cubrió con las sábanas, aproveché para hablar.

-¿Puedo descansar un rato? Tengo... mucho sueño. Solo necesito... un momento para recuperarme.... solo un.... mfskjsfhkglkadm

Supe después todo lo que ocurrió porque Sarah me lo contó, con gran esfuerzo y dolor por su parte, y vergüenza por la mía. Me sentía incapaz de entender cómo no lo había visto, como no me había dado cuenta de lo que pretendía y por no haberlo evitado.

Ignoro cuanto tiempo pasó, pero en algún momento debió pasárseme parte de los efectos de la droga, lo que me permitió darme cuenta de que Sarah estaba a mi lado, hablándome.

-¿S-Sarah? ¿Eres tú, Sarah? Es la enfermera... esa loca... me ha pinchado algo que... No sé qué ha ocurrido, yo...

Y entonces todo me vino a la cabeza, como si pronto descorriesen una cortina y dejasen que el sol entrara de lleno en la habitación.

-Oh, Dios. Me ha... esa maldita loca me ha... Oh, no, no, no, no puede ser verdad. Sarah, dime que no lo ha hecho.

El rostro de Sarah era el fiel reflejo del sufrimiento, mientras que el mío se debatía entre la vergüenza y el odio más intenso. Pero los ojos de Sarah, bañados en lágrimas, tampoco podían ser ignorados. Ella parecía estar sufriendo mucho más que yo.

-N-no ha sido culpa... tuya. No eres responsable de que esa enfermera esté chiflada -le dije, mientras nos abrazábamos -. **Tenía que haberla echado a patadas en cuanto vino, pero fue tan rápida que no pude... no me di cuenta...**

Y entonces me dijo aquello acerca de lo que ella sentía por mí, lo que me hizo sopesar en verdad si me amaba, pero ahora yo era indigno de ella; había sido muy débil, a pesar de las drogas, a pesar de atarme. No podía permitir que una mujer hubiera hecho esto conmigo, bajo ningún concepto.

-No tengo nada que perdonarte, Sarah. No ha sido culpa tuya... ni mía, y lo sabes -le dije, a pesar de lo cual me sentía más que culpable, como un muñeco del cual se habían aprovechado. De haber estado la enfermera allí mismo y disponer de mi revolver, no sé lo que habría hecho.

Me di cuenta entonces de que había un barreño cerca de la cama y entendí que iba a limpiarme.

-¿Todavía quieres seguir cuidando de mí, a pesar de lo que ha pasado? Yo sigo sin querer a otra enfermera que no seas tú, pero lo entenderé si prefieres marcharte.

Lo entendería... pero no sabía si podría superarlo.

Teniente McDuncan

Al llegar junto a Rick, o más bien cuando me acercaba a él, le escuché decir que no me fuese. **- No me voy.** - Le respondí sin entender a que se refería.**- No voy a dejarte. -** Logré decir muerta de dolor en vida, mientras el mayor me sostenía para que no me marchase.

Una vez se llevaron a esa... mi cabeza no daba ni para insultarla. Cubrí a Rick y me pidió permiso para descansar. Acaricié su rostro y besé su frente. ***- Descansa lo que necesites... espero no tener que contarte nada de esto.***

Y mientras él descansaba me encargué de todo bajo la atenta supervisión del mayor, quien nos dejó a solas cuando ya tenía todo listo para cuidar a Rick. **- Gracias mayor. Mañana le compensaré todo esto con creces. -** Le dije dejándole claro que hablaría en ese consejo de guerra contra la enfermera. Podía hacerle lo que quisiera a quien quisiera, menos a *mi* Rick. No al menos de manera involuntaria como había sido.

Me quedé sentada a su lado, con los ojos llorosos y auto culpándome de todo lo ocurrido. Sabía que esa mujer iba a volver, había visto como nos miró a Rick y a mí. Sin duda se dio cuenta de que yo estaba enamorada de él y fijo que aquella fue su venganza. Iba a limpiarle, una vez me había recuperado de mi llanto de y auto culparme por dentro, mientras hablaba a Rick con toda la ternura que podía en aquel momento, cuando este despertó. La verdad era que no quería que se viese así y que no quería que recordase nada.

El problema es que sí recordó.

- Sí, Rick, tranquilo, soy yo... - Le respondí con lágrimas en los ojos. A fin de cuentas, lo que le había pasado no me resultaba ajeno para nada. **- Te drogó. -** Añadí a continuación esperando que con eso fuese suficiente. Pero no fue así, recordaba más de lo que me hubiese gustado y el dolor se dibujó con claridad en mi rostro. ***- Ojalá pudiese mentirte, Rick y decirte que fue todo una alucinación.*** - Y me abracé a él, llorosa y dolida por todos lados. Me sentía tan culpable como si lo hubiese hecho yo misma. ***- Lo lamento...***

Sus brazos se aferraron a mí y fue él quien comenzó a consolarme. ***- Tranquilo, nunca te das cuenta la primera vez...*** - Le dije en referencia a la violación, dejando ver que yo había pasado por eso. Pero en aquel momento y hasta pasados muchos años, no le confesé quien había sido mi violador durante meses.

- No Rick, no ha sido por tu culpa. Lo sé bien... a mí me hicieron lo mismo, pero sin drogas. Es muy fácil doblegar a una mujer. Y si algo entendí, es que jamás fue culpa mía, solo fui una víctima, como tú. - Sentía como me quebraba por dentro al oírle decir aquello y tener que recordar mi pasado, tan vivo aún. Ese pasado que sin duda me hacía no poder estar con un hombre jamás. Por

mucho que amase a Rick, aquel era el punto donde nos quedaríamos siempre. Yo enamorada y sintiendo sus abrazos muy hondos y él... viéndome como esa hermana pequeña a quien proteger.

Acaricié su rostro cuando me preguntó si aún quería cuidar de él. ***- Más que nunca.*** *- Y para toda la eternidad si pudiese.* ***- No voy a dejar...*** *- Al hombre al que amo.* ***- ... a alguien tan especial para mí como eres tú, cuando lo está pasando tan mal. Y menos cuando sé lo que ahora mismo tienes en la cabeza.*** - Y le miré a los labios y quise besarle para que supiese que iba a estar ahí siempre, que realmente le amaba y que aquello no era más que un bache en el camino. Uno que quizás nos uniese más al pasar ambos por la misma traumática experiencia.

Besé su frente sin tener valor de besar su boca.

- Será mejor que te limpie bien. - Le susurré. ***- La cena se enfría...*** - Le dije tratando de normalizar las cosas. **- Te pondré tu medicación, te quitaré la vía y mañana empezarás a tomar tus medicamentos en pastillas. Además, te recuerdo que me debes una noche más compartiendo cama y creo que esta es esa noche... pero también quisiera que fuese la de mañana y la de pasado... y las sucesivas. Para mí sigues siendo el mismo hombre de siempre, Rick. Te juro que nada ha cambiado.** - Salvo el dolor que sentía por dentro, aquella mezcla de celos y odio hacia aquella mujer que me consumían.

Y le descubrí con cuidado y le limpié con la esponja el abdomen y los genitales. Luego le sequé con cuidado, haciéndole ver que no era mi intención generarle una erección más, aunque dudaba que la tuviese y más aún conmigo y después de desfogarse con ella. Le bajé el camisón y le volví a tapar. Le puse las últimas dosis inyectables por la vía y se la quité con cuidado. Le cubrí la herida con una gasa y yodo y le ayudé a sentarse.

- Lo sé, no tienes hambre y te juro que yo tampoco. Pero yo comeré por ti y tú lo harás por mí. Además, el mayor se encargó de que nos preparasen algo especial a los tres. No podemos dejarlo ahí así como así. - Y le puse la cena delante, al menos aquello si parecía carne en salsa con patatas, no lo que había en el comedor. **- Hagamos un esfuerzo y durmamos, ¿quieres? Mañana será otro día. Nos visitará el coronel y enjuiciarán a esa loca. Y te juro que yo no voy a separme de tu lado, pase lo que pase. Jamás encontraré en mi vida a alguien como tú.**

Y con eso, di el primer bocado a aquella cena. Después de la comida rusa, aquello no sabía a nada. **- Creo que tendré que robar algo de sal en la cocina...** - Comenté, tratándole de hacerle olvidar todo aquello durante unos minutos al menos.

Tratando de olvidarlo yo.

Sargento Rick "Jester" Heatherly

Lo que me había sucedido me hacía sentir indigno de Sarah. De haber tomado en aquel momento la decisión de marcharse, la habría aceptado de buena gana, aunque ello supusiera hundirme para siempre. No por ser algo provocado por una zorra loca, dejaba de ser menos importante. Pero Sarah volvió a demostrarme lo importante que era para ella, con aquel "no me voy" que me hizo estar a punto de llorar.

Por una vez, me dejé envolver por sus caricias sin pensar en nada, mientras cerraba los ojos y sentía incluso más el sueño. Estaba agotado, no sabía si a causa de la anestesia que me había dado aquella mujer o porque en mi cabeza se había producido tal escena de terror que me resultaba difícil gestionarla.

Y por supuesto, luego estaba Sarah, a quien no sabía cómo atender, como llegar a ella para poder decirle que yo solo la amaba a ella y que no deseaba estar con nadie más. Aquello estaba destrozándome por dentro.

Aunque había preguntado, ya sabía la respuesta antes de oírla en boca de aquellos labios que tardaría tantos años en besar, y ahora tenía que creerme lo que le había dicho, que tampoco había sido culpa mía. ¿No lo había sido... de verdad? ¿Es que no había podido reaccionar con más rapidez? No estaba seguro de ello.

Y sus palabras todavía resultaron más terribles para mí. ¿Cuántas veces la habían violado a ella? ¿Cuántas veces la habrían forzado a dejarse utilizar, dejando de pensar en ella como un ser humano para ser algo parecido a un electrodoméstico? Seguramente habría sido su marido, pero lo único que había hecho que se abriese a mí fue el haberme visto en idéntica situación a la suya y el dolor que sentía debía ser terrible.

No era capaz de preguntarle o de hablar con ella para conocer más detalles porque no deseaba que rememorase aquellas experiencias. Eso era algo por lo que valía olvidar lo que me había sucedido. Y cuando me dijo que seguiría a mi lado, supe que por mucho que me sintiese agredido y "sucio", debía pasar página, por ella.

-Entonces... todo estará bien, mi... Sarah -logré decirle, dejando caer la cabeza en la almohada.

Creo que entonces dijo algo sobre limpiarme y la cena, y empezó a darme con la esponja. Yo no hice demasiado caso, sino que permanecí absorto, mirando al vacío, intentando fortalecerme lo suficiente como para hacer que aquel incidente no nublara mi relación con ella.

Cuando hubo terminado, ella seguía intentando consolarme y yo me rehíce como buenamente pude para enfrentarme a su mirada. Dejé que me ayudase a sentarme y fui a decirle que no tenía hambre, pero ella se me adelantó. Eso me hizo sonreír ligeramente.

-Está bien; jamás se me ocurriría desobedecer una orden... teniente.

No fue mucho, pero supuso un gran esfuerzo por mi parte actuar como si nada hubiese ocurrido. Pero no deseaba pensar en aquella loca a quien me hubiera gustado retorcerle el cuello

-Me da igual lo que le ocurra, mientras no nos separemos, Sarah. Me han ocurrido demasiadas cosas en mi vida como para ignorar que ahora te necesito como jamás necesité a nadie antes de ahora. ¿Con quién hablaría cuando tuviese un problema? ¿A quién recurriría cuando... me cortase al afeitarme? -le dije, bromeando de nuevo. No quería dejarme llevar por mi propia necesidad y las bromas eran una defensa natural para mí.

Pero en una cosa sí que tenía razón y tras su último comentario, la miré con mucha seriedad antes de hablar.

-Sí. Necesita sal -le dije, riéndome y dándole un abrazo que me supo mejor que cualquier cosa. Aquel abrazo significaba que aún estábamos juntos, aun con nuestras limitaciones.

Teniente McDuncan

- Claro que estará todo bien... ya lo verás... si yo he logrado sobrellevarlo sola, tú podrás conmigo a tu lado. *- Mi Sarah, que bien había sonado en sus labios, aunque hubiese preferido algo más claro, como mi vida, mi amor... algo que me ayudase a dar un paso más.* **- A fin de cuentas se lo que es, se como te sientes... humillado, sucio, utilizado, impotente, lleno de rabia y odio. Pero eso pasará.** *- Hasta el día siguiente o dos días después que se repita, y se vuelva a repetir y te anule como mujer y sepas que ya no podrás estar con nadie nunca.*

- En un tiempo volverás a ser el mismo ligón que atrae a todas la mujeres de su alrededor y podrás elegir con quien irte y con quien no. Pero antes, tendrás que salir de esta cama y caminar sin cojear. - Le sonreí, tratando de animarle, cuando yo sentía como me hundía en aquella espiral de nuevo. Me hubiese cambiado por él de haber podido. A fin de cuentas, yo ya no tenía solución y él era puro.

- ¿Te han pasado demasiadas cosas en esta vida? Tengo 22 años y ya sabes que mi padre fue un borracho y maltratador, que mi hermano mediano murió por una paliza suya y nos hizo callar a todos, que a los 15 años me fui de casa y viví en la calle hasta que conocí a John, me casé con él y comenzó a beber y a pegarme, - *y violarme,* **- y mi hermano y mi madre se comportaron como dos...** - Me contuve, porque no me gustaba decir palabrotas. **- Obligándome a volver con él y haciéndome así alistarme en el ejército como enfermera, para terminar aquí, en Rusia, lejos de sus palizas... pero, ¿sabes qué? No me arrepiento de nada de eso. Porque si John no me hubiese tratado así de mal, nunca hubiese huido y no te habría conocido.** - Me sinceré de nuevo con él. Sabía que no podía ir más allá, pero si acercarme un poco más.

- Yo no tenía a quien recurrir cuando me pasaba algo. No tenía unos brazos que me dejasen mostrar cariño y sentirme protegida por una vez. No tenía a nadie que me escuchase y me comprendiese... hasta que apareciste en mi vida. Rick, yo... - *te amo.* - **... dudo que pueda volver a sonreír si tú no estás a mi lado.**

Le miré a los ojos con el tema de la sal y reí con él. **- Mañana me haré cargo de ella.** - Y sentí la calidez de su abrazo que me llenó por completo, haciéndome olvidar de golpe todo mi pasado. ***- No te vas a librar de mí tan fácilmente, Rick Heatherly.*** - Le susurré y al final mal cenamos los dos, pero al menos lo hicimos.

Le ayudé a recostarse y le tapé con la ropa de cama. Luego me senté a un lado de la cama, me quité la cofia y el calzado y recordé el macuto con nuestras cosas dentro. Me acerqué a él y saqué un camisón, largo hasta los tobillos y de manga larga también, grueso para el frío del lugar y me fui al otro lado de las cortinas, donde nadie me viese, para cambiarme. En lo que no pensé era en que la sombra de mi cuerpo se vería desde ellas y con eso mi silueta.

Una vez desvestida, me puse el camisón y dejé mi uniforme doblado, antes de entrar de nuevo en aquel lugar que se había convertido en nuestro reservado. **- Espero que aún quieras dormir conmigo, porque yo lo estoy deseando. Pero si prefieres quedarte solo esta noche lo entenderé... ocuparé la cama de al lado y dejaré las cortinas de tal manera que podamos vernos por si necesitamos algo...** - Yo sí que necesitaba a algo o más bien a alguien, a él.

Y me senté a su lado de nuevo, mientras esperaba su decisión y acaricié su rostro.

- Todo irá bien. Ya lo verás. - Y busqué su mano para darle fuerza o quizás para tomarla yo, porque sentía que me iba a quebrar por él, por lo que había pasado, porque me hacía revivir lo que hasta hace unos meses, era una realidad casi diaria para mí.

Sargento Rick "Jester" Heatherly

Sus palabras parecían ser tan seguras que me hizo sentir que efectivamente, todo iba a estar bien, no solo en lo que se refería a mí, sino también entre los dos. Ella lo entendía, demasiado bien, por desgracia, pero en aquellos momentos era lo que fortalecía nuestra relación.

Asentí con la cabeza como si lo aceptara todo, aunque todavía debía gestionarlo psicológicamente y aprender a vivir con ello. Quizás algún otro hombre se atreviera a bromear con ello o a decir que era un regalo, pero para mí no había sido nada de eso.

Sin embargo, Sarah estaba equivocada. Si me veía tal y como decía, estaba completamente equivocada.

-Nunca he sido un ligón, Sarah.

Y ahora mismo no podría pensar en otra mujer que no fueses tú.

Miré a Sarah y procuré que mis pensamientos se quedasen ocultos detrás de una mirada que intenté disfrazar como buenamente pude.

-Me conformo con no cojear.... y mantener mi trasero intacto. No me gustaría que perdiese su atractivo -le dije, bromeando un poco, más por costumbre que porque me sintiese con ánimo.

Y así, mientras hablábamos, ella empezó a hablar un poco más de su vida. Desde luego, no había sido un viaje lleno de encanto, sino uno de esos que nadie preferiría hacer. Coloqué una mano sobre la suya mientras me hablaba de todo ello y en mi fuero interno me maldije por sentirme bien puesto que para no conocerla, quizás hubiera tenido que no sufrir todo aquello. ¿Podía ser tan egoísta? Y tras pensarlo fríamente, me di cuenta de que de poder escoger, la habría dejado escapar a cambio de que hubiera sido feliz y que si tenía la oportunidad, la ayudaría a conseguirlo, a pesar de que eso significase perderla.

Así que fuerte era el amor que sentía por ella.

-Supongo que todos tenemos historias parecidas. En mi caso reconozco que no fue así. Mi padre era vendedor y mi madre se conformaba con eso. Siempre fueron felices y nunca tuvieron problemas entre ellos. Pero la muerte de mi padre en uno de sus viajes, de un infarto al corazón, destrozó a mi madre para siempre. Desde ese momento yo tuve que encargarme de mi hermana y no pasó demasiado tiempo hasta que ambos nos encontramos solos. Dos personas que se quieren demasiado no pueden vivir separados durante mucho tiempo y mi madre no fue capaz de... soportarlo. No le culpo por encontrármela un día en su cama tras haberse tomado todos los somníferos del frasco. Nos quería, pero sabía que yo podría cuidar de mi hermana y solo podía pensar en reunirse con mi padre.

El rostro de Sarah mostraba dolor y yo comprendía perfectamente a lo que se refería.

-No puedo permitir que no sonrías así que tendré que quedarme por aquí -le dije, antes de decidirme a hacer lo siguiente. Lo había pensado varias veces, pero nunca me había decidido, no porque me molestase que ella lo supiera, sino porque era algo tan personal que me costaba abrirme a alguien. Pero Sarah no era solo "alguien". Era la única mujer para mí y en el peor de los casos, mi amiga.

Del bolsillo de mi chaqueta extraje una carta que estaba doblada y bastante estropeada, y se la entregué.

-Nadie más que mi hermana y yo ha visto esta carta.

Mis queridísimos hijos:

Espero que no estéis enfadados conmigo porque os quiero más que a nadie. Pero también quiero a vuestro padre y sé que me estará esperando. ¡Ya sabéis cómo se pone cuando llego tarde a los sitios! Estoy muy cansada y creo que ha llegado el momento de que me vaya.

Me había quedado con vosotros solo porque os quiero, porque me necesitabais y no podíais quedaros todavía sin mí. Pero ahora sois mayores y podréis seguir adelante.

Kay, no hay nadie en este mundo que sea más preciosa que tú. Estoy segura de que cuando crezcas, serás toda una mujer y conseguirás todo cuanto quieres. Haz caso a tu hermano Richard, que cuidará siempre de ti.

Richard, cuida de Kay. Ella todavía es joven y te necesita. Tú eres casi un hombre y sé que lo harás bien. Siempre fuiste un chico responsable y no me iría de no confiar en ti.

Lo más importante es que nunca dejéis de cuidar el uno del otro y que no olvidéis cuánto os queremos vuestro padre y yo. Recordarnos siempre y procurar que vuestros hijos también sepan el amor que sentís por ellos.

Vuestra madre que os querrá siempre, en este mundo y el siguiente

No era una carta demasiado larga, pero para un chico de dieciocho años, resultaba demasiado larga y dura. Kay no lo entendía del todo; yo solo estaba enfadado. Pero el enfado desapareció con rapidez, transformándose en empatía y comprensión por mi parte, sobre todo ahora que amaba a alguien y que entendía lo que podía significar perderla.

Después, me tapó y se sentó a mi lado para empezar a cambiarse de ropa. No me volví cuando la sentí levantarse para ponerse el camisón ni tampoco cuando regresó, pero sí cuando oí su dulce voz.

-Siempre serás bienvenida entre mis brazos, Sarah -le dije, abriendo un abrazo para que se recostara a mi lado y ambos pudiésemos dormir tranquilos.

Teniente McDuncan

- Rick, me guío por lo que me dices. No te conozco ahí fuera y si no eres un ligón... no será porque no te faltan cualidades. - Me sonrojé con esas palabras delatándome de alguna manera que existía cierta atracción sobre mí hacia él, pero no dejándolo claro. Aunque mi inseguridad me la jugó al pensar que sí se lo había dejado claro. **- Bueno... ya sabes... no a todas nos gustan el mismo tipo de hombres y tú eres simpático, divertido, cariñoso...** - Y con esa palabra se me dulcificó la voz y suspiré levemente sin querer, pero no paré ahí. **- ... Protector, sincero, educado, respetuoso... creo que podría seguir toda la noche así y sin mentir... por no olvidar ese trasero que dices que es tan perfecto.** - Bromeé finalmente, con el corazón a mil y sudando incluso por el rubor que tenía.

- No vas a cojear, te lo aseguro. Y por mi bien ya puede quedar ese trasero intacto, que me has prometido dejármelo ver entero cuando esté sano y bien. Quiero ver de qué presumes tanto. - Estaba muerta de vergüenza, pero aquella broma recurrente siempre estaba ahí y nos sacaba una sonrisa a ambos. Y a mí los colores, algo que empezaba a pensar que le gustaba a Rick ver en mí.

Entonces me contó parte de su pasado y traté de imaginarle de pequeño, con su hermana en una pequeña familia feliz, completamente distinta a la mía. Pero luego llegó la parte más perturbadora, esa en la que dijo: *"Dos personas que se quieren demasiado no pueden vivir separados durante mucho tiempo"*. Y le miré con dolor, ya no solo por lo vivió, sino porque me daba cuenta de que sentía lo mismo por él que sus padres entre ellos.

Y cuando dijo que no podía permitir que no sonriese y que tendría que quedarse por aquí, me arrancó una nueva sonrisa de mis labios. **- ¿Ves? No sé como lo haces, pero con cualquier cosa lo consigues.** - Si lo sabía, le quería tanto que ver su preocupación por mí me llenaba tanto y llegaba tan lejos que... sabía que llegado el momento jamás dejaría de sonreír por él. Pero enseguida bajé de las nubes. Rick y yo jamás llegaríamos a nada y ahora él sabía lo que era ser usado de esa sucia manera... y... esperaba al menos que me dejase ayudarle con aquello.

Que al menos uno de los dos pudiese disfrutar de su vida con plenitud.

Y en ese momento se giró para sacar algo de su chaqueta y me entregó una vieja y desgastada carta. Sus palabras al entregármela me dejaron sin habla. Si sólo él y su hermana la habían leído, es que era algo demasiado importante para él como para mostrárselo a cualquiera y con ese gesto me decía que yo no era cualquiera.

Y cuando terminé de leerla, lo hice con lágrimas en los ojos y no necesité saber mucho más de su pasado, porque esa carta y sus palabras previas me dejaron claro que aquella maravillosa familia acabó destruida poco tiempo después. **- Yo... lo lamento mucho Rick...** - Le dije devolviéndole la carta. **- No sé que es peor ahora mismo, no saber lo que es la felicidad de tener una familia y disfrutar de unas Navidades sin una paliza de por medio... o tener esa familia feliz y unida que tuviste y perderla así. Lo lamento de veras... Tuviste que ser hermano y padre muy joven y... estoy segura de que algún día serás un gran padre... tu madre estaba segura de ello, por eso te dejó al cuidado de tu hermana y yo estoy convencida también.**

Estuve a punto en aquel momento de contarle que John me había dejado en estado y que en una de sus palizas perdí al bebé y eso fue lo que me hizo reaccionar e irme. Pero había sido aún demasiado reciente y no lo había superado. De hecho, se me notaba en el rostro esa añoranza de no haber podido ser madre en su día cuando veía a niños pequeños. Ahora mismo tendría poco más de un año y medio y aquello me acompañaría siempre.

Y con ese amargor me cambié y me puse el camisón para luego preguntarle si quería que durmiese con él. Yo solía encerrarme en el armario, en un rincón, a oscuras, cada vez que John me violaba y pasaba allí las horas, llorando asustada pensando en cuando sería la próxima paliza y violación incluida. Así que ver que me admitía a su lado, fue toda una sorpresa y le sonreí y no dudé en meterme en la cama con él.

Me abracé fuerte a su cuerpo. ***- Si supieras cuanto te...*** *- quiero.* ***- Cuanto afecto te tengo... y lo que te valoro, Rick... Creo que ni tu hermana superaría esto...*** - Y así era, porque su hermana le veía como lo que eran, hermanos. Yo le veía y sentía como algo más, algo inalcanzable pero que me daba lo que necesitaba. Me moría por besarle y lo seguiría haciendo el resto de mi vida, pero después de lo que había pasado... él se merecía más. Una mujer que pudiese disfrutar también de su cuerpo. Algo que yo sabía que no podría tener en mi vida ya con ningún hombre.

Y la tentación de decirle que le quería se quedó ahí hasta que me quedé dormida. ***- Sabes que pase lo que pase, ocurra lo que ocurra, siempre estaré de tu lado y si necesitas hablar de algo, de lo que sea, aquí estaré para escucharte, ¿verdad?*** - Fue lo último que le dije, antes de besar la punta de su nariz y sonreírle para quedarme dormida entre sus brazos, donde me sentía a salvo.

Como en el anterior campamento, el toque de corneta anunció el nuevo día. Desperté durmiendo nuevamente sobre el pecho de Rick y sintiendo su abrazo. ***- Estoy tan a gusto así, que te juro que no me levantaría nunca...*** - Le susurré aún muerta de sueño. No sabía si me había escuchado o no, pero mi mano comenzó a acariciar su pecho y mi mente jugó con que realmente éramos una feliz pareja y despertábamos un día más en nuestro hogar. ***- ¿Crees que pasará algo porque esté cinco minutos más así?***

Si Rick se hiciese una idea de lo a gusto y feliz que estaba en aquel momento, donde todo estaba olvidado, pues aún no había despertado mi cabeza y solo estábamos él y yo... me hubiese echado de la cama a escobazos. Y sentí como mi corazón palpitó con fuerza por él nuevamente y evité mirarle al rostro, porque era tan grande mi deseo de besarle, que en medio de esa fantasía mezclada con la realidad, capaz era de hacerlo.

Y si no quería perderle, debía jugar con sus reglas, la cuales eran esas: amistad, hermandad, pero nada más.

Sargento Rick "Jester" Heatherly

No me sentí cómodo oyendo todas aquellas cualidades que Sarah decía que yo tenía, no porque no fuese, al menos, parcialmente cierto, sino porque no hacía otra cosa que recordarme lo que sentía por ella y el dolor que me generaba no poder estar juntos.

Tampoco llevaba tanta razón como suponía.

En el día a día era mucho más serio y la disciplina militar era algo con lo que convivía de manera inequívoca cada día, porque me había comprometido con ello. Era una obligación que no me había sido impuesta sino escogida y que permanecería conmigo hasta que finalmente, me di cuenta de que mi vida con ella era mucho más importante.

A pesar de todo, las bromas que nos gastábamos y que en ella eran cada vez más frecuentas y, por lo que podía ver, más naturales, aligeraban el ambiente que pudiera enrarecer la relación entre ambos, sobre todo debido, en mi caso, a los oscuros pensamientos que me asaltaban sobre la vida que no iba a poder tener con ella y lo que me esperaba si debía ser testigo de cómo se enamoraba de alguien más.

Mi trasero era la mejor excusa para demostrar que todo estaba bien... aun cuando no lo estuviera.

-Todo lo bueno se hace esperar, Sarah, así que hasta que no esté completamente sano no tendrás un pase de visita -le dije, guiñándole un ojo como solía hacer y que a pesar de lo que pensara, era algo que realizaba exclusivamente para ella.

Pero nada podía hacer que olvidásemos del todo la oscuridad que había dentro de nosotros. Ella tenía sus propias sombras y yo le mostré las mías con aquella carta. Mientras la leía, vi como las lágrimas anegaban sus ojos pero a pesar del dolor, sentí que tenía derecho a conocerlo puesto que ella me había confiado parte de su vida. Habría sido injusto y profundamente traicionero no corresponderle de la misma manera.

No necesitaba que me dijese nada puesto que podía leer en su rostro que lo sentía realmente por mí, que ahora se daba cuenta de que mi vida también había tenido algunas cosas que hubiese deseado evitar y que hasta yo, por mucho que pensara que mi vida había sido como un jardín de rosas, había tenido que lidiar con situaciones difíciles, sobre todo para un chico de apenas dieciocho años.

-Gracias por tus palabras, Sarah. Sé que lo dices sintiéndolo de verdad y no por cumplir o salir del paso. Como dices, tuve que ser hermano y padre desde muy joven. Mi madre contaba con ello y en verdad lamento no haberme dado cuenta de lo mucho que necesitaba a alguien que estuviese a su lado para ayudarla a superar la muerte de mi padre. Ahora solo tengo recuerdos agradables de ella pero cuando se marchó... estuve enfadado durante muchísimo tiempo. Pero no compares lo que yo he pasado con lo tuyo. Simplemente son cosas que nos ha tocado vivir y que nos ha obligado a ser fuertes para poder sobrellevarlo.

No le dije que no siempre había sido tan fuerte, que durante mucho tiempo el alcohol fue mi único alivio y que a punto estuve de seguir su camino. Lo único importante era que estaba allí, vivo, gracias a que el destino me había ofrecido una segunda oportunidad, y a Sarah, que se había encargado de que continuase teniéndola.

Por mucho que aparentáramos algo diferente, ambos teníamos almas que habían sufrido y que se habían recompuesto como buenamente habían podido. No estaba seguro de que la suya lo hubiera hecho todavía pero el hecho de estar allí, curando, haciendo aquello que deseaba, era un buen comienzo. El mío era el ejército, un lugar en el que me sentía como en casa y que me ofrecía seguridad y un objetivo.

No tardó mucho en cambiarse y echarse a mi lado y su abrazo fue como la brisa que acompaña al amanecer. Me sentía seguro a su lado y completo teniéndola a mi lado, aunque fuera de aquella manera.

-Claro que no. Todos saben que los hermanos nos llevamos como el perro y el gato. En nuestro caso ha sido además muy sencillo. Me has salvado la vida y yo te he enseñado mi trasero herido. Eso son palabras mayores -le dije, cerrando los ojos y sonriendo, mientras me dejaba envolver por la seguridad que me daba no estar solo.

Y esa era la clave de todo. Yo no pensaba abandonarla, pasara lo que pasase, y ella me confirmó que siempre estaría conmigo. ¿Quién podía superar eso?

-Lo sé. Yo tampoco tengo intención de abandonarte, así que a partir de ahora, procuraremos hacer el camino juntos, nos lleve donde nos lleve. No podría volver a estar sin ti después de haberte tenido a mi lado.

El sueño no terminaba de llegar pero no a causa de la excitación física, sino por la calidez de su presencia. Si ella estaba a gusto, yo no andaba muy lejos y tampoco deseaba moverme. Su mano empezó a acariciar mi pecho y yo comencé a acariciar su antebrazo con total naturalidad, como si en verdad fuésemos una pareja en nuestra propia cama.

-Creo que nadie se atreverá a robarnos el tiempo que queramos estar juntos, Sarah. Cerremos los ojos y olvidémonos del mundo durante unas horas, aunque al amanecer volvamos a ser tú la Teniente McDuncan y yo el Sargento Heatherly.

Así que me volví y la abracé, pasando un brazo por debajo de su cabeza y atrayéndola hacia mí, apoyando mi barbilla sobre su coronilla y cerrando los ojos para soñar que ambos estábamos enamorados y que nada nos separaría jamás.

Teniente McDuncan

Rick tenía razón en una cosa: todo lo bueno se hacía esperar. El problema era que estaba segura de que le esperaría por siempre, porque jamás encontraría a alguien tan fiel y sincero como él ni que me diese esa seguridad a su lado, ni que estuviese dispuesto a protegerme como él hacía. No se hacía una idea ni de lo que sentía por él ni de lo valioso que era para mí.

Y por eso oculté mis sentimientos hacia él, porque no quería perderle.

Y es que no había nada que jugase a mi favor. Sabía que no había nada que hiciese para que me viese como lo que era: una mujer. O mejor aún: una mujer enamorada de él. Pero tampoco era el momento. Estaba casada y mis traumas como pareja, como persona. No podía cargarle con aquellas cosas que ni yo misma lograba soportar.

Pero no podía quejarme, íbamos a estar ahí el uno para el otro, en lo bueno y en lo malo y con nuestro trabajo, sin duda que hasta que la muerte nos separase. Además el ejército nos había puesto aquel distanciamiento creado por ellos mismos con los rangos. Algo que ahora nos podíamos saltar sin problema, al estar él herido. Pero era algo que tendríamos que aplicar cuando se recuperase. Y Rick y Sarah quedarían en el olvido y se convertirían en el sargento Heatherly y la teniente McDuncan.

Por eso debía aprovechar cada segundo a su lado.

Tumbados en la cama y abrazados el uno al otro, nos hablábamos como una pareja debía ser... solo que el amor circulaba solamente en un sentido. Rick mencionó el tema de los hermanos. **- *Tú me protegiste del bombardeo con tu cuerpo y no me conocías aún, me defendiste del capitán Smith sabiendo que te castigaría por ello... te vuelvo a repetir que me has devuelto la vida y la sonrisa.*** - Solo me quedaban recuperar la ilusión y la esperanza, pero unas que fuesen reales, no las que me hacían pensar en Rick y en mí como pareja, casados más adelante y con hijos en el futuro. Debía poner los pies en la tierra y me costaba estando así con él.

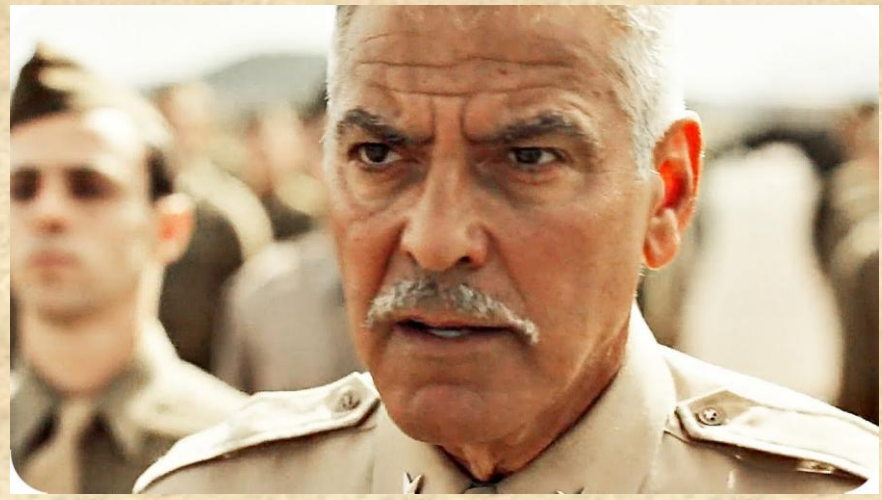
Y al despertar con el toque de corneta, no quise levantarme y acaricié su pecho y sentí como él acariciaba mi brazo de manera natural y eso me hizo dormirme de nuevo entre sus brazos.

No oímos sus pasos al llegar.

Y menos aún la cortina al descorrerse.

Tampoco aquella tos inicial que el mayor Coverley soltó para despertarnos.

Pero sí aquella voz desconocida que surgió de la nada y nos sacó del sueño. **- ¡Teniente McDuncan! ¡Sargento Heatherly! ¡¿Se puede saber que hacen?!** - Al abrir los ojos me encontré con la mirada del mayor Coverley y a su lado un hombre con cara de pocos amigos, sin duda quien nos había despertado. Me froté los ojos y vi entonces su rango. - *¡Coronel!*



Salté de la cama y me puse firme aún en camisón. **- Lo... lo siento señor... no... no es lo que parece... solo, solo hemos dormido... se lo juro... no... no hay nada de eso entre nosotros... por favor coronel, no... no piense mal.** - Dije nerviosa, manteniéndome firme y con aquel saludo.

El coronel miró al mayor y este asintió con la cabeza y una leve sonrisa.

- Descanse teniente. - Dijo entonces el coronel. **- Creo que ya se imaginarán que soy el coronel Cornelius y quien dirige esta base militar y esto...** - Dijo señalando la cama y volvió a mirar al mayor. **- Que yo recuerde no hay ninguna norma que impida que dos soldados compartan catre si simplemente es para dormir. No queda muy bien pero... no hay castigo para eso...** - Soltó en voz alta mientras pensaba.

Y mientras el coronel se debatía con aquello y el mayor se encogía de hombros en silencio, dudando también sobre lo mismo, aproveché para sacar la carta que me dio el doctor antes de irnos de allí. **- Entonces... co-coronel... esta carta es... es para usted.** - Le dije con mi característica inseguridad, que se disparaba cuando me gritaban, porque luego venían los insultos y los golpes. Mi mano temblaba por el miedo que me daba aquel hombre precisamente por lo que era, no por su rango.

El coronel me miró, miró mi mano y la carta y la cogió y la abrió. La leyó en silencio. No sabía lo que ponía, pero su rostro se iba relajando con cada palabra de aquella corta carta.

Estimado Cornelius:

Si estás leyendo esto, es que tienes a la ya tte. McDuncan y al sgto. Heatherly frente a ti. Ya sabes que no pido nunca favores, pero esta pareja de militares, necesitan más ayuda por tu parte, pues yo no puedo hacer más por ellos.

Para que entiendas a la tte. ella vivió lo mismo que tu hija Lena, solo que Sarah logró dar el paso que tu hija no pudo dar. Es una mujer que tiene mucho que ofrecer, pero se infravalora demasiado. Desde que la conozco y la instruí en la medicina y la cirugía, solo la he visto sonreír de verdad al lado del sargento.

Es por eso que te pido que si puedes mantener sus destinos unidos, lejos de la guerra, que lo hagas y veles por ellos. Junto con esta carta, hay otra más, donde recomiendo encarecidamente que se forme a la tte. McDuncan como doctora por parte del ejército.

Ambos sabemos que sin la presión de alguien de un rango mayor que el de un capitán, esa carta no servirá para nada y sin manos, yo ya no solo no seré ascendido, sino que seré retirado por completo aunque espero poder dedicarme a la docencia al menos.

Como ves, no pido para mí, pido por la fe y la esperanza y apelo a la memoria de Lena para todo esto, porque sé que es lo que hubieses querido para ella.

Espero que puedas hacer algo por ellos y evitar el Consejo de Guerra que el capitán Smith les quiere interponer.

Cuídate amigo mío. Un saludo de un fiel servidor:

Angus Palmer

Al terminar de leerla, el rostro del coronel era otro completamente distinto. Se le veía endurecido por su rango, pero algo había tocado dentro de él las palabras del doctor Palmer. Le entregó la carta al mayor para que la leyera y pude ver como este segundo nos miró a ambos y nos sonrió tras hacerlo. La guardó en el sobre y la conservó en su poder. Jamás supimos que decía aquella nota, pero si vimos el efecto que causó en el coronel Cornelius.

- Muy bien. Para empezar, se quedarán en esta base. Me encargaré del papeleo en cuanto pueda, porque primero tenemos un asunto más serio que tratar. Sargento. - Miró a Rick fijamente. **- Espero que esté dispuesto a testificar. Quizás con la palabra de la teniente y el informe médico que hizo sea suficiente pero si no quiere hacerlo, no se preocupe. Tienen...** - Miró su reloj. **- ... dos horas para estar listos... y vestidos.**

Luego me miró a mí y se metió la mano en el bolsillo. **- No tenemos uniformes de teniente femeninos y menos aún que además sirvan para el puesto de enfermera. Así que tendrá que ponerse los galones en su uniforme habitual. Si un soldado se mete con usted, solo tiene que mostrarle la insignia del cuello. Procure llevarlos siempre a la vista.** –

Y me entregó dos cajas, donde estaban guardados dos juegos de emblemas de teniente. Tuve que presionar mis labios para no llorar de la emoción. El coronel me tendió la mano. **- Felicidades teniente McDuncan. Ahora si es oficialmente un teniente del Ejército de los Estados Unidos. Tendrá que firmar unos papeles que trae el mayor Coverley y quedarse una copia.**

» Como oficial de su rango, le corresponde un lugar independiente junto con los demás oficiales de su categoría, pero viendo lo visto... creo que por ahora estará mejor aquí. Eso sí, cierren también la otra cortina. Que no se hable de que duermen en la misma cama. - Indicó el coronel con un rostro más relajado aunque serio.

- Me encargaré de que sigan instruyéndola para doctora aquí en la base y cuando todo esto termine, haré una carta de recomendación para que el ejército se encargue de que sea médico, siempre que vea que es buena en esto realmente... y no que el viejo capitán Palmer simplemente se haya enamorado como un adolescente de usted y la esté idolatrando demasiado. Como no, seguirá al cuidado del sargento, pero ahora tendrá otras obligaciones más como teniente en esta base. ¿Entendido? - Me miró fijamente.

- Sí, coronel. - Le respondí en camisón, pero esta vez con seguridad y determinación.

El coronel tendió su mano hacia el mayor y este le entregó la carta. **- Sargento Heatherly, que se mejore y si decide acudir al consejo de guerra, le veré en dos horas. A usted la veré allí, teniente. -** Y dicho esto y tras un saludo militar, el coronel se marchó y nos dejó allí con el mayor, el cual nos sonreía levemente a ambos.

Una sonrisa que por fin sonaba a victoria.

Sargento Rick "Jester" Heatherly

Mientras tenía a Sarah a mi espalda me sentía como si estuviese viviendo lo que más deseaba, por tonto que pudiera parecerles a otros hombres. Cómo me había enamorado de aquella hermosa y dulce mujer en tan poco tiempo era algo que atentaba contra toda la lógica. El amor verdadero era una de esas cosas en las que jamás había creído y que en otros tiempos me habría provocado una reacción de incredulidad, aunque no de burla, pues cada hombre era dueño de su propio destino.

Pero había descubierto que no lo era así para mí, que mi destino estaba unido directamente al de Sarah y que su presencia era tan necesaria para mí como el aire para poder vivir. Si bien sabía que su felicidad podía significar en buena parte mi desdicha, ser testigo de su tristeza resultaba aún más duro y complicado, por lo que debía hacer todo cuanto estuviese en mi mano para ayudarla, al mismo tiempo que ella me ayudaba a mí.

Sin embargo, allí dormidos, abrazados, sentía que todo era posible.

-Por supuesto que te protegí. Por supuesto, ayudó el hecho de que fueses una enfermera preciosa y que estuvieses cuidándome, pero lo habría hecho por cualquiera -dije en tono de broma aún sabiendo que no había nada de burla en aquella frase. En realidad, sí que lo habría hecho por cualquiera, pero protegerla a ella era una necesidad. Con cualquier otra persona únicamente se habría tratado de una buena acción.

Y nos dormimos al son de nuestras propias respiraciones, sintiendo como sus brazos subían y bajaban al compás de mis movimientos y como estos se adaptaban a los suyos, dejándome envolver por el calor que me proporcionaba su cuerpo y sonriendo, aún en la oscuridad, por soñar que estaba con Sarah McDuncan, mi esposa, en la cama de nuestro hogar, y no en una cama de hospital.

Solo la voz exaltada de un hombre fue capaz de despertarme, y lo hizo con tanto ímpetu que instintivamente hice amago de ponerme en pie, cayéndome al suelo casi en el mismo momento en el que puse el pie en el suelo.

-¡Ouch! -me quejé desde abajo.

Lentamente y con dificultad, logré volver a subir a la cama y al hacerlo, vi que estaban en el otro lado el Mayor Coverley y... un Coronel.... ¿El Coronel?

-D-discúlpenos, Coronel... Mayor, les aseguro que solo dormíamos. Ha sido un día... muy difícil, usted... ya lo sabe -dije, mientras terminaba de tumbarme de nuevo, no sin esfuerzo ni dolores.

Al mirar al Coronel supuse que se trataba del causante de que estuviésemos allí, aquel Coronel Cornelius, y durante un instante me sentí fatal porque nos hubiera encontrado así, como si hubiésemos traicionado su confianza. Afortunadamente, tras la explicación de Sarah, pareció calmarse y su tono se suavizó.

Sarah le hizo entrega de la carta, pero vi con facilidad como temblaba al hacerlo, víctima de aquella inseguridad que a menudo le asaltaba cuando hacía algo por iniciativa propia. Me hubiera gustado cogerle la mano para darle lo que le faltaba, pero no podía hacer algo así. En lugar de eso, me acomodé en la cama un poco más cerca de ella, para que sintiese que estaba allí, junto a ella. No sabía si se daría cuenta, pero al menos hice lo único que podía hacer.

Mientras tanto, el rostro del Coronel, a medida que leía la carta, iba relajándose, aunque todavía resultaba bastante críptico para mí. Esperaba que todo estuviese bien... pero con los oficiales nunca se sabía, así que esperé; ambos lo hicimos, porque no teníamos más remedio, y en mí caso, y supongo que también en el de Sarah, con el estómago encogido y aguantando la respiración.

Cuando bajó la carta y levantó la vista, me di cuenta de que su rostro no parecía mostrar enfado, sino algo mejor y lleno de alguna clase de emoción. Y cuando el Mayor pudo leer la carta, su sonrisa me confirmó que todo iba a estar bien.

El Coronel pasó entonces a otra cosa. Yo no tenía ninguna duda en testificar, así que medio me levanté para indicárselo.

-Estoy dispuesto, señor. Estaré listo -le aseguré, sintiendo que los dolores, no sabía por qué, eran algo más fuertes en aquel momento, pero sin importarme lo más mínimo.

Pero aquello era incluso menos importante que lo que vino a continuación.

El ascenso de Sarah.

La miré, orgulloso como lo estaría de una hija, aunque lo que sentía por ella no era ni por asomo la misma clase de amor, pero igualmente feliz de ver como se estaba abriendo camino en un mundo de hombres.

Enhorabuena, cariño. Esto es solo el primer paso. Sigue así, pensé, manteniéndome en silencio por el momento.

-Gracias, señor -le respondí cuando de nuevo se dirigió a mí -. **Desde luego, señor.**

No dejaba de ser curiosa la manera en la cual se habían desarrollado las cosas. Sarah se había arriesgado, me había salvado la vida y se había enfrentado a un imbécil con mayor rango, y como consecuencia de su determinación y habilidad, había conseguido lo que nadie más había hecho antes. Era Teniente del ejército y con un poco de esfuerzo más, sería médico, lo que implicaba más ascensos, por supuesto.

Cuando estuvimos por fin solos la miré, con ganas de besarla y abrazarla, pero sabiendo que debía contenerme. Aún así, le ofrecí la mejor sonrisa que fui capaz de formar, antes de hablar.

-Enhorabuena, Sarah. Me siento muy orgulloso de ti.

Te quiero.

Teniente McDuncan

- No seas tan adulador, Rick. Sé que eres especial, que estás hecho del material con el que se forjan a los héroes y que hubieses protegido a cualquiera sin dudarlo. No hace falta que incluyas eso de que sea preciosa, cuando los dos sabemos que no es así. - *De serlo ahora no estaríamos hablando.* - Y me abracé a él con fuerza un momento y reposé mi cabeza sobre su hombro el cual besé antes de recostarme sobre él y dejarme mecer por nuestra respiración.

El despertar fue brusco, más para Rick que también saltó de la cama y cayó dolorido al suelo. Iba correr a ayudarle pero debía pasar junto al coronel y el mayor en camisón y la verdad es que el sargento se las apañó muy bien para acabar en la cama de nuevo.

Cuando el coronel le preguntó si estaría dispuesto a testificar después de encontrarnos así, Rick afirmó que lo haría. **- No me separaré de tu lado entonces.** - Y olvidándome de todo y todos, le agarré de la mano. No sabía el contenido de la carta que había leído, pero el coronel no puso mala cara al vernos así ni nos dijo nada. **- Me vas a tener siempre a tu lado, Rick.**

Solo le solté cuando se hizo oficial mi ascenso con aquellas insignias que lo demostraban. Temblaba nerviosa y quería abrazar a Rick por ello, pero no me atrevía a tanto delante de ellos. Ya había tentado demasiado a la suerte cogiendo la mano de Rick ante sus ojos.

El coronel se marchó el primero y el mayor se quedó unos instantes más con nosotros. Tras felicitarme, me sacó los papeles a firmar y nos sonrió antes de irse. **- Les vendré a buscar a la hora acordada, no lo olviden.** - Nos dijo a ambos y se marchó. Mis ojos se clavaron en Rick y corrí las cortinas. Había olvidado que estaba en camisón y no, no frené mi impulso de abrazarle, temblorosa y feliz por lo ocurrido.

Quería besarle, decirle tantas cosas que no sabía ni por donde empezar. Hasta deseaba decirle lo que sentía por él y ver que pasaba. Pero no podía. Sabía que después de lo ocurrido la noche anterior no se merecía que le dijese eso porque le haría más daño. Así que solo pude hacer una cosa, reafirmarme en mis palabras segura de que nada nos separaría. **- Voy a estar aquí, siempre para ti, Rick. Vamos a darle a esa puta una patada en el culo y pronto podrás rehacer tu vida. Ya lo verás.**

Y tras los cuidados habituales y el día a día, nos trajeron un uniforme para él y sus emblemas de sargento y tal y como dijo el mayor, no tardó en recogernos. Durante aquel juicio, presidido por el coronel y con el mayor a su lado y otros oficiales que en aquel momento no conocíamos, vimos como la enfermera fue defendida por los médicos, pero que no se llamó a enfermera alguna a que testificase a favor de ella.

Fueron varios los que hablaron bien de aquella loca y en su mirada se veía que estaban locos por ella. Seguramente pensaban que si la ayudaban sacarían más noches de placer a su lado. Pero el testimonio de Rick, junto con el informe que di y mis palabras y que el mayor Coverley fuese llamado a testificar y se pusiera de nuestro lado, fue demoledor para ella. Se la llevaron a una oscura celda, para ser llevada a Estados Unidos y cumplir allí condena en el primer vuelo que saliese hacia el país. Como no, la mujer lo siguió negando todo, pero para entonces, yo ya abrazaba a Rick y le cubría los oídos con mis brazos, para que no escuchase las palabras de aquella mujer.

Los días pasaron y pude quitarle los puntos del trasero. La herida de la pierna aún estaba tierna y solo pude quitarle la mitad. Mientras seguíamos juntos. Habían viejos libros para estudiar y pasaba todo mi tiempo libre o de estudios a su lado, ya fuese con él en la cama o en la cama de al lado. Solo se me requería cuando los doctores pasaban consultas o me daban clase. Aún no habían encontrado algo específico para mí en la base, pero ya era oficial que ambos nos quedaríamos en ella.

Un par de días después, le retiré el resto de puntos. Sabía que la piel le tiraba pero la herida estaba cerrada. Era el momento de que empezase a caminar y con la ayuda de una muleta, para que moviese la pierna, comenzamos a pasear por el campamento. Fue un alivio para él poder ir al baño por sí mismo, aunque se hubiese acostumbrado a la cuña, esa libertad era especial. Yo añoraba bañarle pues se duchaba solo y poco a poco fue recuperando la libertad perdida con aquellas dos balas.

Rick aún seguía de baja, pero el mayor ya nos había dicho que estaban mirando los puestos fijos donde dejarnos a ambos y que aún no lo tenían claro. Pero lo que sí teníamos claro lo dos, era que cada vez teníamos menos tiempo y que en breve me tocaría ser la teniente y a él el sargento y todo cambiaría. Eso me hacía pensar en decirle lo que sentía por él.

Al menos aún nos permitían comer a solas en el lugar de descanso de Rick. Sentía como si el mayor y el coronel apostasen por nosotros de tal manera que acabásemos como yo realmente deseaba: juntos para siempre, pero con una alianza de por medio. Tuve que esperar muchos años para llegar a ver con mis ojos la perfecta para ambos, aquella que casi acaba en nuestros dedos y que el destino quiso que no fuese así.

Una tarde llevé a Rick al lugar más hermoso que había encontrado en el campamento. Era una roca que mostraba el paraje donde estábamos. Me senté a su lado a la caída del sol. **- Me han dicho que desde aquí se ven los atardeceres más bonitos de toda Rusia.** - Le dije con entusiasmo y me agarré a él y puse mi cabeza sobre su hombro, sintiendo que aquel era el momento más hermoso y romántico de toda mi vida. La puesta de sol fue maravillosa, pero más aún poderla compartir con el hombre que amaba en secreto. Una puesta de sol que volvimos a disfrutar al día siguiente y donde mi corazón pedía besarle y prometerle mi amor eterno, pidiéndole que esperásemos a que me separase de John y poder superar mi trauma de las violaciones en ese tiempo... pero era una cobarde y no lo hice. No aproveché ninguna puesta de sol para hacerlo.

Ahora, ambos volvíamos a descansar juntos en la cama. Cuanto más pasaban los días, más me costaba dormirme con él, porque sabía que llegaba al fin y que esto se terminaría, buscando siempre aprovechar hasta el último segundo despierta a su lado, viéndole dormir. Además, cada vez que me acostaba con él, sentía un calor especial en el cuerpo, algo que no era normal. Busqué en los libros de medicina y descubrí que era la excitación por el hombre al que deseaba.

A ver, con John me había excitado en la cama, pero no de esa manera y sin tocarle. Luego leí sobre las técnicas que usaban los médicos hasta hacía poco para "relajar" a las mujeres y comencé a probarlas en la soledad de las duchas, pero aquello era distinto. En la ducha había frío y junto a Rick ese calor imparable. Y esa noche, recé porque estuviese dormido y descendí mi mano por mi pecho mientras que la otra, subía mi camisón por debajo de las sábanas. Mi cabeza, apoyada a él, me hacía olerle y excitarme más y mi mano buscó mi sexo e hice aquello que tantas veces había ensayado en las duchas.

Tal y como supuse, tenerle a mi lado me hizo encenderme de tal manera que era incapaz de dejar de tocarme. Intentaba moverme poco, no hacer ruido, pero a veces era imposible controlarme. Y el calor aumentó, al igual que el placer que recibía y mi respiración se entrecortaba. No sabía que me estaba pasando pero el cuerpo me pedía más y más. Por un acto reflejo, me agarré a la mano de Rick y entrelacé sus dedos con los míos, al tiempo que no paraba de mover mis dedos en mi sexo. Sentir su calidez y pensar en que en ese momento se despertaría, se daría cuenta de lo que estaba haciendo y acabaríamos haciendo el amor, fue lo que hizo que mi sexo explotase en un sin fin de sensaciones placenteras.

Traté de aguantar los gemidos y jadeos que aquel placer me hizo soltar, pero mi boca no pudo contener aquellas breves palabras, hacia el hombre que en mi cabeza, estaba sobre mí, besándome y moviéndose con ímpeto.- ***Te quiero, Rick.*** - Le susurré a la nada y mi cuerpo se relajó, mientras sentía esas palpitaciones aún en mi sexo.

Poco a poco fui recuperando el aire y fui consciente de que me había agarrado a la mano de Rick, la cual en algún momento presioné con fuerza, sobre todo al llegar al clímax. Me puse nerviosa y quise soltarle, pero él me tenía agarrada con fuerza. Eso me asustó, porque no sabía si se había despertado y dado cuenta de aquello o no. Así que, me quedé inmóvil y me tapé bien cerrando los ojos, al menos si se volvía y me miraba que pensase que había sido todo un sueño...

Sargento Rick "Jester" Heatherly

El consejo de guerra fue una auténtica vergüenza, no porque aquella mujer no lo mereciese, sino porque había gente que como nosotros, se había jugado la vida y no era para estar allí a causa de una maldita loca que se dedicaba a violar enfermos o a todo el que se pusiera a tiro.

De no haber sufrido lo que me hizo, quizás habría sentido lástima por ella, pero era más que evidente que eso no era posible, y aquellos que la apoyaron, merecían mi más completo desprecio, porque una cosa era apiadarse de una enferma y otra muy diferente, estar a su lado e ignorar lo que sucedía.

Me daba vergüenza ver como aquellos hombres iban detrás de lo que les ofrecía, como si no hubiera otra cosa. Bien sabía mi cuerpo que habría dado lo que fuese por estar con Sarah, pero tampoco a cualquier precio y de cualquier manera.

Sarah me protegió durante todo el proceso porque no podía hacer otra cosa, al igual que yo hubiera hecho lo mismo de ser ella quien hubiese sido agredida o en cualquier otra situación que hubiese requerido de ayuda por mi parte. Ambos estábamos tan interconectados que resultaba del todo impensable separarnos o pensar de manera diferente, o de alguna forma que nos separase.

Fue un mal trago, pero no tanto como para los hombres que la defendieron, olvidando sus juramentos y también cuanto podía suponer para otros. Quizás ella no fuese la única que debía ser enjuiciada, pero no me correspondía a mí determinarlo y me conformé con cerrar aquel capítulo y centrarme en mi recuperación, la cual marchaba bastante bien. Sarah y yo pasábamos juntos la mayor parte del tiempo, a veces hablando, otras veces leyendo y estudiando, pues parecía como si ambos nos fuésemos a presentar al examen para subir de rango. Contribuía con mi experiencia lo mejor que podía y esperaba que le resultase de utilidad y pudiera pasar al siguiente nivel.

Para mí, ese nivel fue poder valerme por mí mismo, caminar, ducharme... e incluso aliviar la tensión sexual que sentía lejos de Sarah. En aquella ocasión en la que lo había hecho, mi presión había superado a la incomodidad pero ahora podía masturbarme en privado, pensando en ella y siendo consciente de que aquello era lo más cerca que podría estar de tener sexo con la mujer a la cual amaba.

Mientras tanto, esperábamos; y seguíamos esperando.

En una ocasión, y aprovechando que ya podía valerme por mí mismo y moverme por la base, me condujo a un lugar desde el cual la vista del atardecer era hermoso. Ambos nos sentamos, acurrucados, y mientras sus ojos parecían mirar la puesta de Sol, yo solo tenía ojos para su cabello y las mejillas que alcanzaba a ver desde donde estaba.

Muchas veces me he preguntado el por qué no le confesé lo que sentía en aquel momento, pues era sin duda ideal, y la única respuesta que he podido encontrar es que no me sentía lo suficientemente valioso para ella, que estaba en auge y ascendiendo a pasos agigantados en su vida. Además, volver a esclavizarla con una relación era algo a lo que estaba seguro que se negaría y la decepción para mí... podría resultar demasiado sangrante.

Tuve miedo, dicho de manera simple, y debido a ello perdí muchos años de poder compartir momentos inolvidables.

Por las noches, continuamos durmiendo juntos, compartiendo el calor y también la paz.

Un día resultó algo diferente. Noté algunos movimientos en la cama, muy leves, y también oí algunos gemidos a mi lado. Sin querer moverme para no alertar a nadie, procuré mirar como buenamente pude, alcanzando a distinguir una mano moviéndose bajo el camisón. Era Sarah, masturbándose a mi lado, igual que yo había hecho, solo que en la intimidad de la noche.

Cerré los ojos y le proporcioné la intimidad que necesitaba. Nunca entendí que era mi presencia lo que la excitaba, pero le debía poder disfrutar de su propio cuerpo. Incluso cuando en una ocasión sentí que cogía mi mano y apretaba, debido a la excitación, permanecí completamente en silencio y rígido, sobre todo mi miembro, que reaccionaba de la misma manera que el suyo estaba haciéndolo.

¡Qué idiotas fuimos al no reconocer cuánto nos deseábamos!

Las noches eran extrañas, llenos de sueños, orgasmos silenciosos y deseos contenidos, mientras los días discurrían cada vez más deprisa, hasta que un día, llegó el alta médica.

Miré al médico como si no terminase de creérmelo, y después a Sarah, en cuyo rostro percibía una mezcla de alegría y tristeza.

-Entonces, aún tengo una semana por delante, ¿no? -le pregunté al doctor.

-Sí, eso es. Durante esta semana irá recuperando movilidad en su pierna gracias a los ejercicios de rehabilitación que tendrá que hacer, todos los días, mañana y tarde. Creo que ya es hora de que regrese a casa, sargento.

Yo no sabía si deseaba hacerlo. Después de tanto tiempo junto a Sarah, y en hospitales, sentía como que no era capaz de estar bien en otro lugar.

-Ya pero todavía no han llegado nuestras órdenes -protesté, dejándome llevar por el fastidio.

-Bueno, ya llegarán -dijo él, alejándose con una sonrisa.

Al quedarnos de nuevo a solas, volví a mirar a Sarah.

-Era cuestión de tiempo. Has hecho tan bien tu trabajo que no podía tardar mucho más. Y créeme, en ningún sitio voy a estar mejor que aquí, contigo. Pero tú tienes que empezar a ser Teniente y yo no puedo ser un enfermo toda mi vida. Pero necesitas un asistente, así que me presento voluntario -le dije, insistiendo en estar a su lado, que era lo único que deseaba. En realidad, esa era la idea que nos habían vendido, ¿no? Qué íbamos a poder estar juntos.

Teniente McDuncan

Yo no estaba capacitada para dar altas o no, pues no era médica como tal, así que me debía a mis superiores. Era curioso que siendo yo teniente hubiese médicos que tan solo fuesen sargentos y que mandasen sobre mí precisamente por ser doctores. No me costaba aceptarlo pues aún no había asimilado que era teniente, así que no tenía demasiados problemas con eso. Estaba acostumbrada a que todos mandasen sobre mí, no al contrario. Tanto en mi vida personal, como laboral.

Pero me dolió saber que ya estaba de alta y no pude ocultarlo, a la vez que le sonreía feliz de que estuviese bien por fin. Eso significaba mucho para mí, puesto que mi primera cirugía sin ayuda médica, solo con enfermeras y la extracción de las balas, así como todo lo demás, había salido perfecto y nadie se podía imaginar lo feliz que me hacía saber eso, siendo encima Rick el beneficiado. Eso le daba más valor a todo.

- Supongo que cuando el mayor reciba la notificación del alta, te... le dará sus nuevas órdenes y a mí las mías, sargento. - Y ahí empezaba lo malo, aquel distanciamiento que no quería que existiese entre nosotros asomó en mi propia voz, teniéndole que tratar de usted y como un suboficial, a pesar de querer abrazarle, desear hacerlo tanto por la alegría de saber que todo salió bien y no poder ni tocarle porque las normas eran así.

Lo habíamos hablado mil veces y yo seguía en contra de ello, pero sabía que en el fondo eso no me haría dejar de sentir lo que sentía por él y que si podía, seguiría viendo aquellas puestas de sol a su lado, lejos de los ojos de los demás, como hicimos en más de una ocasión en silencio. Un silencio que siempre me invitaba a declararme y el miedo a perderle me obligaban a callar.

Y el médico le dejó claros los ejercicios de rehabilitación y se marchó, dejándonos a solas en la que había sido la cama de Rick todo aquel tiempo. Le miré con lágrimas en los ojos, las cuales eran tanto de dolor como de felicidad. Y cuando me habló tratándome de tú no aguanté más y le abracé. ***- Dios, Rick. No sabes lo duro que se me va a hacer esto.*** - Le confesé, siempre ocultando lo que sentía por él tras aquellas verdades.

Y me separé de él y le acaricié el rostro. **- Pero estoy tan feliz por ti, porque puedas volver a lo que quieras hacer, que tengo sentimientos enfrentados. Con los demás era fácil. Solo eran hombres que me trataban mal, se burlaban, se insinuaban y con lo de mi marido y mi padre en mi cabeza era fácil no empatizar ni sentir un mínimo de afecto hacia ellos. Pero tú... tú me has demostrado que eres distinto a todos y... claro que te reclamaré a mi lado. Además, necesito un instructor para saber moverme**

en situaciones de combate. - Y le sonreí ante la idea. **- Y así ver como se comanda a un grupo de soldados. No tengo experiencia con eso, solo la teoría de los libros que nos dejaron y no me veo mandando.**

Y Rick sabía bien porqué. En el fondo los hombres aún me asustaban, todos ellos salvo él. Pero es que para mí él era único. Bueno, el mayor Coverley, el capitán Palmer, el coronel Cornelius, el cabo Lazarus, todos se habían portado muy bien conmigo, el mayor y el coronel seguían haciéndolo, pero ninguno como Rick. Y le miré con mis ojos brillantes, completamente enamorada de él y sabía que no sería mío nunca, pero que sería el único para mí.

- Así que... a ver que te parece esto, ¿qué tal si vamos a ver al mayor Coverley ya mismo y le decimos lo de tú alta y le solicitamos que en cuanto estés bien nos mande a algún tipo de misión sencilla? No sé... una de reconocimiento de esas que hacéis para entrenar. Solo que yo iré en calidad de médico y mi rango no se tendrá en cuenta para el entrenamiento, sino que seré un soldado más, salvo que el sargento que dirija al grupo pierda el norte y tenga que ponerme en mi sitio. - Le sonreí. **- Pero dudo que te pase eso.**

» Así aprenderé del mejor y no solo eso, aprenderé a leer tu lenguaje corporal con cada entrenamiento de esos que hagamos y tú el mío, lo que nos hará ser como... dos expertos bailarines, con confianza, compenetración y complicidad. Sabes que no entiendo nada de guerras, pero creo que para formar un equipo eso es básico y si ese equipo lo empezamos formando los dos... - La verdad era que quería formar con él otra cosa: una familia. Saber como era una Navidad de verdad, de esas que anunciaban en la radio, donde todo era felicidad. Tener hijos con él y juntarnos con su hermana en esas fiestas y Acción de Gracias o en los cumpleaños. Seríamos una familia pequeña, pero bien avenida.

Estaba segura que él sería un buen padre, pues ya le tocó serlo con su hermana y a mí me daba la suficiente seguridad y confianza como para saber que podría superar todo a su lado. El problema era que no sabía lo que tardaría en superarlo y si sumábamos que yo estaba casada, se complicaba más y luego que... ¿cómo un hombre así se fijaría en mí? Seguramente que en mi pecho sí, porque era difícil de ocultar, pero mi inseguridad, saber lo tonta e inútil que era. Supongo que mi padre tenía razón y cada uno tenía lo que se merecía y por eso yo acabé casándome con John.

- Y en mis ratos libres, porque a mí si me darán mis nuevas órdenes pronto, podría buscarte y pasar un rato a solas, estudiando o simplemente contándonos como ha ido el día... y tú puedes buscarme siempre que me necesites, claro. - Miré al suelo y esta vez las lágrimas eran de dolor, porque sentía que nos separaban para siempre. Era como si él se marchase de mi lado para no volver. ***- No sé porqué me va a costar tanto esto, Rick. Estar casi todo el día contigo y pasar las noches juntos y ahora... es como si me cortasen un brazo...*** - Y me volví a abrazar a él tratando de calmarme.

Además, si decidía ir a ver al mayor y adelantarnos antes de que ellos pensasen, no podía ir llorando, así que debía serenarme y ver si Rick quería ir ya a notificar su alta o si esperábamos unas horas a que el mayor fuese quien nos buscase.

Sargento Rick "Jester" Heatherly

Era todo un buen conjunto de sensaciones contrapuestas, entre la alegría de saber que dentro de poco estaría perfectamente... y la tristeza de separarnos, o de la posibilidad de separarnos, porque yo estaba decidido a que eso no ocurriese. Sarah parecía sentir lo mismo, porque en sus ojos había lágrimas y no podía ser únicamente por mi alta, sino por separarnos, y su abrazo y las palabras que me dijo, terminaron por dejármelo completamente claro.

-Para mí también, Sarah. Para mí también -le aseguré -. **Entonces, seguro que seguimos juntos. Si ambos queremos, dudo que haya alguien que nos pueda separar.**

Y no lo decía solo por hablar, sino porque si ella, como oficial superior, me solicitaba de la manera adecuada, nada podía impedir que estuviésemos juntos.

-Bueno, estoy seguro de que todavía hay mucho trabajo que hacer por aquí, así que sería una buena manera de ganar experiencia y mantenernos juntos, pero... ¿estás segura? Sería peligroso, y no me refiero a mí, sino a ti. Ahora estamos en retirada y siempre nos encontraremos en dificultades.

Me enorgullecía que opinara así de mí, y también me hacía sonrojarme, pero en parte sonaba todo sorprendentemente lógico. Ningún oficial en su sano juicio rechazaría algo así. Pero no estaba seguro de poder servir a mi país teniendo que cuidar de ella, porque se había convertido en mi prioridad número uno, de eso estaba seguro.

Y cuando dijo lo del brazo, me acordé de lo que hacía por las noches, lo mismo que yo hacía durante los días, pero en ambos casos, aliviando nuestro deseo de estar juntos, pues en mi caso solo pensaba en ella y aunque no lo sabía aún, ella solo pensaba en mí.

Aquella era una extraña manera de compartir lo que sentíamos, sin que nuestros cuerpos estuviesen juntos, pero al menos, sin traicionar nuestros sentimientos con la excitación de otro hombre en su caso, o de otra mujer en el mío. Desde el día en el que nos conocimos, yo no volví a estar, ni a pensar, en nadie más.

Pero las misiones sobre el terreno podían ser verdaderamente peligrosas y no era únicamente el brazo lo que perderíamos si algo salía mal. Sin embargo, la idea de seguir juntos y evolucionar uno al lado del otro, bien merecía el riesgo.

-Está bien. Vayamos a ver al mayor y veamos qué podemos conseguir. Estoy seguro de que un médico como tú será necesario en todas partes y alguien con mi experiencia vendrá bien en casi cualquier sitio, así que no creo que tengamos problemas en que nos encomienden alguna misión.

Y mientras estuviésemos juntos, no solo hablaríamos, sino que también continuaría sintiendo que mi corazón latía, al saber que el suyo estaba tan cerca de mí.

No estaba seguro de cómo reaccionaría el día en el cual dejase de verla, que ella volviese a su vida y yo a la mía, y que el mundo demostrase que entre ambos no existía la posibilidad de compartir una manera de vivir.

Cogí sus manos, quizás por última vez en mucho tiempo, pues era mi superior, y sonreí mientras la miraba fijamente a los ojo, porque ella era la única por la cual yo era capaz de hacer, no solo eso, sino cualquier otra cosa, hasta ir al mismísimo infierno a buscarla, si es que hiciese falta.

Continuará…

En Comunidad Umbría.